Enero-Junio 2026

REVISTA DE HISTORIA MILITAR

INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR

250º Aniversario

Del apoyo de España al nacimiento de los EE.UU.

MINISTERIO DE DEFENSA

NUESTRA CUBIERTA:

Mapa de Norteamérica y las islas de las Indias Occidentales, 1783.
IHCM. AG Madrid. Cartografía AME-01-04

Diseño y composición:
Alberto Martín Garrido
Personal Laboral del IHCM, Artes Gráficas

I N S T I T U T O D E H I S T O R I A
Y C U L T U R A M I L I T A R



Revista de Historia Militar

Año LXX 2026 Núm. Extraordinario I

Catálogo de Publicaciones de Defensa
publicaciones.defensa.gob.es

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado
cpage.mpr.gob.es

publicaciones.defensa.gob.es
cpage.mpr.gob.es

Edita:

MINISTERIO DE DEFENSA
SUBSECRETARÍA DE DEFENSA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Paseo de la Castellana 109, 28046 Madrid
© Autores y editor, 2026
NIPO 083-15-111-0 (edición impresa)
ISSN 0482-5748 (edición impresa)
Depósito legal M 7667-1958

NIPO 083-15-112-6 (edición en línea)
ISSN 2530-1950 (edición en línea)

Publicación semestral: primer semestre de 2026
Fecha de edición: septiembre de 2026
Maqueta e imprime: Ministerio de Defensa

Las opiniones emitidas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores de la misma.

Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del copyright ©.

En esta edición se ha utilizado papel procedente de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas.

Esta publicación se distribuye bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0 que permite compartir el material en cualquier medio o formato con la condición de reconocer adecuadamente la procedencia «Edita: Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica.» No se puede modificar. No se puede utilizar con fines comerciales.

La Revista de Historia Militar es una publicación del Instituto de Historia y Cultura Militar, autorizada por Orden de 24 de junio de 1957 (D.O. del M.E. Núm. 142 de 26 de junio).

Tiene como finalidad difundir temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas, y acoger trabajos individuales que versen sobre el pensamiento histórico militar.

DIRECTOR

D. José María Martínez Ferrer, general de brigada de Artillería DEM
Jefe de la Subdirección de Estudios Históricos

CONSEJO DE REDACCIÓN

Vocales:

D. José Manuel Llorca Díaz, coronel
D. Emilio José Borque Lafuente, coronel
D. Juan Palau Tur, coronel
D. Ramón Blanco Hernández, coronel
D. Miguel Sánchez de Toca Alameda, coronel
D. José Rafael Laguardia Seboni, teniente coronel
D. Rafael de la Torre Casaponsa, subteniente
D. Rafael González García, subteniente
D. José María Rojo San José, subteniente
D.ª María Carrillo Alonso, funcionaria
D.ª Beatriz Jiménez Bermejo, funcionaria

Consejo de Redacción Externo:

D. Martín Almagro Gorbea, R.A. Historia
D. Miguel Alonso Baquer, general
D. Jesús Cantera Montenegro, U. Complutense
D. Emilio De Diego García, U. Complutense
D. Serafín Fanjul García, R.A. Historia
D. Luis García Moreno, R.A. Historia
D. José Luis Isabel Sánchez, coronel
D. Enrique Martínez Ruiz, U. Complutense
D. Hugo O´Donnell y Duque de Estrada, R.A. Historia
D. Fernando Puell de la Villa, coronel
D. José Luis Sampedro Escolar, R.A. Matritense
D. Juan Teijeiro de la Rosa, general
D. Fernando Julio Ponte Hernando, R.A. Medicina de Galicia

Redacción:

Secretario: D. Roberto Sánchez Abal, comandante de Infantería (Ret.)
Adjuntos: D. Francisco Javier Jiménez Rada, cabo 1º especialista AGR
D. Aurelio Moreno Centeno, funcionario de la Admón. Gral. del Estado

Paseo de Moret, 3. 28008-Madrid. Teléfono: 91 780 87 52 - Fax: 91 780 87 42

Correo electrónico: rhmet@et.mde.es
Enlaces directos a la web:

http://www.ejercito.mde.es/unidades/Madrid/ihycm/Instituto/revista-historia/index.html
http://www.portalcultura.mde.es/publicaciones/revistas/historia_militar/index.html

DISTRIBUCIÓN Y SUSCRIPCIONES:

Subdirección General de Publicaciones y Patrimonio Cultural.
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA. Ministerio de Defensa.
Camino de los Ingenieros, 6 - 28071 - Madrid. Tel.: 91 364 74 21
Correo electrónico: suscripciones@oc.mde.es

Sumario

Páginas

PRESENTACIÓN 11

Artículos

– *«Y si nos agravian ¿No debemos vengarnos?», la intervención española en la guerra de la Independencia de Estados Unidos desde una perspectiva global,* por don **Paulino GARCÍA DIEGO,** general de brigada de Artillería (reserva). Doctor en Historia Moderna 17

– *La ayuda militar de España a la Independencia de EE. UU.: Nuevas y viejas perspectivas,* por don **José Manuel GUERRERO ACOSTA,** coronel de Ingenieros (retirado). Historiador, Academia de las Ciencias y las Artes Militares 47

– *Campañas navales de la guerra de la Independencia de los EE. UU. de América,* por don **José María BLANCO NÚÑEZ,** capitán de navío (retirado). Académico de n.º de la Real Academia de la Mar y de la de las Artes y Ciencias Militares (ACAMI) 99

– *La guerra Anglo-Española 1779-1783. Matías de Gálvez y sus campañas en la Capitanía General de Guatemala,* por don **Benito TAULER CID,** coronel de Infantería (retirado). Colaborador del Instituto de Historia y Cultura Militar del Ejército de Tierra 163

– *Victorias españolas decisivas y olvidadas de la guerra de la Independencia de EE. UU. en su frente occidental: la batalla del Fuerte de San Carlos en San Luis y la toma del Fuerte de San José en Míchigan,* por don **Guillermo CALLEJA LEAL,** doctor en Geografía e Historia por la UCM (España), y en Historia Contemporánea por la Phoenix International University (Reino Unido) 201

– *Algo más que dineros. La contribución económico-financiera española a la Independencia de los Estados Unidos de América,* por don **Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL,**

licenciado en CC Económicas y Empresariales por la Universidad de Alcalá de Henares (UAH). Colaborador del Instituto de Historia y Cultura Militar (IHCM) 255

Normas para la publicación de originales 287

Solicitud de impresión bajo demanda de publicaciones 291

Boletín de suscripción 292

Summary

Pages

PREFACE 11

Articles

– *"And if they wrong us, shouldn't we take revenge?", the Spanish intervention in the American Revolutionary War from a global perspective,* by **Mr. Paulino GARCÍA DIEGO,** Brigadier General of Artillery (retired). PhD in Modern History.. 17

– *Spain's military aid to the U.S. Independence: New and old perspectives,* by **Mr. José Manuel GUERRERO ACOSTA,** Engineers Colonel (retired). Historian, Academy of Military Sciences and Arts..... 47

– *Naval campaigns of the American Revolutionary War,* by **Mr. José María BLANCO NÚÑEZ,** Captain (retired). Academician of the Royal Academy of the Sea and of the Academy of Military Arts and Sciences (ACAMI)..... 99

– *The Anglo-Spanish War 1779-1783. Matías de Gálvez and his campaigns in the Captaincy General of Guatemala,* by **Mr. Benito TAULER CID,** Infantry Colonel (retired). Contributor to the Institute of Military History and Culture of the Spanish Army..... 163

– *Decisive and forgotten Spanish victories of the American Revolutionary War on its Western Front: the battle of Fort San Carlos in St. Louis and the capture of Fort San Jose in Michigan,* by **Mr. Guillermo CALLEJA LEAL,** PhD in Geography and History from the Complutense University of Madrid (Spain), and in Contemporary History from Phoenix International University (United Kingdom)..... 201

– *Something more than money. The Spanish economic and financial contribution to the Independence of the United States of America,* by **Mr. Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL,** graduate in Economics and Business Administration from the University of Alcala de Henares (UAH).

Collaborator of the Institute for Military History and Culture (IHCM) 255
Norms for publishing originals 287
On demand printing of publications 291
Subscription Bulletin 292

PRESENTACIÓN

La guerra de los Siete Años es considerada el primer conflicto mundial, teniendo consecuencias muy diferentes para las potencias europeas de la época. El Reino Unido de la Gran Bretaña se alzó como potencia hegemónica, Francia perdería su primer imperio colonial y la Monarquía Española sufrió la pérdida temporal de La Habana y Manila, luego recobradas por el Tratado de París.

Esto supuso para Carlos III y sus estadistas, plenamente conscientes de una visión española transatlántica, un aldabonazo y el inicio de una serie de grandes reformas. La pérdida de las Floridas y el asegurar el comercio en el seno del Golfo de México, hacía que un nuevo conflicto con Inglaterra fuera totalmente previsible, en palabras de Floridablanca «prepararse para la guerra como si fuera inevitable, pero hacer todo lo posible para evitarla».

Lo anterior, y tras un largo periodo, llevaría a que el 21 de junio de 1779 se declarase la guerra a Inglaterra, sería el reverso de la guerra de los Siete Años, actuando todos los elementos de la Monarquía de forma coordinada y planeada para alcanzar los objetivos que se habían establecido en el Tratado de Aranjuez, con Francia, de 12 de abril de 1779.

El 2026 es el año del doscientos cincuenta aniversario de la declaración de independencia de las Trece Colonias que formarían posteriormente los EE. UU. de América y también permite poner de manifiesto que la independencia y formación de los EE. UU. no fue solo el logro de un conflicto local, sino de una conjunción de más acciones y eventos en los que intervinieron, de diferentes formas y con figuras jurídicas diversas, muchos más actores. Tal es el caso de la monarquía española con su intervención en la guerra contra el Reino Unido de 1779-83, que siendo aliada de la monarquía francesa, contribuyó a facilitar de forma muy significativa el nacimiento de los EE. UU.

La *Revista de Historia Militar,* mediante seis artículos, todos de autores diferentes y centrados en diversos aspectos de la Guerra de 1779 a 1783, pretende dar una visión en conjunto del conflicto y demostrar el valor que las acciones de la monarquía española tuvieron para la Independencia de los EE. UU.

En el primero de los capítulos, *La intervención española en la guerra de la Independencia de Estados Unidos desde una perspectiva global,* el autor, Paulino García Diego, relata los hechos que se iniciaron en la primavera de 1775, y que tuvieron su origen en el final de la guerra de los Siete Años al final de 1763. En el trono de la monarquía española se sentaba Carlos III,

rodeado de su equipo de estadistas pragmáticos y seguidores del despotismo ilustrado, mientras tanto, y en las Trece Colonias Inglesas, se desencadenaron graves incidentes que llevaron al estallido de una rebelión total contra Jorge III, rey de Gran Bretaña e Irlanda, llevando en julio de 1776 a su Declaración de Independencia el 4 de Julio, que se formalizaría, después de un largo conflicto armado, mediante el Tratado de París del 3 septiembre de 1783.

Esta Independencia no hubiera sido posible sin el apoyo económico y militar de Francia y España, y también, aunque en mucha menor cuantía, de las Provincias Unidas. Las actuaciones de estas tres potencias, en los diferentes escenarios, desarrolladas en tiempos y formas completamente distintas, fueron fundamentales para llevar al Reino Unido de la Gran Bretaña a buscar los acuerdos de paz mediante diferentes tratados con las mencionadas potencias.

En el segundo artículo, *La ayuda militar de España a la Independencia de EE. UU.: nuevas y viejas perspectivas,* el autor José Manuel Guerrero Acosta repasa el conflicto bélico entre España, aliada con Francia, y la Gran Bretaña, a la luz de las últimas investigaciones, con la perspectiva de que el enfrentamiento entre Madrid y Londres tuvo una relevancia muy significativa para conseguir la independencia de los EE. UU. Episodios como el bloqueo de Gibraltar y las campañas en Luisiana y Guatemala, entre otros, así como la ayuda económica y financiera, son de una importancia estratégica y logística, poco conocida a nivel académico y popular hasta muy recientemente, aunque la nueva historiografía está trabajando para ponerla en valor.

La guerra de Independencia de los EE. UU. ha sido tratada por algunos autores y en algunos ambientes como un conflicto local. Sin embargo, la intervención de Francia y España con su alianza, llevando a cabo operaciones navales y terrestres conjuntas en los distintos escenarios europeos -el Mediterráneo, océano Atlántico y mar Caribe-, sumadas a la acción diplomática y estatal, la transformó en un conflicto total.

El trabajo de José María Blanco Núñez en el tercer artículo, *Campañas navales de la guerra de la Independencia de los EE. UU. de América,* se centra en resaltar la importancia de la intervención de la Real Armada durante esta guerra, tanto en combinación con la francesa como en solitario. Se analizarán los planes de invasión de Inglaterra que no se realizaron, pero su punto focal son las tres subidas al Canal de la escuadra combinada hispano-francesa, con sus consecuencias a la hora de desbloquear los puertos norteamericanos, la guerra de los convoyes con las acciones de Luis de Córdova con su jefe de Estado Mayor José de Mazarredo y las de Solano que con su «feliz ardid» contribuyó a impulsar la acción ofensiva en América, sin olvidar el esfuerzo en torno a Gibraltar y la acción sobre Menorca.

El cuarto capítulo, *La guerra Anglo-Española 1779-1783, Matías de Gálvez y sus campañas en la capitanía general de Guatemala,* se sitúa estratégicamente en la Capitanía General de Guatemala que gozaba de autonomía en lo militar con relación a Nueva España y que comprendía un territorio mucho más extenso que la actual Guatemala, incluyendo El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, Belice, Chiapas...

La capitanía era de gran importancia estratégica ya que era la unión entre el Virreinato de Nueva España y los tres virreinatos del sur, siendo por tanto objetivo del adversario inglés que pretendía con su ocupación partir el Imperio en dos. Además, en la zona de la laguna de Nicaragua, se consideraba posible establecer un canal que uniera ambos océanos.

A instancias del secretario de Indias, José de Gálvez, Carlos III designó a su hermano Matías.

Al declararse la Guerra, Matías inició operaciones ofensivas sobre los asentamientos en Campeche, a la par que contenía a las fuerzas británicas que desde Jamaica le atacaron. El ataque británico a Guatemala se produjo en las dos direcciones previstas, sobre San Fernando de Omoa y sobre el río San Juan, intentando romper el territorio y apoderarse de las fortificaciones, lo que consiguieron en el fuerte de Omoa.

Matías recuperó Omoa y contuvo la penetración en el río San Juan.

Recuperada la Costa de los Mosquitos, en la campaña de 1782 se propuso desembarcar y recuperar la isla de Roatán, lo que consiguió derrotando a los ocupantes.

Guillermo Calleja Leal en su artículo *Las olvidadas victorias decisivas en el territorio de Illinois: San Luis y el Fuerte de Saint José,* nos traslada a Luisiana del Norte, zona de operaciones fundamental, ya que significaba el dominio del curso alto del Misisipi. Vía logística esencial, que en el conflicto también suponía el espacio del segundo vector de esfuerzo del planeamiento británico para acabar con el dominio español en la zona de Luisiana-Mississippi y posteriormente ocupar Nueva Orleans y penetrar en el Virreinato de Nueva España, considerado la «perla» del Imperio Español.

El esfuerzo británico estaba pensado que fuera materializado mediante acciones ejecutadas por elementos nativos con colonos británicos y algún elemento de fuerza regular. El capitán Fernando de Leyba, comandante del puesto militar de San Luis, en el *Territorio de Illinois* (hoy Misuri), con escasos soldados del Fijo de Luisiana y unos doscientos milicianos, muchos de ellos de origen francés, se enfrentaron a las fuerzas británicas venciéndolas el 26 de abril de 1780. La victoria rompió el plan estratégico de atacar Luisiana desde el norte. Otro hecho de armas importante y que colaboró a poner de manifiesto la voluntad de vencer de los defensores de Luisiana fue la toma del Fuerte de

San José. Aunque fue una acción local, tuvo trascendencia estratégica al poner de manifiesto la resolución española, de oponerse a las acciones británicas poniendo de manifiesto voluntad de vencer, libertad de acción y capacidad de ejecución.

Con el último de los capítulos, *Algo más que dineros. La contribución económico-financiera española a la Independencia de los Estados Unidos de América,* Fernando Calvo González-Regueral, realiza una puesta en valor sistematizada de la trascendencia e influencia de los flujos económico-financieros que permitieron la realización de las operaciones político-militares, no solo de España, sino también de Francia y del Ejército Continental, caso paradigmático constituyen los pagos previos a la victoria aliada en Yorktown, decisiva para el desarrollo de la guerra. España realizó unas contribuciones materializadas principalmente en forma de empréstitos u otras fórmulas mercantiles y que se mostraron decisivas en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de América (1775-1783). La acción española en la guerra contra la Gran Bretaña y sus contribuciones marcaron un antes y un después en la financiación de los conflictos y que apenas unas décadas más tarde llevaría a exclamar acertadamente a Napoleón Bonaparte que *las guerras se ganan gracias a la acción de tres elementos: «Dinero, dinero… y dinero».*

Madrid, a 31 de mayo de 2026
Coronel Benito Tauler Cid (ret.)
Coordinador

ARTÍCULOS

Revista de Historia Militar
I extraordinario de 2026, pp. 17-46
ISSN: 0482-5748
RHM.01
https://doi.org/10.55553/504nkf070101

«Y SI NOS AGRAVIAN ¿NO DEBEMOS VENGARNOS?», LA INTERVENCIÓN ESPAÑOLA EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DE ESTADOS UNIDOS DESDE UNA PERSPECTIVA GLOBAL

Paulino GARCÍA DIEGO[1]

RESUMEN

En la primavera de 1775, transcurridos poco más de tres lustros desde la llegada al trono español de Carlos III, se desencadenarían en Norteamérica una serie de incidentes de gravedad creciente que pronto dieron paso a la rebelión abierta de las trece colonias inglesas de la costa Este y a la aprobación en julio del año siguiente su declaración de independencia. La cual se consumaría en 1783, al cabo de ocho años de guerra.

En ese desenlace sería determinante el apoyo económico y militar de Francia y España –que esperaban desquitarse de la humillación sufrida en la Guerra de los Siete Años– y en menor medida de las Provincias Unidas. La actuación de estas tres potencias en diferentes escenarios terrestres y marítimos a lo largo de medio mundo, en conjunción con la del Ejército

[1] General de Brigada de Artillería (reserva). Doctor en Historia Moderna especializado en las relaciones internacionales durante el reinado de Carlos III. Correo electrónico: pgardie@oc.mde.es.

Continental y la embrionaria marina movilizados por los rebeldes, así como el aislamiento internacional conseguirían doblegar a una Inglaterra hasta aquel momento casi imbatible.

La conmemoración del doscientos cincuenta aniversario de la declaración de independencia es sin duda una ocasión propicia para recordar a través de diferentes iniciativas el significativo papel de España en beneficio de esta causa y los notables hechos de armas y campañas que protagonizaron el Ejército y la Armada.

Además de este enfoque específico del conflicto hay otros, que podrían calificarse de globales, como el balance de fuerzas entre los contendientes –de gran importancia al evaluar sus posibilidades militares reales– y el contexto geopolítico, quizás menos llamativos, pero con una importancia primordial en la evolución y resultado de la guerra. Ambos son objeto de revisión en este artículo.

PALABRAS CLAVE: Independencia de Estados Unidos. Pactos de Familia. Guerras del siglo XVIII.

ABSTRACT

In the spring of 1775, fifteen years after the arrival of Charles III to the Spanish throne, a chain of incresingly serious incidentes erupted in british North America, soon leading to an open rebellion in the Thirteen Colonies on the East Coast. In 1783, after eight years of war, these colonies would achieve their full Independence from the British Crown. The economic and military support of France and Spain –both hoping to recover from the humiliation suffered in the Seven Years War– and, to a lesser extent, of the Netherlands, would be decisive in this outcome. The actions of these three powers in various land and maritime theaters, in conjuntion with the Continental Army and the fledging navy mobilized by the rebels, as well as the international isolation of Great Britain, would succeed in overcoming a hitherto almost unbeatable power.

The commemoration of the 250 aniversary of the declaration of Independence is undoubtedly a favorable occasion te remind through various initiatives the significant role of Spain in support of this cause and the notable military actions in which the spanish Army and Navy took part.

There are other aspects of the conflict that should be considered globally, such as the balance of forces between the contenders and the geopo-

litical context, perhaps less striking, but with primary importance in its development and outcome. Both of them are the subject of fhis article.

KEYWORDS: Independence of the United States. Bourbon Alliance. Wars of XVIII century.

*****

EL ESCENARIO GEOPOLÍTICO DE UN CONFLICTO MUNDIAL

Una tensa paz a la espera

Es necesario remontarse casi dos décadas para entender mejor las causas de la implicación española en apoyo de la rebelión de las Trece Colonias. En ese momento, en el año 1763, tras la finalización de la Guerra de los Siete Años el peso determinante de Inglaterra en la escena internacional se había puesto aún más de manifiesto. Su preponderancia marítima y colonial a costa de Francia era notoria, aunque no bastaba para asegurarle una hegemonía indiscutible, motivo por el cual consideraba que el tercer Pacto de Familia que vinculaba a las ramas española y francesa de la Casa de Borbón constituía todavía una amenaza para sus intereses. De hecho, Versalles y Madrid dedicarían sus esfuerzos a partir de ese momento a invalidar el Tratado de París, que había puesto fin a la guerra, y a tomarse la revancha por la derrota sufrida.

Lo cierto es que los perjuicios para España ocasionados por su breve intervención en la Guerra de los Siete Años habían sido menos graves que los que acarreó para Francia y la primera impresión era que no representaban un quebranto insoportable: se evacuaron los territorios arrebatados a Portugal en Europa y América y se canjeó La Habana por la Florida, que resultó ser la única perdida territorial sufrida como consecuencia de la guerra. A cambio de ella se obtuvo como compensación por parte de Luis XV una enorme región al oeste del Mississippi, Luisiana, cuya rentabilidad era por otra parte cuestionable.

Sin embargo, la realidad era más compleja: además de renunciar a las pretensiones relativas a la pesca en Terranova y a la jurisdicción sobre las presas marítimas, se habían tenido que admitir los establecimientos de los

ingleses en Honduras, nominalmente a cambio de demoler sus fortificaciones, y de los portugueses en el Río de la Plata y se perdía la posibilidad de recuperar Menorca, con lo que no se consiguió ninguno de los objetivos que habían llevado al país a la guerra.

Pero la consecuencia sin duda de mayor importancia fue la ruptura del equilibrio en América. Con la desaparición de Francia de escena en 1763, España quedaba sola frente a Inglaterra en el continente, con una inferioridad acusada en poderío marítimo, determinante para su seguridad. En otro orden de cosas la guerra había supuesto un notable desembolso económico, contribuyendo a evaporar los remanentes acumulados en la etapa precedente.

En cualquier caso, el resultado era que España, para hacer frente a su tradicional enemigo, Inglaterra, se veía irremediablemente obligada a seguir alineándose junto a la que en palabras del Conde de Aranda era su «peor amiga», Francia. En el plano de las relaciones bilaterales todavía se pasaría hasta 1770 por una etapa de cierta armonía entre las dos principales potencias borbónicas favorecido por la afinidad de los respectivos responsables de las relaciones internacionales, los secretarios de Estado Grimaldi, que había sido embajador en Francia, y Choiseul.

Los planes de desquite de Luis XV y de su poderoso ministro eran a largo plazo, puesto que preveían conseguir antes un considerable reforzamiento de la marina y el establecimiento de una amplia coalición frente a Gran Bretaña. Para ambos objetivos volvía a ser un factor primordial contar con el respaldo de España, aunque esta vez sopesando bien las posibilidades de ambas naciones de alcanzar la victoria antes de lanzarse a una empresa de dudoso desenlace, tal y como había sucedido en 1762, cuando Carlos III se decidió a intervenir en la guerra para sostener a Francia.

Aunque el apoyo de España a los planes franceses parecía asegurado por la política seguida hasta la fecha por Carlos III, lo cierto es que el monarca y sus colaboradores eran conscientes de que tras las manifestaciones oficiales de amistad entre ambas naciones se ocultaba la intención de la Francia de desplazar a Inglaterra en su posición predominante en el comercio con la América española, obteniendo de paso el máximo rendimiento de la alianza con una potencia secundaria estrechamente ligada a Francia por lazos familiares. En definitiva, la alianza franco-española no era considerada por Versalles sino como una vía natural de aprovechamiento económico y comercial en beneficio propio.

Crisis en el Atlántico Sur

En cuanto a la amenaza que representaba Gran Bretaña para España y sus dominios, era una consecuencia lógica de la aplicación drástica de

una agresiva política proteccionista y de defensa de su comercio y economía, lo cual colisionaba frontalmente con los intereses españoles, evidentemente en contradicción con la apertura a los puertos americanos a los buques ingleses y al activo contrabando que se llevaba a cabo desde una red de enclaves británicos estratégicamente distribuida a lo largo del continente[2]. Sería precisamente el peligro de que otro de esos establecimientos se crease en las deshabitadas islas Malvinas, bajo soberanía nominal de España, el motivo que estuvo a punto de desencadenar una nueva guerra en 1770.

A partir de la Paz de París el archipiélago había pasado a tener especial importancia para España por dos motivos. El primero era que la conservación de los dominios americanos constituía la primera prioridad de la política exterior. El segundo se derivaba de la reciente apertura de la ruta del Cabo de Hornos hacia los puertos del Pacífico, que venía a reemplazar a la tradicionalmente seguida por galeones y flotas hasta el Golfo de México. La colonización de las islas fue acometida a principios de 1764 por el francés Bougainville, que fundó un establecimiento en la isla Gran Malvina. De manera casi simultánea tendría lugar la creación en enero de 1765 en la isla Soledad de un establecimiento inglés, Port Egmont.

Ni Carlos III ni su secretario de Estado Grimaldi estaban dispuestos a aceptar esta situación, por lo que con el propósito de emplear las islas como barrera que impidiese el acceso de potencias enemigas al Mar del Sur y como refugio para los barcos españoles se organizó una colonia militar en 1766-1767, forzando el abandono francés de las islas. La crisis se agravaría en los años siguientes, llegando a su punto culminante en junio de 1770 como resultado del desalojo por la fuerza del establecimiento inglés, que nunca se habría acometido de no haber dado crédito Carlos III y Grimaldi a las promesas de respaldo de las reclamaciones españolas por parte de Francia. Versalles, ante la tesitura de que, al igual que en 1762, se precipitase la ruptura de hostilidades con Inglaterra adelantándose a los planes de rearme, dejó sola a España en un momento crítico, prácticamente a las puertas de la guerra. El punto culminante de la crisis llegó en diciembre de 1770, con la pérdida de la confianza real en Choiseul. La caída del ministro francés imprimiría un nuevo ritmo a las negociaciones que se habían puesto en marcha entre Madrid y Londres y que culminaron con la restitución de Port Egmont a los ingleses en septiembre de 1771, pero que no finalizaron hasta

[2] Feliciano Ramos, Héctor R.: *El contrabando inglés en el Caribe y el Golfo de México (1748-1778)*. Sevilla, 1990, pp. 75-100.

1774, cuando Gran Bretaña dejó de lado el Atlántico Sur para volcarse en los acontecimientos de América del Norte[3].

En la corte española se suscitaron sensaciones encontradas de profundo desagrado por la defección francesa y de amarga satisfacción por haber evitado una guerra cuyo previsible desenlace hubiese sido muy gravoso, lo que permitía seguir a la espera de un desquite de los agravios presentes y pasados, que en el caso del rey Carlos III se remontaban a la humillación sufrida tres décadas atrás, cuando al frente del trono napolitano la amenaza de bombardear la capital por parte de una escuadra inglesa le obligó a mantenerse al margen del conflicto sucesorio austriaco.

En lo concerniente a las relaciones con Francia, desde el desenlace de la crisis pasaría a ponerse en práctica un discreto distanciamiento por parte de España, derivado del cambio de actitud de Carlos III y su secretario Grimaldi hacia posiciones más pragmáticas, que llevarían a utilizar el Pacto de Familia en tanto representase un beneficio para los intereses españoles, como se pondría de manifiesto con la intervención en favor de los rebeldes norteamericanos.

El glacis defensivo español en Norteamérica

¿Cuál era en aquel momento la situación en los territorios españoles en América del Norte? La desaparición de Francia del escenario continental había llevado la frontera anglo-española hasta los límites de las Trece Colonias tras la adquisición de la Luisiana[4]. En 1776, casi una década después de la pacificación de ese extenso territorio por Alejandro O´Reilly, la insurrección de las Trece Colonias no pareció influir en un primer momento en los establecimientos españoles, pero el hecho de tener una frontera extensa con los territorios ahora en rebelión suscitó pronto preocupación en la corte de Madrid, consciente de la gran importancia que podría tener la Luisiana si comenzaba una guerra con Gran Bretaña[5]. En consecuencia, se decidió adoptar una serie de medidas que mostrasen la voluntad de mantener con firmeza el dominio de la región, evitando así que los bandos en liza se aprovechasen de la supuesta debilidad española.

---

3 García Diego, Paulino «La estrategia española en el Atlántico Sur. La crisis de las Malvinas (1764-1774)», en *Revista de Historia Naval*. 2014, pp. 9-26.

4 Acosta Rodríguez, Antonio: «Problemas económicos y rebelión popular en Luisiana en 1768», en *Actas del Congreso de Historia de los Estados Unidos. Universidad de la Rábida*, *5-9 julio 1976.* Madrid, 1978, pp. 131-146.

5 Weber, David J: *La frontera española en América del Norte.* México, 2000, pp. 357-382.

De este modo, en paralelo con el refuerzo de la red de agentes y espías que operaban en las colonias británicas –no solo en las de Norteamérica sino también en Bahamas, Jamaica y otros lugares del Caribe– se pondría en marcha, al principio tímidamente, un refuerzo de los puestos del Mississippi y del interior para afirmar la presencia española. El responsable de estas medidas sería el coronel del Regimiento de Infantería Fijo de Luisiana Bernardo de Gálvez, sobrino del visitador José de Gálvez, que, en julio de 1776, solo unos días después de la declaración de independencia de las colonias norteamericanas, se convirtió en gobernador interino de la provincia y que un lustro más tarde tendría un papel decisivo en la expulsión de los británicos de la Florida occidental, contribuyendo a precipitar el fin de la guerra[6].

En cuanto a las regiones más occidentales del virreinato de Nueva España, el más valioso de los dominios de la corona y clave para el sostenimiento financiero de toda la América española, la adquisición de la Luisiana había alejado la frontera de Texas y la había situado en el río Mississippi, a centenares de kilómetros al Este, lo que disminuyó el interés estratégico tejano y de los territorios limítrofes[7]. Precisamente a raíz de la misión del visitador José de Gálvez, se había llegado a la conclusión de que el estado de las guarniciones más occidentales de Texas –Santa Cruz de San Saba y San Luis de Amarillas– era muy malo. Solo parecían viables San Antonio de Béxar con su fuerte y cinco misiones a las que se protegía con poco más de una veintena de soldados, y el presidio de La Bahía, en la costa del Golfo. Gálvez recomendaría la consolidación de puestos en dos aéreas y el abandono de todos los situados en el Este de Texas, incluyendo la antigua capital, Los Adaes[8]. En consecuencia, en 1772 el edicto real llamado «Nuevas Regulaciones para Presidios» ordenó llevar a cabo una política con los indígenas que buscase la paz con las tribus del norte y convirtió a San Antonio de Béxar en capital de la provincia de Texas. En 1776 se designó a Teodoro de Croix comandante general de una nueva demarcación denominada Provincias Internas, que incluía Coahuila, las Californias, Nueva Vizcaya, Nuevo México, Sinaloa, Sonora y Texas y fijó su capital en Arizpe[9].

Lejos del escenario de las tensiones entre británicos y colonos y en vísperas de su rebelión la monarquía española continuaba estableciendo en-

6 Albi, Julio: *Las defensas de las Indias (1764-1799)*. Madrid, 1987, pp 70-84.

7 Gerhard, Peter: *The northern frontier of New Spain*. Princeton, 1983, pp. 313-369.

8 Navarro García, Luis: *La política americana de José de Gálvez según su discurso y reflexiones de un vasallo.* Málaga, 1988.

9 Almaraz, Félix D.: «Arco de defensa: La Comandancia General de las provincias internas de la Nueva España y su impacto en Texas, 1772-1821», en Garrigues López-Chicheri, Eduardo (coord.), *Norteamérica a finales del siglo XVIII: España y los Estados Unidos*. Madrid, 2008, pp. 69-83.

claves en la costa Oeste de Norteamérica. Era la principal consecuencia de las noticias recibidas en España en su momento sobre la expansión de otras potencias hacia la Alta California, primero de rusos (1764) y luego de ingleses (1770), llevando a poner en marcha la exploración y ocupación del litoral del Pacífico. En el primer caso, a raíz de la información recibida sobre las nuevas expediciones autorizadas por Catalina II, en la Corte de Madrid se empezó a tomar en serio la progresión rusa en el Pacífico y a estudiar la necesidad de llevar la frontera lo más al norte posible para impedir que San Petersburgo planteara reivindicaciones sobre las costas del Noroeste americano[10]. De este modo una Real Cédula de noviembre de 1767 ordenaría al virrey de Nueva España ocupar los puertos de San Diego y Monterrey y evitar así la interferencia de cualquier potencia extranjera.

Ya se ha indicado que en aquel periodo se encontraba en México como visitador general José de Gálvez, nombrado para el cargo en 1765 con el cometido de investigar el estado de las finanzas y la organización administrativa en Nueva España. Durante su estancia americana impulsaría importantes reformas fiscales y militares, potenciaría la colonización de California y haría frente a las revueltas producidas tras la expulsión de los jesuitas. José de Gálvez decidió fijar San Blas como punto de partida, nombrando a Gaspar de Portolá, gobernador de la Baja California, como jefe de una primera expedición que partió a principios de 1769, alcanzando el lugar en el que hoy en día se encuentra San Francisco. En un segundo intento de abrir la ruta de la Alta California, Portolá salió de San Diego y logró llegar a Monterrey a finales de mayo de 1770. Desde entonces y hasta el comienzo de 1777, se fundarían en la costa californiana los presidios de San Diego, Monterrey y San Francisco, así como siete misiones.

Los cambios en la política exterior británica y en sus relaciones con las colonias de Norteamérica

Para una mejor comprensión del curso de los acontecimientos es necesario mencionar el cambio de rumbo de la política exterior británica, que sería convenientemente aprovechada por la diplomacia de las potencias borbónicas. A partir de 1763, una vez finalizada la guerra de los Siete Años, Inglaterra se había encaminado progresivamente hacia una situación de relativo aislamiento agravada por la incapacidad de los sucesivos gabinetes

[10] Fernández Rodríguez, Manuela: «La presencia rusa en el Pacífico noroeste», en Martínez Peñas, Leandro (coord.), *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo.* Madrid, 2011, pp. 93-117.

para restablecer un sistema de alianzas. En la etapa final del conflicto, que había supuesto la ruptura con la monarquía de los Habsburgo, se alejaría progresivamente de Prusia, lo que por primera vez privaría a Londres de un aliado continental con suficiente poder como para mantener el equilibrio con Francia. A partir de ese momento solo contaría con el apoyo de algunos pequeños principados alemanes.

En otro orden de cosas, la línea de actuación del primer ministro Grenville en lo relativo a sus controversias con las monarquías borbónicas sería la de asegurar los intereses británicos mediante una estrategia intimidatoria asimilable a la «diplomacia de las cañoneras», de la que constituye buena muestra el incidente de las Malvinas, que estuvo a punto de provocar la ruptura de hostilidades con España en 1770-71. Sin embargo, esta actitud agresiva provocaría daños colaterales, acentuando el creciente aislamiento de Londres al suscitar honda preocupación en otras potencias europeas con dominios ultramarinos, que se agruparían en una liga de neutrales. Entre ellas destacaba Holanda, que desde principios de siglo y por motivos diversos se había alineado junto a Inglaterra.

Grenville, muy criticado en el interior por la persecución y demanda contra el miembro del Parlamento John Wilkes por difamación contra el rey, intentaría recuperar popularidad mediante una reducción de impuestos en la metrópoli. Para ello y con la finalidad de reponer los gastos de casi una década de guerra (1754-1763) se vio abocado a incrementar la presión fiscal sobre las colonias americanas, muy dependientes de las manufacturas inglesas, cuya importación se veía ahora gravada por incrementos impositivos. Esta presión se materializó en la aprobación en marzo de 1765 de la Ley del Timbre (*Stamp act*), creando un caldo de cultivo proclive para la desafección en Norteamérica que se agravaría más adelante con las disposiciones del responsable de las finanzas reales, Townshend, que limitó la autonomía de las colonias y las recargó con más impuestos a los artículos de importación, entre ellos el té, el plomo, el papel y el vidrio.

La falta de solución a los problemas que había provocado la Ley del Timbre y las disensiones en el seno del gabinete llevaría a la dimisión de Grenville en 1766, sucediéndole primero Rockingham, luego Pitt, y a partir de 1770 North, sin que los sucesivos relevos supusiesen cambios significativos en materia de política exterior y de relaciones con las colonias americanas. El último se mantendría en el cargo de primer ministro hasta 1782, cuando el conflicto, iniciado en Norteamérica había alcanzado dimensiones globales y se acercaba a su desenlace.

Hacia la rebelión en Norteamérica

En torno a 1770 las Trece Colonias estaban pobladas por unos dos millones de colonos de ascendencia europea y por casi medio millón de esclavos africanos, además de por una menguante población indígena que progresivamente era arrinconada y desplazada hacia el Oeste. Como se ha indicado y a pesar de que la renta media en esos territorios había llegado a ser superior a la de la misma Inglaterra, las relaciones con la metrópoli se habían degradado progresivamente desde el final de la Guerra de los Siete años, principalmente a causa del aumento de las cargas fiscales establecidas a partir de 1765. El resultado fue que no tardaron en tener lugar los primeros altercados en los puertos, donde los colonos se opusieron a la importación obligatoria de productos de Inglaterra y a la imposibilidad de exportar los suyos. Un incidente en Boston en 1768 provocó un motín popular tras la detención por los británicos del buque *Liberty* por actividades ilícitas. En ese puerto y en el resto de Nueva Inglaterra la situación se fue haciendo más y más tensa hasta que en marzo de 1770 tuvo lugar un incidente en el que las tropas británicas respondieron disparando contra una masa de ciudadanos y abatieron a cinco de ellos, lo que hizo que a partir de ese momento ya no fuese posible detener los enfrentamientos.

Por si fuera poco, el intento del Parlamento de Londres de evitar la quiebra de la Compañía de las Indias Orientales consistente en aumentar de manera radical los impuestos sobre el té que se enviaba a las colonias americanas provocó renovadas protestas. Se produjeron manifestaciones y nuevos incidentes en los puertos, principalmente de Nueva Inglaterra, pero también en Nueva York y Filadelfia, entre ellos el conocido *Tea Party* de Boston de diciembre de 1773.

La reacción de las autoridades fue enérgica por la importancia de preservar la dependencia de Inglaterra de las Trece Colonias, ya que eran el destino de casi el 40% de las exportaciones de la metrópoli. Por otra parte, se confiaba en que los disturbios fuesen localizados y no se extendiesen. Entre marzo y junio de 1774 la situación empeoró al proclamarse el estado de excepción e imponer el gobierno británico una serie de leyes que los colonos consideraron coactivas, conocidas como *Intolerable Acts*.

La respuesta fue la convocatoria en septiembre de ese mismo año del Congreso Continental, en el que estuvieron presentes la mayor parte de las colonias de Norteamérica a excepción de Georgia. Faltaron también Nueva Escocia, Terranova, Canadá y las dos Floridas, la occidental y la oriental, porque no eran parte de las autodenominadas Trece Colonias. El congreso emitiría una declaración de derechos y protestas que presentó al Parlamento

de Londres y que no fue atendida. Como consecuencia se produjeron el 19 de abril de 1775 graves enfrentamientos con las tropas regulares británicas en Lexington y Concord, que constituyeron el comienzo de la rebelión abierta.

De esto modo comenzaba lo que en principio parecía una operación militar limitada para mantener el orden público, en la línea de las que se habían llevado a cabo en Inglaterra e Irlanda en otras ocasiones. Sin embargo los acontecimientos conducirían inexorablemente a una guerra abierta y generalizada en el transcurso de meses. El recurso a la fuerza en su máxima extensión se hizo entonces inevitable para tratar de evitar la secesión.

La rebelión en sí misma constituía un hecho inédito para la mentalidad de la época, que no podía admitir que los súbditos de un monarca se levantasen en armas contra él, lo cual no fue obstáculo para que las cortes de Versalles y Madrid viesen en ella una extraordinaria oportunidad de debilitar a Inglaterra, sin excluir que en el caso de que los colonos llegasen a afianzarse en el continente –una hipótesis que en 1775-76 no parecía muy probable– pudiese abrirse el camino para el desquite por la derrota sufrida en 1763. Por tanto, se consideraba que los sucesos de América del Norte de los que comenzaban a llegar noticias a las capitales europeas no debían ser ni ignorados, ni llegado el caso, desaprovechados.

De este modo, en 1778-1779 tendría lugar la intervención abierta en la guerra (desde el primer momento se había proporcionado ayuda financiera y material) de las potencias borbónicas, Francia y España, y de los Países Bajos, extendiendo la amenaza para Inglaterra a sus Indias Occidentales, cuya relevancia económica para la economía metropolitana era del orden de la de las Trece Colonias, y a sus enclaves en el Mediterráneo –Gibraltar y Menorca–, en África y en la India.

EL BALANCE DE FUERZAS

El caso británico. Una extraordinaria capacidad de movilización de recursos

Para Inglaterra, la rebelión en Norteamérica y el conflicto posterior con Francia, España y Holanda supondrían un salto cuantitativo en materia de financiación en relación con conflictos anteriores, en los que un factor esencial para su éxito había sido la considerable capacidad de movilizar en mayor medida y en menos tiempo que sus enemigos los ingentes recursos económicos necesarios para reclutar, equipar y sostener ejércitos y escuadras.

El esfuerzo militar exigido por el nuevo conflicto global llevaría a que los gastos estatales anuales se incrementasen un 150%, hasta los 24,2 millones de libras, de ellos 7,2 millones para el Ejército, 6,9 para la Marina y 6,7 millones para el servicio de la deuda (que llegaría a ser el doble de la existente en la década anterior). A pesar del aumento de la presión fiscal, menos de dos terceras partes de los gastos se cubrirían mediante impuestos ordinarios. De éstos el 80% sería proporcionado por gravámenes indirectos y el resto por el *land tax,* el impuesto directo sobre la tierra.

El resto de gastos se sufragaría recurriendo a la deuda pública, que todavía ascendía en 1775 a 127,3 millones de libras, circunstancia que como se ha referido había subyacido en el intento del gabinete de Londres de que las Trece Colonias contribuyesen al esfuerzo fiscal general y había suscitado la reacción contraria de una parte de los colonos, contribuyendo a su desafección. Casi una década más tarde, en 1783, año de finalización de la guerra, la deuda ascendería ya a 242 millones de libras, un nivel que no sería posible reducir y que permanecería constante hasta 1793, comprometiendo hasta entonces casi la mitad del presupuesto anual para el pago de su servicio. En conjunto, el coste de la guerra fue una cantidad del mismo orden, unos 236 millones de libras esterlinas (de ellos 127 en gastos militares y 60 para atender la deuda), incluyendo las capturas o hundimientos de buques mercantes –más de tres mil, muchos a manos de corsarios–, y otra serie de pérdidas económicas. El esfuerzo bélico en este conflicto equivaldría en conjunto al 12,5% del producto nacional –porcentaje superior incluso al 10% que representaría en las guerras napoleónicas–[11].

En la dinámica de alternancia entre gasto militar contenido en tiempo de paz e incremento acusado en periodos de guerra que caracterizó a Gran Bretaña a lo largo de todo el siglo XVIII el conflicto que daba comienzo en Norteamérica en 1775 no sería una excepción. Tras el triunfo de las armas británicas en la Guerra de los Siete Años se había desmovilizado el Ejército, que probablemente no contaba al comenzar las revueltas con más de 36.000 oficiales y soldados, un tercio por debajo de los efectivos teóricos. De ellos unos 8.000 estaban desplegados en las Trece Colonias. Al servicio de la Armada estaban otros 16.000 hombres. Un número superior de efectivos –en torno a 64.000– constituían el ejército privado organizado y sostenido por la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, pero en su mayor parte no podrían emplearse fuera de la India al ser necesarios para hacer frente a las guerras en el subcontinente. Por el mismo motivo tampoco podía hacerse

11 Storrs, Charles (ed.): *The fiscal-military state in eighteenth-century Europe. Essays in honour of P.G.M. Dickson.* Farnham, 2009, pp. 23-59.

uso de los recursos financieros de la compañía, ya comprometidos (hacia 1772 los gastos militares anuales en la India eran de 1,24 millones de libras y una década más tarde habían aumentado hasta 3,2 millones, incluyendo a las fuerzas navales, cantidad que suponía más de la mitad de los ingresos totales obtenidos en ese subcontinente).

Refiríendose a las necesidades de efectivos, en un primer momento se optó por la búsqueda de contingentes extranjeros antes que por el reclutamiento de nacionales. Tras no encontrar eco favorable las iniciativas en este sentido emprendidas en Holanda y Rusia, se recurrió de nuevo, como en el conflicto anterior, a los estados alemanes, que aportaron 22.000 hombres, de los que unos 9.000 combatirían en América. A ellos que había que sumar siete batallones de Hannover, estado del que el rey Jorge III era elector, una parte de los cuales relevaron a las guarniciones de Menorca y Gibraltar, que así pudieron ser destinadas a ultramar, y el resto a la India. De este modo, no fue difícil incrementar los efectivos en Norteamérica hasta 25.000, mientras que con americanos lealistas se organizaron milicias y cuerpos provinciales –solo estos últimos podían superar los 20.000–, se cerraron acuerdos con tribus indias en Canadá y las regiones fronterizas de las Trece Colonias y se movilizó como auxiliares del ejército a varios miles de esclavos[12]. Sin embargo, el balance del empleo de tropas extranjeras, milicias locales e indígenas fue negativo ya que su actuación en numerosas ocasiones, sin consideración alguna hacia heridos y prisioneros enemigos, no hizo sino decantar a los pobladores de las colonias que albergaban dudas sobre la ruptura con Inglaterra a pronunciarse por los rebeldes.

Lo cierto es que en 1778 las operaciones en Norteamérica absorberían ya al 60% del Ejército, con un número total de soldados y lealistas que se aproximaba a los 70.000 efectivos. La Royal Navy, realizaría también un esfuerzo importante y había desplegado allí el 40% de sus navíos de línea, proporcionando un valioso apoyo desde el mar a las fuerzas terrestres, a la vez que garantizaba la llegada de suministros y el transporte de tropas y dificultaba la ayuda exterior a los rebeldes.

A partir de 1778, la intervención francesa y la consiguiente amenaza de invasión de las islas Británicas hicieron insuficientes las medidas adoptadas, por lo que se hizo inevitable movilizar nuevas unidades mediante el reclutamiento en la metrópoli. De este modo fue posible que la media anual de efectivos superase los 108.000 en el Ejército y los 82.000 en la Marina, a los que había sumado para la defensa territorial en Inglaterra e

[12] Conway, Stephen: *The War of American Independence 1775-1783*. Londres, 1995, pp. 43-44.

Irlanda a 100.000 milicianos y voluntarios. Simultáneamente se aceleró la construcción de buques de guerra, esenciales para asegurar las líneas de comunicación, amenazadas por las escuadras española, francesa y holandesa, en conjunto superiores en número a la *Royal Navy*. La amenaza de una invasión de las islas y la protección de las Indias Occidentales cambiaron las prioridades de la guerra, llevando a que en 1780 únicamente el 30% del Ejército y el 10% de los navíos de línea de la *Navy* estuviesen disponibles para operaciones en Norteamérica, lo que sin duda favoreció decisivamente la causa de la independencia.

Los adversarios de Inglaterra

En el bando insurrecto la movilización de recursos solo fue capaz de alcanzar una pequeña parte de la metrópoli. Su componente naval, más allá del hostigamiento a través del corso, fue casi insignificante, en tanto los efectivos del *Continental Army* no llegarían a superar los 34.000. El sostenimiento de estas fuerzas fue viable solo gracias al apoyo financiero de Francia y España, en conjunto unos 2,5 millones de libras (10 millones de dólares de 1791), ya que entre 1775 y 1780 unicamente fue posible recaudar por vía fiscal en las colonias rebeldes 2,4 millones de libras. Con unos ingresos tan reducidos no podía asegurarse el pago de intereses de empréstitos. Si además se tienen en cuenta las dudas que imperaban sobre el resultado final de la guerra, se explica el fracaso del recurso a la deuda de las nuevas autoridades, obligando en su lugar a emitir papel moneda de forma masiva, unos 440 millones de dólares hasta 1780, medida de eficacia limitada y que a largo plazo sería problemática.

En abril de 1775, tras las derrotas de Lexington y Concord, Washington se presentó en el Congreso Continental abogando por el enfrentamiento abierto[13]. No está claro que buscase explícitamente el cargo de jefe del que pronto se denominaría Ejército Continental, pero fue propuesto para ese puesto por John Adams, el cual consideraba que un hombre notable de Virginia al frente del nuevo ejército podría evitar suspicacias en las colonias del Sur hacia un movimiento revolucionario que tenía su origen en los territorios del Norte. A partir de junio de 1775 Washington dirigiría el Ejército Continental ininterrumpidamente por espacio de más de seis años en los que se alternaron los altibajos en los campos de batalla hasta alcanzar la decisiva

[13] Ferling, John E.: *The First of Men. A life of George Washington.* Knoxville, 1988, pp. 111-135.

victoria de Yorktown en octubre de 1781. Una vez firmada la paz y después de que Gran Bretaña reconociese la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, en diciembre de 1783, renunciaría a su cargo militar y volvería a Mount Vernon.

Para Francia, la obsesión por devolver a Inglaterra la humillación sufrida en 1763 pesaría más que el temor a desequilibrar la economía con las cargas que supondría una nueva guerra, sobre todo teniendo en cuenta que se circunscribiría a los ámbitos colonial y marítimo, donde se encontraba en inferioridad de fuerzas al no poder hacer uso de la mayor parte de su ejército, compuesto en 1778 de 150.000 soldados y oficiales a los que podían añadirse otros tantos integrantes de las milicias. Únicamente 20.000 intervendrían en América –un tercio en las Trece Colonias y el resto en las Indias Occidentales– y otros pocos miles en el Mediterráneo, reforzando a los españoles en Gibraltar y Menorca, en la India y en África. En esta ocasión la Marina absorbería más de la mitad de los gastos militares totales, pero se encontraba con la dificultad de encontrar personal capacitado para ser embarcado, el cual probablemente no superaba los 60.000 en todo el país en 1777, de los que una cuarta parte ya estaban enrolados. En 1781-1782 sus efectivos rondaban los 90.000, pero más de la mitad eran marineros extranjeros, campesinos reclutados voluntariamente o por la fuerza y soldados del Ejército, con un valor muy limitado como dotaciones.

El gasto total que supusieron los cinco años de guerra para Francia fue de unos 1.300 millones de libras tornesas (53 millones de libras esterlinas). La presión fiscal aumentó un 10%, incluyendo recargos de impuestos existentes y la creación de uno nuevo sobre la tierra que continuó en vigor hasta 1787. La deuda aumentó hasta los 3.315 millones de libras tornesas (143,5 millones de libras esterlinas), el 62% de la de Inglaterra y su servicio anual se situó en 165,4 millones de libras tornesas (7,16 millones de libras esterlinas)[14]. Como consecuencia las finanzas públicas francesas se verían seriamente afectadas en los años siguientes, llegando el servicio de la deuda a hipotecar en 1788 la mitad de los ingresos estatales. En ese momento el país se encontraba al borde de la bancarrota, contribuyendo a crear el ambiente propicio para la revolución, que se desencadenaría al año siguiente.

Refiríendose a Holanda, que se unió a la coalición franco-española en 1780-81, el motivo de su intervención en la guerra fue sobre todo económico, por los perjuicios ocasionados por la *Royal Navy* a los comerciantes y navieros holandeses, los cuales pesaron más que la anglofilia del estatúder

[14] Storrs, Charles: *op. cit.*, pp. 147-166.

Guillermo V de Orange[15]. Esa intervención fue también la menos determinante por el mal estado de las finanzas, que todavía no habían podido recuperarse del colapso sufrido en 1748, traducido en la debilidad del Ejército y de la Marina, cuya aportación –una docena de buques de línea– no llegaba a la décima parte de la que en conjunto movilizaban sus dos poderosos aliados. En cuanto a la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, su papel sería muy limitado, más allá del apoyo puntual a las iniciativas francesas en el subcontinente indio.

La realidad es que el desfavorable curso de los acontecimientos para las armas holandesas tanto en el mar como en sus dominios conseguiría el efecto contrario al que esperaba Londres. En lugar de desgastar a los partidarios de la guerra en favor del estatúder, una parte importante de la opinión pública achacaría a este las derrotas sufridas, sembrando la semilla del movimiento de los Patriotas y de la posterior guerra civil, que precedería a los sucesos revolucionarios en Francia y desembocaría en la intervención prusiana en el país.

El panorama español

En España, en materia militar, en la primera mitad del reinado de Carlos III se habían puesto en marcha varias iniciativas, siempre en una línea de continuismo con las reformas de Felipe V, sin duda las más decisivas del siglo XVIII[16]. Al igual que en etapas anteriores, la necesidad de sostener tanto fuerzas terrestres como navales con unos recursos humanos y económicos forzosamente limitados supondría que no se llegase en ninguno de los casos a donde se pretendía, con afectación tanto del Ejército como de la Armada, si bien en el periodo que nos ocupa ésta sería más intensa en el caso del primero.

Hacia 1779 el Ejército probablemente no superaba los 30.000 efectivos reales, menos de la mitad de los teóricos, solo cuya manutención consumía al año 106 millones de reales (un millón de libras esterlinas), la mitad de su presupuesto. En cuanto al número de unidades, no se correspondería con la realidad ni tan siquiera tras la movilización (en 1780 contemplaba 80 regimientos de Infantería y 22 de Caballería)[17]. A ellos se añadían 23.000 integrantes de las milicias, cuerpo con una relevancia cada vez menor en la metrópoli, al contrario de lo que sucedía en América, aunque tendría lu-

15 Blom, Johannes Cornelis Hendrick: "The Crisis Nears (1751-1780)", en *History of the Low Countries*. Cambridge, 2006, pp. 210-221.

16 Terron Ponce, José Luis: «La década O´Reilly, en Ejército y Política» en *La España de Carlos III*. Madrid, 1997, pp. 36 a 46.

17 Martínez Ruiz, Enrique: *El Ejército del Rey*, Madrid, 2018, p. 76.

gar un repunte transitorio durante el conflicto por la salida de unidades del Ejército con destino a las islas del Caribe y a Menorca (11.000 y 9.000 soldados respectivamente), ya que sus cometidos de defensa territorial en España tuvieron que ser asumidos por la milicia.

Por su parte la Armada no contaba con más de 16.000 hombres, menos de un tercio de los necesarios para completar las dotaciones. Refiriéndose a buques principales, en 1778 la Armada contaba con sesenta y cuatro navíos (en ese momento la *Royal Navy* tenía en inventario ciento doce navíos y Francia unos setenta), un número llamativo por su cuantía, pero excesivo si se tienen en cuenta las limitadas capacidades de mantenimiento y de reclutamiento, relacionadas respectivamente con los recursos financieros del estado y con las posibilidades de la matrícula naval, a su vez condicionada por la discreta entidad de la marina mercante.

Refiriéndose a América, escenario de algunas de las principales operaciones, allí el Ejército permanente había duplicado sus efectivos desde los escasamente 15.000 con que contaba en 1763. De la tropa el 75% era americana, al igual que más de la mitad de los oficiales. En cualquier caso, era un número exiguo para unos territorios tan extensos, lo que reducía su papel a constituir una tenue red de vigilancia de fronteras en Chile y Norteamérica y a proporcionar un limitado apoyo a las autoridades virreinales y locales para el mantenimiento del orden público en ciertas zonas y ciudades. Durante la guerra se movilizarían unidades de milicias que resultaron de utilidad para reforzar al Ejército de dotación y al de refuerzo enviado desde la metrópoli y a partir de 1780 se activarían las conocidas como *levas honradas*[18].

Al contrario que en 1763, en esta ocasión se trataría de un conflicto largo y costoso para España, que además en su periodo final coincidiría con las rebeliones indígenas en América del Sur, en particular la del Perú. Si en el periodo entreguerras (1764-1778) el gasto total del estado osciló en torno a los 470 millones de reales anuales (4,7 millones de libras esterlinas), de los que un 38% se destinó al Ejército y un 21% a la Armada (270 millones entre ambos), entre 1779 y 1783 y a causa de la guerra los gastos estatales se elevaron un 40%, hasta una media anual de casi 700 millones de reales (7 millones de libras esterlinas), con un 32% asignado al Ejército y otro 29% para la Armada, que representaron casi 420 millones de reales (4,2 millones de libras esterlinas)[19].

---

18 Alves Carrara, Angelo (coord.): *Guerra y fiscalidad en la Iberoamérica colonial (siglos XVII-XIX)*. México, 2012, pp. 39-64.

19 Torres Sánchez, Rafael: "Possibilities and Limits: Testing in the Fiscal Military State in the Anglo-Spanish War of 1779-1783", en *XVI International Economic History Congress, WP 09/06.* Helsinki, 2006.

Estas necesidades surgían en un momento en el que no era posible el transporte de las remesas americanas por el riesgo que suponía la travesía marítima, al tiempo que los aranceles caían por la interrupción del comercio trasatlántico. A ello se sumaba el agotamiento del fondo de reserva que durante casi dos décadas había supuesto el Real Giro, agotado al haberse destinado sus remanentes entre 1775 y 1777 a financiar las expediciones a Argel y América del Sur (transportando 20.000 y 9.000 soldados respectivamente). La consecuencia de todo lo anterior fue que con que los ingresos ordinarios solo se estaba en condiciones de cubrir un 64% de los gastos comprometidos, obligando a crear nuevos impuestos con los que pudo atenderse a otro 6%, en tanto para financiar el 30% restante se recurría principalmente al hasta entonces descartado endeudamiento a través de la suscripción de los Vales Reales de nueva creación y en menor medida a los fondos vitalicios y a solicitar préstamos y donativos.

El pago de todas estas obligaciones de deuda hipotecó en 1779-1783 el 13% del gasto anual del Estado, más de 100 millones de reales (en torno al millón de libras esterlinas), casi el triple de lo que había supuesto en los tres lustros precedentes, pero fue posible evitar la situación que tras la guerra se produciría en Francia a causa de los impagos y la falta de solvencia del Tesoro. En conjunto, los gastos militares totales durante la guerra fueron de unos 2.100 millones de reales (21 millones de libras esterlinas), con una media anual que pudo equivaler a un tercio de la de Inglaterra[20]. Había que añadir otros 500 millones derivados de la deuda emitida, así como los gastos militares en América, superiores a los de conflictos anteriores, cubiertos con impuestos ordinarios (en los dominios ultramarinos se destinaba a este capítulo el 40% de los ingresos anuales, que fueron de 440 millones de reales en 1779) y con ingresos extraordinarios procedentes de préstamos, créditos y adelantos de impuestos. El incremento de la presión fiscal provocó reacciones contrarias en España, pero sobre todo en América, propiciando las insurrecciones que tuvieron lugar en Perú y otros territorios.

En lo tocante a construcción naval, entre 1764 y 1783 el ritmo repuntaría respecto a los años precedentes, con una media de botaduras anuales de 2,3 navíos en comparación con los cinco de Inglaterra y los 3,7 de Francia, lo que supone que España continuó realizando un considerable esfuerzo económico en esta materia que todavía se mantendría por espacio de una década. Entre 1779 y 1783 se botaron diez navíos en los astilleros españoles en comparación con los veinticuatro en Francia y treinta y nueve en Inglatera.

[20] Jurado Sánchez, José: "Military Expenditure, Spending Capacity and Budget Constraint in eighteenth century Spain and Britain", en *Revista de Historia Económica.* 1. 2008, pp. 141-164.

En cuanto a las bajas de buques principales durante la guerra, se perderían en combate nueve navíos frente a diecinueve franceses y quince ingleses.

Se seguiría priorizando la construcción de navíos de tres puentes pensando en encuentros decisivos, complementados por otros de dos puentes y por un reducido número de unidades menores. Se reactivó en estos años la actividad en los arsenales existentes en España, pero sin pasar a administración directa, sino suscribiendo nuevas contratas con empresarios italianos (Cartagena) y españoles (Guarnizo), aunque con menos autonomía que antes de 1763 por la creciente colaboración con la marina francesa traducida en la intervención de sus técnicos en las fábricas de artillería de Sevilla y Santander y en el nombramiento del ingeniero Gautier como director de construcción en Guarnizo. Asimismo, se darían pasos para militarizar la maestranza y para la asunción de la dirección técnica de los proyectos por oficiales de la Armada, creando el Cuerpo de Ingenieros[21]. Continuó teniendo gran importancia el Arsenal de La Habana, donde se botaría uno de cada tres nuevos barcos construidos hasta 1794, año en el que con el paso definitivo a administración directa de la construcción naval sus cometidos quedaron reducidos al suministro de maderas.

LA INTERVENCIÓN DE LAS POTENCIAS BORBÓNICAS

El apoyo español a los rebeldes de las Trece Colonias

Desde el primer momento se prestaría particular atención en España a las noticias que llegaban de los acontecimientos de Norteamérica y a las que daban cuenta de los movimientos de los emisarios enviados por los insurrectos a Europa. Así Escarano, encargado de negocios en Londres, se apresuraría a informar a Grimaldi de la precipitada salida de la capital británica de Benjamín Franklin que, tras partir hacia Filadelfia a finales de marzo de 1775, sería elegido a su regreso delegado para el segundo Congreso Continental, reunido en el mes de mayo, y comenzaría de inmediato a trabajar en el borrador de los «Artículos de la Confederación de las Colonias Unidas».

Este segundo Congreso se declaró órgano de gobierno de las Trece Colonias y creó el Ejército Continental, al mando de George Washington. Sus comienzos serían inciertos, ya que se estrenaría con una derrota en Bunker Hill el 16 y 17 de junio de 1775, tras la que el rey Jorge III declaró a

[21] Valdez-Bubnov, Iván.:«Navíos para un Imperio global», en *Espacio, Tiempo y Forma.* 32. 2019, pp. 146-147.

Nueva Inglaterra en estado de rebelión. A partir de ese momento la situación en las colonias inglesas de Norteamérica fue ya de guerra abierta entre los colonos y los ejércitos británicos, que parecían haber ganado la iniciativa. Sin embargo las derrotas sufridas no arredraron a los rebeldes y el nuevo congreso reunido en Filadelfia en diciembre de 1775 rechazó las propuestas de negociación del gobierno inglés, al tiempo que Benjamín Franklin, John Adams y otros delegados comenzaban a trabajar en un comité para la preparación de un plan de tratados con potencias extranjeras ("Plan of 1776"), en cuyo contexto debe entenderse la solemne declaración de Franklin al infante Gabriel de Borbón, quinto hijo varón y quizá el más querido de Carlos III, además de hombre ilustrado y con inquietudes culturales, en la carta que le dirigía el 12 de diciembre de 1775 manifestándole lo siguiente[22]:

> *«…mirando hacia adelante pienso que veo un poderoso dominio creciendo aquí, cuyo interés será formar una cercana y firme alianza con España y sus territorios fronterizos a los nuestros; y que estando unidos serán capaces, no solo de mantener su propia gente en paz, sino rechazar la fuerza de todas las otras potencias en Europa. Por eso parece prudente por los dos lados cultivar un buen entendimiento que puede ser muy útil de aquí en adelante para ambos…»*

La colonia de Virginia sería la primera en proclamar su independencia, constituyéndose en república en junio de 1776 y otorgándose una constitución. La idea de secesión, que en realidad no era defendida hasta entonces por casi nadie, comenzó a extenderse a partir de ese momento hasta que finalmente el 4 de julio de 1776 el Congreso Continental proclamó la unión de las Trece Colonias y declaró la independencia de los Estados Unidos de América. A finales de año la situación en el plano militar seguía siendo favorable a la metrópoli, teniendo lugar un desembarco británico en Nueva York en septiembre de 1776 que forzó a Washington a retirarse más allá de Nueva Jersey.

En octubre de ese mismo año partiría Franklin hacia Francia con la misión de asegurar tratados de comercio y alianza, así como ayuda financiera y militar. Esta misión, de la que Silas Deane y Arthur Lee también formaron parte, iría acompañada de contactos con España buscando una alianza similar a la francesa, que no se formalizaría hasta 1778.

En Francia y en España el curso de los acontecimientos hacía prever la posibilidad de un nuevo envite con los británicos. Se veía con disimulada satisfacción la rebelión colonial, y en poco tiempo la primera contribuiría

[22] López Chávez, Cecilia: «Benjamín Franklin, España y la diplomacia de una armónica», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Historia Moderna*. 2000, pp. 331-332.

a la causa de la independencia con ayuda económica y con la recluta de voluntarios, mientras que España ayudaría a los colonos norteamericanos con donativos de dinero y con empréstitos que llegarían a sumar los ocho millones de reales. Sin embargo, el apoyo oficial español tardaría en hacerse público por la posición prudente adoptada por el monarca y sus ministros.

Se obraba con prudencia ante el hecho de que España y Francia eran inferiores a Gran Bretaña en el mar, buscando evitar precipitaciones como en 1762. Ello a pesar de la opinión de Aranda, embajador en Francia desde 1773, que a principios de mayo de 1776 se quejaba a Grimaldi afirmando que España había perdido la ocasión de ayudar a los colonos con «abundancia de armas y municiones, pudiéndose haberles enviado oficiales sueltos, como desacomodados que buscan servicio, y todo por medio de negociantes que navegan como a su riesgo y fortuna, según lo permite la franqueza de los mares y la libertad de Comercio»[23].

Sin embargo, lo incierto de la situación militar en 1776 aconsejaba discreción, por lo que Grimaldi, haciendo caso omiso de Aranda, adoptó hasta donde pudo una postura precavida y disimulada ante las peticiones de auxilio transmitidas por los colonos. Ello no sería obstáculo para autorizar el apoyo a los insurrectos como una forma de desgastar a los ingleses, lo que llevó a la concesión en agosto de 1776 de un millón de libras francesas para ayudar a las colonias rebeldes que fueron adelantadas a Francia por medio de Aranda[24]. Esta cantidad equivalía a lo comprometido por el secretario de Estado galo Vergennes para ese propósito, del que había informado a Aranda a principios de junio, al tiempo que le alertaba de la inminente visita del dramaturgo y aventurero francés Beaumarchais, a quien quería encomendar la asistencia a las colonias y que ese mismo mes recibía el dinero español[25].

A finales de 1776 desembarcaba en Francia Benjamín Franklin. Tras reunirse con Deane y Lee se acordó enviar a éste último a España a principios del año siguiente para negociar con Grimaldi la ayuda española a las colonias rebeldes. Sin embargo, a la vista de los malentendidos y del impredecible curso de los acontecimientos, Carlos III decidió no utilizar

23 Albiac Blanco, María Dolores: *El Conde de Aranda. Los laberintos del poder*. Zaragoza, 1998.

24 Calderón Cuadrado, Reyes: "Spanish Financial Aid for the Process of Independence of the United States of America", en *Legacy. Spain and the United States in the Age of the Independence (1763-1848)*. Washington, 2007.

25 Beaumarchais es el autor de obras teatrales tan conocidas como *El Barbero de Sevilla* y *El Casamiento de Fígaro*, en la que se inspiraría Mozart para componer la famosa ópera *Las Bodas de Fígaro* .Labourdette, Jean-Francois: "Vergennes ou la tentation du ministeriat", en *La Revue Historique.* 63. París, 1986, pp. 73-107.

la vía del Pacto de Familia para encauzar este apoyo sino actuar de forma independiente.

Llegado a España con pasaporte expedido por Aranda y de acuerdo con la línea de prudencia antes referida, Lee recibiría instrucciones desde Madrid para permanecer en Burgos, donde se reuniría entre los días 3 y 5 de marzo de 1777 con Grimaldi, ya saliente de su puesto de secretario de Estado, y con el comerciante Gardoqui, encargado de atender al delegado norteamericano en su corta estancia por tierras españolas. Aunque Lee tuvo que regresar a Francia sin conseguir llegar a la Corte de Madrid, logró socorros de España, que se enviarían de forma secreta desde Bilbao (víveres y material de guerra) a través de la Casa Gardoqui e Hijos por el puerto de Nueva Orleans[26]. Para disgusto de Lee, Grimaldi le aseguraría que España no estaría preparada para entrar en guerra con Gran Bretaña hasta pasado un año, pero que mientras llegaba el momento se facilitaría a los rebeldes la mencionada ayuda. Solo en 1776 España les haría llegar por diversas vías más de 250 cañones y morteros, 30.000 mosquetes y otros tantos uniformes, suficientes para equipar a todo el Ejército Continental, además de la contribución económica antes mencionada.

Los puntos acordados con Grimaldi serían resumidos por Lee al nuevo secretario de Estado, Floridablanca, en una nota de fecha 17 de marzo de 1777, en la que se ponía de manifiesto que los norteamericanos comprendían que de momento España no pudiese ofrecer una alianza, aunque asistiría a las tropas y navíos norteamericanos con mercancías enviadas por la Casa Gardoqui. También se decidió que quedasen depositados en Nueva Orleans munición y vestuario para ser recogidos por barcos norteamericanos y que los navíos rebeldes fuesen recibidos en La Habana en similares términos que los barcos franceses. Asimismo, Aranda recibiría órdenes de proveer con crédito en Holanda a los comisionados[27].

Ya se ha dicho que la corte de Madrid consideraba de la mayor importancia no provocar la reacción prematura de Londres. En lo tocante a las relaciones entre España y Gran Bretaña, a la crisis de las Malvinas había seguido en los años siguientes un cambio de actitud de la segunda, en la línea de buscar una aproximación que evitase riesgos externos en un periodo en el que el gabinete de Londres se veía obligado a implicarse

26 Calderón Cuadrado, Reyes: «Alianzas comerciales hispano-norteamericanas en la financiación del proceso de independencia de los Estados Unidos de América: la Casa Gardoqui e Hijos», en Garrigues López-Chicheri, Eduardo (coord.), *Norteamérica a finales del siglo XVIII: España y los Estados Unidos*. Madrid, 2008, pp. 197-219.

27 Yela Utrilla, Juan Francisco: *España ante la independencia de Estados Unidos*. Madrid, 1988.

de manera cada vez más activa en los problemas de las colonias de Norteamérica. Esta distensión sería aprovechada por la secretaría de Estado para establecer en unos casos y continuar en otros los contactos con las principales potencias europeas con vistas a establecer alianzas o al menos a asegurar su neutralidad, al tiempo que se trataba de debilitar a Inglaterra apoyando económicamente a los rebeldes norteamericanos. Ambas líneas de acción darían sus frutos a partir de 1779, ya en la etapa de Floridablanca, al ponerse de manifiesto el aislamiento de Inglaterra, determinante en su fracaso en la guerra con España, Francia y Holanda, que se prolongaría hasta 1783. Gran Bretaña se vería privada incluso del tradicional apoyo de Lisboa, ya que la inacción de Londres en 1777, cuando por parte española se puso fin definitivamente a los incidentes en América meridional mediante el envío de una gran expedición al Río de la Plata, tuvo como consecuencia la neutralidad de Portugal dos años después. El relevo de Grimaldi por Floridablanca no conllevó un cambio en las líneas básicas de la política exterior, impuestas por el escenario internacional, que permitiría abandonar la «paz a la espera» y emprender una nueva guerra con Gran Bretaña, que tuvo consecuencias favorables para España desde el punto de vista de la solución de los principales contenciosos territoriales que enfrentaban a ambas naciones, pero cuyo elevado coste también supuso el principio del fin de un periodo de relativa estabilidad financiera que venía prolongándose con altibajos desde hacía tres décadas.

Refiriéndose a la contribución total, en términos absolutos la ayuda económica y material proporcionada por España, tanto la directa como la indirecta enviada a través de Francia, de un volumen considerable pero difícilmente cuantificable y que en la mayoría de las fuentes se atribuye erróneamente a ese país, supuso entre la tercera parte y la mitad de la contribución gala. De esas ayudas solo se devolvería menos de una décima parte. Su financiación se llevó a cabo no solo con cargo a los impuestos y la deuda pública, sino también con contribuciones voluntarias tanto en Europa como en los dominios americanos de la Corona.

En términos relativos, si se tiene en cuenta que la economía y población española representaba alrededor del 40% de la de Francia, no es aventurado afirmar que el esfuerzo material realizado por España en pro de la independencia de Estados Unidos fue superior al del país vecino.

Una reflexión parecida es aplicable al esfuerzo militar, ya que los contingentes militares enviados a América por España y Francia fueron similares y los costes humanos de la guerra –en todos los teatros de operaciones–, fueron superiores en términos relativos en el caso español (unos 5.000 muertos, la mitad de los franceses). Deben tenerse en cuenta además

las acciones militares llevadas a cabo fuera de América que redundaron en beneficio de los rebeldes[28].

EPÍLOGO. EL NUEVO EQUILIBRIO DE FUERZAS EN AMÉRICA DEL NORTE

Como se ha expuesto, tras unos primeros años de justificada discreción en los que habían primado las ayudas económicas y la entrega de armas y pertrechos, España llegó a la ruptura abierta de las hostilidades con Inglaterra en 1779, un año después que Francia. Esta decisión acarreó no solo pérdidas humanas y materiales, sino también un ingente gasto militar, cuyo impacto pudo sin embargo contenerse evitando el colapso financiero sufrido por Francia, en buena medida desencadenante de los sucesos revolucionarios que comenzarían en 1789. El efecto directo de esta contribución española fue un decisivo impulso a la independencia de las Trece Colonias.

En otro orden de cosas, tal y como trata de reflejar el título de este texto, inspirado en la inmortal obra de Shakespeare *El Mercader de Venecia*, el ansiado desquite de agravios pasados se había consumado en gran medida. Tras la firma de la paz España recuperó la mayor parte de los territorios perdidos anteriormente –Menorca, las Floridas y Mosquitia–, si bien no pudo conseguirse la devolución de Gibraltar. Parecía además alejarse definitivamente el peligro de una expansión británica hacia Nueva España, la joya de las posesiones de la corona en América. El riesgo no desaparecía completamente, ya que persistía otra posible vía de acceso a esos territorios desde Canadá, la costa del Pacífico, que sería objeto de preocupación en la década siguiente, como pondría de manifiesto el incidente de Nootka, en la costa de la isla de Vancouver, donde los españoles, que llegarían en sus exploraciones hasta las islas Aleutianas, fundarían un establecimiento[29].

---

28 Un ejemplo destacable es la batalla del Cabo de Santa María en enero de 1780, en la que Luis de Córdova, capturó casi sesenta barcos británicos de un doble convoy, con 80.000 mosquetes, 3.000 barriles de pólvora, gran cantidad de provisiones y efectos navales, además de vestuario y equipo para una docena de regimientos y un millón de libras esterlinas en lingotes y monedas de oro (la décima parte de los gastos militares británicos de un año). Se hicieron también cerca de 3.000 prisioneros, de los cuales unos 1.400 eran oficiales y soldados de infantería que pasaban como refuerzos a ultramar, un número superior a las pérdidas inglesas sufridas en las batallas de Bunker Hill, Lexington y Concord.

29 Herrero Cepeda, Alicia: «Breve introducción a la presencia española en el Noroeste de América», en Martínez Peñas, Leandro (coord.), *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo.* Madrid, 2011, pp. 13-28.

Sin embargo, pronto se pondría de manifiesto que la amenaza para los dominios españoles de América del Norte no iba a disiparse, puesto que la nueva nación se «subrogaría» en la práctica en las pretensiones británicas[30]. Este efecto no fue inmediato ya que, durante los años siguientes, al menos hasta 1789, después del fallecimiento de Carlos III, la inestabilidad interna de la confederación constituida por las Trece Colonias desaconsejaría la implicación en asuntos conflictivos en materia de política exterior con objeto de no poner en peligro su tenue cohesión. De igual modo, todavía era necesario restañar sus heridas internas, teniendo en cuenta que los *loyalist* –lealistas que se habían alineado junto a los ingleses– superaban el medio millón, de los que unos cien mil se verían forzados a emigrar a los dominios ingleses del Canadá o el Caribe. Sería años más tarde cuando la pujanza demográfica y económica de los Estados Unidos desbordaría la extensísima frontera con los dominios españoles, prácticamente desguarnecida y escasamente poblada, que había alcanzado su máxima longitud con la recuperación de la Florida, de la que la reducida población de origen hispano había partido hacia Cuba en 1763, cuando el territorio se entregó a Gran Bretaña, para no retornar.

Lo mismo podía decirse del comercio, aún incipiente. A finales del siglo XVIII España y los territorios bajo su soberanía llegaría a ocupar un modesto cuarto lugar en los intercambios con Estados Unidos, si bien las importaciones doblaban a las exportaciones, a lo que había que añadir el creciente contrabando, aunque en este aspecto el impacto principal para los intereses españoles continuaría siendo por el momento el que procedía de los enclaves británicos en el continente americano[31].

Probablemente una cierta preocupación por el riesgo de un contagio de la rebelión en la América española no estuvo ausente de la prudencia y discreción con la que se proporcionó el apoyo a los colonos en armas, circunstancia que comprometía políticamente a la metrópoli[32]. De hecho, en 1781, cuando todavía no se había puesto fin a la guerra con Inglaterra, estallaría una gran sublevación indígena en el virreinato del Perú liderada por un noble mestizo, José Gabriel Condorcanqui Noguera, que se dio a conocer como Tupac Amarú II y se proclamaría descendiente de los reyes incas[33].

30 Ward, Robert J. «Los Estados Unidos y sus intereses en las colonias españolas (la Nueva España)», en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México.* México, 1972, pp. 63-92.

31 González Enciso, Agustín: *España y USA en el siglo XVIII.* Valladolid, 1979.

32 Purcell, Fernando: «La Revolución Norteamericana y las tensiones interpretativas en su historiografía reciente», en *Revista de Historia Iberoamericana.* 1. 2008, pp. 54-69

33 Pérez, Joseph: *Los movimientos precursores de la emancipación en Hispanoamérica.* Madrid (reed. 1982).

Por esas mismas fechas se producía el movimiento de los comuneros de Nueva Granada, aunque de una gravedad mucho menor que los sucesos del Perú. En el fondo se trataba de reacciones previsibles al repetir las autoridades españolas algunos de los errores británicos que habían desembocado en la rebelión en Norteamérica, en particular el aumento de los gravámenes fiscales para financiar las imperiosas necesidades militares, llevando a los sectores en riesgo de exclusión sobre los que mayor repercusión tenían los impuestos a alzarse en armas contra el «mal gobierno». Los sucesos no eran nuevos, puesto que tres lustros antes ya se habían dado casos parecidos en Quito, si bien de mucha menos repercusión que la rebelión en el Perú.

Todas estas circunstancias no pasaron inadvertidas para algunos notables de la época, que a la vista del devenir interno de la América española y de la independencia de Estados Unidos propugnarían una serie de cambios que impidiesen su disgregación y separación de España por la fuerza. Junto a la opinión de figuras como el sevillano Francisco de Saavedra, futuro secretario de Hacienda y Estado y presidente de la Junta de Sevilla, el manchego José de Ábalos, intendente de Venezuela o el colombiano Antonio Nariño, hay que mencionar sin duda al Conde de Aranda, observador privilegiado al asistir en su calidad de embajador en Francia a la firma del tratado de paz entre Gran Bretaña y sus colonias ultramarinas que daría lugar al nacimiento de los Estados Unidos de Norteamérica.

En su «Dictamen» de 1783 Aranda se desdice de la postura que había mantenido ocho años antes, cuando había reprochado a su rival político Grimaldi una excesiva prudencia a la hora de apoyar a los rebeldes, para manifestar ahora que tal apoyo había sido un craso error por el mal ejemplo que suponía para las posesiones de la monarquía[34]. De sus escritos resaltan las exactas premoniciones sobre la expansión territorial de la recién creada nación hacia Florida y la Nueva España[35]. Aranda propugnará como remedio para evitar ese riesgo la articulación de la América española en tres grandes reinos manteniéndolos bajo la égida de los soberanos españoles, una división territorial similar a la que años más tarde defendería Simón Bolívar. La opinión de Aranda se resume en los siguientes párrafos[36]:

---

34 Rodríguez O., Jaime E: «Sobre la supuesta influencia de la independencia de los Estados Unidos en las independencias americanas», en *Revista de Indias*. 250. 2010, pp. 691-714.

35 Amores Carredano, Juan Bosco: «La Capitanía General de Cuba y la defensa de Luisiana y Florida ante el expansionismo norteamericano (1783-1789)», en *Actas del VII Congreso Internacional de Historia de América.* Zaragoza, 1998, pp. 787-797.

36 *Memoria secreta presentada al rey de España por el conde de Aranda sobre la independencia de las colonias inglesas después de haber firmado el Tratado de París de 1783*, Biblioteca Nacional.

«Dejando esto aparte como he dicho me ceñiré al punto del día que es el recelo de que la nueva potencia formada en un país donde no hay otra que pueda contener sus proyectos nos ha de incomodar cuando se halle en disposición de hacerlo (...) Esta república federativa (...) mañana será gigante conforme vaya consolidando su constitución, y después un coloso irresistible en aquellas regiones. En este estado se olvidará de los beneficios que ha recibido de ambas potencias (Francia y España) y no pensará más que en su engrandecimiento (...) Engrandecida dicha Potencia Anglo-americana, debemos creer que sus miras primeras se dirigirán a la posesión entera de las Floridas para dominar el seno Mejicano. Dado este paso, no sólo nos interrumpirá el comercio con Méjico siempre que quiera, sino que aspirará a la conquista de aquel vasto imperio, el cual no podemos defender desde Europa contra una potencia grande, formidable, establecida en aquel continente y confinante con dicho país».

Aranda se mostró clarividente al prever el proceso de emancipación[37]. Sin embargo, en la América española aún tardarían casi cuatro décadas en concurrir las circunstancias favorables para que en una parte de la población de ascendencia europea prendiese la llama de la independencia. Sería necesario primero que en la década comprendida entre 1797 y 1807 se pusiese de manifiesto la capacidad de los propios criollos para defender su territorio, al igual que había sucedido en las Trece Colonias entre 1757 y 1763; que en un contexto económico desfavorable se aumentasen las cargas fiscales de forma exorbitante para costear los crecientes gastos militares de la metrópoli, enfrentada primero con la Francia revolucionaria y luego con Gran Bretaña; y de forma decisiva que la invasión napoleónica desbaratase por completo la estructura política y militar de la monarquía, conduciendo finalmente a la desaparición efectiva de la presencia española en la América continental.

37 Lucena Giraldo, Manuel: «Premoniciones de la independencia de Iberoamérica», en *Las reflexiones de José de Ábalos y del Conde de Aranda sobre la situación de la América española a finales del siglo XVIII.* Madrid, 2003.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA RODRÍGUEZ, Antonio: «Problemas económicos y rebelión popular en Luisiana en 1768», en *Actas del Congreso de Historia de los Estados Unidos. Universidad de la Rábida*, *5-9 julio 1976.* Madrid, 1978, pp. 131-146.

ALBI, Julio: *Las defensas de las Indias (1764-1799)*. Madrid, 1987.

ALBIAC BLANCO, María Dolores: *El Conde de Aranda. Los laberintos del poder*, Zaragoza, 1998.

ALMARAZ, Félix D.: «Arco de defensa: La Comandancia General de las provincias internas de la Nueva España y su impacto en Texas, 1772-1821», en Garrigues López-Chicheri, Eduardo. (coord.), *Norteamérica a finales del siglo XVIII: España y los Estados Unidos.* Madrid, 1998, pp. 69-83.

ALVES CARRARA, Angelo. (coord.): *Guerra y fiscalidad en la Iberoamérica colonial (siglos XVII-XIX)*. México, 2012.

AMORES CARREDANO, Juan Bosco: «La Capitanía General de Cuba y la defensa de Luisiana y Florida ante el expansionismo norteamericano (1783-1789)», en *Actas del VII Congreso Internacional de Historia de América.* Zaragoza. 1998, pp. 787-797.

BLOM, Johannes Cornelis Hendrick: "The Crisis Nears (1751-1780)", en *History of the Low Countries.* Cambridge, 2006, pp. 210-221.

CALDERÓN CUADRADO, Reyes: "Spanish Financial Aid for the Process of Independence of the United States of America", en *Legacy. Spain and the United States in the Age of the Independence (1763-1848).* Washington, 2007.

-----: «Alianzas comerciales hispano-norteamericanas en la financiación del proceso de independencia de los Estados Unidos de América: la Casa Gardoqui e Hijos», en Garrigues López-Chicheri, Eduardo (coord.), *Norteamérica a finales del siglo XVIII: España y los Estados Unidos.* Madrid, 2008, pp. 197-219.

CONWAY, Stephen: *The War of American Independence 1775-1783.* Londres, 1995.

FELICIANO RAMOS, Héctor R.: *El contrabando inglés en el Caribe y el Golfo de México (1748-1778).* Sevilla, 1990.

FERLING, John E.: *The First of Men. A life of George Washington.* Knoxville, 1988.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Manuela: «La presencia rusa en el Pacífico noroeste», en Martínez Peñas, Leandro (coord.): *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo.* Madrid, 2011, pp. 93-117.

GARCÍA DIEGO, Paulino: «La estrategia española en el Atlántico Sur. La crisis de las Malvinas (1764-1774)», 2014, *Revista de Historia Naval*, pp. 9-26.

GERHARD, Peter: *The northern frontier of New Spain.* Princeton, 1983.

GONZÁLEZ ENCISO, Agustín: *España y USA en el siglo XVIII.* Valladolid, 1979.

HERRERO CEPEDA, Alicia: «Breve introducción a la presencia española en el Noroeste de América», en Martínez Peñas, Leandro (coord.), *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo.* Madrid, 2011, pp. 13-28.

JURADO SÁNCHEZ, José: "Military Expenditure, Spending Capacity and Budget Constraint in eighteenth century Spain and Britain", en *Revista de Historia Económica.* 1. 2008, pp. 141-164.

LABOURDETTE, Jean-Francois: "Vergennes ou la tentation du ministeriat", en *La Revue Historique.* 63. París, 1986, pp. 73-107.

LÓPEZ CHÁVEZ, Cecilia: «Benjamín Franklin, España y la diplomacia de una armónica», en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Historia Moderna*. 2000, pp. 319-337.

LUCENA GIRALDO, Manuel: «Premoniciones de la independencia de Iberoamérica», en *Las reflexiones de José de Ábalos y del Conde de Aranda sobre la situación de la América española a finales del siglo XVIII.* Madrid, 2003.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: *El Ejército del Rey*. Madrid, 2018.

NAVARRO GARCÍA, Luis: *La política americana de José de Gálvez según su discurso y reflexiones de un vasallo.* Málaga, 1988.

PÉREZ, Joseph: *Los movimientos precursores de la emancipación en Hispanoamérica.* Madrid. (reed. 1982).

PURCELL, Fernando: «La Revolución Norteamericana y las tensiones interpretativas en su historiografía reciente», en *Revista de Historia Iberoamericana.* 1. 2008, pp. 54-69.

RODRÍGUEZ O., Jaime E.: «Sobre la supuesta influencia de la independencia de los Estados Unidos en las independencias americanas», en *Revista de Indias,* 250. 2010, pp. 691-714.

STORRS, Charles (ed.): *The fiscal-military state in eighteenth-century Europe. Essays in honour of P.G.M. Dickson.* Farnham, 2009.

TERRÓN PONCE, José Luis: «La década O´Reilly, en Ejército y Política», en *La España de Carlos III*. Madrid, 1997, pp. 36 a 46.

TORRES SÁNCHEZ, Rafael: "Possibilities and Limits: Testing in the Fiscal Military State in the Anglo-Spanish War of 1779-1783", en *XVI International Economic History Congress, WP 09/06.* Helsinki, 2006.

VALDEZ-BUBNOV, Iván: «Navíos para un Imperio global», en *Espacio, Tiempo y Forma.* n.º 32. 2009, pp. 123 a 160.

WARD, Robert J.: «Los Estados Unidos y sus intereses en las colonias españolas (la Nueva España)», en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México.* 1972, pp. 63-92.

WEBER, David J.: *La frontera española en América del Norte.* México, 2000.

YELA UTRILLA, Juan Francisco: *España ante la independencia de Estados Unidos.* Madrid, 1988.

Revista de Historia Militar
I extraordinario de 2026, pp. 47-98
ISSN: 0482-5748
RHM.02
https://doi.org/10.55553/504nkf070102

LA AYUDA MILITAR DE ESPAÑA A LA INDEPENDENCIA DE EE. UU.: NUEVAS Y VIEJAS PERSPECTIVAS

José Manuel GUERRERO ACOSTA[1]

Es de esperar que esta formidable unión de la Casa de Borbón establezca la independencia de América en poco tiempo.
George Washington, 1779

Acabar con un gran imperio, como con un gran pastel, es más fácil si empiezas a comerte sus bordes.
Benjamín Franklin, 1773

RESUMEN

La guerra de independencia de los EE. UU. ha sido tratada en la historiografía norteamericana fundamentalmente como un conflicto local. Sin embargo, la intervención de Francia y España convirtió este episodio histórico en un evento global, donde las operaciones navales y terrestres en escenarios europeos y del océano atlántico y mar Caribe, sumadas a la ayuda en medios materiales y financiación, fueron igual o más importantes que las batallas te-

[1] Coronel de Ingenieros (retirado). Historiador, Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

rrestres en las trece Colonias británicas. El trabajo repasa el estado de la cuestión y algunos de los episodios más significativos de la ayuda de España a la independencia de los EE. UU. y su importancia estratégica y logística, poco conocida a nivel académico y popular hasta muy recientemente.

PALABRAS CLAVE: Bernardo de Gálvez. Independencia de EE. UU. Carlos III. Guerra anglo-española de 1779. Ejército español en América. La Luisiana española. Florida española. Revolución Americana. Sitio de Gibraltar de 1782. Reconquista de Menorca de 1782. Pacto franco-español de familia de 1779.

ABSTRACT

The American Revolutionary War has been treated in North American historiography primarily as a local conflict. However, the intervention of France and Spain transformed this historical episode into a global event, where naval and land operations in European theaters, the Atlantic Ocean, and the Caribbean Sea –combined with aid in material resources and financing– were as important as, or even more important than, the land battles in the thirteen British Colonies. This work reviews the state of the art and some of the most significant episodes of Spain's aid to U.S. independence and its strategic and logistical importance, which remained little known at both academic and popular levels until very recently.

KEYWORDS: Bernardo de Gálvez. American Independence. Charles III. Anglo-spanish war of 1779. Spanish army in America. Spanish Louisiana. Spanish Florida. American revolution. Siege of Gibraltar of 1782. Reconquest of Menorca of 1782. Franco-spanish family compact of 1779.

*****

Introducción

En la primavera del año 1989, el autor de estas líneas visitó el campo de batalla de Yorktown, en el estado de Virginia. Una enorme extensión preservada como lugar de memoria, donde se libró la batalla

decisiva para el triunfo de la Revolución Americana. En su centro de visitantes y para su sorpresa, se encontró con una bandera del Ejército español de Carlos III, enmarcada y colgada junto al cartel de entrada a los lavabos del centro.

No había placa explicativa alguna que permitiera al visitante americano o español saber qué representaba aquella enseña o cuál era el contexto por el que se encontraba allí, por cierto, en lugar tan manifiestamente mejorable. En realidad, aquello era todo un símbolo del desconocimiento y la nula relevancia que, en ese país –y en el nuestro, pues en aquel momento también yo lo ignoraba– ha tenido siempre la ayuda que España prestó a su independencia. Lo mismo cabría afirmar del menosprecio al indudable protagonismo que los antepasados de los más de sesenta millones de hispanos que viven hoy en los EE. UU. tuvieron en el origen de la nación.

La Revolución americana: una guerra mundial

La Revolución americana no fue simplemente un asunto entre Gran Bretaña y los Estados Unidos librado en suelo americano, sino que, de hecho, fue una guerra mundial. Las campañas americanas fueron una pieza relativamente pequeña de un conflicto global mucho más amplio entre Gran Bretaña y cinco estados-nación distintos –Francia, España, EE. UU., la República Holandesa y el Reino de Mysore–, gran parte librado en el mar y sus alrededores. El asedio más costoso de la guerra no fue Yorktown, sino Gibraltar, que resultó ser tan importante, tanto para España como para Gran Bretaña, como lo que pasaba en América. Paradójicamente, a diferencia de la mayor parte de las operaciones emprendidas, el enorme esfuerzo humano y logístico desplegado por los dos reinos borbónicos contra Gibraltar no dio sus frutos y la roca permaneció en manos de Gran Bretaña.

La reconquista de Menorca por una fuerza hispano-francesa en enero de 1782 significó un duro golpe para los intereses británicos, que perdieron una base logística fundamental para sus operaciones navales en el Mediterráneo, de gran importancia para su estrategia contra Francia y España en la zona y para sus redes comerciales, concretamente la exportación de tabaco.

El secretario de estado, el conde de Floridablanca, enfrascado con sus ministros en un ambicioso plan de modernización de España, consideraba muy arriesgado entrar en otra guerra tras los malos resultados de la de los Siete Años. Por otra parte, el posible contagio de una revolución antimonárquica en territorios españoles en América y la omnipresente amenaza a puertos y ciudades del vasto imperio español aconsejaban extrema prudencia.

Francia había perdido todos sus territorios americanos en la guerra anterior, pero España tenía mucho que perder.

A finales de 1778, se vio claro que fracasaban los intentos diplomáticos de mantener la neutralidad o actuar como mediadores, mediación que no fue aceptada por Gran Bretaña al exigir España que fuera reconocida la independencia de las Trece Colonias. Floridablanca escribió a su embajador en Londres que hiciese ver que «ni queremos la guerra ni la tememos».

Ese mismo año, en octubre, regresó al puerto de Cádiz una potente expedición enviada el año anterior al mando del general Cevallos a combatir a la zona fronteriza entre el territorio americano de Portugal y España en el Río de la Plata. Eran 23 barcos de la Real Armada con 93 transportes llevando a bordo más de 9.000 soldados, con cuyo regreso ya podía pensarse en emprender alguna acción bélica. Por otro lado, la presión de Francia, que invocó el Pacto de Familia borbónico, hizo que la Corte finalmente desistiese de mantenerse al margen, pasando España de la neutralidad fingida –con envío encubierto de ayuda militar y económica a los rebeldes– a la firma del Tratado de Aranjuez del 12 de abril de 1779 de alianza con Francia. En su artículo 4.º se decía que[2]:

> *«El Rey Católico ha deseado y desea complacer al Rey Cristianísimo, su sobrino y procurar a los EE. UU. todas las ventajas a que aspiran y puedan obtenerse. (...) y desde luego promete no arreglar, concluir, ni aun mediar para tratado o ajuste alguno con dichos estados o relativamente a ellos sin participarlo al Rey Cristianísimo y sin concertar todo lo que tenga relación al expresado punto de la independencia».*

El 3 de abril de 1779 se presentó un ultimátum a Gran Bretaña, que fue rechazado, y a este siguió la declaración de guerra a Gran Bretaña en junio. Entonces, Floridablanca impulsó una actuación decidida, en la que España mantuvo siempre la iniciativa de las operaciones militares tanto en Europa como en América.

La fase inicial de la Guerra de Independencia norteamericana se luchó en Nueva Inglaterra, con los británicos ocupando Boston, Nueva York y Filadelfia, las plazas más importantes de la rebelión, e intentando el control del valle del río Hudson. Sin embargo, tras conseguir los objetivos iniciales, sufrieron la derrota de Saratoga en octubre de 1777, en la que el Continental Army (Ejército Continental) de George Washington contó con armas y suministros enviados por España y Francia.

[2] Yela Utrilla, Juan. *España ante la independencia de los EE. UU.* pp. 383-410.

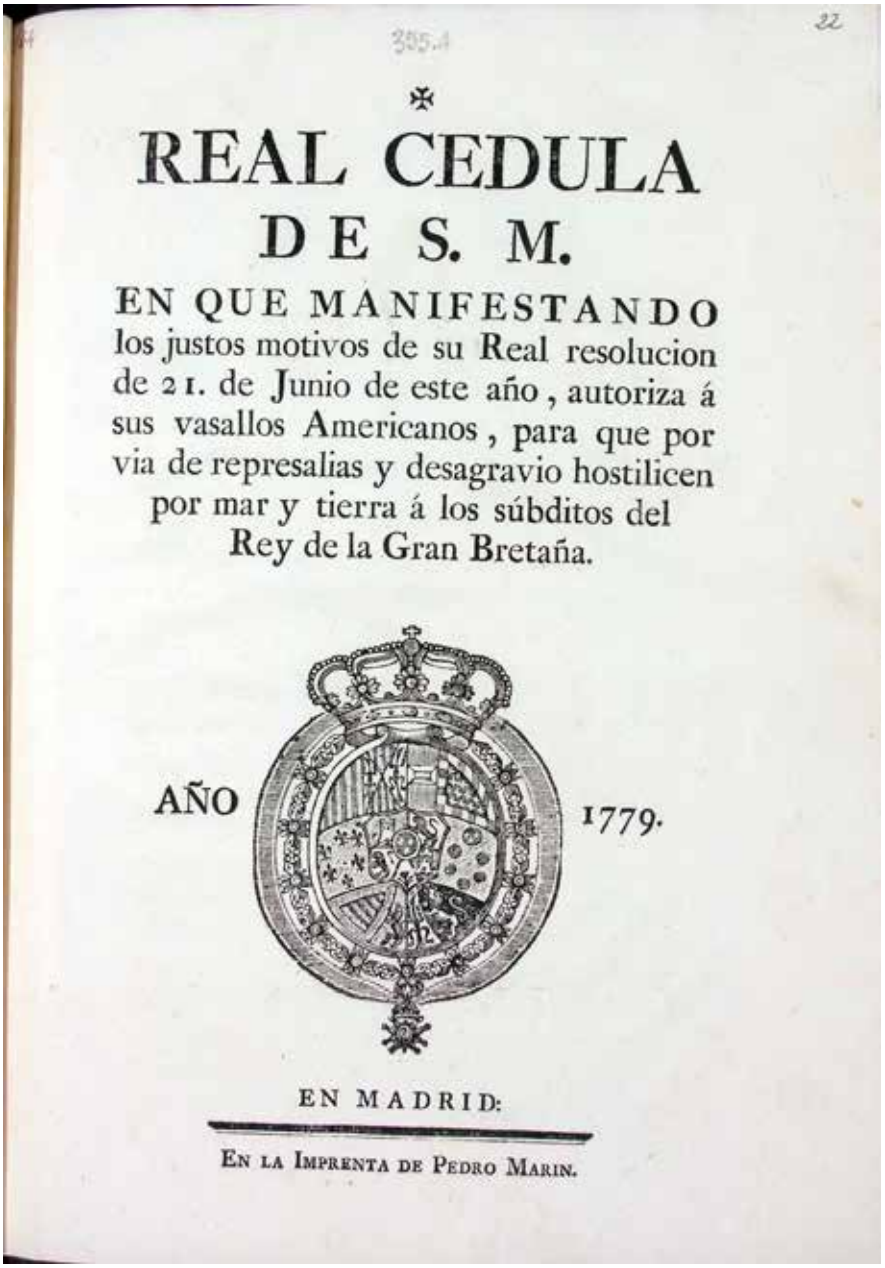
El año 1778 estuvo marcado por la entrada de Francia en la guerra con el envío de una expedición militar al mando del conde de Estaing[3]. Sin embargo, durante sus campañas del verano y otoño de 1778, Estaing no pudo recuperar Nueva York ni Newport, como se proponía, además de provocar varios incidentes por su actitud despreciativa y poco colaborativa hacia los norteamericanos. Como manifestó George Washington en el Congreso en aquel mes de noviembre, «La verdadera situación dependerá enteramente de lo que ocurra en el mar (…) Francia y España deberían unirse y conseguir una decidida superioridad naval».

1778-1781: La «Gran estrategia» británica

Entre finales de 1779 y 1780, la guerra de la Revolución americana había entrado en una fase crítica de estancamiento. En Inglaterra, el secretario de Estado para América, lord Germain, había ordenado en carta fechada el 8 de marzo de 1778 al general Sir Henry Clinton, recientemente nombrado comandante en jefe británico en Norteamérica, trasladar el esfuerzo militar al sur, reforzar Jamaica, Pensacola e, incluso, atacar las posesiones españolas en Centroamérica y en Nueva Orleans (Davis, 2025). Los británicos confiaban en la errónea creencia de contar con apoyo de una mayoría lealista en los estados sureños, donde existía una fuerte agricultura; y, en el frente occidental, los escasamente poblados territorios del noroeste, más la alianza con las naciones indias de la zona auguraban un fácil éxito para controlar el valle del Misisipí y seguir el curso aguas abajo hasta las posesiones españolas en el enclave estratégico de Nueva Orleans.

Pero la entrada de Francia en la guerra ese año, más la de España en junio de 1779, iba a complicar todo este esquema estratégico. Clinton ordenó abandonar Filadelfia en noviembre de 1778 y concentrarse en Nueva York, que se estableció como base de operaciones británica en el norte. También tuvo que enviar más de 5.000 hombres para reforzar Jamaica y Barbados, las islas del Caribe (Indias Occidentales británicas), que, no debe olvidarse, tenían mayor importancia para la economía de Inglaterra que las Trece Colonias. Otros 1.200 hombres se enviaron a finales de 1778 a reforzar la guarnición de Pensacola, a las órdenes del general John Campbell.

[3] Ver Ferreiro, Larrie: «Dos armadas en la independencia», en *Desvelando memorias*, https://www.unveilingmemories.com/es/events/dos-armadas-en-la-independencia/



✠

REAL CEDULA
DE S. M.

EN QUE MANIFESTANDO los justos motivos de su Real resolucion de 21. de Junio de este año, autoriza á sus vasallos Americanos, para que por via de represalias y desagravio hostilicen por mar y tierra á los súbditos del Rey de la Gran Bretaña.

AÑO 1779.

EN MADRID:

En la Imprenta de Pedro Marin.

Imagen 1. La declaración de guerra de España a Gran Bretaña de 21 de junio de 1779 se publicó en América en este impreso que autorizaba a abrir las hostilidades

En octubre de 1779, los británicos rechazaron el asedio aliado franco-americano a Savannah, que motivó el regreso a Francia de la fuerza de Estaing. En diciembre de ese año, el Congreso de Filadelfia ordenaba al general Lincoln intentar un ataque a los británicos para favorecer las operaciones españolas en La Luisiana, atendiendo a una petición de Juan de Miralles[4], el representante español enviado en 1779 para coordinar la ayuda e intereses españoles ante el Congreso. Es decir, se puso también en marcha una estrategia conjunta de España y los patriotas norteamericanos, diseñada en los contactos establecidos con políticos y militares por Miralles, especialmente con Washington[5].

Pero las dificultades para los independentistas se agravaron: Charleston cayó en manos británicas en mayo de 1780 (con más de 5.000 prisioneros) y el ejército rebelde del sur fue destruido en Camden en agosto, lo que daba a los ingleses una posición fuerte para proseguir la guerra y, sobre todo, tiempo, que servía para desgastar económicamente la ya maltrecha situación de las finanzas del Congreso rebelde norteamericano. Al tiempo de estos acontecimientos, en el noroeste, se lanzaba la ofensiva británica que buscaba ocupar la Alta Luisiana española, expulsar a los norteamericanos que, al mando de George Rogers Clark, operaban por la zona (con ayuda logística española) para bajar por el río Misisipí y confluir con las operaciones inglesas que desde Pensacola debían atacar Nueva Orleans.

Entre tantos nubarrones, se abrió un atisbo de esperanza para los independentistas: las victoriosas operaciones emprendidas por España al mando de Bernardo de Gálvez, que se adelantó a los proyectados ataques británicos en el Misisipí en agosto de 1779; la conquista de La Mobila en marzo de 1780 y la victoriosa defensa de San Luis (hoy Misuri, entonces Alta Luisiana) en mayo de 1780 eliminaban la amenaza del avance enemigo por el Misisipí desde el noroeste, al tiempo que abrían un inesperado segundo frente por el sur a los británicos. Su «Gran estrategia» se hallaba seriamente en aprietos.

Para empeorar las cosas a Gran Bretaña, en julio de 1780 llegó a Rhode Island una fuerza expedicionaria francesa de unos 4.000 hombres al mando del conde de Rochambeau con orden estricta de ayudar a los soldados del Continental Army de George Washington, a la par que a Cuba arribaba otra fuerza española de más de 11.000 hombres al mando del general Victorio de Navia y del almirante José Solano, para contribuir a las operaciones de

[4] George Washington a Juan de Miralles, 12/7/1779, en *The Writings of George Washington*, 17:225-226, 226n.

[5] George Washington al general Benjamin Lincoln, 2/27/1780, en *The Writings of George Washington*, 18:56-57.

Gálvez en La Luisiana, La Florida y Centroamérica. Sin embargo, mientras los españoles actuaban con todos sus recursos militares contra el enemigo común en La Luisiana, Nicaragua y Honduras, franceses y norteamericanos no reunieron sus tropas ni efectuaron operación combinada alguna hasta mayo del año siguiente, cuando se prepararon, siguiendo las directrices de George Washington, para operar contra Nueva York.

Una intervención en un momento crítico

> *Intentando combinar nuestras fuerzas con las de España, con el propósito de someter totalmente al enemigo común, no solo en las Floridas, sino en los estados de Carolina del Sur y Georgia.*
> George Washington, 1780[6]

En enero de 1781, los norteamericanos habían conseguido una clara victoria en Cowpens (Carolina del Sur), pero fueron de nuevo derrotados en marzo en Guilford Courthouse (Carolina del Norte) aunque a costa de graves pérdidas británicas. A los reveses militares se unió la bancarrota del Congreso, ya incapaz de sostener los gastos de la guerra. Aparecieron signos de descontento en el Ejército Continental, como en el 1.er Regimiento de Pensilvania, que se amotinó ante la falta de pagas, vestuario y alimentos. Era necesario un cambio de rumbo. Así lo expresó Washington al representante español Francisco Rendón en marzo de 1781[7]: «Toda nuestra atención está dirigida hacia el sur, que es actualmente el escenario de las operaciones más importantes. Un golpe exitoso en ese sector puede cambiar totalmente el cariz de los asuntos allí».

Como ya hemos escrito en otras ocasiones[8], la batalla de Pensacola fue una de las operaciones más importantes realizadas en territorio norteamericano durante la guerra de Independencia de los EE. UU. Pero su importancia no estriba solo en su duración –el asedio más largo de toda la guerra (marzo-mayo de 1781)– ni en el esfuerzo de planeamiento, económico y logístico realizado o en la sangre de los soldados españoles vertida en ella, sino que, además, ocurrió en un momento crucial de la contienda. La noticia

---

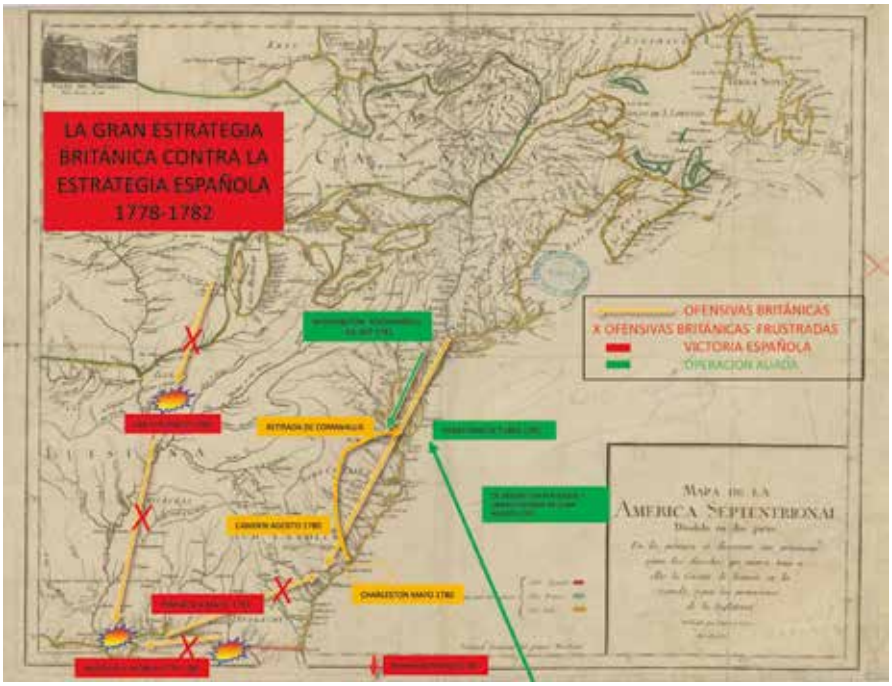
6 George Washington al general Rochambeau y almirante Ternay, 15 diciembre 1780. https://founders.archives.gov/?q=Spain%20%20Author%3A%22Washington%2C%20George%22&s=1111311111&r=71&sr=

7 Carta a Rendón desde New Windsor, 23 de marzo de 1781. *https://founders.archives.gov/?q=Spain%20and%20george%20washington%20Author%3A%22Washington%2C%20George%22&s=1111311111&r=62&sr=*

8 Ver trabajos del autor, entre otros, en *Historia Militar de España*, vol. V. *Campañas, batallas y hechos singulares*. Ministerio de Defensa, 2017.

de la victoria de Gálvez en Pensacola, el 9 de mayo de 1781, tuvo un notable impacto cuando fue conocida por los respectivos jefes militares de ambos bandos. Otra buena nueva fue la confirmación de la llegada de una potente escuadra francesa a aguas americanas. A estas noticias se unió el arribo a puertos de Massachussets, entre mayo y junio, de miles de uniformes remitidos desde España, así como de dinero francés a Boston.

Tras unos meses de combates de guerrilla contra las milicias e irregulares de Francis Marion y Thomas Pickens en las Carolinas, el comandante en jefe británico en el sur, general Cornwallis, convencido de la imposibilidad de acabar con la rebelión en la zona, había adoptado una actitud más prudente. Desde Irlanda se enviaron 6.000 hombres al continente, que llegaron a finales de mayo, pero la mitad fue a Nueva York y solo la otra mitad, a Charleston. Finalmente, el empeoramiento de la situación estratégica general forzó a lord Cornwallis a refugiarse con el grueso de sus tropas en Yorktown (Virginia) a la espera de refuerzos.



En mitad de muchas cavilaciones por parte de Washington, que dudó siempre entre atacar Nueva York o hacerlo en Virginia, y algunas desconfianzas entre los jefes norteamericano y francés, se conoció, al fin, la ansiada

noticia de la llegada de la prometida escuadra francesa a aguas americanas. Efectivamente, el 16 de julio, el almirante François Paul Joseph de Grasse llegaba a las Antillas, donde recibió cartas de Washington y Rochambeau en las que le pedían que se dirigiera a las costas norteamericanas. En ellas se solicitaba que embarcara al menos 3.000 hombres de refuerzo y, sobre todo, dinero en metálico para pagar a tripulaciones y soldados. De Grasse contestó a Rochambeau que solo podía dirigirse a aguas de Virginia y no más al norte, pues sus órdenes prioritarias eran concertar operaciones con los españoles en el Caribe y contra Jamaica, y además debía prevenirse de la flota enemiga del almirante Graves, que constituía una gran amenaza en aquellos momentos.

En el campo aliado, todas estas circunstancias, unidas a la fuerte posición británica establecida en Nueva York –que hasta entonces había sido el objetivo prioritario para George Washington–, impulsaron al jefe del Ejército Continental a seguir la recomendación de su aliado francés, el general Rochambeau, de trasladar el centro de gravedad de las operaciones hacia el sur. En realidad, ambos comandantes aliados conocían la noticia de la próxima llegada de la flota francesa (aunque, irónicamente, no la habían compartido entre sí) y si bien cada uno tenía sus propias ideas sobre la estrategia a seguir, sabían que lo más favorable era combinar las operaciones hacia el teatro meridional de la guerra. El embajador francés ante el Congreso, así como el representante de la Corte de España en Filadelfia, Juan de Miralles, ya había solicitado en varias ocasiones, a finales de 1779 y principios de 1780, a Washington que efectuara alguna operación en Georgia para facilitar la conquista de La Mobila y Pensacola[9], pero la situación de los rebeldes en el sur lo hizo totalmente imposible.

Por fin, el 19 de agosto de 1781, en pleno calor del húmedo verano de Nueva Inglaterra, Washington y Rochambeau comenzaban su marcha hacia Virginia con unos 12.000 hombres del ejército combinado. Así empezaba a cerrarse una trampa que, no obstante, aún necesitaba de otra intervención española: la llegada de la esperada escuadra francesa del conde de Grasse el 29 de agosto a la Bahía de Chesapeake, tras recoger en Cuba 600.000 pesos de plata española –«que necesitábamos para esta operación», en palabras de Rochambeau[10]– y en Santo Domingo, embarcar 3.200 soldados franceses de refuerzo, que estaban comprometidos para el ataque hispanofrancés a Jamaica. Todo ello se preparó mediante correspondencia por vía marítima o

9 Ver correspondencia entre Washington y Miralles en *National Archives, Founders online* y cartas de Miralles a José de Gálvez en el AHN, Estado leg, 3884 bis.

10 Rochambeau, comte de: *Mémoires militaires, historiques et politiques de Rochambeau*… París, 1809, pág. 285.

encuentros personales entre los jefes militares españoles y franceses. Volveremos más adelante a esta cuestión.

En octubre de 1781, cuando ya había comenzado el asedio a los británicos en Yorktown, Washington contestaba al representante español en Filadelfia, Francisco Rendón, para agradecerle la solicitud española de actuar combinadamente en el sur[11]:

> *«Es un placer encontrar una disposición tan buena en Don Bernardo de Gálvez para concertar sus operaciones contra el enemigo común, de tal manera que los intereses de Su Majestad Católica y los nuestros y los de nuestro Aliado puedan beneficiarse mutuamente».*

Aunque aplazaba el asunto hasta el resultado del citado asedio. La cooperación entre los tres ejércitos nunca se daría, ya que la derrota británica en Yorktown el 19 de octubre fue tan decisiva que supuso virtualmente el fin de las operaciones terrestres de la guerra.

Algunas nuevas y viejas perspectivas y una nueva historiografía

Como puede verse, las relaciones entre los líderes políticos y militares norteamericanos, franceses y los españoles (Gálvez, en Nueva Orleans; el capitán general Diego Navarro, en Cuba y Juan de Miralles y su sucesor, Francisco Rendón, en Filadelfia) fueron muy fluidas durante toda la guerra, especialmente si pensamos en las distancias idiomáticas, culturales o religiosas, por no decir las físicas, que los separaban. Las cartas podían tardar semanas en recibirse y necesitaban traducción y redacción doble en ambos extremos. Pero es muy difícil encontrar referencias a esta realidad en la historiografía norteamericana o que contemple el escenario estratégico del conflicto y no lo reduzca a una miope sucesión de fechas y batallas entre británicos y norteamericanos. Es una muestra más de cómo la perspectiva global y la contribución española a la independencia de EE. UU. han sido frecuentemente omitidas en libros y trabajos académicos en Francia, Estados Unidos o Inglaterra. Recordamos la anécdota ocurrida a nuestra amiga Carmen de Reparaz en 1983 con el director de la sala de investigadores de la Biblioteca del Congreso en Washington, cuando buscaba documentos sobre el apoyo de España y este le espetó: «¡ah! ¿Pero es que hubo alguna ayuda?».

[11] *De George Washington a Francisco Rendón, 12 de octubre de 1781, Cuartel General frente a York, 12 de octubre de 1781*. Founders Online, National Archives. https://founders.archives.gov/documents/Washington/99-01-02-07145.

Es muy difícil luchar contra una inercia de siglos, contra la propia desidia hispánica o contra los coletazos de la Leyenda Negra. En algunos trabajos clásicos e, incluso, recientes[12], publicados en Estados Unidos, se alude a una «falta de entusiasmo» de España en su apoyo a la Revolución americana, acusándola de practicar una política egoísta basada en conseguir ganancias territoriales. Esta visión típicamente anglosajona, cargada de los consabidos prejuicios antihispánicos, no es nueva, pero siempre omite la realidad en que se encontraban Carlos III y sus ministros, obligados a actuar conservando un delicado equilibrio: los deseos de debilitar a Gran Bretaña, su tradicional enemigo; la obligación de ayudar a Francia, «el peor amigo» borbónico (en palabras del conde de Aranda); la defensa de las posesiones territoriales y el comercio en América; la expulsión de los británicos *incrustrados* en las fronteras del Imperio –La Florida, Gibraltar y Menorca– por guerras anteriores; el peligro de la propagación de una rebelión antimonárquica en América; contar con los recursos económicos que se requerían para una guerra, en mitad de un ambicioso plan de modernización del país con los ideales de la Ilustración… Estas son algunas consideraciones que explican la prudencia española, que, pese a todo, apoyó a los norteamericanos con enormes recursos económicos[13] y, más importante, con la sangre de sus soldados y marinos.

Pero, afortunadamente, los esfuerzos de una generación de historiadores, entidades y particulares a ambos lados del atlántico están dando ciertos frutos. La contribución de España a la independencia de Estados Unidos es hoy más conocida, incluso para algunos sectores del público general, y las publicaciones, cada vez más numerosas.

Las obras pioneras, la de Manuel Conrotte de 1920[14] o la monumental obra de Yela Utrilla de 1925, basadas en los archivos españoles, abrieron nuevo horizonte a las obras de Herminio Portell Villa y, en Estados Unidos, las de Samuel Flagg Bennis en 1931, basadas, por primera vez, en los archivos del Departamento de Estado norteamericano.

---

12 Véase, por ejemplo, Devine, Michael J. *Territorial madness: Spain, geopolitics, and the American Revolution.* Tesis doctoral, 1994.

13 Solo a John Jay prestó Diego de Gardoqui 265.000 pesos en 1780-81. En 1789, los Estados Unidos preguntaron por el importe de lo suministrado, pero las autoridades españolas no fueron capaces de calcular cuánto había prestado en total. Según las últimas estimaciones, España prestó 3.465.972,29 pesos mientras que Francia, 6.375.832,93 pesos. Ver Lancho, Manuel: *Del Caribe al Canal de la Mancha. La Armada española en la Independencia americana.* Ministerio de Defensa, 2022, pp. 127-142. https://publicaciones.defensa.gob.es/media/downloadable/files/links/d/e/del_caribe_al_canal_de_la_mancha.pdf

14 Conrotte, Manuel. *La intervención de España en la independencia de los Estados Unidos de la América del Norte* (1920).

En 1944, Miguel Gómez del Campillo inventarió y describió los miles de documentos fundamentales para el conocimiento de esta historia dispersos en el Archivo Histórico Nacional. Décadas más tarde, vieron la luz los diversos y fundamentales trabajos del profesor Armillas Vicente a partir de 1976, la reactivación del mito de Gálvez por Carmen de Reparaz con *Yo Solo* en 1986 y el estudio sobre la familia Gálvez publicado por la Junta de Andalucía en 1991, los estudios globales sobre la ayuda española realizados por Eric Beerman o Thomas Chávez en 1992 y, más recientemente, las varias incursiones en el tema con artículos y publicaciones del embajador Eduardo Garrigues desde 2007.

Hay que mencionar los trabajos de Manuel Olmedo a partir de 2009, que impulsaron la instalación del retrato de Bernardo de Gálvez en el Capitolio de Washington en 2014, gracias a la iniciativa de la asociación malagueña que lleva su nombre (pero, sobre todo, al empeño de la ciudadana hispanonorteamericana Teresa Valcarce, quien consiguió reunir un millón de firmas para sacar adelante su iniciativa parlamentaria). Ese mismo año, muchas gestiones particulares e institucionales de largo recorrido culminaron en el nombramiento de Gálvez como Ciudadano Honorífico a título póstumo de los EE. UU.

Al año siguiente, el Ejército español presentó una gran exposición sobre Gálvez en Madrid, visitada por más de 15.000 personas y que se acompañó de un completo catálogo y un número extra de la *Revista de Historia Militar*. En el año 2016, Larrie Ferreiro consigue el Pulitzer de ensayo con su imprescindible obra *Brothers at Arms*, quizás el mejor estudio editado en los EE. UU., a la par que, en España, Guillermo Calleja publica *Gálvez, y España en la guerra de Independencia de EE. UU.,* una acertada actualización de todo lo editado hasta la fecha.

En 2018 se presentó *Recovered Memories*, una exposición patrocinada por Iberdrola en Nueva Orleans y Washington D.C. sobre la ayuda de España, acompañada también de su respectivo catálogo. También ese año, Gonzalo Quintero lanza su biografía de Gálvez editada en Estados Unidos y el Smithsonian presenta una exposición y un magnífico libro, *The American Revolution, A World War*, donde, por vez primera, una institución federal reconoce el carácter global que tuvo el conflicto.

Sobre una de las facetas menos tratadas de la ayuda española, ya mencionada aquí, se publicó por Nataniel Philbrick, también en 2018, *In the Hurricane´s Eye* (En el ojo del huracán), sobre la campaña del Chesapeake y Yorktown. En 2019 se edita *Unveiling Memories*, una publicación no venal de Iberdrola sobre la contribución española, acompañada de un sitio web con vocación didáctica y divulgadora, mientras que el Ministerio de Defen-

sa edita *George Washington y España, el legado español en los EE. UU.*, con la asociación The Legacy.

Thomas Chávez publica en 2020 *La diplomacia de la revolución americana*, sobre los contactos de Benjamin Franklin con autoridades españolas, su último trabajo sobre el tema, antes de que se publique su esperada biografía de Francisco de Saavedra. Ese mismo año, complementando una exposición en San Luis (Misuri), se editó en Estados Unidos *The American Revolutionary War in the West*, un extraordinario trabajo de Stephen L. Kling, donde se trata de la Alta Luisiana y la actuación de España extensivamente.

En 2021, Patrick O'Donnell publica *The Indispensables*, donde se recoge la actuación de la Casa Gardoqui en el inicio de la Revolución. En 2023, se editó en EE. UU., *European Friends of the American Revolution*, una obra colectiva que recoge también varios aspectos del importante papel que tuvo España.

En 2024, el prestigioso Gilder Lehrman Institute for American History de EE. UU. incorpora a su web con recursos para profesores un espacio sobre la ayuda española a la independencia, con la colaboración del Queen Sofia Spanish Institute, la Real Academia de la Historia, la Academia de las Ciencias y las Artes Militares e Iberdrola.

En 2025 se edita en España *Caza al Convoy*, de Rafael Torres, que demuestra la importancia estratégica de las operaciones navales combinadas, y ya en 2026, *Spain and Hispanics in the American Revolution,* una obra divulgativa editada por Iberdrola para EE. UU. y la obra colectiva de la University of Virginia *Spain and the Global Struggle for U.S. Independence.*

Todo ello nos hace una idea del aumento exponencial del interés sobre la cuestión y da fundada esperanza a que España recupere el lugar que le corresponde en la historiografía, especialmente en la producida y difundida al otro lado del Atlántico.

Como ya hemos tratado desde el punto de vista operativo[15] y de recursos humanos[16] las operaciones principales de España en la contienda, centraremos este trabajo en desarrollar aspectos inéditos o poco estudiados sobre tres episodios de la contribución española.

---

15 Guerrero Acosta, José M.: «Bernardo de Gálvez y las operaciones del Ejército Español durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos», en *Revista de Historia Militar*, n.º 117, 2015, págs. 201-230 y «Ayuda y logística estratégica de España a la independencia de los Estados Unidos», en *Revista de Historia Militar*, n.º Extra-1, 2016, pp. 111-140.

16 Guerrero Acosta, José M.: «Los soldados de Gálvez, europeos y americanos durante la Revolución norteamericana», en *Bernardo de Gálvez, la presencia de España en México y Estados Unidos*. Ministerio de Defensa, 2015.

Fusiles españoles para el inicio de una Revolución: Massachussets y Bilbao, 1775

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, una ola de descontento creció entre muchos de los habitantes de las Trece Colonias de Gran Bretaña en Norteamérica. Fue provocada por el aumento de impuestos y la ausencia de representación en el Parlamento, lo que se conoció como «imposición sin representación». Como resultado, muchos miembros de las clases acomodadas y educadas comenzaron a organizarse en una especie de asambleas extralegales que pronto fueron conocidas como Congresos coloniales o provinciales, con el fin de contar con un gobierno propio.

En 1774 parecía claro que una confrontación con las autoridades británicas en América sería inevitable. Los representantes de las colonias formaron lo que se conoció como el Primer Congreso Continental, en Filadelfia, a finales de 1774, y decidieron crear una fuerza militar basada en la milicia colonial, reforzada por nuevas unidades de voluntarios. En Massachusetts, donde el área de Boston había sido ocupada por 4.000 soldados británicos, el Congreso Provincial ordenó a los oficiales de cada localidad alistar *minutemen* (hombres preparados para actuar en cualquier momento) y comenzó a reunir municiones y otros suministros militares. A comienzos de 1775, estableció varios depósitos en los puertos de Marblehead, Salem y Newbury, y un depósito principal en Concord, a unas veinte millas al noroeste de Boston.

En Marblehead, localidad especializada en la industria del bacalao en salazón, los acaudalados comerciantes Jeremiah Lee y Elbridge Gerry eran miembros del Comité de Seguridad Pública de Massachusetts. Este comité supervisaba la recogida de todo tipo de suministros militares para el nuevo Ejército Continental, que pronto quedaría bajo el mando de George Washington.

Jeremiah Lee escribió, en diciembre de 1774, a su socio bilbaíno, Diego de Gardoqui, con una petición muy clara: pólvora y armas. La fabricación de pólvora y de armas estaba prohibida por un Real Decreto de 1774 de Gran Bretaña y era prácticamente inexistente en el territorio de las Trece Colonias. Gardoqui contestó, en febrero de 1775, que «hemos encontrado la manera de procurar cuantos mosquetes y pistolas estuvieran ya hechos para los ejércitos del Rey, aunque la cantidad es pequeña, teniendo solo 300 mosquetes y bayonetas y cerca del doble número de pares de pistolas

preparadas»[17]. Añadía que haría todo lo posible por encontrar cuantas armas necesitasen en el futuro, pero le señalaba la necesidad de que las peticiones se hicieran con antelación, ya que «todas las armas se fabrican para el Rey y es raro encontrarlas ya terminadas»[18]. Otro tanto ocurría con la pólvora, por estar más controlada aún su fabricación, pero le comunicaba que podría conseguirla vía Holanda.

La mayoría de las armas de fuego se fabricaba en la villa de Placencia de las Armas y su entorno, especialmente en la villa de Eibar, hoy Soraluze y Eibar (Vizcaya). Bajo el nombre de Reales Fábricas de Placencia, un equipo de representantes y funcionarios de la Corona supervisaba la dirección y los contratos de los llamados «armamentos de munición». El lugar, que funcionaba al menos desde 1568, era en realidad un centro de recepción e inspección de armas para el Ejército Real de España. Las armas se adquirían a numerosos armeros y fabricantes especializados con larga tradición en el País Vasco. A comienzos del siglo XVIII existían al menos 85 artesanos distintos dedicados a fabricar las diferentes piezas que componían un mosquete.

Desde 1735, la fábrica quedó bajo la dirección de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, empresa privada contratada por la Corona para comerciar con la América española y autorizada a utilizar sus propios barcos para el corso en el Atlántico. Las Reales Fábricas de Placencia también se denominaron ocasionalmente «de Vizcaya y Cantabria». Asimismo, se produjeron armas en las Reales Fábricas de Cataluña (Ripoll, Barcelona) con una organización administrativa similar.

El mosquete reglamentario de la época era un modelo de ánima lisa de 18 mm aprobado en 1757, marcado con las iniciales *RP* (Real Propiedad del Rey, Placencia), aunque al existir diferentes artesanos, los modelos podían diferir en alguna de sus características.

Ni las armas ni la pólvora podían exportarse de España sin autorización oficial de la Corona, que regulaba minuciosamente el montaje de cada fusil en las Reales Fábricas de Placencia y la fabricación de cada kilo de explosivo. Era un asunto secreto y delicado, dado que ni España ni Francia estaban entonces en guerra con Gran Bretaña. Evidentemente, Gardoqui debió de obtener un permiso oficial u oficioso de las autoridades españolas –utilizando su amplia red de familiares y asociados dentro o cerca del gobierno–, antes de cargar el valioso envío en los barcos de sus socios norteamericanos o de su propia compañía.

---

17 *Naval Documents of the American Revolution*. Vol. I, pág. 401. Carta de D. Gardoqui a Jeremiah Lee, Bilbao, 15 de febrero de 1775.

18 Íbid.



Imagen 3. Placa en memoria de Diego de Gardoqui en Marblehead (Massachussets, EEUU)

Los buques, navegando bajo banderas poco identificables, cruzaban un océano plagado de piratas y naves enemigas, práctica habitual durante gran parte de la Guerra de Independencia de Norteamérica.

Un velero ligero –goleta o bergantín– tardaba unas cuatro semanas en cruzar el Atlántico por la ruta del Atlántico norte vía Terranova y otras cuatro en regresar, siguiendo los vientos favorables que soplaban cerca de Canarias o las Azores. Cádiz era puerto de escala para cargar provisiones antes del regreso a América, seguido de Canarias o Azores.

Pero ¿cuándo llegaron las armas a Marblehead? El barco que las transportó es probable que fuera norteamericano y tuvo que realizar la travesía partiendo desde el norte de España (Bilbao y Santander, pero también Cádiz, eran los puertos más activos para la compañía Gardoqui). Los británicos habían establecido ya a primeros de 1775, ante las movilizaciones rebeldes, una vigilancia intensa en aguas del Atlántico y de la costa de Nueva Inglaterra, incluyendo Marblehead, en cuyo puerto patrullaba el navío *HMS Lively*. Pero los pescadores de esas localidades eran recios marineros, acostumbrados a sortear las dificultades de las largas travesías, tanto por la ruta Azores-Canarias como hacia Terranova y la costa noreste de Norteamérica. Un barco ligero de vela, una goleta, podía realizar la travesía en algo menos de un mes, dependiendo de las condiciones atmosféricas.

Buscando pruebas sobre la ruta de estos mosquetes, hallamos dos fuentes principales: los *Diarios de Ashley Bowen* (1728-1823), constructor naval de Marblehead, que registró cada barco que entraba o salía del puerto, y el Archivo de la Diputación de Bizkaia, con el *Libro de Haverías del Consulado de Bilbao*, que anotaba cada barco, su carga y su capitán.

Gardoqui tenía corresponsales en Santander (la compañía Leraldo), La Coruña (Michel Lagoarre *et Cie*.) y Cádiz (la compañía Mercy, Lacaze *et fils)*. A pesar de la revuelta situación que se vivía en muchas zonas de las Trece Colonias y el incremento de la actividad militar británica, el tráfico de buques en los puertos de Massachussets seguía siendo muy fluido. Según las fuentes citadas, varios buques mercantes de Massachusetts llegaron a Bilbao entre febrero y marzo de 1775. Entre ellos, *Polly*, *Elizabeth*, *Sally* y *Young Africa*. El 7 de febrero llegaron también *Tabby* y *Hope*.

En su carta del 15 de febrero citada, Gardoqui escribió: «Corbitt nos entregó su estimada carta». Michael Corbitt, famoso marinero de la zona de Marblehead-Salem-Newbury, fue elegido por Lee para gestionar la petición secreta. Partió el 31 de diciembre a bordo de la goleta *Hope*, que arribó a Bilbao el 7 de febrero de 1775.

La mayoría de estos buques regresó a Massachusetts a finales de febrero. Es probable que gran parte de las armas españolas viajara en el *Hope*

(registrado con «700 quintales de hierro») o quizá en el *Sally* o el *Young Africa*. No ha sido posible localizar datos más precisos hasta la fecha, pues, como figura en la biografía de Elbridge Gerry[19], «Los documentos del Comité Secreto, en los que se registraban los envíos de Gardoqui, se perdieron en un incendio y los datos siguen siendo incompletos».

Según los diarios de Bowen, a finales de marzo y comienzos de abril, varios barcos llegaron desde Cádiz. Salem se convirtió en el principal depósito de suministros rebeldes, motivo por el cual, los británicos realizaron una incursión el 26 de febrero de 1775 para confiscar armas y pólvora, aunque no consiguieron su propósito. Los citados diarios recogen otros datos interesantes: el 8 de abril zarpó el capitán Williams hacia Bilbao; el 13, la goleta *Lynn* de John Hopper, hacia Cádiz y el 14, el capitán George Rapell, con destino Bilbao.

Bowen anota un par de entradas enigmáticas: la llegada del capitán Diamond el día 26 de mayo, desde Boston, «con dólares españoles para la compañía del capitán Sam Hooper» y que, el 4 de junio, este capitán con su goleta zarpa para Boston, llevando a bordo el «dinero español». El dinero provenía de un barco español proveniente de La Habana, naufragado unas semanas antes frente a las costas de Massachussets. ¿Era uno de los préstamos que gestionó Gardoqui ya en 1775 o el gobernador Luis de Unzaga en Nueva Orleans para pagar a las tropas patriotas?

Es seguro que las armas españolas se distribuyeron a algunas de las unidades de Massachussets que se estaban creando en abril de 1775. La más famosa fue la que estaba al mando del propio Jeremiah Lee y que, tras el fallecimiento de este en mayo de aquel año –como consecuencia de una pulmonía contraída en Lexington–, quedó al mando de John Glover, que pronto recibiría el nombre de 14.º Regimiento Continental de Massachussets. Estaba compuesto mayoritariamente por vecinos de Marblehead y tuvo un destacado comportamiento por tierra y por mar. Varias de sus compañías combatieron en los ya citados enfrentamientos de Concord y Lexington, el 19 de abril, así como en Bunker Hill (Boston) el 17 de junio. También en Nueva York, en junio de 1776. La unidad actuó como escolta personal del mismísimo George Washington, cuyas tropas transportó primero para evacuar Nueva York la noche del 29 de agosto de 1776 y, más tarde, para cruzar el río Delaware, en la famosa acción del día de Navidad de 1776. Posteriormente, combatió en las batallas de Trenton y Princeton (1777). Sus hombres también sirvieron como marineros en los primeros buques que for-

[19] Billias, George A. *Elbridge Gerry. Founding Father and Republican Statesman*, 1976. Agradezco a Larrie Ferreiro su ayuda para localizar esta publicación.

marían la futura Continental Navy estadounidense. Algunos de sus componentes eran de origen hispano, generalmente marineros afincados en la costa este norteamericana, como Manuel de Soto, que se alistó en la localidad de Cambridge y figura en las listas de soldados de la unidad con ocho meses de servicio en diciembre de 1775[20]. No fue el único soldado que combatió en la Guerra de Independencia de origen hispano. En las listas de revista y censos de población de Massachussets, aparecen otros nombres de familias que se habían establecido en aquellas costas años antes, cuyos miembros sirvieron en el Continental Army, como Josiah Torres, Francisco Fernández, Jonathan León, Bradford Pérez[21]…

Volviendo a las armas, sabemos con seguridad que, en las listas de revista de otra unidad, el regimiento del coronel John Mansfield[22] (desde septiembre de 1775, del coronel Israel Hutchinson, en enero de 1776 renombrado 27.º Continental Infantry y, a partir de 1777, como 5.º Continental), aparecen fusiles listados como *New Spanish Gun* en el año 1776 (no se conservan listas anteriores). Esta unidad también luchó en las batallas de Concord, Bunker Hill (1775), Nueva York, Delaware (1776), Trenton, Princeton y Saratoga (1777). Otra de las unidades de Massachussets presentes en las primeras batallas, como en Bunker Hill, fue la del coronel Ebenezer Bridge (compañía del capitán Bancrofts).

Tras la muerte de Jeremiah Lee a consecuencia de la batalla de Concord, Elbridge Gerry continuó la correspondencia con Gardoqui, solicitando más pistolas y pólvora. En julio de 1775, un barco propiedad de Gerry, el *Rockingham*, cargado con pólvora y armas remitidas por Gardoqui, fue capturado por los británicos. Al año siguiente, en marzo de 1776, informó de un cargamento de 21,5 toneladas de pólvora que se hallaba en dificultades en San Sebastián por su tripulación; hubo que cambiar de buque, pero, finalmente, la carga se remitió a Massachussets[23]. Washington escribió en mayo de 1776 que «tras la pólvora, la principal carencia del ejército es la falta de armas, uniformes y mantas».

Gardoqui fue designado oficialmente por la Corte española para gestionar todos los envíos a los norteamericanos a principios de 1777. Tanto él como Gerry mezclaban sus negocios particulares y oficiales, aplicando

---

20 Agradezco a la Dra. en Historia Nancy Lusignan Schultz los datos de sus investigaciones sobre el Regimiento de Glover en los archivos de Massachussets.

21 Ver el interesante vídeo https://www.youtube.com/watch?v=eY96JtZLCxw&list=LL&index=36

22 *Muster and pay rolls of the war of the revolution, 1775-1783*. V. 47. Pp. 185-187. 27th Massachusetts Regiment.

23 Carta de James Warren a John Adams, Watertown, 30 de abril de 1776. Founders online.

como beneficio un porcentaje variable sobre el monto de las cargas, una práctica habitual en la época, sobre todo, cuando se utilizaban los buques privados de estas compañías para el transporte. A la luz de los documentos e indicios que se conservan, puede afirmarse, no obstante, que siempre antepusieron el interés de los respectivos países a los propios. Entre 1777 y 1778, Gardoqui intensificó sus envíos clandestinos, tras reunirse en Burgos y Vitoria con Arthur Lee, el representante del Congreso enviado a España. En 1777, despachó dos cargamentos de 12.000 mosquetes cada uno, además de telas, botones y quinina. En total, los diarios del Congreso Continental registran trece envíos de suministros de Gardoqui a los norteamericanos entre 1777 y 1778[24]:

> *«Trece pedidos de suministros remitidos entre los años 1777 y 1778 desde Bilbao por los señores Gardoqui e hijos a petición de Arthur Lee y a cuenta de Elbridge Gerry en los navíos Lydia, Alexander, Success, Neptune, Trilby, Nancy Lively, Scorpion…»*

Los envíos iban consignados a nombre de Elbridge Gerry, su hermano Thomas Gerry o bien a Andrew Cabott, otro comerciante de Beverly[25], así como a James Warren, de Plymouth.

En junio de 1779, España entró en guerra contra Gran Bretaña. Gardoqui continuó su labor, incluso envió telas azules y rojas, mantas, brazaletes, cuchillos y 6.000 fusiles franceses a Nueva Orleans a petición de Gálvez, para sellar su alianza con los indios en 1779[26]. También, suministró armas para la expedición de más de 11.000 soldados que partió de Cádiz hacia La Habana en abril de 1780, para combatir en La Florida y La Luisiana.

Por supuesto, mantuvo estrecha correspondencia con John Jay, el segundo representante del Congreso, ahora sí, llegado a Madrid en solicitud de ayuda. Gardoqui gestionó más de 265.000 pesos en préstamos entregados a Jay en 1780 y 1781[27], quien, por cierto, ni siquiera menciona esto en sus memorias y documentos, con evidente mala fe contra España. Desde Nueva Orleans y Cuba también llegaron importantes suministros y fondos a los norteamericanos, en varias remesas entregadas por Bernardo de Gálvez a través de Oliver Pollock, agente del Congreso.

Por cierto, el 8 de mayo de 1781, el día en que los británicos izaron bandera de tregua en Pensacola, llegaban a Boston dos barcos cargados con

---

24 *Journals of the Continental Congress*, vol. 17, Washington, 1823. P. 460.

25 Se conservan numerosos documentos de envíos diversos de Gardoqui a sus socios norteamericanos en el archivo de la Massachussets Historical Society de Boston, consultados por el autor en noviembre de 2025.

26 AHN, Estado, leg 3884bis, exp. 7 (1780).

27 AHN, Estado, 3884, exp. 4, n.º 126. John Jay a Diego de Gardoqui, 29 mayo 1781.

uniformes para los norteamericanos remitidos desde Cádiz[28]. Eran los capturados en el apresamiento de un doble convoy a los británicos un año antes por el almirante Córdova, que se cedieron mediante otro de los créditos entregados a John Jay, el representante del Congreso en Madrid. Las camisas, calzones, polainas, etc. se distribuyeron rápidamente, mientras que las casacas rojas hubieron de teñirse de marrón antes de entregarse a los soldados de Washington[29].

En 1785, Gardoqui llegó a Nueva York como encargado de negocios de España, convirtiéndose en el primer embajador oficial español ante Estados Unidos. El 30 de abril de 1789, fue invitado de honor en la investidura presidencial de George Washington en Nueva York, con quien estableció una buena amistad, aunque no consiguió solucionar el espinoso asunto de las exigencias norteamericanas sobre la navegación por el Misisipí, que empañaron las relaciones entre las dos naciones durante toda esta época.

Un general cauteloso, un comerciante-diplomático y un episodio inédito de España en la defensa de Charleston de 1780

En febrero de 1780, el general Lincoln, al mando del Ejército Continental en Charleston, siguiendo indicaciones de Juan de Miralles, representante español ante el Congreso de Filadelfia, enviaba un emisario a La Habana, el teniente coronel John Ternant, para recabar asistencia española ante la amenaza británica de capturar Charleston (Carolina del Sur). El cauteloso capitán general de Cuba, Diego de Navarro, de quien dependía La Luisiana española, respondió que no podía ayudar, por no tener instrucciones de su rey ni contar con tropas ni buques, al estar empleados por Gálvez en la expedición contra La Mobila[30], «Rogándole me mantenga informado y prometiendo aprovechar cualquier oportunidad para demostrar su mayor deseo de servir a los Estados Unidos con todas sus fuerzas».

Navarro siempre se mostró precavido en exceso, temiendo un ataque británico contra La Habana, incluso incumpliendo las instrucciones recibidas de Madrid. Ello le acarreó ser relevado de su cargo en 1781 por orden

28 Carta de Richard Harrison a George Washington, 12 marzo de 1781. https://founders.archives.gov/documents/Washington/03-31-02-0035.

29 Carta a George Washington de John Moylan, 3 noviembre 1781. *Founders Online*, *National Archives*, https://founders.archives.gov/documents/Washington/99-01-02-07365.

30 Biblioteca Nacional de España, manuscritos, Mss 20144, hojas 30-35.

de la Corte, considerando que no había apoyado con suficiente decisión las operaciones en curso al mando de Bernardo de Gálvez.

Entra Miralles

> *Confío en los más felices acontecimientos, por el conocido espíritu de vuestra nación. Al unir nuestras fuerzas a las de Francia, solo podemos esperar la victoria frente a nuestro enemigo común: los ingleses.*
> G. Washington a J. de Miralles, 16 octubre 1779

El secretario de indias, José de Gálvez, había dispuesto, en una orden de 21 de enero de 1778, que se nombrara un agente oficioso para representar a España ante el Congreso Continental. El designado por el capitán general de Cuba, Navarro, fue Juan de Miralles Trayllón. Había nacido en Petrer (Alicante) y tras pasar una corta estancia en Francia, había arribado a La Habana en 1740, donde se estableció como empresario y prosperó rápidamente gracias a su olfato para los negocios, sus buenas maneras y su don de gentes. Cuatro años más tarde, contrajo matrimonio con María Eligio de la Puente, dama de una de las familias más ricas de Cuba, con importantes conexiones familiares en La Florida española.

Los negocios de Miralles fueron muy diversos. En su juventud estuvo asociado a la compañía Aguirre y Aristegui de Cádiz. En Cuba, fue armador de buques y comerciante con La Florida, así como con los puertos del Caribe y los de Charleston, Filadelfia, Nueva York y Boston. Pero sus negocios se centrarían, definitivamente, ya en la década de los sesenta, en la importación y exportación de mercancías, especialmente, harina. En 1776, era uno de los comerciantes más importantes de la isla, siendo propietario de una flota con una decena de buques de transporte. Uno de los socios más importantes de Miralles fue Robert Morris, un rico empresario de Filadelfia que después se convertiría en el «banquero de la revolución».

Miralles fue nombrado oficialmente, el 11 de noviembre de 1777, agente español ante el Congreso de Filadelfia. Pero, al haber sido esta ciudad ocupada por los ingleses, se dirigió a Charleston, donde desembarcó en enero de 1778. Desde allí mantuvo contactos con el gobernador Edward Rutledge y con el gobernador de Virginia, Patrick Henry, así como con el de Carolina del Norte, Abner Nash, quienes le solicitaron dinero y material para las tropas rebeldes. Muchos de estos suministros y préstamos fueron costeados por Miralles de su propio bolsillo.

En Charleston, compró una nueva goleta, que bautizó como *San Andrés* y que utilizó para mantener el comercio con La Habana y enviar sus informes sobre los movimientos de las tropas británicas. Para su misión de recopilar inteligencia militar, aprovechó toda su red de socios, los capitanes de buques españoles y americanos que surcaban aquellas aguas y los agentes comerciales en las ciudades costeras desde Jamaica, los puertos del Caribe y la costa norteamericana. Esta red de espionaje en América se complementaba con otras redes establecidas por España en otras zonas del conflicto, como en Portugal y la misma Gran Bretaña.

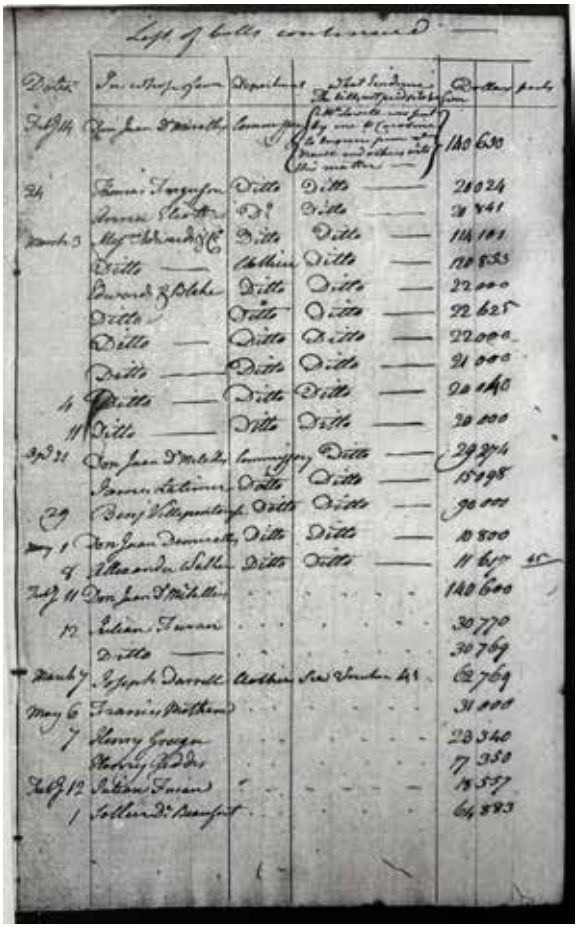


Imagen 4. Lista de recibos del general Clinton en Charleston, incluyendo diversas cantidades entregadas por J. de Miralles. Massachussets Historical Society

Una vez que las tropas británicas abandonaron Filadelfia en junio de 1778, Miralles se estableció en dicha ciudad y se alojó en una casa que aún hoy existe, situada en el 242 de South 3rd Street, junto a la Powell House.

Durante su estancia en la ciudad, Miralles ofreció magníficas recepciones a personalidades como el mismo George Washington y su esposa Martha, el marqués de Lafayette, los generales Greene, Von Steuben y Schuyle, el pintor Charles Wilson Peale –a quien encargó cinco copias de su famoso retrato de Washington– y varios congresistas. Miralles solicitó siempre que se ocultara su verdadera misión, ya que, aunque ayudara decididamente a los rebeldes, España era oficialmente neutral. Miralles desempeñó su misión con inteligencia y prudencia, estableciendo una red de amistades y contactos entre los miembros del Congreso. Fue claramente partidario de la revolución, siguió la postura oficial de la política española, que pasó de la ayuda secreta durante la neutralidad de 1776-1778 a la implicación directa en la guerra a partir de 1779.

Miralles intercambiaba correspondencia frecuente con Washington sobre estas cuestiones, mientras que gestionaba importantes ayudas de dinero y material para las Trece Colonias. Están documentados dos préstamos de 26.600 y 14.000 pesos a Carolina del Sur, de 140.650 pesos al Board of Treasury del Congreso, así como otros importes al general Lincoln para la defensa de Charleston en 1780 (29.274, 10.800 y 140.600 pesos)[31]. Miralles también aconsejó al Congreso sobre las ayudas que podía suministrar secretamente el gobernador de La Luisiana, Bernardo de Gálvez. Estas ayudas, que ya habían comenzado con el anterior gobernador, Luis de Unzaga, se entregaban, generalmente, a través del agente de Robert Morris en Nueva Orleans, Oliver Pollock. Un ejemplo fueron las recogidas por el capitán James Willing en marzo de 1778: gran cantidad de telas azules, rojas y blancas, «6 cajas de quinina, 8 cajas de otras medicinas, 100 quintales de pólvora en cien barriles y 300 fusiles con sus bayonetas». En junio de 1778, se entregaron provisiones y vestuario para las tropas de Rogers Clark, que luchaban muy al norte del río Misisipí, en el actual Illinois, así como todo el material necesario para armar una goleta, que se remitió desde La Habana.

Una vez que España entró en la guerra en junio de 1779, continuaron los envíos de suministros españoles, individualmente o de forma conjunta con Francia, así como el intercambio de espionaje. Como ya hemos indicado, a finales de 1779, Miralles solicitó al Congreso que se realizara alguna operación contra la retaguardia británica, para facilitar los ataques españoles

[31] *List of Bills signed by gen. Lincoln during his command of the Southern Dept. of the Army*. Massachusetts Historical society, Benjamin Lincoln Papers, rollo 5, 1780.

en La Luisiana y La Florida. El Congreso debatió si era conveniente atacar San Agustín de La Florida y George Washington mantuvo varias reuniones y correspondencia con Miralles sobre el particular. Finalmente, propuso al Congreso que se realizara una operación combinada franco-hispano-norteamericana contra Carolina del Sur o Georgia y ordenó al general Lincoln que estudiara las posibilidades.

Lamentablemente, esta coordinación quedó interrumpida al fallecer Miralles inesperadamente de una enfermedad repentina, quizás una pulmonía o una complicación biliar, el 28 de abril de 1780, según escribió el propio Washington, mientras visitaba, junto al embajador francés, el cuartel general de este en Morristown. Otra demostración de la importancia de la misión de Miralles, puesta en duda por algún historiador estadounidense despistado, es el funeral organizado para él por el comandante en jefe norteamericano, durante el cual, las tropas del Continental Army rindieron honores de estado. En el Archivo Histórico Nacional[32] se conserva una carta de Francisco Rendón, su secretario, relatando la jornada fúnebre:

> *«Una compañía de Granaderos le presentaron las armas y principió una pieza de artillería a hacer fuego continuando de dos a dos minutos hasta que se le dio sepultura. Para la conducción del difunto se destinaron 12 Capitanes que se remudaban de tiempo en tiempo; acompañábame el Gobernador, Sr. Livingston a mi derecha y a mi izquierda un miembro del Congreso, siguiéndome el Generalísimo [Washington] acompañado de otros miembros que se hallaban en su campamento, continuando todos los demás Oficiales Generales y de menor graduación. Al llegar al cementerio (sitio que bendijo el Capellán del Ministro de Francia por no haber iglesia de católicos) estaba otra compañía de Granaderos, que haciendo el mismo honor que a la salida de la casa del General se mantuvo hasta darle sepultura, poniendo sobre el cadáver la primera plana de tierra los mismos Capitanes que lo habían conducido».*

Por si fuera poco, en una carta dirigida a las autoridades españolas, Washington escribió: «El Sr. Miralles ha sido universalmente estimado en este país y también ha sido universalmente sentida su muerte»[33].

Juan de Miralles dejó escrito en su testamento que se entregara «un abrigo nuevo» a cada uno de sus criados y que se liberara en La Habana a su único esclavo negro, Rafael, con su mujer y su hijo, y se les diera una propiedad «donde puedan establecerse». Gran parte del dinero que prestó

[32] AHN Estado Leg. 3884 bis, expte. 6, núms 15 a 17.

[33] George Washington al gobernador Diego José de Navarro, 4/30/1780, en *The Writings of George Washington*, 18:316-317.

personalmente a la Revolución americana nunca se le reintegró. Su misión en Filadelfia la continuó Francisco Rendón, hasta ser sustituido por Diego de Gardoqui en 1785. Pero ya no fue lo mismo. El fallecimiento de Miralles impidió una mejora sustancial en las relaciones hispanonorteamericanas de la posguerra, algo que su influencia habría hecho posible.

Un capitán en el ojo del huracán

Rescatamos aquí de entre las sombras de la historia por vez primera a un marino y comerciante gaditano olvidado. Miguel Yznardy (o Ysnardy) nació en el primer tercio del siglo XVIII, probablemente en la ciudad de Cádiz. Muy joven se unió a la Armada española y alcanzó el empleo de oficial de mar al mando de la fragata *La Volante*. En 1775 participó al mando del buque mercante *San Lorenzo* en la gran expedición contra Argel, llevando a bordo al escuadrón del Regimiento de Caballería de Santiago.

Llegó a territorio español en América coincidiendo con el estallido de la Revolución americana en 1776. A partir de entonces, realizaría frecuentes jornadas de navegación desde territorios españoles a los puertos del sur de los Estados Unidos. A partir de 1779 transportó frecuentemente correspondencia del capitán general de Cuba dirigida al general Lincoln y al gobernador del Estado, John Rutledge, en Charleston, capital de Carolina del Sur. Cuando se encontraba con su barco en el puerto de esa ciudad, le sorprendió el ataque británico que comenzó el 21 de abril de 1780.

Yznardy desembarcó con su tripulación y ocho cañones de su embarcación y participó en la defensa de una de las fortificaciones de la ciudad, probablemente junto a un destacamento francés, y también proporcionó suministros navales a los norteamericanos. Resultó herido en una rodilla durante los combates. En la relación de las unidades que se rindieron, confeccionada por los británicos, figura en último lugar una denominada *Spanish Company* compuesta por 42 hombres[34].

En 1780, Charleston era uno de los puertos más importantes de las colonias del sur y contaba con habitantes de origen francés y español que, como recogen las memorias del capitán hessiano Ewald[35], «provenían principalmente del Caribe». Una numerosa comunidad judía sefardí (de origen

[34] *Return of the rebel forces prisoners of war at Charleston. May 1780*. Colonial State records of NC. Vol. 15, pág. 398 (disponible en línea).

[35] *Diary of the American War A Hessian Journal Captain Johann Ewald Field Jager Corps*. Traducido y editado por Joseph P. Tustin. New Haven and London Yale-University Press, 1979.

portugués y español) se había establecido en la ciudad siglos antes. Hasta el momento, no hemos podido precisar si alguno se unió a la milicia durante la defensa de la ciudad.

Un testigo de excepción de la hasta ahora desconocida presencia de estos españoles en Charleston fue el capitán hessiano al servicio de los británicos Hinrichs[36], quien, en sus memorias, anota cómo el contingente español de «voluntarios» desfiló junto al contingente francés en calidad de prisioneros durante la ceremonia de rendición el 12 de mayo de 1780. Yznardi cayó prisionero con sus hombres, fue liberado y enviado con un total de 80 españoles –su tripulación y marineros capturados en otras acciones– a La Habana en julio de 1780 a bordo del bergantín *Susana*[37].

En septiembre de 1781, el Congreso de los Estados Unidos le concedió una indemnización por los suministros aportados en Charleston y a él y a los marineros que le acompañaron, la paga equivalente a la de artilleros en servicio activo, pero él la rechazó «en reconocimiento a su adhesión a la causa americana»[38].

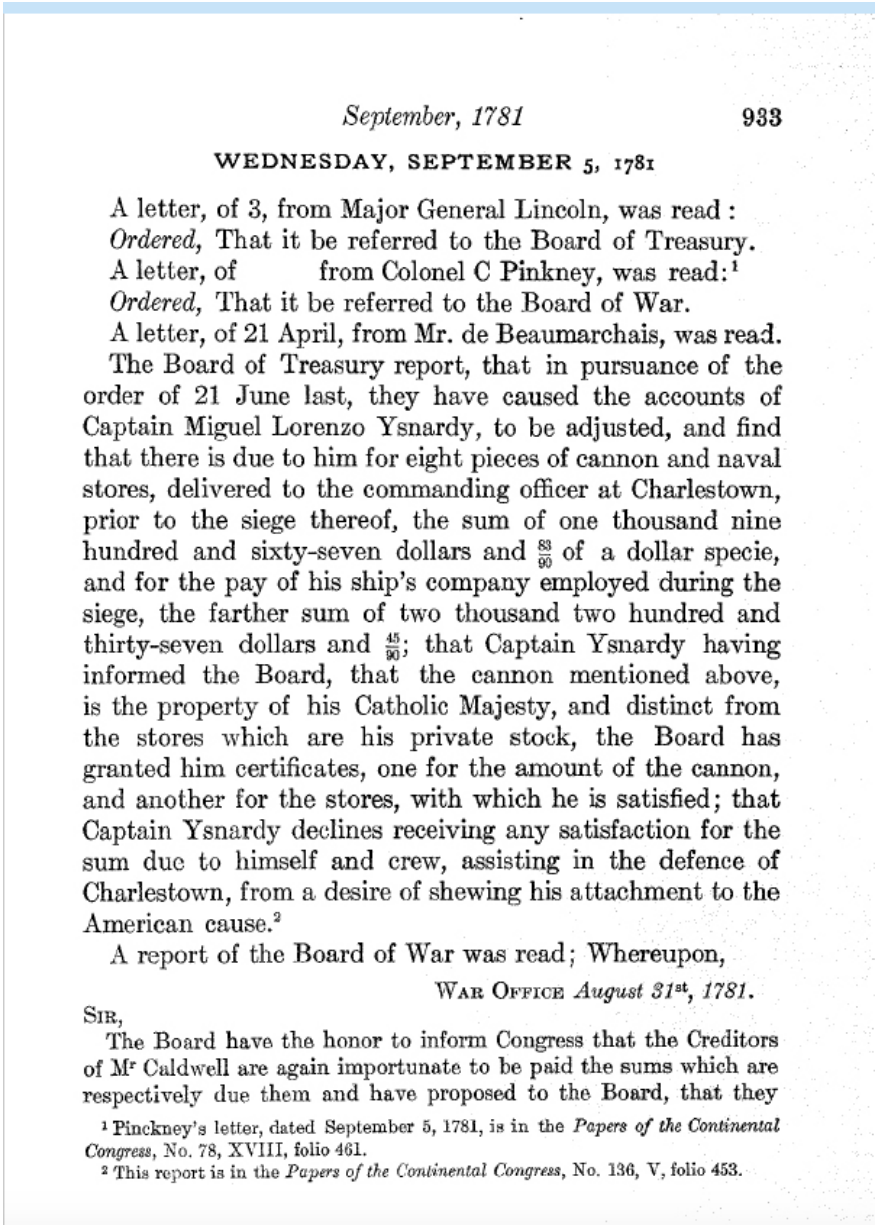
Una vez finalizada la guerra, se estableció en la ciudad de San Agustín de La Florida. Allí formó su familia, se convirtió en uno de los ciudadanos más destacados de la ciudad y alcanzó el cargo de regidor. Fue el encargado de los trabajos de la construcción de la primera catedral católica de San Agustín, terminada en 1798. Estableció una amplia red comercial con puertos de toda la costa americana. También obtuvo el cargo de tesorero real y traductor oficial, y fue nombrado capitán de una de las compañías de milicias. Participó en la siguiente guerra contra Inglaterra (en 1793), costeando de su bolsillo una lancha cañonera para la defensa de la ciudad y una sección de artilleros milicianos. Fue el dueño de la plantación llamada *Nueva Cádiz*. En varias ocasiones solicitó ser nombrado cónsul de España en los Estados Unidos y que se le asignase un grado militar superior, pero sus peticiones nunca fueron atendidas. Yznardy falleció el 8 de abril de 1803 y fue enterrado en la catedral que había contribuido a edificar.

---

36 *The siege of Charleston, with an account of the province of South Carolina: diaries and letters of Hessian officers from von Jungkenn papers in the William L. Clements library* by Uhlendorf, Bernhard A. 1938. https://archive.org/details/siegeofcharlesto0000uhle/page/n9/mode/2up

37 Todo el episodio de los prisioneros enviados a Cuba en AGI, Cuba 1301.

38 *Journals of the Continental Congress*, Vol. XX, 5 de sept. 1781; y *The Papers of Robert Morris*, Vol 2. 10 sept. 1781, pp. 226. Univ. of Pittsburg, 1975. La relación de servicios de Yznardi está en el AGS, SGU, LEG. 6921,31 y LEG. 692,0.



September, 1781 933

WEDNESDAY, SEPTEMBER 5, 1781

A letter, of 3, from Major General Lincoln, was read:
Ordered, That it be referred to the Board of Treasury.
A letter, of from Colonel C Pinkney, was read:[1]
Ordered, That it be referred to the Board of War.
A letter, of 21 April, from Mr. de Beaumarchais, was read.
The Board of Treasury report, that in pursuance of the order of 21 June last, they have caused the accounts of Captain Miguel Lorenzo Ysnardy, to be adjusted, and find that there is due to him for eight pieces of cannon and naval stores, delivered to the commanding officer at Charlestown, prior to the siege thereof, the sum of one thousand nine hundred and sixty-seven dollars and $\frac{83}{90}$ of a dollar specie, and for the pay of his ship's company employed during the siege, the farther sum of two thousand two hundred and thirty-seven dollars and $\frac{45}{90}$; that Captain Ysnardy having informed the Board, that the cannon mentioned above, is the property of his Catholic Majesty, and distinct from the stores which are his private stock, the Board has granted him certificates, one for the amount of the cannon, and another for the stores, with which he is satisfied; that Captain Ysnardy declines receiving any satisfaction for the sum due to himself and crew, assisting in the defence of Charlestown, from a desire of shewing his attachment to the American cause.[2]
A report of the Board of War was read; Whereupon,

WAR OFFICE *August 31st, 1781.*

SIR,

The Board have the honor to inform Congress that the Creditors of Mr Caldwell are again importunate to be paid the sums which are respectively due them and have proposed to the Board, that they

[1] Pinckney's letter, dated September 5, 1781, is in the *Papers of the Continental Congress*, No. 78, XVIII, folio 461.
[2] This report is in the *Papers of the Continental Congress*, No. 136, V, folio 453.

Imagen 5. Acuerdo del Congreso de EE. UU. reconociendo la ayuda personal y material del capitán Lorenzo Yznardy en el asedio de Charleston. Journal of the Continental Congress, 1781

Un capitán aventurero

Otro español que participó en Charleston fue el más conocido Jorge Farragut Mesquida. Nació en 1755 en Ciudadela (Menorca) y realizó estudios de náutica en Barcelona. En 1775 emigró a América, donde daría pruebas de su carácter aventurero y romántico. Tras un período navegando en buques comerciales entre La Habana, Nueva Orleans y Veracruz, se estableció en Carolina del Sur, donde se unió a su recién creada escuadra en 1776, nada más comenzada la Guerra de Independencia, a bordo de una nave corsaria de doce cañones. Por sus servicios, fue ascendido a primer teniente de la Marina del Estado de Carolina del Sur y cambió su nombre por George, en honor a su patria de adopción.

En 1778 participó en la batalla de Savannah a bordo de la galera *Vixen*, en un sangriento combate que causó muchas bajas en su embarcación, y, de nuevo, en el fallido intento de capturar la ciudad al año siguiente. Combatió en el asedio de Charleston en 1780 al mando de una lancha cañonera, la *Revenge*. Tras hundir esta junto a otras embarcaciones para formar una barrera para bloquear la bahía, se trasladó a tierra para continuar la lucha. Defendió las fortificaciones encuadrado en las tropas de Virginia y Carolina del Norte, al mando del coronel Richard Parker, quien «murió en mis brazos», asegura Farragut en sus memorias[39]. Un documento fechado el 10 de mayo de 1780 lo sitúa al mando del «reducto cuadrado» con un cañón de 3 libras[40]. Cayó prisionero en la rendición de la ciudad el 12 de mayo de 1780.

Después de ser liberado en uno de los canjes de prisioneros realizados en los meses posteriores, sufrió una grave herida en el brazo izquierdo, lo que no le impidió unirse como voluntario a la milicia de Francis Marion, conocido como «el zorro del pantano». Allí combatiría en acciones de guerrilla contra los británicos en aquellos meses críticos para la revolución. Más tarde participaría en la batalla de Cowpens, el 17 de enero de 1781, ahora encuadrado en la unidad del coronel Andrew Pickens, que, como ya apuntamos, fue una de las escasas victorias de los rebeldes en el sur. Tras vivir una temporada en Tennessee, en 1808 se estableció en Nueva Orleans. Murió en su plantación de Point Plaquet (Mississippi) en 1814.

Uno de sus hijos fue el famoso almirante David Glasgow Farragut, que tuvo una destacada actuación durante la guerra civil de 1861-1865 y es considerado el primer almirante de la historia de la Marina estadounidense.

---

39 Caleo, Robert L.: «A Most Serious Wound: The Memorial of George Farragut», en *The Journal of East Tennessee History*, 79, 2007, pp. 63-79.

40 *A return of field pieces on the lines under the command of B. Beekman. 10 mayo 1780.* Benjamin Lincoln Papers, Massachusetts Historical Society. Rollo 5.

Un sevillano y la última batalla de la guerra: Yorktown, 1781

Como ya hemos visto, al estallar la revolución en Norteamérica, la Corte española intentó la vía diplomática, al mismo tiempo que se enviaron secretamente suministros a las Trece Colonias rebeldes desde Europa y Nueva Orleans para debilitar a Inglaterra. Cuando falló la diplomacia, se prepararon el Ejército y la Armada, se reforzaron los puertos americanos y se recaudó dinero en ambos continentes para los enormes gastos que se avecinaban. En junio de 1779, cuando ya había regresado la expedición enviada a Sacramento y Río de la Plata, así como la flota de Indias con los caudales de Nueva España, se declaraba la guerra a Inglaterra, uniéndonos a Francia mediante el tercer «Pacto de familia» borbónico.

Tras una fase previa con un frustrado intento de desembarco en Inglaterra y otras operaciones navales, se puso sitio a Gibraltar. A finales de 1779, el Congreso norteamericano se vio precisado a reiterar sus peticiones de socorros económicos, pero esta vez se necesitaba también que Francia y España se implicaran militarmente en el conflicto. El Continental Army se hallaba amenazado doblemente: los británicos habían establecido una sólida base de operaciones en el norte desde Nueva York y en el sur habían invadido las Carolinas y Virginia. Las peticiones de ayuda las realizaron ante la Corte de París, a finales de 1779, Benjamín Franklin y el general Lafayette en persona.

El rey Carlos III había establecido como sus principales objetivos en América expulsar a los británicos del seno mexicano y del área del Misisipí. Para ello, se preparó una gran expedición de más de 11.000 soldados –el Ejército de Operaciones– con artillería de sitio, a bordo de más de ochenta buques con otros 10.000 marinos, que partieron de Cádiz en abril de 1780 hacia Cuba. En su organización participaron el ministro de la guerra, conde de Ricla, el gobernador de Cádiz, Alejandro O'Reilly y Diego de Gardoqui. Al mando iba el teniente general Victorio de Navia –que ya en Cuba, entregaría el mando a Bernardo de Gálvez–, mientras la escuadra la mandaba José Solano. Fue la mayor expedición jamás enviada a América por una potencia europea en el siglo XVIII[41]. Por su parte, de forma coordinada, desde Brest zarparía la denominada *Expédition particulière*, al mando del mariscal Rochambeau*,* la versión francesa, con unos 9.000 hombres, aunque la falta de buques hizo que solo pudieran embarcarse algo más de 4.000 efectivos de tropa.

41 AGS.SGU. Leg 7303.1.

Coordinar todo este esfuerzo militar en la época no era tarea fácil. En previsión de que hubiera que recabar de diversas autoridades españolas en América y francesas en el Caribe, dinero, barcos, suministros y tropas, la Corte española designó a un comisionado especial para estas tareas: Francisco de Saavedra.



Imagen 6. Francisco de Saavedra, óleo / lienzo por Goya (1798). Viste uniforme de Secretario de Estado (azul con entorchados con ojos), cargo que alcanzó ese año. Cortesía Museo de la Real Abadía del Sacromonte, Granada

Francisco de Saavedra Sangronís nació en Sevilla el 4 de octubre de 1746. De niño, estudió en el colegio del Sacro Monte de Granada, uno de los centros de formación de la élite de la Ilustración española. En 1768, ingresó en el Ejército y en 1771 ascendió al empleo de teniente. Asistió a la Escuela militar de oficiales de Ávila, donde coincidió con Bernardo de Gálvez. Al igual que este, participó en la desastrosa expedición contra Argel en 1775, donde resultó herido.

Su amistad con Gálvez le facilitó, quizás, entrar a trabajar junto a uno de los personajes más importantes de la Corte y tío de Bernardo, José de Gálvez, secretario de Estado de Indias, y formar parte del exclusivo grupo que, con el rey Carlos III y sus ministros ilustrados, impulsó el progreso del país, en un intento de mejorar todas las instituciones en Europa y América.

Por su inteligencia, eficacia y cordialidad, Saavedra fue designado representante especial del rey en América, con una importante misión: coordinar y facilitar las operaciones militares que debía desarrollar Bernardo de Gálvez –por entonces gobernador de Luisiana y comandante del Ejército de Operaciones– y acordar una estrategia por tierra y mar con los franceses.

Embarcó en La Coruña en agosto de 1780 con destino a Cuba, pero su barco fue capturado por los ingleses y enviado preso a Jamaica. Saavedra ocultó la importancia de su misión, haciéndose pasar por un mero funcionario, hasta que, en enero de 1781, consiguió fugarse y llegar a La Habana. Durante los siguientes meses apartó todos los obstáculos y reticencias de las diferentes autoridades para facilitar las operaciones bélicas. También participó personalmente junto a Gálvez en la campaña militar, en la que se consiguió la gran victoria de Pensacola el día 9 de mayo de 1781.

Su siguiente cometido fue planificar otras operaciones junto con los franceses, sobre todo, el ataque a Jamaica, la gran base inglesa en el Caribe. Para ello, viajó a la isla de Santo Domingo y a México. También ordenó que se facilitasen tropas y dinero para las campañas españolas contra los británicos en Nicaragua, Honduras y Guatemala. Como consecuencia de las peticiones constantes de los norteamericanos a las dos cortes, se dispuso a concertar operaciones militares combinadas en América durante el año 1781; una Real Orden fechada el 7 de marzo disponía que se tuviera preparado un millón de pesos a disposición de los franceses en La Habana. Este dinero era para los gastos de una posible expedición contra Martinica o Jamaica, a desarrollar en noviembre, aunque no se precisaba exactamente, pues dependía de las circunstancias de la guerra.

Pronto, Saavedra realizaría su más importante contribución para el éxito de la independencia de los EE. UU. En julio de 1781, el Congreso Continental estaba en bancarrota. El ya mencionado Robert Morris, superin-

tendente de finanzas, pidió urgentemente dinero al representante español en Filadelfia en aquel momento, Francisco Rendón, «para oponerse al enemigo común»[42], al tiempo que enviaba una larga carta a John Jay, el encargado de negocios norteamericano en Madrid, pidiéndole conseguir cinco millones de dólares (pesos españoles) puestos a disposición del Congreso, preferentemente en La Habana[43]. Rendón escribió al general Cagigal, gobernador en La Habana y a José de Gálvez, trasladando la petición.

George Washington había escrito: «las tropas no han recibido nada desde hace tiempo y han mostrado ya varias veces muestras de descontento». Los regimientos de Connecticut, Pennsylvania y 1.º de New York se habían amotinado (Selig, 2020). Washington escribió en varias ocasiones a Morris, la última el 6 de septiembre: «solicito de la forma más urgente, al menos, un mes de paga, a la mayor brevedad posible. Espero que venga en las alas más veloces»[44]. Por su parte, el Ejército francés del conde de Rochambeau que, recordemos, había llegado a Norteamérica el año anterior, se hallaba también en serios aprietos económicos, por lo que se dirigió igualmente a las autoridades españolas en petición urgente de dinero a través del embajador francés.

Las solicitudes llegaron el 17 de julio a Cuba. Saavedra se encontraba en Guarico (actual Cap Haïtien, en Santo Domingo). Allí había arribado una escuadra francesa, al mando del conde de Grasse, procedente de Europa. El almirante francés recibió ese mismo día una carta de Rochambeau, llevada por la fragata *La Concorde*, que partió de Boston el 20 de junio, en la que le comunicaba que necesitaba tropas de refuerzo y fondos a entregar en la bahía de Chesapeake (Virginia). Como hemos relatado, en la cercana localidad costera de Yorktown se había refugiado el Ejército inglés al mando de Lord Cornwallis y los franconorteamericanos habían acordado dirigirse contra él. Pero no había dinero para los salarios de los marineros y de los soldados franceses y americanos.

Grasse no pudo conseguir ni una libra en la parte francesa de la isla y entonces lo pidió a Saavedra. Ante la urgencia de la situación, Saavedra aceptó firmar un convenio con Grasse[45]: este llevaría 3.200 soldados al mando del marqués de Saint-Simón y los buques franceses disponibles, estos últimos sustituidos por españoles, y, una vez finalizadas las operaciones actuales, se atacaría Martinica y Jamaica.

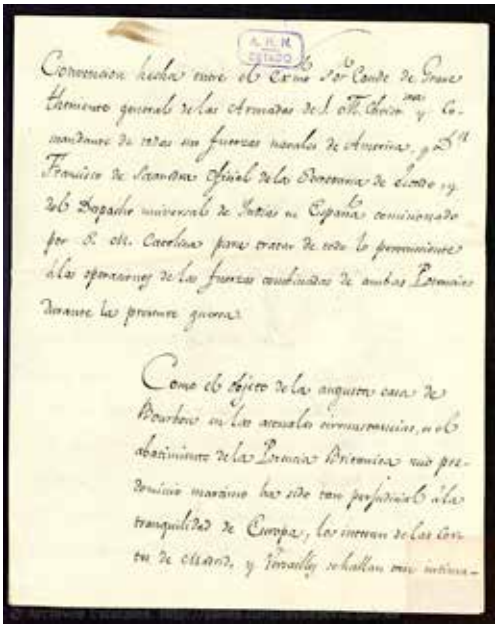
---

42 Carta de Morris a Rendon, 1 julio 1781. AGI Santo Domingo y *The Papers of Robert Morris*, *op. cit.*, pp. 273-275.

43 La carta se conserva en AHN Estado, leg. 3884 bis.

44 *The Papers of Robert Morris*: carta de Washington a Robert Morris, Head of Elk, 6 de septiembre de 1781, pp. 205-206.

45 El documento original del convenio Saavedra-Grasse se conserva en AHN Estado, 4164, julio 1781.



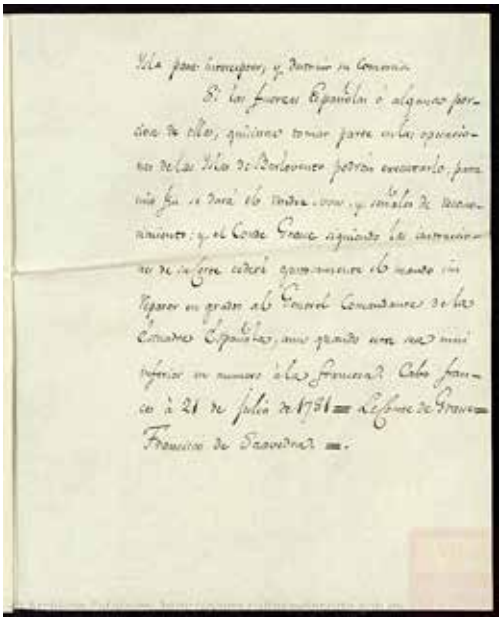


Imagen 7 y 7 bis. Documento original del acuerdo Grasse – Saavedra para las operaciones de Yorktown. Archivo Hº Nacional, ESTADO 4164, 21 julio 1781

Pero la decisión de mayor trascendencia fue que Saavedra aceptó que España prestara el dinero que tanto se necesitaba en Virginia. La primera cantidad se entregó allí, en Guarico: 100.000 pesos (reales de a ocho, de plata) que estaban destinados a Puerto Rico y Santo Domingo.

Saavedra embarcó hacia Cuba y llegó a La Habana el 15 de agosto. En el tiempo récord de 24 horas reunió 500.000 pesos, ayudado por la gestión que el tesorero de Ejército, Ignacio Peñalver, realizó ante unidades militares, entidades oficiales y préstamos de particulares. El día 17 partió la fragata *Aigrette* con el dinero a bordo, para unirse a la escuadra francesa. Las cajas con el dinero español se repartieron entre varios buques, para evitar que pudiera perderse la totalidad en caso de hundimiento de uno solo, y la flota partió hacia el norte, siguiendo la ruta del canal de Bahamas y la Corriente del Golfo. El 30 de agosto echaría el ancla en costas de Virginia, en cabo Henry, frente a la bahía de Chesapeake. De Grasse enseguida envió varios botes y embarcaciones menores río arriba para transportar a las tropas de refuerzo y para ayudar a cruzar la ría a las tropas franconorteamericanas.

Por fin, el 6 de septiembre, los franceses entregaron a un alborozado Morris 26.000 pesos para pagar a los soldados del *Continental Army*[46]. Este dinero, que correspondía a un mes de salario, era el que había sido reclamado reiteradamente por Washington.

El dinero pasó al general Benjamín Lincoln, quien lo distribuyó inmediatamente a las tropas norteamericanas entre el 7 y el 8 de septiembre en la localidad de Elkton (Head of Elk, Maryland), donde se habían reunido los ejércitos aliados en su marcha hacia el sur. El joven soldado John Hudson, del 1.er Regimiento de New York, escribió: «Recibí la única paga por mi servicio durante toda la guerra (…) seis Coronas Francesas (…) mis compañeros recibieron lo mismo»[47].

No sabemos qué son las coronas a las que se refiere Hudson. En tiempos de Luis XVI, las monedas francesas más corrientes eran los écus de plata y los soles de cobre. El sueldo mensual de un soldado continental era, según diversas fuentes, unos 6 dólares (o sea, 6 pesos españoles o *Spanish Milled Dollars* (la unidad de referencia internacional y la del dinero para los norteamericanos). Un écu tenía aproximadamente el mismo valor que un peso. Creemos que Hudson recibió, 6 écus, ya que ninguna de las otras monedas francesas equivaldría a esa cantidad, al tener mucho menos valor porcentual sobre la libra tornesa. También puede que los franceses entregaran pesos (de los de Cuba) mezclados con sus écus en cantidad variable y

46 *The Robert Morris papers*, *op. cit.,* pp. 199-200.

47 «Narrative of John Hudson. A Revolutionary Soldier, and now resident In Cincinnati». *The Cincinnati miscellany, or, Antiquities of the West*, vol. 2, 1845.

así fueran dados a unos regimientos o a otros. También es muy posible que Hudson recibiera 6 pesos españoles de plata, creyendo que, al venir de los franceses, lo que recibió fueran monedas de ese país. Los écus y los pesos españoles eran bastante parecidos en su forma y diseño y el joven soldado nunca había visto ni uno ni otro. Se trata de un error frecuente, compartido por otros actores del momento, ya que la ayuda española –en forma de suministros y préstamos– alcanzó a los rebeldes a través de intermediarios en Francia y Holanda. De hecho, la mayor parte de los norteamericanos jamás supo de dónde procedía el dinero ni los suministros que recibían. En cualquier caso, Morris no habría recibido el dinero tan urgente en aquellos momentos de manos de los franceses, sin que estos a su vez hubieran recibido los pesos españoles en La Habana.

Por otro lado, Rochambeau entregó a su tesorero, Claude Blanchard, el 21 de septiembre, en Williamsburg, 800.000 libras de las 1.200.000 que afirma que Grasse[48] recibió de Saavedra para los gastos de las tropas francesas. La gran cantidad de monedas de plata pesaba tanto que, la noche del 23, rompió el suelo de la casa donde se alojaba[49]. No hay constancia de cómo se repartió el resto del dinero, pero es de suponer que serviría parte para sustituir lo pagado a los norteamericanos y parte para las propias necesidades de la flota de Grasse y soldados de Rochambeau. Poco antes había llegado la fragata *Resolue* con 1,8 millones de libras tornesas desde Francia, que, al parecer, fueron entregadas al Congreso y, como en otras ocasiones, se emplearon en gastos diversos[50]. El desbarajuste de las finanzas de los rebeldes la describe Morris en carta a George Washington el 17 de octubre de 1781: «el poco dinero que puedo disponer se pierde en mil direcciones diferentes y pronto se habrá agotado».

La operación planeada por Rochambeau y Washington se desarrolla a la perfección. Todos los elementos de una concentración combinada por tierra y por mar se encontraban puntuales a la cita en la bahía de Chesapeake durante los primeros días del mes de septiembre: los 28 navíos de línea más las pequeñas unidades del conde de Grasse, 10 barcos del conde de Barras venidos del norte, las tropas estadounidenses del general Washington y las tropas francesas de Rochambeau, la división de Lafayette y el refuerzo traí-

48 Todos los testimonios escritos por los franceses apuntan a que de Grasse llegó con 1.200.000 libras, aunque Saavedra afirma que entregó 600.000 pesos, lo que en realidad equivale a 3.000.000 de libras (1 peso = aprox. 5 libras). ¿Qué fue del resto del dinero entregado?

49 *Journal de campagne de Claude Blanchard, commissaire des guerres principal au corps auxiliaire envoyé en Amérique dans le commandement du lieutenant général Cte de Rochambeau (1780-1783*) / Par Maurice La Chesnais, París, 1869, p. 97.

50 Ver nota 53.

do por el marqués de Saint-Simon[51], es decir, en total, cerca de quince mil hombres[52].

Los almirantes ingleses Hood y Graves intentaron acudir en ayuda de Cornwallis y forzar la entrada de la bahía de Chesapeake, pero fueron rechazados por las flotas francesas en el combate naval de Chesapeake el 5 de septiembre. El 29 del mismo mes, el cerco de Yorktown ya era total. La trinchera se abría el 6 de octubre. Tras trece días de resistencia, Cornwallis capitulaba el día 19, entregando la plaza y 7.000 hombres, de las mejores tropas inglesas en América.

Lord Cornwallis reconoció en sus memorias[53] que la llegada de las tropas francesas de Santo Domingo, según el convenio firmado por Saavedra y Grasse, impidió que pudiera liberarse del asedio de los aliados por tierra:

> *«Aunque el Marqués de La Fayette avanzó sus tropas ligeras a Williamsburg a principios de septiembre, no tomó posiciones allí con su ejército hasta que fue reforzado con las tropas francesas procedentes de las Indias Occidentales, bajo el mando del brigadier de Saint-Simon. En aquel momento, tras dejar algunas guardias de reserva en las fortificaciones, yo podría haber hecho marchar a poco más de cuatro mil hombres, compuestos en parte por tropas no acostumbradas a la acción. El enemigo estaba en una posición fuerte y era considerablemente superior en número, pero los habría atacado sin dudarlo».*

La importancia de la ayuda prestada por España se puede leer en testimonios franceses y en el del propio Grasse, que escribió a Saavedra el 4 de septiembre, después de su llegada a Chesapeake: «No olvidaré jamás todo el reconocimiento que os debo y no dejaré escapar ocasión de renovar mi agradecimiento»[54].

El almirante de Grasse escribió a Rochambeau, una vez llegado a la bahía de Chesapeake, el 30 de agosto, a bordo de su navío *Ville de Paris*:

> *«Partí de Sto. Domingo el 3 de agosto como estaba convenido, la urgencia de tomar en La Habana las 1.200.000 libras tornesas que os eran*

---

51 El marqués de Saint-Simon pasaría al servicio de España años más tarde, durante la Revolución Francesa.

52 Lerville, Edmond. *Vers la bataille finale de la guerre de l'independance americaine (d'après des documents chiffrés inédits)*. Association des reservistes du Chiffre. 1979.

53 Earl Cornwallis: *An answer to that part of the narrative of Lieutenant-General Sir Henry Clinton, K.B. which relates to the conduct of Lieutenant-General Earl Cornwallis, during the campaign in North-America, in the year 1781.* Londres, 1783. Introducc. P. XII.

54 Universidad de Loyola, Granada. Facultad de Teología, Fondo Saavedra. AFT 32-11.

tan necesarias (...) en consecuencia nuestros 3.200 hombres parten desde mañana hacia Jamestown para unirse al cuerpo del Sr. Lafayette»[55].

El general Lauberdières, que fue ayudante de campo de Rochambeau en América, anotó en su diario:

«El Sr. Rochambeau tuvo en ese momento mucha más facilidad para socorrer a los americanos, ya que, además de 1.200.000 francos traídos de La Habana por el Sr. de Grasse, debió de enterarse de la llegada de la Resolue a Boston con 1.800.000 para los franceses»[56].

Por su parte, Rochambeau escribe en sus memorias[57]:

«De Grasse llegó a Santo Domingo: allí encontró la fragata que le entregó mis despachos; los comunicó de inmediato al Comandante de Santo Domingo y al Sr. de Solano[58]*, Almirante español, quienes adoptaron mi plan contra el Ejército de Cornwallis. Contribuyeron a ello con todo su poder; el primero, prestándonos, por tres meses, el cuerpo de tres mil hombres a las órdenes de M. de Saint-Simon; y el segundo, facilitando, al paso del Conde de Grasse a la altura de La Habana, los 1.200.000 francos que necesitábamos para esta operación».*

El general Bouganville escribió[59]: «El 17 de agosto, de las 2.500.000 libras de La Habana, embarcamos en *El Auguste* 50 cajas conteniendo 3.000 piastras (pesos) cada una».

Saavedra continuó proporcionando dinero español a los franceses: un millón de pesos partió de Cuba a bordo de la fragata *Amazone* el 27 de septiembre de 1781, tal y como estaba ordenado, pero hubo más: otro millón de pesos partió de Veracruz el 13 de diciembre, en la fragata *Courageuse*, para las operaciones que estaban previstas en las Antillas[60]. El 31 de enero de 1782, las fragatas norteamericanas *Duc de Lauzun* y *Alliance* embarcaron

55 Correspondencia de Rochambeau. Rochambeau Family Papers. Yale University. Beinecke Library, EE. UU. GEN MSS 146, 1781, caja 3, carpeta 143.

56 Dupont d'Aubevoye de Lauberdières, Louis-François-Bertrand. *Journal de l'armée de Rochambeau (1780-1783)*. Pp. 107 y 108. https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b52506900t/f238.item#

57 *Mémoires militaires, historiques et politiques de Rochambeau, ancien maréchal de France, et grand officier de la Légion d'honneur*. París, 1809. Pp. 284-285.

58 Confunde a Solano con Saavedra, a quien no conocía y que, como comisionado del rey en La Habana, fue el responsable de la ayuda y firma del acuerdo con de Grasse.

59 Kerallain, R. «Bouganville a l'armée du comte de Grasse»*, en Journal de la sociètè des americanistes*, t. 20, p. 70.

60 Morales padrón, J.: «Diario de Francisco de Saavedra». Recogido en Guerrero Acosta, J.: *Bernardo de Gálvez y la presencia de España en México y EE. UU.*, Ministerio de Defensa, 2015, p. 219, *Memorias Recobradas*, Iberdrola, 2018, y *Desvelando Memorias*, Iberdrola, 2019, pp. 74-79. Los documentos originales están en el AHN.

otros 72.447 pesos en la Habana y lo desembarcaron en Rhode Island el 20 de marzo, siguiendo una nueva petición de Robert Morris a las autoridades españolas[61].

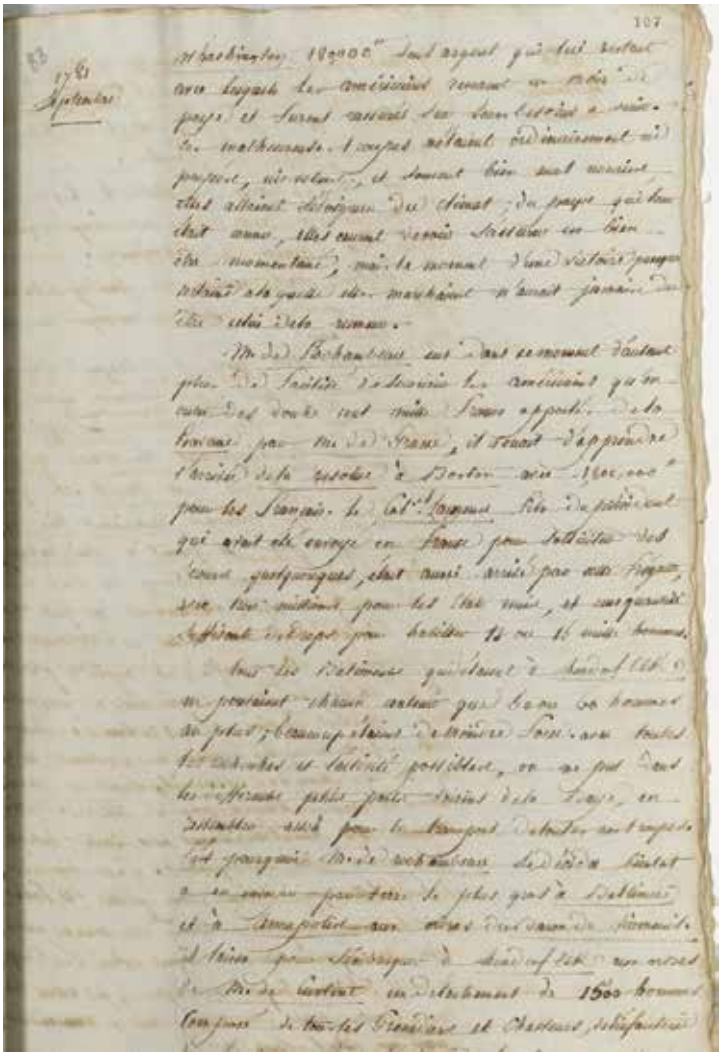


Imagen 8. Laubardieres, Diario del Ejército de Rochambeau. Página sobre la importancia de la entrega de dinero de La Habana a los americanos de Washington para un mes de salario. Gallica, BNF

61 *The papers of Robert Morris*, *op. cit.*

Esta fundamental ayuda española pasó desapercibida durante muchos años, principalmente oscurecida por las celebraciones de los franceses, que, dado que habían combatido hombro con hombro con los norteamericanos, recibieron un lógico y merecido reconocimiento por su acción bélica. En España tampoco se publicó en su momento en las gacetas ni nuestro embajador en París, el conde de Aranda, le dio especial importancia, al ser informado por sus colegas franceses del convenio firmado entre Saavedra y de Grasse, en línea con la, a veces, errática política española en el conflicto. Por otro lado, pese a emplear enormes recursos, España evitó en todo momento la participación en operaciones militares junto a los rebeldes, salvo en dos ocasiones puntuales: la conquista de Las Bahamas y el golpe de mano contra el fuerte Saint Joseph en la Alta Luisiana.

Cabe indicar aquí cómo, por parte de algunos tratadistas, esta ayuda española se ha minusvalorado, en línea con la corriente del nacionalismo estadounidense en boga durante los siglos diecinueve y veinte, que considera que la guerra la ganó un puñado de patriotas solos. Pero lo más chocante es que haya sido un historiador hispano[62] el que lo haya hecho con más empeño. Su trabajo trata en primer lugar de la procedencia del dinero de Cuba, desmontando el mito de que el dinero que recogió Saavedra procedía de la venta de las joyas de las damas de La Habana, leyenda que, como todas las leyendas, tiene muy poca base real, pero es muy hermosa poéticamente. En efecto, en la lista de personas que contribuyeron a la colecta el 16 de agosto de 1781, que se conserva en el archivo de Saavedra[63], solo figura una mujer, Bárbara Beltrán de Santa Cruz, marquesa de Cárdenas, que aportó 10.000 pesos, aunque no es menos cierto que, los meses anteriores, otras tres mujeres aristócratas habían aportado dinero a la tesorería habanera. El resto del trabajo intenta echar por tierra la importancia del dinero entregado a de Grasse, sobre la base de que los franceses recibieron otras cantidades de Europa en las semanas siguientes. El autor desconoce o no considera todos los testimonios citados aquí anteriormente, que evidencian la importancia del préstamo español y su contexto en el marco de las operaciones en curso, antes y después de Yorktown, y olvida que lo trascendental no fue el importe, que también, sino el momento crítico en que fue necesario y entregado.

En diciembre de 1781, se cerró el plan para atacar Jamaica. Una escuadra salió de Brest al mando del conde de Estaing y recogió un contin-

62 Fernández Álvarez, José Ramón. *Las damas de La Habana y sus joyas. Un mito persistente en la historia de Cuba*. Miami, 2015.

63 Universidad de Loyola, Granada. Facultad de Teología, AFT_FSAAVEDRA_C043_009. Leg. 60-8. *Noticia de lo que se está debiendo en esta tesorería general de ejército por préstamos. Havana, 17 set. 1781.*

gente español en Cádiz y partió hacia las Antillas el 15 de enero de 1782. Transportaba cinco regimientos españoles al mando del general Francisco de Borja y llegó al Guarico el 8 de febrero[64]. En Santo Domingo, el contingente reunido de unos 20.000 hombres al mando de Gálvez, reforzado con tropas francesas al mando de Belcombe, tenía previsto dirigirse al norte de Jamaica para desembarcar y luego avanzar hacia Kingston, la capital. Estaing desembarcaría en el sur[65]. Jamaica se salvó de la invasión aliada, pues la expedición hubo de retrasarse y, finalmente, nunca pudo llevarse a cabo, al ser derrotado Grasse en la batalla naval de Los Santos en abril de 1782 y perderse la superioridad naval precisa para la operación.

Saavedra ocupó posteriormente importantes cargos hasta su fallecimiento en 1819. Sobre la trascendencia de la independencia de los EE. UU. escribió: «La política debería prestar toda su atención a la gran convulsión que va a significar para la humanidad la revolución de Norteamérica».

Consideraciones finales sobre la actuación de España en la Revolución norteamericana

España era aliada directa de Francia y luchó contra Gran Bretaña bajo los términos que Francia y América acordaron: ninguna rendición británica sin el reconocimiento estadounidense. La captura de Pensacola por parte de Gálvez no solo provocó que los británicos se reagruparan y reformularan toda su estrategia en el Caribe, sino que la retirada de Gran Bretaña del Golfo de México permitió a los españoles destinar algunos buques para proteger las «Islas de azúcar» francesas. Esto permitió que de Grasse pudiera llevar toda su flota al Chesapeake y derrotar a Graves (lo que selló el destino de Cornwallis en Yorktown). En otras palabras, sin la victoria de Gálvez en Pensacola, Grasse habría necesitado dejar barcos en el Caribe para proteger las colonias francesas, lo que podría haber decantado el conflicto en el Chesapeake hacia una victoria británica y la victoria de Yorktown nunca habría ocurrido. La ocupación española de la isla Providencia, en las Bahamas, con una operación combinada con los norteamericanos en 1782, privó a los corsarios británicos de su base de operaciones fundamental y los obligó a refugiarse en San Agustín de Florida, sin posibilidad de ayuda ni de echarse a la mar. Las campañas de Matías de Gálvez, capitán general de Guatemala,

64 Rico, Alberto.: «D. Francisco de Saavedra y la guerra de independencia de los EE. UU., un jirón de vida hispanoamericana», en *Razón y fe,* núm. 86, 1929, pp. 302-318.

65 Cartas de José de Gálvez a F. de Saavedra. Kislak Ms 183, Kislak Collection. Library of Congress.

contra Nicaragua y Honduras expulsaron a los ingleses de Centroamérica. Solo faltó el golpe final a Jamaica para haber acabado con la presencia británica en Norteamérica. Y en todo ello jugó un protagonismo decisivo España.



Imagen 9. Bernardo de Gálvez con uniforme de teniente general, concedido por su victoria en Pensacola, pintado por José Nicolás de Escalera en La Habana en 1781. En la mano, una carta de su padre le recuerda que sus éxitos los debe a Dios y al Rey. Cortesía Colección Iberdrola

España prestó una gran cantidad de dinero y envió equipo militar. Los primeros mosquetes que recibieron los rebeldes llegaron a Massachusetts desde Bilbao en 1775. Entre 1777 y 1778 se enviaron 30.000 mantas, fusiles y miles de prendas de vestir desde Europa y suministros, pólvora, uniformes y préstamos desde Nueva Orleans y Cuba, por nombrar solo algunos. La flota francesa recibió más de dos millones de pesos en Cuba para luchar en Yorktown y en la campaña siguiente. Solo en Nueva España se recaudaron más de cinco millones de pesos de una colecta (el Donativo universal) a la que contribuyeron todos los habitantes de cada ciudad y pueblo de todos los orígenes étnicos de la América española. Hubo más soldados y marineros españoles y franceses luchando contra Gran Bretaña (más de 100.000 hombres) que estadounidenses. España emprendió más operaciones militares que Francia en Norteamérica y las operaciones terrestres españolas en La Florida, La Luisiana y Centroamérica fueron tan intensas como las mayores de la guerra en el territorio de las Trece Colonias. La actividad de la escuadra combinada francoespañola fue intensísima, con cientos de navíos y miles de hombres operando en el Atlántico, canal de La Mancha, Mediterráneo y aguas de América.

Las alianzas siempre tratan de intereses superpuestos y nunca son puramente altruistas. Lafayette y sus compatriotas no lucharon «por la libertad americana», lucharon por Francia, cuyos intereses en derrotar a Gran Bretaña se alineaban con los americanos. Por la misma razón, los estadounidenses en la primera y segunda guerras mundiales no «lucharon por la libertad europea», lucharon por los Estados Unidos. Otro tanto cabría decir entonces de los norteamericanos en Corea, Vietnam, Afganistán… por no mencionar los conflictos actuales, como Oriente Medio. Ningún líder que se precie enviaría tropas a la batalla, a menos que el interés nacional estuviera en juego. Por lo tanto, SÍ, Bernardo de Gálvez y los soldados de España caídos en la guerra pueden y deben considerarse rotundamente héroes de la Revolución Americana.

Negar la importancia de la contribución hispana a la historia de los EE. UU. es continuar fragmentando el pasado común de millones de personas dentro y fuera de la nación. Es un legado valioso que merece ser reconocido, difundido y conservado. Así, incluso cuando quienes hoy investigamos esta realidad histórica –aún poco conocida– ya no estemos, las nuevas generaciones a ambas orillas del Atlántico podrán disfrutarlo y seguir ampliando su conocimiento.

BIBLIOGRAFÍA

ARMILLAS VICENTE, José A.: «Ayuda secreta y deuda oculta. España y la independencia de los Estados Unidos», en *Norteamérica a finales del siglo XVIII: España y los Estados Unidos*, coord. por Eduardo Garrigues López-Chicheri, 2008, págs. 171-196.

BEERMAN, Eric: *España y la independencia de Estados Unidos*. Fundación MAPFRE 1992.

GRIFFIN, Martin I. J.: «Don Juan de Miralles, The Spanish Agent. His Requiem», en *The American Catholic Historical Researches,* vol. 3, n.º 4, 1907, pp. 297-310. JSTOR. www.jstor.org/ stable/44374698

ALLISON, D. K. y FERREIRO, L.: *The American Revolution, a World War*. Smithsonian Institution, Washington, 2018.

CALDERÓN, R. (2004).: *Empresarios españoles en el proceso de independencia norteamericana. La casa Gardoqui e hijos de Bilbao*. Madrid, Unión Editorial, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales Francisco de Vitoria.

CALVÓ, Juan L.: *La industria armera nacional 1830-1940. Fábricas, privilegios, patentes y marcas*, Eibar, Comisión Ego Ibarra, 1997.

CONROTTE, Manuel: *La intervención de España en la independencia de los Estados Unidos.* 1920.

Consulado de Bilbao. Libro borrador de cuentas de Haveria (1774-1775). Archivo de la Diputación de Bizkaia. Sign. Consulado 0202/004.

CHÁVEZ, Thomas E.: *España y la independencia de Estados Unidos*. Taurus, 2006.

DAVIS, Robert: «The British Southern Strategy in the American Revolution, 1775-1782», en *British Journal for Military History*, Vol. 11, Issue2, Agosto 2025. www.bjmh.org.uk2

DEVINE, Michael J.: *Territorial madness: Spain, geopolitics, and the american revolution.* 1994. https://scholarworks.wm.edu/server/api/core/bitstreams/0121cd7e-baed-4d79-850e-6f9716da6869/content

Diplomatic Correspondence of the American Revolution. Edited by Jared Sparks. Boston, 1829. https://www.gutenberg.org/cache/epub/52566/pg52566-images.html#lett_33

Elbridge Gerry to James Warren. Philadelphia, March 6, 1776. Northern Illinois University Digital Library. ID S4-V5-P01-sp06-D0010 https://digital.lib.niu.edu/islandora/object/niu-amarch%3A92731

FERREIRO, Larrie: *Brothers at Arms: American Independence and the Men of France and Spain Who Saved It.* Random House, New York, 2016.

FLAGG BEMIS, S.: *A Diplomatic History of the United States*. London, Jonathan Cape, New York, Henry Holt, 1937.

GARRIGUES, E. y LÓPEZ VEGA, A. (eds.): *España y los Estados Unidos en la era de las independencias*. Madrid, Biblioteca Nueva, Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, 2013.

George Washington to Juan de Miralles, 12/7/1779, in *The Writings of George Washington,* 17:225-226, 226n.

GUERRERO ACOSTA, José M.: «Ayuda y logística estratégica de España a la independencia de los Estados Unidos», en *Revista de Historia Militar*, n.º Extra-1, 2016, pp. 111-140.

-----: «Bernardo de Gálvez y las operaciones del Ejército español durante la Guerra de Independencia de los Estados Unidos», en *Revista de Historia Militar*, n.º 117, 2015, pp. 201-230.

-----: «El asedio de Pensacola (8 de marzo-9 de mayo de 1781). Una aportación española a la independencia de los EE. UU.», en *Historia Militar de España*, vol. 5, 2017, *Campañas, batallas y hechos singulares,* pp. 294-319.

-----: «Los soldados de Gálvez, europeos y americanos durante la Revolución norteamericana», en *Bernardo de Gálvez, la presencia de España en México y Estados Unidos*, Ministerio de Defensa, 2015.

-----: «España y la Independencia de los EE. UU., historia ignorada de una ayuda vital», en *Desperta Ferro*, núm. 59, *Bernardo de Gálvez y la independencia de EE. UU.,* agosto 2022.

James Warren to John Adams, Watertown, April 30, 1776. National Archives, Founders Online. https://founders.archives.gov/?q=james%20warren%20Recipient%3A%22Adams%2C%20John%22&s=1111311111&sa=&r=82

LANCHO RODRÍGUEZ, José M.ª: *El factor olvidado: la Armada española en la independencia de los Estados Unidos*. https://abcblogs.abc.es/espejo-de-navegantes/carrera-de-indias/el-factor-olvidado-la-armada-espanola-en-la-independencia-de-los-estados-unidos.html

Legado: España y los Estados Unidos en la era de la Independencia, 1763-1848. Madrid, Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior de España.

LONG FERNÁNDEZ DE MESA, Mary Ann (Molly) y su hermana LONG STARTZ, Mary Anthony: «Las hijas de los donativos: Encontrando la plata que hundió el suelo», en *Desvelando memorias*. https://www.un-

veilingmemories.com/es/events/las-hijas-de-los-donativos-encontrando-la-plata-que-hundio-el-suelo/

MITCHELL, Barbara: «Bankrolling the Battle of Yorktown», en *GHQ Magazine*, noviembre, 2012. https://www.historynet.com/bankrolling-the-battle-of-yorktown.htm

Muster and pay rolls of the war of the revolution, 1775-1783. Vol. 47, 27th Massachusetts Regiment, pp. 185-187. https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=mdp.39015053698935&view=2up&seq=204

National Archives: *George Washington to Gardoqui*, *1 December 1786*, Founders online. https://founders.archives.gov/documents/Washington/04-04-02-0369.

Carta de Jeremiah Lee a Gardoqui, febrero 1775 y carta de Elbridge Gerry a Gardoqui, junio 1775, pp. 401y 818. *Naval Documents of the American Revolution*. Naval History and Heritage Command. Vol. I. Department of the Navy. Washington, D.C. https://www.history.navy.mil/research/publications/publications-by-subject/naval-documents-of-the-american-revolution.html

O´DONNELL, Patrick.: *The Indispensables. The diverse soldier-mariners who shaped the country, formed the navy and rowed Washington across the Delaware*. Grove press, New York, 2021.

Papers of George Washington, Confederation Series, vol. 4, 2 April 1786-31 January 1787, ed. W. W. Abbot. Charlottesville: University Press of Virginia, 1995, pp. 413-414.

PROVEN, Joshua: *Every hazard and fatigue. The siege of Pensacola 1781*. Helion & co. Warwick, 2023.

QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M.: *Bernardo de Gálvez, Spanish Hero of the American Revolution.* Chapell Hill, The University of South Carolina Press, 2018.

REPARAZ, Carmen de: *Yo solo: Bernardo de Gálvez y la toma de Panzacola en 1781, una contribución española a la independencia de los Estados Unidos*. Barcelona, ICI, 1986.

RIBES, Vicent. «Nuevos datos biográficos sobre Juan de Miralles», en *Revista de Historia Moderna,* n.º 16, 1997, pp. 363-374.

ROIG-FRANZIA, Manuel: «A picture of persistence in honoring a Spanish hero of the Revolutionary War», en *The Washington Post*, 30 octubre de 2014. https://www.washingtonpost.com/lifestyle/style/a-pic-

ture-of-persistence-in-honoring-a-spanish-hero-of-the-revolutionary-war/2014/10/30/d59cf296-5b95-11e4-b812-38518ae74c67_story.html

SILVA, D.: *A Forgotten Hero of the American Revolution: Juan de Miralles and the Relationship between Spain and the United States*. https://winewithcheetos.wordpress.com/2017/07/03/a-forgotten-hero-of-the-american-revolution-juan-de-miralles-and-the-relationship-between-spain-and-the-united-states/

The journals of Ashley Bowen (1728-1813) of Marblehead. Cap. XIV. Colonial Society of Massachusetts.

The journals of Ashley Bowen of Marblehead (1728-1813). Colonial Society of Massachusetts. https://www.colonialsociety.org/node/737

THOMPSON, Mary V.: *"The Pleasure of this Gentleman's Acquaintance": The Friendship Between George Washington and Don Juan de Miralles*. Mount Vernon Ladies' Association, 2005.

To George Washington from Francisco Rendón. Philadelphia, Octr 2nd 1781. Private. From George Washington to Francisco Rendón, Head Quarters before York 12th October 1781. *Papers of George Washington*

TORRES SÁNCHEZ, Rafael: «Guerra de convoyes, la ofensiva de la armada en 1780», en *Desperta Ferro*, número especial XLII, pp. 30 a 37.

TOUS MELIÁ, J.: *La Real Fábrica de Placencia de las Armas (c.1538-1865)*. San Cristóbal de La Laguna, 2021.

U.S. Department of State: *The Diplomatic Correspondence of the American Revolution*. N. Hale and Gray & Bowen, 1830. (Varios vols. disponibles en línea).

VV. AA. *Desvelando memorias*. *La contribución de España y los hispanos a la Independencia de los EE. UU.* Iberdrola, 2019. www.unveiling-memories.com

VV.AA.: *Recovered Memories. Spain, New Orleans and The Support for the American Revolution*. Iberdrola, 2018. https://www.iberdrola-arte.es/FicherosIberdrola/Publicaciones/8/33bfaf64-c9a1-4f4c-83af-69d33b-f520e3.pdf

APÉNDICE 1

Cálculo –aproximado y conservador– de bajas humanas de la Monarquía borbónica en acciones militares 1778-1783

ESPAÑA

EUROPA

- Sitio de Gibraltar 1781-1782 (solo en desastre de baterías flotantes: 1.179 bajas).
- Total estimado durante el asedio: unas 1.700 bajas.
- Sitio de Menorca 1781-1782: 184 muertos, 380 heridos, 55 muertos por enfermedad, 20 desertores (suplemento de la *Gazeta de Madrid* de 7 marzo 1782).
- Total 639 bajas.
- Intento de invasión de Inglaterra: 3.000 bajas.

Total de bajas en Europa: 5.339 bajas

AMÉRICA

- Sitio de Pensacola marzo-mayo 1781: 74 muertos, 198 heridos ¿enfermos?
- Campaña del Misisipí (agosto 1779): 1 muerto, 2 heridos.
- Sitio de La Mobila (marzo 1780): 7 muertos, 9 heridos.
- Bajas en Ejército de Operaciones, Cádiz (1780): 1.900 muertos (2.800 entre muertos y desaparecidos en la travesía)
- Campañas de Matías Gálvez en Guatemala y Honduras, Yucatán 1779-1782: ¿150?
- Acciones navales en Europa y América (1779-1781): ¿1.000?
- Prisioneros muertos en barcos prisión en Nueva York: unos 150 muertos.
- Enfermos durante preparación ataque a Jamaica (1781-1783): unos 100 muertos.

Total de bajas en América: 4.466 bajas.

Total general estimado mínimo: 9.805 bajas.

FRANCIA

- Bajas francesas Yorktown: 50 muertos y 127 heridos.
- Bajas en la travesía de la *Expedition Particuliere:* 200 muertos.
- Bajas en Pensacola: 2 muertos y 23 heridos.

Total soldados muertos (enfermedades y campaña Estaing): 989 bajas (650 en Savannah).

Marinos (Batalla des Saintes): 1.113 bajas

Total bajas francesas en América: 2.504

Fuente: Warrington Dawson, Journal de la societé des Americanistes, New series, (1936) Vol. XXVIII, pp. 1-154.

- Intento de invasión de Inglaterra: 5.000 bajas.
- Bajas estimadas de la Marina en otras acciones: ¿1.500?

Total general estimado mínimo: 9.004 bajas.

APÉNDICE 2

Bajas de barcos españoles 1779-1783

Año 1779

El Poderoso, de 64 cañones
Santa Mónica, de 32 cañones
Santa Margarita, 32 cañones

Año 1780

Santa Marta, de 38 cañones
San José, de 70 cañones
El Fénix, de 80 cañones
Monarca, de 70 cañones
El Diligente, de 70 cañones
Princesa, de 70 cañones
Guipúzcoa, 70 cañones
Santo Domingo, 70 cañones
San Julián, 70 cañones
San Carlos, 50 cañones
San Juan Bautista (bergantín)

Año 1781

Santa Leocadia 34 cañones
La Grana 26 cañones
Santa Catalina, 32 cañones
Tallapiedra, 21 cañones
Pastora, 21cañones
San Cristóbal, 17 cañones
Paula Primera, 21cañones
Príncipe Carlos, 7 cañones
San Juan, 9 cañones

Paula Segunda, 9 cañones
Santa Ana, 9 cañones
Dolores, 7 cañones

Año 1782

San Miguel, 74 cañones
Perpetua (fragata)
Begoña (brulote)
Natalia
Santa Catalina 30 cañones

Año 1783

*El Dragón d*e 60 cañones
Las dos Cathalinas (fragata)

Bajas de barcos franceses 1778-1783

Unos 22 navíos de línea, entre otros, *El Ville de Paris,* 104 cañones; *El Glorieux,* de 74 cañones; *El Hector,* de 74 cañones y *El Ardent*, de 64 cañones.

Revista de Historia Militar
I extraordinario de 2026, pp. 99-162
ISSN: 0482-5748
RHM.03
https://doi.org/10.55553/504nkf070103

CAMPAÑAS NAVALES DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DE LOS EE. UU. DE AMÉRICA

José María BLANCO NÚÑEZ[1]

RESUMEN

Durante la Guerra Anglo-Española la intervención de la Real Armada, tanto en combinación con la francesa como en solitario, fue de gran relevancia para conseguir los objetivos que la Monarquía Española se había propuesto. En este artículo se tratarán las tres subidas al Canal de la Mancha de la escuadra combinada, sus consecuencias a la hora de desbloquear los puertos norteamericanos, el combate de Santa María, el apresamiento del convoy de la India, las campañas para la conquista de Mahón y para el «socorro» de tropas a las plazas americanas y el fracaso de la expedición a Jamaica.

PALABRAS CLAVES: Escuadra combinada. Navío de línea. Fragata. Convoy. Mazarredo. Córdova. Solano.

[1] Capitán de navío (retirado). Académico de n.º de la Real Academia de la Mar y de la de las Artes y Ciencias Militares (ACAMI). Correspondiente de la Real de la Historia. Asesor del IHCN.

ABSTRACT

During the Anglo-Spanish War, the actions of the Royal Armada, as well as combined with the French, as going alone, was of great importance to achieve the objectives aimed by the Spanish Crown. In this article we will discuss the three incursions to the Mancha Channel of the combined Squad, their consequences when deblocking the North American harbours, the Santa Maria fight, the capture of the India Convoy, the campaigns to conquer Mahon and for the succor of the troops to the American towns, as well as the failed expedition to Jamaica.

KEYWORDS: Combined Squad. Ship of the Line. Frigate. Convoy. Mazarredo. Cordova. Solano.

*****

GESTACIÓN DE LA NUEVA GUERRA CONTRA INGLATERRA

Carlos III cargaba con la derrota de la Guerra de los Siete Años, en la que se entró tarde, mal y a rastras, por lo que pensaba en la recuperación.

Desde la Declaración de Independencia de las Trece Colonias, Francia, que la había fomentado, trataba que España declarase la guerra a la Gran Bretaña. Francia no tenía nada que perder en América, pero España conservaba intacto su Imperio. El embajador de S.M. Católica en París[2], teniente general de los Reales Ejércitos (RR.EE.) D. Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda, informaba:

> *«La independencia de las colonias inglesas queda reconocida, y éste es para mí un motivo de dolor y temor. Francia tiene pocas posesiones en América; pero ha debido considerar que España, su última aliada, tiene muchas y que desde hoy se hallan expuestas a las más terribles conmociones (...) No es éste el lugar de examinar las opiniones de algunos hombres de Estado (...) acerca de las dificultades de conservar nuestro dominio en América. Jamás han podido conservarse por mucho tiempo posesiones tan vastas, colocadas a tan gran distancia de la metrópoli»*[3].

2 Nombrado el día 13.06.1773.

3 CONDE DE ARANDA: *Informe reservado al rey Carlos III sobre las provincias de América*. LINKGUA, Barcelona, 2025.



Imagen 1. El conde de Aranda. Wikipedia DP, de Francisco Jover y Casanova, copia del retrato de Joaquín Inza conservado en la Colección Casa de Alba

Por tanto, intuyó lo que se venía encima en sus informes, luego cambiará de criterio para intentar que Carlos III, finalmente, se decidiese a entrar en la guerra.

En marzo de 1775, Aranda, de acuerdo con Grimaldi, comunicó al gobierno francés de que si Francia alistaba su Marina, como lo haría España, se podría romper con Inglaterra. Llegado el caso, la escuadra combinada que podría armarse sumaría 100 navíos y 50 fragatas, con lo cual Inglaterra (aún no había adoptado el «Two power standard») tendría que armar más, contra su presupuesto y contra su comercio.

Floridablanca, cuando relevó a Grimaldi, frenó estos preparativos:

> *«S.M. no quiere una guerra para que mañana se le estreche a concluirla sin dinero...nuestra conducta política debe ser semejante a la militar... obrar separados sin dejar de ser amigos... España... estará bien cuando mire por si, sin faltar a lo que debe, y muy mal cuando sea esclava de otro poder, sea el que fuere»*[4].

Consideraba la independencia de las colonias americanas tan perjudicial para España como para Inglaterra; pretendía algo parecido a la neutralidad armada practicada por Fernando VI.

La victoria en Trenton de Washington (diciembre 1776), provocó el que Francia firmase un *«Tratado de Unión y Amistad»* con las Trece Colonias, que reconocía su independencia a cambio de la declaración solemne, por parte norteamericana, de no someterse a Inglaterra jamás. Se firmó el 6 de febrero 1777 y «de facto» sirvió de declaración de guerra, aunque las hostilidades se rompieron el 17 de marzo; como en la de los Siete Años, Francia entraba sola en guerra contra Inglaterra, pero insistiendo en que España se le uniese.

Francia, con visión estratégica, envío a aguas norteamericanas a la escuadra de Levante (Tolón) al mando del conde de Estaing, que zarpó el día 13.04.1778, pasó el estrecho de Gibraltar el siguiente 16.05 y el 08.07 arribó a Delaware, mostrando una preocupante lentitud, pero debemos considerar que las escuadras francesas estaban prácticamente inmóviles desde el final de la de los Siete Años (1762), es decir «13 años sin salir a la mar»; en aquellas aguas americanas, los ingleses bloqueaban los puertos insurgentes, inmovilizando así la mitad de sus fuerzas navales.

La escuadra de Poniente el 24.07.1778, al mando del almirante conde de Orvilliers, aparejó en Brest para cruzar por el canal de la Mancha y fijar allí a los ingleses, favoreciendo así el paso de la escuadra Estaing por

[4] FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Op. cit.,* pág. 213.

el estrecho de Gibraltar. Si se pretendía eso ¿cómo tardó tanto en salir de Brest? Esta tardanza era achacable al estado de la marina francesa en aquel momento.

La escuadra Orvilliers, el día 27.07.1778[5], mantuvo un rápido encuentro con la inglesa del almirante Képpel en aguas de Ouessant; combatieron de vuelta encontrada (velocidad relativa muy alta) y cada buque solamente estuvo entre 30 y 45 minutos frente a los enemigos. Las bajas de los ingleses fueron 407 muertos y 789 heridos; los franceses 163 muertos y 517 heridos. No se perdió barco alguno. Los franceses se declararon vencedores y ambas escuadras regresaron a sus bases a reparar parecidos descalabros.

Para hacer efectiva la neutralidad, Floridablanca envió al conde de Almodóvar (17.01.1779) de embajador extraordinario a Londres, con instrucciones del Gobierno que contenían tres proyectos de tregua, que fueron presentados sucesivamente al gobierno inglés, siendo rechazados, porqué en los tres vio el Gobierno inglés la «independencia de hecho» de sus colonias. Antes de recibir la última contestación del Gobierno inglés, S.M.C. había decidido, influenciado por Aranda, la entrada en guerra al lado de Francia.

PLANES DE CAMPAÑA PARA LA INVASIÓN DE INGLATERRA

Desde el medioevo, políticos y estrategas han acariciado la idea de invadir las Islas Británicas para terminar con el poderío inglés. Fracaso notable el de Felipe II, pero también los de Luis XV y Luis XVI y el del Pequeño Corso con su «Grand Armée» listo para el asalto, más no pudo dominar las aguas del Canal para ejecutarlo.

Según la historiografía francesa, el general de tierra conde de Broglie (jefe del gabinete: «Secret du Roi»), desenvuelto en el desconocido campo de la estrategia naval, presentó dos proyectos, el primero a Luis XV en 1765 y el segundo a Luis XVI a finales de 1777 (el primero de Aranda es de 1775, en medio de estos dos), en los que sentaba las líneas maestras de la estrategia a adoptar en caso de rompimiento con Inglaterra[6], contaba con la participación española[7]:

---

5 LAFUENTE, Modesto: *Historia de España.* Tomo 14, Barcelona 1889. Pág. 322. Lo fecha en 17.09.1778. La consignada es de FARRERE, Claude: *Histoire de la Marine Française*. Flammarion, Paris 1962. Pág. 239.

6 CASTEX, Amiral: *Théories Stratégiques*. Tome II: *La manouvre stratégique*. Paris 1930. Pág. 22. CARRERO BLANCO, Luis: *Las Baleares durante la guerra de América en el siglo XVIII*. París 1933. Mahón, Caja de Baleares «Sa Nostra», 1983.

7 Por haber entrado Francia sola en guerra, estos planes se cerraron inmediatamente antes de la entrada de España en la misma, pues para la campaña francesa de 1778 no

- Concentrar las fuerzas navales y terrestres en Brest. «*Lo que protegerá eficazmente nuestro comercio y nuestras colonias y obligará a los ingleses a mantener en el Océano y en la Mancha fuerzas superiores*»[8].
- Consecuencia de lo anterior: no enviar más tropas a América
- Centrar la acción en un solo teatro: El Canal de la Mancha.
- Buscar una batalla naval decisiva al principio de la guerra, la cual debería ser viva y corta.
- Dar el golpe decisivo a Inglaterra efectuando un desembarco anfibio, previa la destrucción de la entonces mermada «Home Fleet» para conseguir el dominio del mar del Canal, «*60.000 hombres, 40 navíos, una sola batalla naval, un solo desembarco, y se terminará la guerra*»[9].
- Francia debe encargarse del principal papel ofensivo, España la secundará...
- Atacar en La Mancha con 40 navíos a los 45 restantes de la flota inglesa.

A partir de aquí empiezan a fijarse objetivos «secundarios» que no deberían haberse tenido en cuenta «por brillantes que fuesen».

- Ataque, no decisivo, sobre Menorca usando 10 navíos. Broglie no especifica cuantos ingleses fijaría con esta maniobra.

Acciones «subordinadas» que debía ejecutar la aliada, España:

- Atacar Gibraltar con 12 navíos para distraer fuerzas británicas que, según su estimación, dedicarían 15 navíos.
- Amagar sobre Irlanda (también, propuesto por Aranda, pero no como amago sino como desembarco efectivo apoyándose en la revuelta de los irlandeses) para que otros 15 navíos ingleses tuviesen que permanecer sobre Finisterre bloqueando Ferrol, en cuya base naval deberíamos alistar otros 15 navíos.
- Atacar Jamaica con 15 navíos, lo cual retendrá a 20 ingleses en las Antillas, pues «*es allí donde se puede hacer fracasar el comercio de los ingleses en las Antillas y conseguirse la diversión de sus proyectos ofensivos...*»[10].

servían.

8 CASTEX, A.: *Op. cit.,* pág. 27.

9 FARRÉRE, Claude: *Op. cit.,* pág. 239. BROSSARD, Maurice de: *Historia Marítima del Mundo.* Madrid, 1974. Pág 418.

10 CASTEX: *Op. cit.,* pág 27, cita literal de Broglie.

El ataque a Gibraltar no perseguía solamente distraer fuerzas, para Francia era vital la recuperación de esta plaza para cumplir con la estrategia naval. Recuerden que, mucho más tarde, el almirante Castex se interrogaba: *¿Para qué sirve España?* y respondía: *Para separar Francia de Francia.* Para procurar que esa separación no se materializase convenía tal recuperación y así lo pretendió Francia siempre[11].

Del ataque a Jamaica, comentaba Broglie: «*Cuando los españoles se encarguen, con una parte de su Marina, de la defensa de los mares americanos, estarán concurriendo a nuestra ofensiva, pues ello nos permitirá reunir todas nuestras fuerzas en el Océano*». La idea estratégica estaba clara, la acción discurrió de otra manera y los galos terminaron calificándonos, injustamente, de «estorbo».

Las fuerzas que podían combinar Francia y España, a finales de 1778, sumaban 90 navíos, Inglaterra solamente disponía de 72 en la «Home Fleet» que, restando los 30 que tendría que enviar a aguas españolas, coinciden prácticamente con su evaluación de la amenaza para el Canal: 45 navíos de línea.

El estado mayor de la Marina francesa, tenía más vocación administrativa que operacional (como nuestra Secretaría de Marina, copia del modelo francés) por lo que terminó reduciendo el plan Broglie a «*(…) contener las fuerzas navales inglesas, actuar en sus costas si quedaban desguarnecidas y establecer cruceros por La Mancha*»[12].

Este plan fue elevado a su Cristianísima Majestad a finales de 1777; pues bien, a principios de mayo de 1779[13], Carlos III[14] recibía de Aranda la siguiente propuesta de Plan de Campaña:

- Desembarcar en Inglaterra, 80 batallones, 40 o 50 escuadrones, artillería y pertrechos correspondientes (y añade: «*que tenía Francia de sobra*»).
- Combinar 70 navíos de España y Francia para duplicar las fuerzas disponibles de Inglaterra en Europa.
- Desembarcar en el Támesis cerca de Londres (Broglie prefería hacerlo en la isla de Wight y en Portsmouth), pues prefería atacar directamente el corazón del Imperio, en vez de contentarse

[11] INÚÑEZ IGLESIAS, Indalecio: «La constante de los Pactos», RGM, julio de 1946, firmado con el seudónimo C. Hard.

[12] BROSSARD: *Op. cit.,* pág. 418.

[13] HILLS, George: *El Peñón de la Discordia*, Madrid 1974.

[14] LAFUENTE, Modesto: *Op. cit.,* pág. 326. FERNÁNDEZ DURO, M. en *op. cit.,* tomo VII, pág. 216, ambos ignoran a Broglie. NÚÑEZ, Indalecio: «La primera campaña del Canal». RGM, agosto 1945, dice que este plan de Aranda lo acreditaría como buen profesional si no fuese porque *«conocemos el plan francés de fecha anterior*».

con las riquezas y las posibilidades logísticas del famoso arsenal inglés.
- Embarcar un batallón en cada navío, lo cual era factible dada la corta derrota Brest-Támesis. Lo demás no ofrecería dificultades de transporte debido a la abundancia de medios para ello en aquel teatro.
- Concentrar las escuadras en Brest cuya amplia bahía permitiría montar esta expedición sin problema alguno.

Aranda evaluó la fuerza terrestre inglesa en 10.000 hombres de tropas veteranas y, en caso de llegar a pisar las orillas de las playas de desembarco las tropas francesas, esperaba provocar un gran caos político-administrativo en la City. Terminaba afirmando que, llegado el caso, España podía «*conquistar dentro de Inglaterra á Menorca y Gibraltar con los cañones de las plumas*», es decir con las de los diplomáticos en la mesa negociadora de la paz.

Este plan Aranda tiene tanto parecido con el de Broglie que, o bien lo tuvo a su disposición, porque se lo envió el gobierno francés, o bien lo obtuvo por medio del espionaje. La otra solución es una «telepatía prodigiosa».

ESPAÑA ENTRA EN GUERRA

Floridablanca envió (03.04.1779) un ultimátum a Londres pidiendo resolución inmediata a la mediación propuesta por España.

El día 12, del mismo mes y año, se firmó un tratado secreto en Aranjuez con el Embajador de Francia; estipulaba en doce artículos que, si la Gran Bretaña no aceptaba la mediación española, S.M. Católica haría causa común con el rey de Francia y declararía la guerra; que los ministros de ambas potencias determinarían el momento oportuno de verificar dicha entrada para no perjudicar las operaciones en curso; que se planificaría la invasión de Inglaterra; y, por último, se recordaban ciertos artículos del Pacto de Familia que convenía respetar especialmente.

España pretendía con la guerra y el previsible tratado de paz:

- La devolución de Gibraltar.
- La conquista del río y fuerte de Movila (Mobile).
- La devolución de Pensacola con la orilla de la costa de Florida que da al canal de Bahamas.

- La expulsión de los ingleses del golfo de Honduras y la prohibición, pactada en el tratado de París de 1763, de hacer allí o en los demás territorios españoles establecimiento alguno.
- La revocación del acuerdo con los ingleses del privilegio otorgado para cortar palo de tinte en Campeche.
- La restitución de Menorca.

Ambas Coronas estaban comprometidas, por acuerdos previos, a no hacer paz ni tregua por separado sin haber obtenido y asegurado, por lo menos, la devolución de Gibraltar y la abolición de los tratados relativos a las fortificaciones de Dunquerque.

El citado memorial de Floridablanca finaliza con una importante aclaración a la decisión de entrar en guerra, donde explica los problemas derivados de las pretensiones inglesas sobre Filipinas, Nicaragua, Florida y Honduras.

EL PLAN COMBINADO ADOPTADO

De los planes de Broglie y Aranda, y de las consecutivas discusiones entre los ministros, el Plan de Campaña para las fuerzas navales y terrestres de ambas potencias, a desarrollar en el verano del 1779, quedó como sigue y fue firmado por el secretario de Marina, marqués González de Castejón, el 14.05.1779:

1. Punto de R/V (rendez vous, punto de reunión) de las escuadras: Islas Sisargas, cercanas a las bocas de las rías de Ares y Ferrol y al puerto de La Coruña.
2. Mando supremo naval: almirante francés Luis Guillonet, conde de Orvilliers.
3. Mando de las fuerzas de desembarco: mariscal francés conde de Vaux. Fuerza compuesta por 40.000 hombres, armados y pertrechados.
4. Alistar 400 mercantes para el transporte de la fuerza de desembarco.
5. Formar el orden de batalla interpolando navíos franceses y españoles[15].

[15] Esto se continuó haciendo hasta Trafalgar, la desconfianza había nacido en Tolón (1744).

6. Desembarcar en la Isla de Wight y costa adyacente hacia Gosport para luego tomar Portsmouth y su Arsenal (parece mejor la idea de Aranda de hacerlo sobre Londres).
7. Bloquear Gibraltar.
8. Reconquistar Florida.
9. Comunicar previamente a todas las autoridades de los virreinatos el inminente rompimiento.
10. España activó el corso 20 días después de la declaración de guerra.
11. Situar en las Azores (calle real del tablero de damas atlántico) una escuadra española de cuatro navíos y dos fragatas, al mando de don Antonio de Ulloa, y otra de tres y dos, al de don Juan de Lángara, para proteger la recalada de las flotas de Indias.
12. Bloquear Lisboa y Oporto con sendas divisiones españolas de dos navíos, una al mando del CN Ignacio de Mendizábal y Vildósola, y otra al del CN Juan Antonio Cordero para negar estos puertos al tráfico inglés.

PRIMERA CAMPAÑA DEL CANAL (1779). LA COMBINADA CÓRDOVA-ORVILLIERS

Para que Francia fuese consciente de la fuerza española, el 07.02.1779 se envió a París la lista oficial de buques de la Armada, especificando su despliegue[16]. En total: 54 navíos y 26 fragatas, amén de multitud de sutiles. Esos eran *«los poderes de S.M.C.»* para la guerra, inminentemente marítima y así se encargó de comunicarlo el conde de Aranda.

Como el encuentro rápido y decisivo, preconizado por los planeadores, no tuvo lugar, ni se desembarcó, ni hubo otros encuentros navales que los de las escuadras francesas e inglesas en aguas americanas, nuestras acciones tácticas se limitaron a las evoluciones en la mar y a las derivadas del bloqueo de Gibraltar.

Asegurada la combinación con la escuadra española, Orvilliers zarpó de Brest el 03.06.1779, con 28 navíos, 2 fragatas y 10 menores.

[16] FERNÁNDEZ DURO, C.: «Armada Española...». Tomo VII, págs. 226-228.

Carlos III firmó la declaración de guerra el día 22.06.1779. Sin perder tiempo[17], al día siguiente zarpó la escuadra de Córdova de Cádiz[18]. Previamente lo había hecho desde Ferrol la de Antonio de Arce.

Inminentemente antes del R/V de la combinada, el escorbuto comenzó a minar las dotaciones francesas provocando, solamente y por ejemplo, en el buque insignia de Orvilliers, el *Ville de Paris*, 280 muertos, entre ellos el único hijo del almirante, alférez de navío, que servía a su Rey a las órdenes de su padre. Cuando ocurrió esta desgracia, Orvilliers exclamó: «*el Señor me ha quitado todo lo que tenía en este mundo...*»[19]. Además, tuvo que enviar a Vigo a varios de sus buques a desembarcar enfermos; su escuadra tuvo, de media, dieciséis muertos por buque.





Imagen 2 y 3. Izqda (2). TG D. Luis de Córdova Museo Naval Militar Madrid (MNMM). Dcha (3). Almirante conde de Orvilliers: autor desconocido,1750 Escaneado de Vaisseau de Ligne, Time Life 1978 Wikipedia

Historiadores franceses achacaron el escorbuto, endémico en su Marina, a la lentitud de Córdova en alcanzar dicho R/V, olvidándose del mes

17 Importante, los franceses denunciaron varias veces la lentitud española.

18 32 navíos, 9 fragatas, 1 corbeta, 21.754 hombres y 2.636 cañones. Víveres para 4 meses y agua para 5.

19 MANCERON, Claude: *Les hommes de la liberté.* Tomo 2, de 5, pág. 174.

que necesitó D'Estaing para llegar a Gibraltar, o las condiciones higiénicas de los navíos de Orvilliers, que zarparon de Brest sin «*acedera ni limones*» con lo que era previsible lo que ocurriría. Al final de la campaña los franceses contaron 15.000 enfermos y los españoles 3.000, con 20 días menos en la mar que su aliada.

El 23 de julio se verificó el R/V entre las tres escuadras citadas y quedó formada una de las más grandes de la Historia, 150 velas, distribuidas en varias agrupaciones:

- Escuadra para la descubierta[20]. Almirante De La Touche-Treville, con cinco navíos.
- Escuadra de vanguardia. Conde de Guichen, quince navíos.
- Escuadra del centro. Almirante Orvilliers, quince navíos.
- Escuadra de retaguardia. D. Miguel Gastón, quince navíos.
- Escuadra de observación. D. Luis de Córdova, dieciséis navíos, todos españoles. El resto de las escuadras combinaban navíos de ambas naciones.



Imagen 4. El *Santísima Trinidad* por Berlinguero. MNMM

[20] Son las que se destacan de la principal para la detección temprana de posibles enemigos o peligros en la derrota. También al reconocimiento que hacen los gavieros del estado del horizonte al orto y al ocaso.

La escuadra ligera cumplía su misión interrogando a todo neutral que se ponía al alcance de su forzada vela. El día 14 de agosto divisaron la costa inglesa y cambiaron del orden de marcha al de combate; por supuesto, tras el R/V, se habían intercambiado códigos de señales y formaciones a guardar durante la campaña.

En aguas de Plymouth, cuatro fragatas francesas apresaron al navío inglés *Ardent* (64 Cs.), en bahía se encontraban 17 más que no se movieron. El pánico, tan buscado por Aranda, comenzó a declararse, la bolsa de la City cerró sus puertas; las cosas se ponían bien para los franco-españoles...

Aunque todavía estaban en agosto, fue un agosto muy inglés que comenzó a hacer sus «gracias» en forma de turbonadas, las cuales provocaron el que tuviese que ordenarse: cerrar la capa.

La lentitud, francesa y española, era función directa de la inactividad en puerto. Una vez las escuadras libres de puntas y bajos, comenzaba el adiestramiento, el primero el de los comandantes, que tenían que ejercitarse en formar, virar, largar o acortar vela, mantenerse en el puesto (200 yardas entre navíos), ejercitarse en señales...y eso llevaba semanas, y más cuando el viento imponía su capricho.

En Cherburgo, el conde de Vaux, jefe terrestre, y el gobernador Dumoriez, se impacientaban. Se había propuesto la isla de Wight para cabeza de playa, privando así a los ingleses de sus grandes recursos madereros, además de ganar una buena situación para el asalto a la isla principal, tomando además el arsenal de Portsmouth, También había críticas para los españoles: «*La marea ha pasado. Sin noticias de Orvilliers. La lentitud española acabará por echarlo todo a perder...*»[21].

Hacia el 22 de agosto, el ministro de marina francés, Sartines, destacó una fragata con pliegos para Orvilliers, que los recibió el 24; le ordenaba que trasladase su crucero a la costa de Cornualles, puesto que se había tomado la decisión de desembarcar en Falmouth (casi en el extremo S de la península de Cornualles, demasiado lejos de la Capital) donde invernará el Ejército de desembarco y al siguiente año, marchará sobre Londres. Es decir, el «plan Aranda muy modificado»[22], aumentando en 800 km la distancia a Londres, y convirtiéndolo en absurdo estratégico y táctico, como clamaba Dumouriez que tenía sus barcazas de desembarco listas para la acción.

A orden nueva, consejo nuevo de generales en el *Bretagne,* el día 25 de agosto, y, se acordó adoptar una resolución definitiva: arrumbar a las Sorlingas en busca de la «fuerza organizada del enemigo», decisión estratégica impecable.

---

21 Cita textual recogida por MANCERON, Claude: *Op. cit.,* pág.173.

22 MANCERON, Claude: *Op. cit.,* pág. 179, adjudica a Aranda la paternidad de este cambio, pero, según la documentación española, lo que propuso el Embajador fue desembarcar en las inmediaciones de Londres, no en el «fin del mundo».

Pero esta sana decisión será pulverizada por Orvilliers que se lanzó sobre un objetivo secundario. Al alba del 31, los buques exploradores comunicaron el avistamiento de la escuadra de Hardy (36 navíos, 8 fragatas, algunos menores) la cual hacía por ganar la estrechura del Canal a todo trapo. Se izó señal de caza, y se mantuvo la persecución durante 24 horas; la vanguardia de la combinada llegó a abrir fuego contra la retaguardia inglesa; en esas estaban cuando desde la retaguardia largaron señal de convoy avistado a sotavento y sin esperar a identificarlo, Orvilliers ordenó a toda la combinada arribar sobre él, abandonando la caza de su primer objetivo: La «Home Fleet».

El convoy era holandés, neutral. La arribada dejó en franquía a los ingleses. Orvilliers, fracasado, arrumbó a Brest donde entró el 13.09.79 sin haber combatido, con el mísero trofeo de un navío de 60 cañones y con las fuertes bajas por escorbuto.

El 20 inmediato siguiente, tras la extrañeza de Luis XVI, Orvilliers presentó su dimisión y se nombró al conde de Chaffault para relevarle, el cual comunicó, 20.10.79, a los españoles que podían regresar a sus bases, pero D. Miguel Gastón con 20 navíos permaneció allí.

El único éxito de esta combinada fue el de haber inmovilizado a la Home Flete, permitiendo en las orillas americanas cierto sosiego a las escuadras francesas que operaban en ellas y consuelo a las «Trece» que vieron, en parte, su comercio liberado, además de proporcionar tranquilidad a los sitiadores de Gibraltar y angustia a los sitiados.

En los Teatros Secundarios, Ulloa, Lángara, Mendizábal y Cordero, tuvieron diversa suerte. Lángara perdió al *Poderoso*, el día 27.08.79, y la suerte, el 04.09.79, de apresar a la fragata *Winchcom*, de 26 cañones.

Las fuerzas sutiles del Mediterráneo tuvieron que atender al sempiterno enemigo berberisco sin dejar de estorbar al inglés. Se apresaron: siete buques ingleses, incluidas una fragata de 36 cañones, otra de 24 y el resto menores, un londro (navío de vela latina y un solo palo) también inglés, de 10 cañones y 4 pedreros[23].

FINANCIACIÓN DE LA GUERRA

En San Lorenzo del Escorial el 17 de noviembre de 1779[24], S.M. firmó una Real Cédula, que muestra las dificultades económicas, propias de

[23] DE LA GUARDIA, Ricardo: *Datos para un cronicón de la Marina Militar de España.* Ferrol 1914. Pág. 182.

[24] Impresa en la Imprenta de D. Pedro Marín en Madrid. 1779. Biblioteca del autor.

toda guerra, y la manera de afrontarlas. Disponía el rey mediante su secretario de Hacienda D. Miguel de Muzquiz:

> *«(…) he resuelto...me sirvan extraordinariamente con la cantidad equivalente a lo que importe una tercera parte de las contribuciones actuales (rentas provinciales y servicios de millones y explica cómo ha de hacerse en pueblos e iglesias) ...se procederá para igual servicio ò aumento de la tercera parte en la Corona de Aragón...se exijan quatro reales de sobreprecio en fanega de Sal-...Señalado de la Real mano de S.M.». Ese fue el esfuerzo de guerra exigido por Carlos III.*

EL BLOQUEO DE GIBRALTAR Y SUS CONSECUENCIAS: CONTRATIEMPO PARA EL COMERCIO DE SAN SEBASTIÁN (14-11-1779) Y COMBATE DEL CABO SANTA MARÍA

El 30.06.1766[25], por culpa de una tormenta Gibraltar había visto destruidas muchas de sus defensas, lo que motivó que el gobernador del Campo de Gibraltar don Luis de Bertón, duque de Crillón[26], propusiera al Rey atacarla. D. Carlos le contestó: «*(…) nos beneficiaría mucho verdaderamente si poseyéramos Gibraltar; pero estando en paz con Inglaterra no sería justo*»[27]. A partir de 1770 se mejoraron decisivamente las defensas del Peñón que hasta entonces habían estado descuidadas.

Consecuencia de los planes previstos se puso sitio a Gibraltar, no sin antes establecer otro plan para la rápida concentración de fuerzas en caso de que los ingleses, acudiesen en fuerza a socorrerla, que consistía en:

Establecer en Brest, listos para salir inmediatamente a la mar, 20 navíos franceses para que, unidos a los 20 de Gastón, pudiesen cortar en origen la salida de refuerzos hacia el Estrecho.

Situar en Cádiz 26 navíos (16 al mando de Córdova y 10 al de Lángara) para, de fallar el corte en origen, impedir la entrada en Gibraltar de cualquier convoy.

Por R.O. de fecha 12.07.79 se considerarían «buenas presas» las embarcaciones de cualquier bandera que tratasen de desembarcar socorros en Gibraltar.

---

25 HILLS, George: *El peñón de la discordia*. Madrid 1974.

26 Louis Bretón de los Balbo de Quiers Fabri de Montcault Zapota. Francés, de origen Piamontés.

27 HILLS, George: *Op. cit.,* pág. 367.

Distinguiremos las campañas de Gibraltar con nombres distintos, la de 1779: «asedio (bloqueo)»[28] y tras 1780: «sitio»[29] porque, en la primera, se creyó factible que el Peñón cayese debido al efecto bloqueador efectuado a gran distancia por la combinada. En el segundo, movidos por la impaciencia, se marchó a las paralelas, a la artillería de sitio, al bombardeo desde la mar con curiosos ingenios y al asalto[30].

La Plaza de Gibraltar estaba mandada por el general sir Jorge Augusto Eliott, de talla reconocida por todos. Sus fuerzas terrestres: 5.382 hombres de todas las armas. Contaba con una escuadrilla compuesta por un navío de línea, tres fragatas y una goleta, al mando del almirante Duff.



Imagen 5. D. Antonio Barceló. MNMM

[28] ALMIRANTE, José: *Diccionario Militar*. Facsímil MINISDEF 2002. Voz asedio: *«Nosotros lo dejaríamos en la acepción exclusiva Bloqueo».* Pág. 103.

[29] Sitio: toma por la fuerza de una fortaleza, es decir además de bloquear, atacar para tomarla.

[30] NÚÑEZ, Indalecio: (C. Hard) «El último bloqueo de Gibraltar». RGM, noviembre 1945.

Para el bloqueo se dispuso de 13.000 hombres, mandados por el teniente general don Martín Álvarez de Sotomayor y se designó al jefe de escuadra don Antonio Barceló como mando del componente naval, que llevó de mayor general (JEM) al CN don Buenaventura Moreno. En principio, a las órdenes de este último, y por ser tanta la fe puesta en la fuerza de la Combinada, se emplearon únicamente fuerzas sutiles, que hubo que reforzar por la actividad de la Escuadrilla inglesa en apoyo al aprovisionamiento procedente de Marruecos, quedando la fuerza organizada como sigue:

- Mando naval: jefe de escuadra don Antonio Barceló (Insignia en uno de los buques de la División de crucero permanente).
- División de Algeciras: 1 navío (2º *San Genaro*), 1 fragata, 2 jabeques. CN D. Félix de Tejada.
- División de Ceuta: 1 navío (*San Justo*), 1 fragata, 3 jabeques. CN D. Francisco Urreiztieta.
- División de crucero permanente: 5 jabeques, 12 galeotas y 20 lanchas a remo. El mismo JE D. Antonio Barceló.
- División de Málaga: Un grupo de jabeques y otro de sutiles[31]. CN D. Francisco Vera y Maicas.
- División de Cádiz. Un grupo de sutiles. CF D. José Ramón de Salazar y de San Juan.

Esta fuerza cumplió, con más o menos éxito, su misión mientras que la Combinada estuvo en la Mancha asegurando el dominio del mar. Sin embargo, al aburrimiento, propio de todo bloqueo, siguió el malestar de la fuerza terrestre, aguzado por el riguroso invierno de aquel año, lo que cristalizó en desencuentros, entre los mandos terrestre y naval, y en acusación de ineficacia hacia una Marina que cumplía su cometido, dentro de sus posibilidades, con notable abnegación y heroísmo.

El bloqueo empezó a notarse en la plaza de inmediato, en el mes de agosto la carestía alimenticia era evidente; apenas contaba la intendencia inglesa con cuarenta cabezas de ganado vacuno para ir tirando. Los súbditos británicos fueron obligados a evacuarla si no podían justificar víveres para seis meses en sus casas.

Para elevar la moral de su gente, el general Eliott comenzó a bombardear las posiciones españolas. Álvarez de Sotomayor respondió sin demora y, al ver el inglés que nuestros proyectiles caían sobre el empedrado de las calles, mandó levantarlo y derribar todas las agujas de las torres y todo lo que pudiese servir de referencia a la puntería de los artilleros españoles[32]. Al

[31] Se denomina así en la Armada a los buques menores: patrulleros, guardacostas...
[32] HILLS, George: *Op. cit*., pág. 377 y NÚÑEZ, I.: *Op. cit.,* RGM, nov. 1945.

ver la ineficacia del tiro sobre nuestras tropas, el capitán de Infantería inglés Mercier propuso y fue aceptada, la modificación de las espoletas, a pesar de lo cual, tras recibir 2.195 balas y 146 bombas, solo causaron tres muertos y cinco heridos.

De la inactividad se pasó, a la impaciencia y de esta al cambio de plan, que nos llevó del bloqueo al sitio.

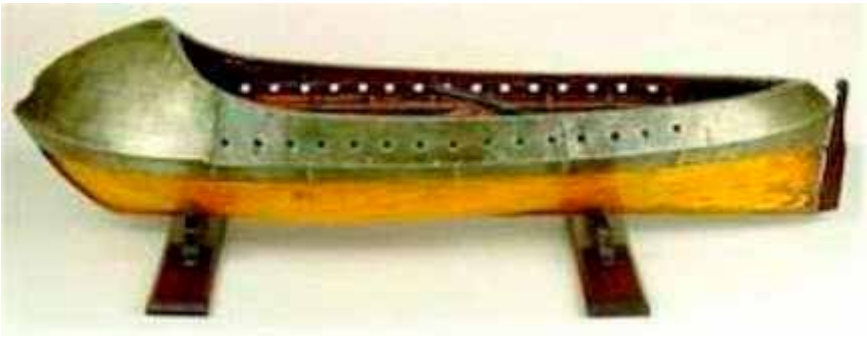


Imagen 6. Lancha cañonera de Barceló. MNM

El combate de cabo Santa María

Disuelta la Combinada y en vigor el plan para impedir la llegada de refuerzos, Lángara tomó el mando de sus diez navíos, para mantener el bloqueo e impedir la entrada de convoyes ingleses al Peñón, para lo que comenzó a cruzar entre Espartel y Trafalgar.

Córdova zarpó de Brest a primeros de noviembre, cuando comenzaban a llegar noticias sobre la preparación de un gran convoy inglés para socorrer al Peñón; dejó cuatro barcos en Ferrol por su mal estado y, en vez de entrar en Cádiz, aguantó en la mar, esperando el R/V con Lángara, que, por el temporal, había tenido que entrar en el Mediterráneo. Esta actitud fue elogiosamente comentada por Floridablanca a Aranda el 27 de noviembre:

> *«Llegó Córdova a la vista de Cádiz el día 19 de este mes (NOV 1799), y se fue a apostar a la boca del Estrecho, sin pedir víveres y pertrechos, no obstante, los recios temporales que había experimentado en su navegación. Me parece que el viejo es más alentado y sufrido que los señoritos de Brest. Aseguro a VE. que, no puedo menos de extrañar que no se haya visto una idea, un proyecto ni una letra sola de esos generales subalternos, que conspire a*

adelantar, mejorar, rectificar o sugerir los medios de agresión, de ataque, de hostilidad, de empresa, de salida, etc. Todos, por el contrario, se han dirigido a ponderar los riesgos del Canal, necesidad de retirarse, componerse, prepararse, pedir a diestro y siniestro, mostrar deseos de paz y pasar el tiempo en puerto»[33]*. «El viejo» aguantó hasta el comienzo de las Navidades en alta mar, dejando solamente tres navíos de vigilancia en el Golfo de Cádiz.*

Lángara recompuso a los suyos en Cartagena y, el 02.01.1780, repasó el Estrecho, donde se le incorporaron esos tres dejados por Córdova y, debido a la cerrazón, no pudo situarse con precisión. Cuando su estima le indicaba estar en el paralelo de Cádiz:

«(…) En este día (16 enero), en que el viento estaba fuerte al SW, con mucha mar y cerrado todo por igual, con muy corto horizonte a causa de una perenne lluvia hicimos señal de virar por redondo de la vuelta del SE a la una y media de la tarde. Este navío, que era el de vanguardia, descubrió desde el tope, a poco rato de haber empezado a virar la escuadra inglesa, 20 velas al NNO»[34]*.*

Era la escuadra del almirante Georges Brydges, barón Rodney, que escoltaba, con 22 navíos, tres de ellos de tres puentes, y 10 fragatas, un rico convoy de 200 velas para abastecer el Peñón y seguir después a la India. Había salido de Inglaterra el día 27.12.80 y tuvo la suerte de encontrarse, en aguas portuguesas, con otro de 15 mercantes de la Compañía Guipuzcoana de Caracas, escoltados por el de guerra *Guipuzcoano*[35] de 64 Cs., al que apresó, provocando una debacle en el comercio de San Sebastián. Continuó a San Vicente con viento favorable y aprovechando la cerrazón, embocó con decisión el Estrecho por la derrota del pasillo de San Vicente al del Estrecho.

El combate de Santa María

Este encuentro, debido a que Lángara no había dispuesto buques de exploración fue sorpresivo y por ello, se limitó a ordenar la retirada a Cádiz, la cual se convirtió enseguida en un *«sálvese quien pueda»,* no sin antes haber consultado por señales con sus comandantes la conveniencia de tomar esta decisión. Él se quedó, heroicamente, para salvar a los más veloces, entreteniendo a los ingleses con el viejo *Fénix* y con los más lentos, entre ellos el *Santo Domingo,* que fue alcanzado en su santabárbara, y voló perdiéndose toda su dotación.

---

33 NÚÑEZ, I.: *Op. cit.,* RGM, nov. 1945.
34 FERNÁNDEZ DURO, C.: *Op. cit.,* pág. 259.
35 Armado por la propia Compañía, no figura en las listas de buques de la Real Armada.



Imagen 7. D. Juan de Lángara. MNMM

Lángara aguantó y fue herido amainando la bandera por la noche y con numerosas bajas. Además del *Fénix,* fueron alcanzados los siguientes: *Monarca, Princesa, Diligente, San Julián y San Eugenio.* Los dos últimos pudieron liberarse de sus captores, por el temporal y entraron en Cádiz con sus dotaciones de presa convertidas en prisioneros. Además, tres ingleses estuvieron muy cerca de dar en la costa, se salvaron debido a un oportuno role del viento que les libró «in extremis»[36].

Rodney consiguió entrar en el Peñón con cuantioso socorro el día 18.01.1780; estuvo en la Plaza hasta el 13 febrero en que, habiendo regresado el convoy enviado a Mahón, tomó la vuelta del Atlántico y la derrota a las Antillas[37].

La crítica estratégica es fácil: Las marinas aliadas tenían 66 navíos operativos para frenar a Rodney, éste consiguió enfrentarse con 11 solamente, lo cual dice tanto de la incapacidad orgánica combinada que huelga todo comentario.

En cuanto a Táctica se refiere, Lángara quedó mal parado:

- No dispuso de la imprescindible exploración, a pesar de contar con dos fragatas, y la señal de *«enemigo a la vista»* la dio su propio buque insignia.
- Consultó por señales a sus comandantes sobre lo que debería hacerse, cuando ya estaban en plena acción.
- Ordenó tan precipitada retirada que consiguió la entrada en Cádiz de varios de sus navíos sin haber abierto fuego.
- No intentó maniobra alguna que le permitiese mantener agrupada a su escuadra y vender cara su derrota.

Con esta «gloriosa» tragedia finalizó el primer asedio, las diferencias entre Ejército y Armada se ahondaron, la desilusión y la desmoralización crecieron sobremanera y quedamos a la espera de volver a combinarnos.

LA CAMPAÑA DE 1780, TRAS LA ROTA DE SANTA MARÍA

El fracaso no amilanó al Gobierno, que se empecinó más, si cabe, en el objetivo de Gibraltar el cual, desde un punto de vista puramente estratégico, era secundario. El objetivo principal debería seguir siendo la escuadra

[36] FERNÁNDEZ DURO, C.: Tomo VII, pág. 264.

[37] Córdova, hospitalizado en Cádiz, recibió el oportuno aviso de la salida que le envió Barceló, exclamando al recibirlo: «*... los ingleses son afortunados, otra vez lo seremos nosotros*». Si non e vero...

inglesa, destruyéndola no volvería a ocurrir lo del cabo Santa María, por tanto, las campañas que se montaron los veranos siguientes en el Canal, deberían haber tenido carácter totalmente ofensivo, buscando la batalla decisiva preconizada por Broglie, desgraciadamente no ocurrió así.

El almirante conde de Estaing fue enviado a Madrid para trazar los planes de la próxima campaña. Francia quería la segunda combinada y regresar al Canal: en principio, el Gobierno español no aceptó dicha propuesta y optó por la independencia en la actuación, eligiendo a Gibraltar como objetivo principal y proponiendo cierta «coordinación» entre ambas marinas para, llegado el caso, actuar en combinación.

La inutilidad de la escuadra Gastón en Brest, pues los franceses no tenían voluntad alguna de salir a la mar, provocó el regreso a Cádiz. Salió el 12 de enero, cuatro antes del combate de Santa María, con cuatro navíos franceses del jefe de escuadra Bausset, de los 20 previstos; más tarde se incorporarían cinco más. La dispersión estaba en marcha, en Brest se preparaba la escuadra Guichen para zarpar a Norteamérica y en Cádiz la de Solano para socorrer a las Antillas.

La mini-combinada Gastón-Bausset sufrió de lo lindo en su tránsito a Cádiz, el invierno atlántico es así, llegando por fin a primeros de febrero, por lo que Córdova se vio con 38 navíos a sus órdenes que, aunque suficientes, considerando solamente su número, tanto él como sus subordinados juzgaban insuficientes para detener a Rodney. Los mercantes que había convoyado este último aprovecharon para evacuar gran parte de civiles de la Roca que embarazaba a los defensores[38].

A Cádiz, procedentes de Ferrol, llegarían los cuatro navíos que había dejado allí en reparación Córdova, con cuatro más alistados en el arsenal ferrolano, bajaron al mando del jefe de escuadra don Ignacio Ponce de León. Con estos ocho y los cinco franceses con que se reforzó a Bausset, Córdova podía contar con la cifra de 51 navíos pero, otra vez despreciando la estrategia y buscando de nuevo objetivos secundarios, nuestro Gobierno puso 12 de ellos al mando del jefe de escuadra don José Solano y Bote, el 22 de febrero de 1780, para proteger el convoy destinado a transportar una fuerza de desembarco compuesta por 12.000 hombres, la cual, una vez reforzada la escuadra en La Habana con 5 navíos allí dispuestos, se dirigiría a socorrer, o reconquistar, si las encontrasen en manos inglesas, las plazas fuertes del continente de la América septentrional española y de las Antillas.

[38] HILLS, George: *Op. cit.,* pág. 380.

Al mismo tiempo se ordenó a Córdova que, con los 39 navíos restantes, mantuviese un bloqueo cerrado y riguroso de Gibraltar y cooperase en las operaciones del sitio.

Para sitiar la plaza de Gibraltar se presentaron multitud de proyectos, algunos curiosos. Entre estos últimos, uno del conde de Aranda que proponía hacer «bajos» artificiales frente a su puerto para que nadie pudiese entrar con socorros. El que se impuso fue el de bombardeo intensivo de la plaza, marítimo y terrestre, para posibilitar el posterior asalto. Para el naval, Barceló «inventó» sus famosas lanchas cañoneras[39], que hicieron muchísimo más daño del que cabía esperar de tan rudimentaria embarcación. Fernández Duro, deja su crítica a cargo del capitán de navío Sayer, de la «Royal Navy», que escribió, en 1862, una «Historia de Gibraltar». Sayer dice que las cañoneras les causaron risa al avistarlas por primera vez; más cuando vieron que bombardeaban durante las noches sin luna, en las que no podían ser avistadas sino por los fogonazos de sus cañones y resultaba imposible contrabatirlas, por ser inútil cualquier tipo de puntería, la risa mudó en preocupación. Destaca también el devastador efecto moral sobre tropas y civiles y el oneroso gasto de munición que supuso a los ingleses, como consecuencia de lo anterior, el tratar de combatirlas.

Por contra, fue un fracaso el intento de ataque con brulotes debido a la precipitación, no se esperó a tener viento favorable. El plan estaba especificado pero la ignición fue temprana, lo que se consiguió fue, proporcionar leña a la plaza que tan necesitada estaba de ella. También sirvió para ahondar la incomprensión entre el Ejército de Tierra y la Marina.

Los autores ingleses[40] cuentan las calamidades sufridas por la guarnición de Gibraltar durante el resto de 1780. El escorbuto, mitigado por el apresamiento de un patache español cargado de cítricos. La viruela, que se llevó 450 civiles y 50 soldados. Las deserciones (más en el lado español que en el inglés, en el nuestro sobre todo entre la tropa de Guardias Valonas). Incluso hubo persecuciones de judíos en la sitiada plaza.

En virtud del tratado hispano-marroquí firmado con Mohamed I, España recibió en arriendo las plazas de Tetuán y Tánger. En su virtud, expulsó de dichas plazas y envió al Peñón a 150 súbditos de S.M. británica, los cuales agravaron el problema de los recursos al tiempo que quedaba cortado el tráfico de Gibraltar con Berbería.

Otra noticia importante fue la del rompimiento de Holanda con Inglaterra, en el verano de 1780, debido al daño que sufría la marina comercial de la primera por los apresamientos que efectuaban los ingleses.

---

39 FERNÁNDEZ DURO, C.: *Op. cit.,* tomo VII, pág. 271.

40 HILLS, George*: Op. cit.,* pág. 380.

Por otra parte, Inglaterra, septiembre de 1779, quiso entablar con España conversaciones secretas de paz, ofreciendo Gibraltar, previo el pago del valor de la artillería de la plaza, a cambio de nuestra neutralidad en América y, caso de unirnos con ellos contra las Trece Colonias, nos prometían la Florida y restituirnos los derechos de pesca en Terranova. También intentaron cambiar Gibraltar por Puerto Rico lo cual, según Floridablanca, irritó a Carlos III.

Estos intentos negociadores inclinaron a Francia a aumentar su cooperación para nuestras pretendidas recuperaciones de plazas y posesiones[41].

APRESAMIENTO DE UN CONVOY INGLÉS POR LA ESCUADRA DE CÓRDOVA

De nuevo con su insignia izada a bordo del *Trinidad*, «el Viejo» del decir de Floridablanca, nombró como mayor general de su escuadra a D. José de Mazarredo.



Imagen 8. D. José de Mazarredo. MNM

41 FERNÁNDEZ DURO, C.: *Op. cit.,* tomo VII, pág. 274.

El «bilbaíno» comenzó a adiestrar a fondo las dotaciones, *«de Capitán a paje, y en el manejo del material de quilla a perilla»*[42] y organizó constantes comisiones de pequeñas agrupaciones de navíos y sutiles para patrullar las derrotas del Golfo de Cádiz y Estrecho que, ocasionalmente, incluían bombardeos sobre el Peñón.

Con su mini-combinada, pues solamente formaban en ella seis franceses, Córdova efectuó tres salidas. En la segunda de ellas, verificada el día 31.07.80, zarpó de Cádiz con 26 navíos españoles y 6 franceses (2 españoles tuvieron que regresar a puerto por averías, quedando 30 navíos) para cruzar en aguas de San Vicente e impedir el paso a la escuadra inglesa del almirante Geary (22 navíos) que se suponía había zarpado para el Golfo de Vizcaya.

A Córdova se le ordenó no rebasar el meridiano de San Vicente. Ya en alta mar, recibió un mensaje (vía fragata) de Floridablanca comunicándole la salida para América de dos ricos convoyes ingleses, escoltados únicamente por 1 navío y 2 fragatas (el servicio de espionaje funcionó a la perfección en esta ocasión), que harían derrota a las Azores donde se dislocarían. Entonces, Córdova prolongó su crucero para situarse, el 08.08.80, a 60'[43] al Este del meridiano de Madeira. En esa situación y a propuesta de su Mayor General, Córdova decidió virar y mantenerse entre 60' y 180' al Este de Madeira, para cortar las habituales derrotas de los buques enemigos de la carrera de América. El 09 a 01:00 h, se escuchó un cañonazo por la aleta de barlovento del insignia y 15 minutos después otro, lo cual se interpretó como: «*Avistamiento de embarcaciones no pertenecientes a la escuadra*». Algunos oficiales creyeron se trataba de la escuadra de Geary, pues los cañonazos que seguían escuchando no correspondían al código de señales, y aconsejaban no entablar combate nocturno.

Tras analizar la situación, Mazarredo juzgó imposible se tratase de Geary, pues este no iría al Sur más que a buscar la combinada, que debía suponer en San Vicente, o a socorrer a Gibraltar. También apreció que el hipotético enemigo, estando a barlovento, no hacía por ellos por lo que dedujo se trataba de un convoy. Que debía estar a 4 leguas de distancia pues el tiempo cronometrado por él, entre fogonazo y ruido, era de 63''.

Córdova de acuerdo con su Mayor, viró de nuevo y, de acuerdo con el previsor cálculo de Mazarredo, al alba se descubrieron 56 velas de las que 51 cayeron en manos españolas[44]; se marinaron y fueron conducidos a Cádiz.

---

42 NÚÑEZ, I.: *Op. cit.,* RGM, nov. 1945.

43 Nota del autor se emplea la grafía naval (`) minutos.

44 35 fragatas, 10 bergantines y 6 paquebotes. Entre la carga: 80.000 mosquetes, uniformes para 12 regimientos y repuestos, respetos y provisiones de todo tipo para la escuadra Rodney, amén de oro acuñado por valor de 1.000.000 de libras esterlinas.

Tres de las fragatas apresadas se armaron en guerra y pasaron a la Lista Oficial de Buques de nuestra Armada, siendo nombradas *Colón, Santa Balbina y Santa Paula.* En Cádiz hubo que habilitar espacio para 2.943 prisioneros, 1.350 de las dotaciones, 1.357 oficiales y tropa de regimientos que iban a reforzar las plazas inglesas y 286 pasajeros[45]. La ganancia se estimó en 1.000.000 de duros (1.6 millones de esterlinas, de ellas un millón en oro acuñado y en lingotes).

El capitán de navío John Montray, comodoro del convoy inglés, hizo de chivo expiatorio ante la opinión pública y fue sentenciado, en Consejo de Guerra, a perdida de su empleo. Prevaleció en esta condena el deseo de sacrificar a una persona que pudiese ser castigada en proporción a la magnitud del caso, más que en proporción a su demérito[46].

SOLANO BURLA LA VIGILANCIA INGLESA

Dejamos a la escuadra Solano en Cádiz, febrero de 1780, alistándose para salir hacia América.

Don José se había distinguido hasta entonces por sus grandes dotes de administrador. Previamente, embarcado en el *Soberbio* de la escuadra del marqués de la Victoria, participó en el combate de Cabo Sicié (o de Tolón) y, más tarde, debido a su inteligencia, Jorge Juan lo seleccionó para acompañarle en su delicada comisión a Inglaterra y otros países europeos. Entre 1754 y 1762, permaneció en América, destinado en la Comisión de Límites con Portugal y, por sus méritos en esa Comisión, ascendió a capitán de navío (1762). Durante la guerra de los Siete Años, mandó el *Rayo* sin poder lucirse; en 1763, fue destinado a Venezuela, como gobernador y capitán general de su Provincia, allí logró montar un eficaz servicio de guardacostas con el que apresó 103 embarcaciones contrabandistas. Al cesar en este destino (1770), había duplicado los ingresos en el Erario público por parte de dicha Provincia. De Venezuela pasó a Santo Domingo como gobernador, capitán general y presidente de la Audiencia (13.09.1770), donde estableció también servicio de guardacostas con parecido éxito que en Venezuela.

En 1773, «*(...) tras haber servido 10 años empleos tan superiores en graduación, fue ascendido a Brigadier de la Real Armada*»[47].

---

45 RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. y LILLO COELLO, J.L.: *La fragata en la Armada española*. IZAR. Madrid 2003.

46 BEEATSON: *Military and Naval Memoirs*, recogido por FERNÁNDEZ DURO en nota al pie de la pág. 276 del tomo VII.

47 PAVÍA, F. P.: *Op. cit.,* tomo III, págs. 496-497.

Como jefe de escuadra, 1779, embarcó de segundo de la de D. Antonio de Arce, en Ferrol, e integrada en la combinada Orvilliers-Córdova.

Como se dejó salir tranquilamente a Rodney de Gibraltar para América Septentrional, convoyando importante convoy, el Gobierno español juzgó necesario reforzar las plazas caribeñas, sobre todo La Habana y Puerto Rico (pretensión «cantada» por Inglaterra al proponer esta isla para canjearla por Gibraltar) y de ahí la rapidísima formación de la escuadra Solano y su salida con tropas para aquellas plazas.

El 03.02.80, poco antes de la salida de Rodney para Norteamérica, zarpó de Brest otro enorme convoy de tropas francesas, embarcadas en 90 mercantes, escoltado por la escuadra del conde de Guichen con 16 navíos de línea. Los movimientos de ambas escuadras, Guichen y Solano, se imbricarán fuertemente y, en palabras del almirante Castex, darán lugar a *«una de las maniobras estratégicas de más éxito y menos efecto de la historia»,* maniobra que finalizará con la formación de nueva combinada en Cádiz, otoño de 1780, la cual, falta de un plan director bien establecido, constituyó:

> *«...un monumento imperecedero de maniobra tan inconsciente como feliz, tan potente en sus medios como nula en sus resultados. La ausencia de explotación de la situación favorable sobrepasa los límites de la imaginación. Ningún ejemplo mostrará mejor la carencia de sentido maniobrero (estratégico) de los hombres del Siglo XVIII»*[48].

En Cádiz, Solano[49] tuvo problemas para alistar a su escuadra, aprovisionarla y dotarla de marinería (problema secular de la Real Armada). De los 600 hombres que pidió para reemplazo de sus dotaciones, incluidos 80 artilleros para disponer de 10 por cada dos cañones, le dieron «*(...) la mayor parte...enfermos existentes en el hospital y otros a bordo picados de escorbuto (...)*».

Además, a las ya hacinadas dotaciones de los navíos se añadieron 200 hombres de tropa de transporte, porque en los mercantes no había espacio suficiente, esto penalizará a la escuadra a la hora de sufrir las enfermedades tropicales.

El 09.04.80 la escuadra estaba lista de todo, no así el convoy que, tras varias dificultades, no lo estuvo hasta el día 21 en que, el conjunto quedó a la espera de viento para salir. El 28 del mismo mes los buques de la escuadra con las 100 embarcaciones del convoy, más 33 españolas, tres francesas

48 CASTEX, A.: *Theories Strategiques*. Tomo II. Pág. 45. Traducción del autor de este libro.

49 SANTALÓ RODRÍGUEZ DE VIGURI, J.L.: *D. José Solano y Bote. Primer marqués del Socorro. C.G. de la Armada*. Iº Hº de la Marina. Madrid 1973.

y dos americanas, todas ellas mercantes, que se le agregaron, quedaron en franquía, formados en 7 columnas encabezadas, cada una de ellas, por un navío o fragata de guerra.

El convoy estaba formado por: 1 navío, 1 pingüe, 19 fragatas, 6 polacras, 13 bergantines, 14 paquebotes y 8 saetías. La fuerza embarcada sumaba 12.416 soldados. Comprendía un tren de artillería de campaña, 8.000 infantes y dos regimientos destinados a La Habana, Puerto Rico y otros reemplazos, su jefe era el teniente general D. Victorio de Navia Osorio Bellet[50].

Las instrucciones para la navegación que recibió Solano eran concisas y flexibles:

- Como los ingleses poseen la Barbada y la Antigua, paradero de sus escuadras, donde permanentemente cruzan navíos de vigilancia «*... deja el Rey al arbitrio de V.S. el tomar (...) la derrota que le parezca más propia y menos expuesta a que deje de lograrse la tan importante comisión que lleva V.S. a su cargo del socorro en esa tropa y escuadra en sus dominios de América ya referidos*».
- Si los ingleses hubiesen tomado ya Puerto Rico, utilizará los medios más prontos, adecuados y seguros para socorrer la isla; si no estuviesen allí los enemigos, debía dejar allí lo que llevaba para esa isla y seguir a La Habana y prescribía la Instrucción: «*La derrota que debe V.S. llevar la formará con el Piloto Mayor que lleva* (delegado de la Casa de Contratación), *quedando al arbitrio de V.S....variarla si conviniese...*».
- Recalará en Tenerife y Gran Canaria para solicitar noticias de posibles ataques ingleses «*...y si fuese cierto socorrer a la isla atacada y batir las fuerzas de mar enemigas*», volviendo después a su principal objetivo.
- En otra instrucción reservada se le ordenaba unirse a Guichen en Martinica para apoyarse mutuamente.

Con esas Instrucciones, Solano cambiará el punto de R/V con Guichen y, con verdadera maestría, decepcionará a los ingleses. Convencido, como lo estaba desde la salida de Cádiz, de que sus Instrucciones serían conocidas ya por los ingleses, observó, en el paralelo de cabo Cantin (costa de África, más o menos, el mismo de Madeira) como le seguían dos fragatas y una balandra enemigas, de cuyos movimientos dedujo que Rodney le

[50] BUERES Y SANTA-EULALIA, Ángel: *Apuntes históricos sobre la casa de Navia*. Madrid 1996.

estaría esperando en el punto donde debía recalar en Martinica, antes de que pudiese verificar su R/V con Guichen.

Como se le había ordenado, recabó en Tenerife noticias, que resultaron tranquilizadoras sin avistamientos de ingleses; entonces arrumbó a punta Salinas, extremidad Sur de Martinica, donde debía esperarle Guichen para, juntos, liberar Puerto Rico si hubiese sido tomado.

Entonces comprendió Solano que de estas tres posibilidades:

1. Que el inglés no hubiese ido a Puerto Rico
2. Que hubiese ido y ya lo hubiese tomado
3. Que estuviese empeñado en la acción de tomar San Juan de Puerto Rico.

La recalada al S de Martinica sólo sería segura en la N.º 3, luego tenía un 66% de probabilidades, «a priori», de acertar si cambiaba la derrota y eso fue lo que hizo.

El feliz ardid[51]

Tras dejar las Canarias, y con los posibles espías reportando a Rodney su último PIM[52], Solano hizo su juicio de la situación y tomó la decisión de destacar a la fragata más velera que tenía, la *Santa Cecilia*, y al lugre *Duque de Cornwallis*, con pliegos duplicados y reservados dirigidos a Guichen o a quien ejerciese el mando en Fort Royal (en el día Fort de France) de la Martinica o en sus inmediaciones, comunicando el nuevo R/V, por él fijado, en el paralelo de la medianía entre las islas de Dominica y Marigalante (unas 100' al N del anterior). Así mismo, informaba que no podría alcanzarlo antes del día 07.06.80. Ordenó, al comandante de la *Cecilia* (CF Ordóñez), que recalase en Martinica entre el 31 de mayo y el 1º de junio, arribando a la isla por el paralelo de la mitad de su costa oriental para no desvelar sus intenciones y que el lugre, dado su escaso calado, se atracase a tierra o incluso varase en una cala si era perseguido, para poder entregar sus pliegos. Por último, fijaba otro R/V en la Marigalante para que le trajesen la respuesta de Guichen.

Continuó, Solano, aproado a punta Salinas hasta que perdió de vista por el Occidente a los destacados. El 30.05 arrumbó al nuevo punto de R/V.

El 5 de junio efectuó una inteligente diversión. Estimando su posición a 210' de la isla de Martinica, sus exploradores descubrieron dos velas al

51 SANTALÓ: *Op. cit.,* pág. 102.
52 Sigla inglesa de: «Position and Intended Movements».

SW cuarta al W «*a donde en concepto del General le demoraba el puesto que debería tomar el enemigo sobre el paralelo de punta Salinas*» por lo que izó señales ordenando cazarlo, pues los descubiertos harían por su grueso y así Solano comprobaría la bondad de su razonamiento, pero en cuanto oscureció ordenó volver a la derrota de la Marigalante a toda vela. Entonces, Solano se la jugó, en brillante y nocturna recalada, se fió de sus pilotos y el 7 de junio antes del amanecer se halló sobre la Marigalante donde, al orto, recibió la respuesta de Guichen que le comunicó no tenía conocimiento del enemigo.

Guichen había maniobrado para recuperar las ex-posesiones francesas en aquellos mares, lo que le llevó a librar tres combates indecisos con Rodney (17-04, 15-05 y 19-05) tras los cuales fondeó de nuevo en Fort Royal, donde se encontraba reparando los desperfectos cuando llegó Solano.

Rodney picó el anzuelo y, en cuanto aquellas velas a las que «decepcionó» o «divirtió» Solano persiguiéndolas de día y corriendo al N durante la noche, montó la caza sobre la escuadra española convencido de que Guichen se encontraba en Fort Royal. Sin embargo, con toda diligencia, Guichen se dirigió (05.06.80) al R/V de la Dominica, mientras que Solano aseguraba en Basse Terre (Isla de Guadalupe) su convoy, dejando para su vigilancia y escolta dos navíos y una fragata. Cuando Rodney avistó a los franco-españoles, se encontraba en franca minoría, 17 navíos y 10 fragatas contra 25 navíos combinados y varias fragatas, por lo que abandonó las aguas de Martinica.

El 9 de junio se reunieron los almirantes francés y español y Guichen expuso sus necesidades, de material y personal. Confrontaron sus opiniones y, finalmente, el convoy español se quedó a la espera en Basse-Terre y se formó la nueva combinada sin que Rodney osase atacarla. Allí, hicieron todo lo que pudieron para completar dotaciones, hacer la aguada y víveres, y repasar cascos y arboladuras.

Apareció el «vómito negro» (fiebre amarilla), que atacó a la escuadra Solano y contagió a la francesa. El español se vio obligado a remplazar 4.500 enfermos de sus dotaciones por otros tantos soldados de los que transportaba.

El día 05.07.80 salieron de sus respectivos fondeaderos, cada almirante con su convoy; el español destacó en alta mar lo que traía para La Güaira y Cartagena de Poniente. Después arrumbaron a Puerto Rico, donde Solano dejó, en la aguada de San Francisco, al regimiento de la Corona y los 400 hombres destinados a esta isla. De allí, navegando por el N de Santo Domingo, se dirigieron al Guarico (Haití) donde fondearon. Tras la incorporación de una división de 4 navíos, mandada por La Motte-Picquet, levaron

y se dirigieron a Cuba para dislocarse en punta Maysí. Guichen siguió con su convoy hasta Cádiz porque Brest, desguarnecido entonces, no ofrecía seguridad. Solano tomó la derrota del canal viejo de Bahama y entró en La Habana (04.08.80.) completando la remisión de efectos a las diferentes plazas *«(...) así el general Solano salvó...aquellos crecidos intereses del comercio y socorrió los dominios del Rey en sus Indias Occidentales (...)»*[53].

Para dar una idea de lo que suponía el vómito negro, la escuadra y convoy Solano sufrieron 471 muertos, dejó en Guadalupe y Martinica 808 enfermos, y desembarcó en La Habana otros 1.590.

Ascendido Solano a teniente general en agosto de 1781, fue nombrado comandante general del Apostadero de La Habana reteniendo el mando de la escuadra. Años más tarde, Carlos III premió a Solano con el título de vizconde del Feliz Ardid y posteriormente con el de marqués del Socorro[54].

EL SOCORRO INGLÉS A GIBRALTAR DE 1781

A finales del 1780, el sitio de Gibraltar proseguía con el escaso éxito de las cañoneras de Barceló, el fracaso de los brulotes, la rota de Santa María y la impopularidad, incluso hostilidad, que todo ello proporcionaba a la Marina.

Además, Rodney había escapado de Córdova y el apresamiento del convoy inglés en ese verano nos devolvió gran parte de la moral perdida, finalmente la concentración gaditana del otoño de 1780 sirvió para poco y así, una vez disuelta la combinada, llegamos al 1781.

La escuadra francesa regresó a Brest, comprometiéndose a abortar en origen las salidas inglesas y, si fallase estaba en Cádiz Córdova con el segundo cerrojo.

Pero De Grasse con su escuadra abandonó Brest hacia América el 22.03.1781, y los ingleses salían seis días más tarde para Cádiz. Un enorme convoy de 400 velas, escoltado por las escuadras de los almirantes Darby, Digby y Ross, zarpó de las Islas y, en el punto del Océano fijado por el Almirantazgo, se dislocaron para las dos Indias y para Gibraltar.

---

53 SANTALÓ, J.L.: *Op. cit.,* pág. 106.

54 No se trata la toma de «Panzacola» ni sus actuaciones en La Habana, ni las posteriores de Hondura, Nicaragua y las Bahamas, por falta de espacio. Si diremos que cumplió con eficacia el desembarco y transporte de las tropas y los ricos cargamentos destinados a México, a Guatemala y a la Isla de Cuba. Distribuyó a los enfermos por sus hospitales y con los sanos formó dotaciones para 7 de los 16 navíos con que contaba, una vez incorporados los de aquel Apostadero, para la campaña de Florida.

Al Peñón, se encaminó Darby con 97 velas y sus fragatas exploradoras constataron que en Cádiz nadie se movía. ¿Por qué no salió Córdova, que tenía fuerza sino superior si similar a la inglesa?

Fernández Duro nos deja en la duda; cuando ante la pregunta, contesta *:* «*Ninguna de las cuestiones tiene solución en los documentos conocidos, estando redactados, al parecer, con expreso intento de no darlas a conocer al público*»[55] y cita la única respuesta encontrada a: «*Preguntas hechas* á *varias personas de graduación y experiencia, sobre si convendría atacar* á *la escuadra inglesa que venía en socorro de Gibraltar*» (Madrid, 06.03.1780), la cual coincide con lo actuado, dejarlos pasar y atacarlos en bahía, lo cual suponía aceptar, ingenuamente, que Darby expondría sus navíos fondeándolos ante la Roca. Aranda propuso lo contrario, salir a combatir y rechazar la entrada del convoy, en despacho del día de San José de ese mismo año, mas no se le hizo caso.

La situación de los sitiados era verdaderamente angustiosa, faltaba de todo y los precios eran abusivos.

El 11 de abril, entre las 11 y las 12 de la noche, entró el cúter *Kite* en Gibraltar y, al intercambiar el santo y seña, respondió: «*...de la flota*», al instante los sitiados comprendieron que el socorro estaba entrando.

Al día siguiente, Darby entró en la sitiada plaza. Barceló trató de atacar los mercantes con quince cañoneras a remo, las fragatas de la escolta las dispersaron.

El almirante inglés, prudentemente, se mantuvo con sus 27 navíos fuera de bahía, voltejeando para dar cobertura al convoy.

A continuación, los sitiadores, por tierra y mar, comenzaron «*...el más furioso bombardeo jamás oído...*». Los mercantes recibieron cuantiosos daños, el vecindario tuvo que esconderse en las grietas de la roca, los edificios fueron incendiados con las granadas españolas que iban cargadas de pólvora y material inflamable[56]. Eliott ordenó acabar con el alcohol para combatir las borracheras que mermaban su guarnición; además promulgó la siguiente orden «*...cualquier soldado convicto de estar borracho o dormido en su puesto, o que se encontrase saqueando, sería ejecutado inmediatamente*»[57].

Bastantes mercantes zarparon sin haber desembarcado sus mercancías para evitar el pillaje, que el inglés no es muy dado a dar las cosas gratis. El 20 de abril quedó otra vez el puerto vacío.

---

55 FERNÁNDEZ DURO, C.: *Op. cit.,* tomo VII, pág. 295.

56 DRINKWATER, John: *A history of the late siege of Gibraltar* (1779-1783). Londres 1844. Trascrito en parte por HILLS, *op. cit.*, págs. 394 y 395.

57 HILLS, G.: *Op. cit.,* pág. 396.

Como la mayoría de las baterías españolas estaban al norte de la Roca, Elliot concentró la guarnición, excepto lo imprescindible, en el extremo sur de la misma. Por tanto, podría haberse aprovechado para abrir brecha en la muralla y terminar el asedio. No se hizo, quizás por ahorrar vidas, y los 14.000 soldados españoles continuaron inactivos. A partir del mes de mayo los ataques decrecieron decididamente y, a pesar de los estragos hechos en la población, la guarnición solamente sufrió 70 bajas.

Este anticipo de «coventrización» no afectó a la «fuerza organizada» que continuó intacta, tanto la de mar como la de tierra. Por ello, Elliot ordenó una exitosa salida que destruyó baterías españolas de la primera línea (26 al 27.11), aprovechando la decisión tomada de alcanzar otro objetivo geográfico: Menorca, y que habíamos dejado lo del Peñón para la campaña siguiente.

DECISIÓN POLÍTICA, LA TOMA DE MENORCA

A la vista de los problemas gibraltareños y habiendo eliminado, el comercio de la Plaza sitiada con Marruecos, el poquísimo apoyo que recibían los sitiados procedía de Mahón que, a su vez, lo recibía de puertos italianos. Abandonado el Mediterráneo por Inglaterra, Floridablanca aprovechó la ocasión para recuperar la Isla de Menorca y el puerto de Mahón, y así lo explicó:

> *«Tratábase de la campaña de 1781 y firme vuestra majestad en no arriesgar ni desperdiciar más fuerzas marítimas en las costas de Francia y de Inglaterra (Ignorancia supina en materia de estrategia naval, como no nos cansaremos de repetir), le propuse que podríamos pensar en apoderarnos de Menorca, cuyo puerto era el vivero de más de ochenta corsarios que infestaban el Mediterráneo, y el mejor y único abrigo que tenían los ingleses para sus escuadras y para sostener su crédito y poder en aquel mar (...) la necesidad del secreto, difícil de guardar, habiendo de contar con un aliado y con mil preparativos y prevenciones inexcusables; pero todo se consiguió con el pretexto del bloqueo de Gibraltar y de las sospechas que se tenían de que hiciésemos un sitio formal» (Es decir que: ¿todo desde el 79 al 81, había sido «informal»?)*[58].

Este importante texto puede dar lugar a malas interpretaciones debido a que, en el verano del 1781, volvió a formarse combinada, esta vez

[58] GELLA ITURRIAGA, J.: «El convoy y el desembarco español de 1781 en Menorca». *Rª de Hª Naval.* N.º 1. Madrid 1983.

Córdoba-Guichen, y volvió a subirse al Canal, lo que permitió hacer lo de Mahón con total tranquilidad.

El Plan de la expedición para el convoy y su escolta

Es importante aclarar que el plan, el mando, el desembarco y la toma de la Isla de Menorca, con excepción del castillo de San Felipe, fueron, exclusivamente españoles. En el estado mayor del comandante en jefe, se incorporaron «asesores» voluntarios franceses, siete para ser exactos: tres de tierra y cuatro de marina; un cuarto de tierra, que venía para lo mismo, se quedó en Madrid para diseñar ciertas baterías flotantes: Jean Claude Eleónore Le Michaud D´Arçon[59].

Se designó comandante en jefe de la Operación al teniente general efectivo (Vivo) del Ejército Español duque de Crillón, que 20 años antes lo había sido del de su patria de origen, Francia, y para el mando de la escuadra y convoy al brigadier don Buenaventura Moreno y Jayme[60].

Para conseguir la sorpresa, no se comunicaron los preparativos, ni a los aliados franceses, ni al embajador en París, simulando que la expedición era para Gibraltar, montándola en Cádiz al tiempo de la Combinada, Córdova-Guichen, del 1781. Incluso se mantuvo en la ignorancia al comandante de las fuerzas navales: «*El comandante de mar sabrá el verdadero objeto de la expedición luego que haya embocado el estrecho, entre los cabos de Espartel y Trafalgar...*»[61]. Solamente el rey, el príncipe de Asturias, Floridablanca y el comandante en jefe de la Operación, estuvieron desde el principio informados del destino de la expedición. Esto excitó los celos de competencia de Castejón que, aprovechando un despacho con S.M., consiguió dar unas instrucciones directamente al comandante naval y eso fue malo para la armonía entre este último y el comandante en jefe.

Mazarredo, mayor general (JEM) de Córdova, para no levantar sospechas en cuanto a los preparativos de la escolta del convoy[62] firmó, a bordo del

59 TERRÓN PONCE, J.L.: *La toma de Menorca (1781-1782) en los escritos autobiográficos y epistolario del duque de Crillón*. Menorca 1998.

60 Buenaventura era persona de carácter recio en 1782, ascendió a jefe de escuadra y, ya en la paz, fue destinado a Madrid, donde perdió la vida; al no cederle la derecha un caballero salmantino de apellido Manzano, tiraron ambos de espada y Moreno murió. Al llegar la noticia al Rey, exclamó: «Moreno tenía condiciones de General, pero ha muerto como un guardia marina». PAVÍA, F. P.: Op. cit., tomo II, pág. 648.

61 Instrucción reservada de Carlos III al duque de Crillón, trascrita en parte por GELLA ITURRIAGA: *Op. cit*.

62 El convoy no podía levantarlas por la frecuencia con que se armaban en Cádiz para Flota de Indias.

Santísima Trinidad fondeado en Cádiz el día 10.06.1781, un estado de fuerza de dicha escuadra que agrupaba en dos a sus elementos. El primer grupo listaba los navíos y fragatas de la escuadra Córdova, que iba a combinarse inmediatamente con la de Guichen, y, separados por un espacio en blanco, el otro contenía dos navíos, dos fragatas, dos balandras y dos brulotes.

El conjunto saldría integrado de Cádiz y, una vez en alta mar, se dislocaría el 2º grupo al que se le asignaba el cometido de convoyar 75 transportes con destino desconocido, hasta que su jefe abriese el pliego correspondiente. Los jabeques cartageneros no estaban incluidos, pero se fijó un R/V en la ensenada de La Subida donde se unirían, recomponiéndose escuadra y convoy.

El plan de Crillón preveía bloquear todos los puertos de la isla antes de que el convoy fuese avistado desde ella, y desembarcar simultáneamente en cala Degollador (Ciudadela), cala Alcaufar y cala Mezquida, ahorquillando Mahón por S y N. En Mezquida desembarcaría el grueso de las tropas, por ofrecer las mejores condiciones para avanzar sobre Mahón.

El objeto de este dispositivo era[63]:

- Ocupar Ciudadela y Mahón por sus retaguardias, evitando combatir directamente las fortificaciones inglesas.
- Dividir las fuerzas de Murray que, caso de reaccionar, tendría que atender a tres frentes.
- Cortar la retirada de las inglesas que se replegasen a San Felipe con la fuerza desembarcada en Alcaufar.
- Dejar entre dos fuegos a Murray si salía en fuerza contra cala Mezquida (lo repite Crillón en sus «mensajes» a Moreno).
- Fijar Fornells como precaria base naval, a tomar inmediatamente después del desembarco, caso de no poder tomar San Felipe tras audaz golpe de mano nocturno.

Instrucciones para los Mandos

Harto de «Generales *versus* Almirantes», en la instrucción reservada dada por Floridablanca a Crillón (19.06.1781), se le ordenaba evitar enfrentamientos con el comandante del componente naval. D. Ventura Moreno, a su vez, recibía la siguiente orden, del mismo ministro, fechada el día 22 de junio[64]:

63 CARRERO BLANCO, Luis: *Op. cit.,* págs. 56-57.
64 GELLA ITURRIAGA, J.: *Op. cit.,* pág 17.

«La comisión de V.S. es de las más importantes (...) por esto el rey (...) lo ha elegido para el mando de las fuerzas navales que han de convoyar y auxiliar esta expedición y obrar activamente en ella (...) se pondrá a las órdenes del duque de Crillón y se encargará de los buques expedicionarios que se aporten por el Gobernador de Cádiz y por el presidente de la Casa de Contratación de Indias (subrayado: medida deceptiva en aras de la Sorpresa) (...)».

El Convoy

Las dotaciones y guarniciones de la escuadra sumaban, según calculó Gella Iturriaga, 4.588 hombres[65].

En Cádiz se fletaron 75 buques de transporte. De ellos, 34 eran fragatas, 10 polacras, 9 bergantines, 5 urcas, 4 paquebotes, 3 saetías, 3 jabeques, 2 pingues y 5 sin especificar. Sus tonelajes oscilaban entre las 62 toneladas de un bergantín y las 416 de una fragata, ambos de bandera española. También se incorporaron 4 barcos del comercio de Cádiz, conocidos como barcos de la Puerta de Sevilla, que iban «*cubiertos para el desembarco*», es decir para hacer de barcazas de desembarco. De esos 75, 73 salieron de Cádiz y dos se incorporaron en La Subida.

Del conjunto, 37 eran españoles (50%), 11 genoveses, 9 holandeses, 5 suecos, 4 napolitanos, 3 portugueses, 2 austriacos, 1 toscano y 3 «desconocidos».

La artillería ocupó 20 embarcaciones, parte de su material estaba en la escuadra, los ingenieros 1, 3 se cargaron con víveres, 2 buques hospitales, y el resto para la fuerza de desembarco infantes y dragones.

La ejecución[66]

A mediados del mes de julio de ese 1781 quedó formada en Cádiz la combinada Córdova-Guichen.

El día 18, del mismo mes y año, embarcó el duque de Crillón en el *San Pascual* y en dos días lo hizo toda la tropa. El 21 comenzó a salir la combinada y con ella la escuadra Moreno, fondeando en el placer de Rota. Al día siguiente lo hicieron los transportes en sus inmediaciones. Al anoche-

65 Entre los ayudantes de mayoría se encontraba D. Pedro Caro y Fontes, marqués de la Romana, que siendo CF, en 1793, pasó al Ejército como coronel y se hizo famoso en la Guerra de la Independencia).

66 Colección VARGAS PONCE del Museo Naval: Doc. n.º 153, tomo II del volumen III.

cer del 22, la combinada arrumbó al ONO y la escuadra Moreno comenzó a gobernar con independencia adoptando su formación de marcha. Cruzada la línea Espartel-Trafalgar, Crillón entregó a Moreno los pliegos reservados.

El 27 de julio, cuando el convoy había rebasado el meridiano de Gata, Floridablanca comunicó a Aranda el destino y la misión de la fuerza, entre cuyos cometidos figuraba el de «*(...) destruir el nido de piratas y quitar un recurso a Gibraltar (...)*». El 28 comenzaron a fondear, escuadra y convoy, en La Subida. El 29 se incorporaron los sutiles cartageneros y un par de transportes.

Hasta el día 17 de agosto no se pudo completar la formación de marcha, por vientos contrarios, mar gruesa y sudeste bonancible. El 19 avistaron Cabo de Pera, punta más oriental de Mallorca. Como vimos, estaba proyectado desembarcar en cala Degollador de Ciudadela un destacamento y montar la isla por el norte, pero la mar y el viento obligaron a ceñir y hacer por isla del Aire y cala Alcaufar, al sur del puerto de Mahón, siguiendo el resto a cala Mezquida.

Aquí se produjo una agria discusión entre general y almirante pues, al estar el *San Pascual* tanto avante con el castillo de San Felipe, a medio tiro de distancia y, según Moreno, para cumplir con las Reales Ordenanzas de la Armada, largó bandera y gallardete, afirmándola con un cañonazo con bala que se disparó a las 13:00 h de ese mismo 19, lo cual enfureció al general.

El Artículo III del Título 3º de las Ordenanzas de la Armada de 1748, en vigor, disponía: «*Ningún navío de la Armada hará, ni recibirá saludo, sin su propia Vandera, ni combatirá con Vandera falsa, tendrá pena de privación de empleo al oficial que lo mande...*». Artículo fiel al espíritu caballeresco de la guerra dieciochesca y que implicaba que, no teniendo la bandera izada y a la vista de la enemiga, se la izase y saludase antes de comenzar el combate. Pero Crillón no era Quijote y buscaba la estratégica sorpresa.

El desembarco

Reconocida cala Mezquida por oficiales del EM de Crillón, que fueron recibidos por el paisanaje presente con satisfacción, se dio la orden de desembarcar, con 23 cañonazos disparados por la insignia. Se conoció enseguida que los ingleses se habían encerrado precipitadamente en San Felipe, por tanto, no hablamos de asalto anfibio sino de desembarco administrativo, seguido de rápida marcha para ocupar Mahón y su abandonado Arsenal[67].

[67] De Cala Mezquida a Mahón hay cerca de 5 km, algo más de una hora de marcha de infantería.

El desembarco de Alcaufar[68], donde tampoco existió oposición enemiga, se verificó en la madrugada del día 20 (entre las 04:00 y 06:30, en que quedó la tropa en tierra), distinguiéndose mucho el navarro capitán de fragata D. Baltasar de Sesma: «*...que contra todos los obstáculos...manifestó sus arrojadas y bien previstas providencias para verificarlo en la mañana siguiente, pues en la tarde ni la más pequeña embarcación podía atracar por la mar y su braveza en la playa*»[69]. Es decir que la única oposición encontrada fue la de la mar, enemiga permanente del marino.

En su informe, Moreno comenta con ingenio la sorpresa conseguida:

> *«...los mismos Mahoneses nos protegieron de conformidad que, a las 8 de la noche del día 19, se hallaba el Excmo. Sr. Duque de Crillón en la misma ciudad de Mahón y alojado en la Casa del mismo Gral. Inglés y supimos por el mismo Patrón (de un jabequillo mahones que vino con una carta del General D. Ventrura Moreno) que fue tal la sorpresa que nuestro General se encontró con la mesa y los asados de ella, como que estaban comiendo»*[70].

Dadas las condiciones adversas de mar y viento, Crillón mostró una gran y beneficiosa flexibilidad a la hora de ejecutar su comentado plan y derrochó audacia, venciendo recomendaciones de aplazamiento. También, es de alabar su capacidad para tomar decisiones con rapidez, las cuales consiguieron no desorientar en momento alguno a sus subordinados.

José Luis Terrón[71] explica los intentos de Crillón, en combinación con los «resistentes» españoles de Ciudadela y de la alta burguesía mallorquina, para sobornar a Murray que los rechazó y, si bien su defensa no fue tachada de numantina, salió absuelto del correspondiente Consejo de Guerra que se le formó al llegar a Londres.

El 24 de octubre del mismo año, dos meses y cinco días después del día D español, desembarcó en Fornells el cuerpo expedicionario francés para apoyar la toma de San Felipe. Se trataba de la División del mando del mariscal de campo barón de Falkenhayn.

Hubo desavenencias entre Crillón y Moreno, el general llegó a acusar a la Armada de inactividad e incluso propuso armar corsarios que permaneciesen a sus exclusivas órdenes para impedir el tráfico de ayuda a los

---

68 PAVÍA, F. P: *Op. cit.,* tomo III, pág. 484, la denomina Calabufat y Tofiño, en su carta esférica, Cala Dalcaufa.

69 GELLA ITURIAGA, J.: *Op. cit.*

70 Contradice a Terrón que comenta que al parecer Murray se encontraba ese día de excursión en la Isla del Rey (dentro de la bahía de Mahón) puesto que, por los intentos de soborno, estaba al corriente de la situación. TERRÓN, J.L.: *Op. Cit.,* pág. 128 y así lo disimulaba.

71 TERRÓN PONCE, J. L.: *Op. cit.,* págs. 118-165.

sitiados, pero una vez conquistada la fortaleza, se deshizo en elogios hacía Moreno y sus competentes oficiales, la mayoría de los cuales fueron premiados con un ascenso. Seguramente lo que más irritó a Moreno fue el asesoramiento continuo que, en lo tocante a lo naval, recibía el duque de Crillón de los cuatro oficiales de marina «voluntarios» franceses, que hicieron el papel de «comisarios técnicos», y dado nuestro natural orgullo hispánico, tuvo que doler mucho a D. Ventura que, por otra parte, no tenía pelos en la lengua.

La Armada recuperó, bajo fuego de fusilería enemiga, dos bergantines que los ingleses habían varado cerca de San Felipe para impedir el paso a nuestros navíos y posteriormente se reflotaron otros buques hundidos con el mismo fin en la bocana de Mahón.

San Felipe quedó por España el 4 de febrero de.1782, cuando se izó bandera blanca y se entablaron conversaciones para la capitulación formal que se produjo el 5, saliendo la guarnición inglesa con los honores reglamentarios. Según Fernández Duro, sus pérdidas fueron de 1.000 hombres, limitándose las españolas a 184 muertos y 280 heridos. La actitud de Murry contrasta con la de Elliot en Gibraltar, Mahón comenzaba a separarse de la derrota imperial mediterránea a la India y no tenía el «fundamental» interés estratégico de Gibraltar.

La generosidad de S.M. con Crillón fue espléndida alcanzando el Toisón de Oro[72], y Moreno ascendió a jefe de escuadra. Entre otros ascendidos, mención especial merece el del teniente de fragata D. Santiago Liniers y Bremond a teniente de navío. ¿Por qué se le concedió? Durante el bloqueo de San Felipe, dos fragatas inglesas (de 14 y 10 cañones, respectivamente) lograron burlarlo y fondear en sus inmediaciones. Moreno decidió asaltarlas con los botes de su escuadra y dio el mando de la operación a Liniers. La densa niebla frustró el primer intento, pero a las 08:00 de un claro día, el futuro héroe bonaerense, con 16 lanchas de la escuadra y bajo el fuego que le hacían desde el castillo y desde las propias fragatas, logró abordarlas, rendirlas, marinarlas y conducirlas hasta donde estaba la insignia de Moreno, resultando herido en su brazo izquierdo. Al estar los apresados tanto avante con la insignia, Moreno ordenó cubrir vergas y pasamanos para saludar a los valientes asaltantes y, propuso a Liniers para el ascenso.

Con la evacuación a Inglaterra de 3.023 británicos (131 mujeres y 174 niños, entre ellos) terminó la presencia británica en la Isla y nuestras tropas comenzaron el regreso a la Roca. Para conmemorar esta toma, Carlos III instauró la Pascua Militar el 6 de enero.

[72] Es interesantísimo el «regateo» establecido entre Floridablanca y Crillón para todas estas concesiones, *vid.* TERRÓN: *Op. cit.*

SEGUNDA CAMPAÑA DEL CANAL DE LA MANCHA (1781)

Dejamos a la combinada en el golfo de Cádiz encubriendo la salida para Menorca de la expedición Crillón-Moreno y, acto seguido, metiendo al Norte para dirigirse al lugar de donde nunca debía de haber salido. Con su veraneo por el Gran Sol, procuró a los desembarcados en Menorca la libertada de acción y la tranquilidad necesaria para la toma de «San Felipe».

Por ciertas cartas escritas por el alférez de navío D. Cosme Damián Churruca a padre y hermano mayor en las que describe con crudeza la situación de indigencia en que el Rey (léase su Gobierno) mantenía a los individuos que servían en la Armada[73], que lo de «Marina poca y mal pagada» lo dijo Fernando VII por «herencia familiar», sabemos que aún no estaban repartidos los beneficios del gran convoy apresado en agosto del año anterior.

Decía D. Cosme en una de sus cartas:

> *«Seis meses hace que el Rei no me da un cuarto (ni piensa darme)...», «...acaba de llegar la orden para que se echara mano del dinero del convoy inglés que nosotros apresamos, para pagar la gratificación de mesa a los comandantes, porque no llegue el caso de que no tengan con que darnos de comer...»*

En esas condiciones de penuria, no se conoció caso alguno de abandono del Real Servicio; seguían lloviendo las solicitudes para los puestos de mayor riesgo y honor, como en las flotantes donde los comandantes son casi todos «conocidos».

Córdova regresó a Cádiz el 23.09.81, tras 62 días de crucero ininterrumpido. Guichen, había entrado en Brest.

La idea de la maniobra que redactó el Mayor General[74], confesaba:

> *«Aunque es tan difícil formar un plan de ataque entre dos escuadras porque la infinita variedad de circunstancias en su encuentro trastornaría las más veces todas las reglas que se hubiesen prescrito en la Instrucción, como en este grande objeto de batir a la esquadra enemiga para el cual han venido estas fuerzas de nuestros Augustos Soberanos, tenemos contra su logro la esencial calidad de ser tan inferiores en vela,... y por otra parte nuestra superioridad hace indispensable el ataque aunque sea irregular...»*

Por ello, el Mayor puso a la firma de Córdova esta Instrucciones, en las que disponía que:

---

[73] FERNÁNDEZ DURO, C.: *Op. cit.,* tomo VII, págs. 297-298. Las cartas están fechadas en 23 de octubre y 27 de noviembre del 1781.

[74] Colección VARGAS y PONCE MNM. Tomo 2, volumen III, documento 152.

- Descubierta la escuadra enemiga se emprenderá la caza general con toda diligencia sin sujeción a puestos... (Señal 275).
- Los que se adelanten por su mayor andar, tratarán de cazar a los más lentos del enemigo, para lo cual el comandante más antiguo de los avanzados tomará el mando de ellos y combatirá a los rezagados del adversario, buscando el contacto entre los cuerpos principales.
- Han de «*trabarse*», los propios con los enemigos, según los puestos en la formación.
- Deberían estudiarse las posibilidades de doblar y partir la línea enemiga, y se extendía en la explicación de dichas posibilidades.
- Según fuesen las condiciones meteorológicas, las distintas formaciones de ataque.
- Según fuesen franceses o españoles los que quedasen al frente de la escena de acción, se actuaría de una u otra forma; y, si la noche se echase encima, de otra.

Las Instrucciones finalizaban, con claras y concisas observaciones, del Mayor, sobre actuaciones en las descubiertas. El documento, por tanto, analizaba las acciones a tomar en cada una de las situaciones que podrían presentarse. Lleno de lógica, ausente de triunfalismo y consciente de los factores de fuerza y debilidad.

En esta segunda campaña no hubo contacto con el enemigo. Cuando la combinada cruzaba ante las Sorlingas fue sorprendida por un temporal en el que se lució, una vez más, Mazarredo. La noche del 31 de agosto, con tiempo duro, el almirante de la francesa, pasó la señal «*peligro en la derrota*»*;* pero, el Mayor General español, seguro por sus observaciones (aunque llevaban 38 de estima) de que el rumbo que llevaban era el conveniente, y arriesgado el variarlo (del NNO al ENE, lo que hubiese dado con la escuadra sobre la costa) en plena noche, recomendó a su almirante seguirlo con firmeza, como así se hizo, sin preocuparse de las señales antedichas, que venían de los que deberían conocer aquella costa mejor que él. Guichen, cuando recapacitó sobre el suceso, declaró, ya en Algeciras y al año siguiente, al conde de Artois (futuro Carlos X de Francia): «*Monsieur de Mazarredo ha salvado una esquadra que yo iba a perder*»[75].

En el plano tecnológico nos apuntamos otro tanto ante los franceses:

«En las campañas del canal de Inglaterra, desde 1780, se empezaron a usar en nuestros buques los barómetros marinos que tan útiles son a bordo.

[75] BARBUDO DUARTE, Enrique: Págs. 48-50. GUARDIA: *Op. cit.,* págs. 189-190. PAVÍA, F. P. Tomo II, pág. 435.

Todavía no los embarcaban los franceses, y viendo que, al parecer con buen tiempo, mandaba don Luis de Córdova (...) tomar precauciones marineras, y que aún bramaba el temporal, disponía que se omitiesen, y que la experiencia justificaba lo oportuno de ambos mandatos, no pudieron menos que admirarse de tan rara previsión en quien no había frecuentado aquellas aguas. Mr. Guichen, general francés, quiso indagar el motivo de tanta ciencia, preguntándoselo a Mazarredo que era su principal profesor, y éste lo llevó al barómetro profeta de los temporales, especialmente en alta mar. Desde entonces, estos vigilantes despertadores son buscados por todo buen marino y costeados de su mezquina paga»[76].

TERCERA CAMPAÑA DEL CANAL (1782)

El 2 de enero del 1782 salió de Cádiz la escuadra del brigadier don Francisco de Borja, escoltando el convoy con la fuerza para la «no realizada» expedición a Jamaica. Para proteger su salida, salió Córdova de Cádiz, con 36 navíos y 5 fragatas y, una vez que engolfó en el Atlántico a don Francisco de Borja, quedó cruzando sobre San Vicente dando otra ocasión de lucimiento a su Mayor.

Calculando Mazarredo, gracias a que pudo observar las estrellas los días 26 de enero y 4 de febrero, el movimiento[77] de su magnífico reloj de bolsillo, corrigió la estima que llevaban gracias al cálculo de la intensidad de la corriente que los empujaba hacía el Estrecho. Al mismo tiempo, viendo bajar con fuerza el barómetro, recomendó al Almirante entrar en Cádiz en contra de la opinión de algunos comandantes y varios pilotos. El 10 de febrero, tres horas después de quedar fondeado en bahía el último navío, llegó el temporal con fuerza de ciclón.

En junio volvió a formarse la combinada con 27 españoles y 5 franceses, a los que se incorporaron, el día 6 de julio y en aguas de Brest, 8 mandados por el almirante De la Motte-Piquet. Previamente a dicha incorporación, se consiguió capturar, el día 25 de junio, 18 buques de un convoy de 27 velas cuyo destino era Terranova y Quebec:

---

[76] VARGAS y PONCE, José: *Elogio histórico de don Antonio de Escaño*. Madrid 1962.

[77] MAZARREDO Y ALLENDESALAZAR Antonio de: *Biografía de D. José de Mazarredo.* Manuscrito inédito. Este reloj, que utilizaba desde 1778 era «*(...) en un todo igual al que se valió para la expedición al polo norte el capitán Phips, después lord Murgrave*».

«...perdida de ninguna entidad para los enemigos, que la hubieran hecho enorme, si hubiese sido el encuentro dos días antes, en que aún estaban unidas en el convoy hasta cerca de 200 velas, que se habían dispersado para sus diferentes destinos de Hallifax, Nueva –York y las islas». Según escribió en su diario Mazarredo[78].

Se dejaron las presas en Brest y se hizo el R/V con La Motte Piquet, formándose entonces con cuatro navíos de este último, ya forrados de cobre, y cuatro españoles juzgados como los más rápidos, una escuadra ligera de observación y descubierta, quedando el «*cuerpo fuerte de la Armada*»[79] con 32 navíos. En esta disposición, el día 11 de agosto se descubrieron 3 velas inglesas y el 12 varias más, era la escuadra Howe, compuesta de 23 navíos, a los que la combinada, a pesar de haberla ordenado con prontitud, no pudo darle caza.

La amargura del «bilbaíno» cristalizó en una larga y amarga carta, escrita tras dicha infructuosa acción, a uno de sus amigos, en la que explicaba el valor del factor velocidad y los problemas derivados de ser más lentos que el enemigo, y explica que hay algo más que porte y tonelaje para medir la fuerza ofensiva de un navío y que, sobre todo, una Marina de Guerra es un producto binomial de «buques x bases», por tanto, si un factor es cero el resultado es también nulo.

Antes de rendir esta campaña, Mazarredo mostró su pericia de navegante recalando perfectamente en Finisterre, tras 93 singladuras en el Atlántico. Fondearon en Cádiz el día 05.09; poco después salió para asistir al acto final de esta tragedia en el teatro principal de Algeciras.

GIBRALTAR

El fracaso de las flotantes del Caballero D´Arçon

Uno de los cuatro asesores voluntarios franceses, se quedó en la capital para diseñar una máquina que cooperase definitivamente a la toma del Peñón, D´Arçon y, tras lo de Menorca, tenía su proyecto listo. La gran innovación de su diseño consistía en un sistema de seguridad interior, compuesto por una red interna de tuberías alimentadas por un tanque de agua salada, dispuesto bajo techo acorazado en la cubierta superior, con su correspon-

78 MAZARREDO Y ALLENDESALAZAR, Antonio de: *Op. cit.*

79 Se ve que las Instrucciones eran sino las mismas, muy parecidas a las de la segunda campaña.

diente bomba real para rellenarlo. Funcionaba «*como la sangre por las arterias y venas del cuerpo humano»,* según frase de su autor[80].

A Crillón no le gustó el proyecto cuando, en presencia de Floridablanca, fue informado por su autor a su paso por Madrid. Le gustó tan poco que antes de aceptar el mando de las fuerzas del sitio de Gibraltar, al cual prácticamente le forzó S.M., dejó un escrito en sobre cerrado y sellado cubriendo su responsabilidad por si, fracasaban las tales flotantes. En la discusión que siguió a tal presentación del proyecto, Crillón hizo certeras preguntas a D´Arçon sobre alcances eficaces, capacidad de perforación, lugares y calados donde serían fondeadas, etc. La defensa del inventor dejó bastante que desear y, por ejemplo, llegó a decir que desconfiaba de la exactitud de las sondas expresadas en las cartas de la bahía de Algeciras, con lo fácil que sería ordenar sondar desde un bote en las horas de oscuridad y salir de tal incertidumbre. Floridablanca la creyó necesaria para la reputación de la Marina, «*...a la cual convenía no disgustarla ni acabarla de desacreditar pues bastantes descréditos y clamores había ya contra ella*»[81].

Para materializar el proyecto se trajeron desde Cádiz a Algeciras, diez cascos viejos y se reforzaron sus costados por el que se abrirían las portas de las baterías, desde varios pies por debajo de la flotación hasta la cubierta principal, colocándose los techos mencionados. Unas tendrían dos cubiertas de batería y otras solamente una, los cañones serían del calibre 24. La coraza de 1,5 m de espesor dispuesta por babor, hecha con maderas verdes para dificultar la ignición, se cubriría con estachas viejas, para amortiguar los balazos enemigos y en cubierta se colocarían sacos terreros con idéntica finalidad. Para compensar los pesos se colocaron los lastres necesarios en la banda contraria, lo que aumentó considerablemente el calado y por ello su posición quedaría algo lejana de los lienzos de muralla a batir. Se las dotó con rudimentario aparejo para entrar en posición. Tal aparejo significó el tener que esperar un fuerte viento de Poniente para su movimiento, viento que impidió el poder coordinar la acción de estas baterías con la de las lanchas cañoneras de Barceló[82].

Cuando comenzó la habilitación de las baterías se designaron los respectivos comandantes y el conjunto de ellas quedó al mando del jefe de escuadra Moreno.

---

80 FERNÁNDEZ DURO, C.: *Op. cit.,* tomo VII, pág. 311. TERRÓN PONCE, José Luis: «El gran ataque a Gibraltar de 1782». Ministerio de Defensa. Colección Adalid, Madrid 2000. Pág. 152. HILLS, G.: *Op. cit.,* pág. 402.

81 FERNÁNDEZ DURO, C.: *Op. cit.,* tomo VII, pág. 314.

82 TERRÓN PONCE, J.L.: *El Gran Ataque a Gibraltar de 1782*. Ministerio de Defensa. Colección Adalid. Madrid, 2000.

Plan previo de D´Arçon

D´Arçon no se limitó a diseñar las flotantes, diseñó un plan de operaciones para abrir brecha en la muralla de la plaza gibraltareña, trasladar por mar una fuerza de desembarco y, en definitiva, apoderarse del Peñón.

Dicho plan inicial era el siguiente:

- El día D-11 las flotantes, a la vela, se situarían a 900 m de la muralla del mar. Al propio tiempo, las baterías españolas del Campo de Gibraltar comenzarían a batir los objetivos previamente fijados.
- Al orto del día D-8 o D-7 las flotantes se espiarían, mediante cadenas y anclas fondeadas previamente por largo, hasta situarse a 300 m de la citada muralla, apoyadas por idéntico bombardeo el punto anterior.
- La madrugada del día D-4 o D-3 se acercarían, también a la espía, las flotantes hasta 200 m del «Old Mole» y cerrarían sus posiciones para batir en brecha las torres abastionadas («Orange» y «Montague») del norte de la Plaza y sus cortinas intermedias, coordinado sus tiros con los de las baterías del Campo.
- Del D-11 al día D, fuerzas navales atacarían Punta Europa, lugar donde se concentraba el grueso de las tropas inglesas debido a la peligrosidad del frente Norte.
- Los bombardeos desde el Campo de Gibraltar se efectuarían todos los días disparando alternativamente la mitad de las bocas de fuego para no fatigarlas.
- La coordinación del esfuerzo desde tierra y mar, preservaría de las «balas rojas» a las flotantes.
- Abierta la brecha, el día D, 12.000 hombres (divisiones: francesa, española de Infantería y otra de RR GG valonas) repartidos en tres columnas, dos embarcadas en botes y una por tierra, asaltarían la plaza. (Este fue uno de los puntos más criticado por Crillón, lo consideró impracticable).
- Antes del día D, se fingirían otros 20 asaltos para desconcertar a los sitiados.

Designación del mando naval. El problema «Barceló»

El día 25.03.1781 se ordenó al teniente general Rodríguez de Valcárcel relevar a Barceló e inspeccionase lo actuado por las fuerzas al mando de

este último durante el bloqueo de la Plaza. Barceló, si bien era mucho más moderno que su relevo, quedó desairado como «segundo» de Valcárcel sin cometido específico. El resultado del expediente que se le formó expresaba que desde la rota de Santa María se habían colado 73 embarcaciones con socorros.

Baldón injusto para Barceló, según algunos: fruto de los «clasistas» que no aceptaban plebeyos con entorchados; disentimos pues, D. Antonio gozó del fervor y del favor real y tenía corte de admiradores; entre estos últimos alguno de sangre «casi» azul, como el comandante del *San Luis Beltrán* D. Federico Gravina, que escribió: «*Las lanchas de Barceló son lo más eficaz con que contamos contra la codiciada plaza*»[83].



Imagen 9. D. Federico Gravina y Napoli

[83] FERRARI BILLOCH, F.: *Op. cit.,* pág. 116.

Por otra parte, Barceló consecuencia de sus acciones y del estampido de los cañones estaba sordo.

Tras la colada de Darby, abril de 1781, el «sordo» almirante reaccionó redactando un historial sobre lo acontecido en el Sitio durante su mando y lo elevó a Floridablanca. Como no fue contestado, solicitó ser juzgado en Consejo de Guerra para, ser condenado o dejar su nombre incólume. No se resolvió su caso. Cuando llegó Crillón, estaba de «segundo» de Valcárcel[84]. Antes de salir de Madrid para Algeciras, Crillón recibió de Floridablanca una Instrucción secreta, que, entre otras cosas, decía:

«Muchos opinan que Barceló puede ser útil para le ejecución de todo lo concerniente á la operación de las baterías flotantes y uso de las barcas cañoneras y bombarderas de quien el mismo Barceló ha sido el inventor. Otros pretenden que, aunque Barceló sea hombre de valor y bizarría, su edad, sus achaques y, sobre todo, su sordera, le impidan tener el mando de cualquiera cosa[85]que abrace muchas operaciones o muchos ramos (es decir conjuntas) (…) el Sr. Duque trate por sí mismo á Barceló, le examine y tantee; y (...) si puede ser útil (...) para el mando inmediato de las baterías flotantes, cañoneras y bombarderas (…) podrá proponerlo a S.M. por las vías de Guerra y Marina».

La misma Instrucción afirma que, caso de que Barceló sea el designado para mandar, otro jefe de Marina se ocuparía de las fuerzas de bloqueo. Barceló mandaría directamente flotantes y cañoneras para la toma de la Plaza mediante apertura de brecha y asalto, pudiendo pedir los auxilios que creyese conveniente. Además:

«(...)como el Sr. Duque lleva las facultades de (designar los mandos) y señaladas que sean no pueden dejar los jefes de Marina de darles las ordenes, parece que ni Barceló ni otro cualquier comandante marino pueden estorbar la operación y, por lo mismo, conviene salvar las apariencias para que no parezca que se desconfía de los que no sean nombrados».

Finalizaba Floridablanca recomendando a Crillón mantener buenas relaciones con los franceses, recomendación innecesaria a no ser que se refiriese a D´Arçon.

Crillón examinó la sordera de Barceló y lo prefirió a los demás candidatos. La Junta impuso a don Buenaventura Moreno y eso hizo que Crillón declarase a D´Arçon: «*Me habéis obligado a dar el mando a Moreno y os arrepentiréis*»[86].

---

84 Era temido por todos, pero contaba con seguidores, los cuales eran bautizados como: «*los corsarios de Barceló*».

85 Esto no terminaría con su carrera militar, pronto combatirá ante Argel de nuevo.

86 TERRÓN, J. L.: *Op. cit.,* pág. 228.

El Mando «Supremo» que nunca ejerció

Para complicar las cosas, pasteleando a todos y olvidándose de la unidad del mando, una vez designado Moreno comandante de las baterías flotantes, Floridablanca escribió a Crillón:

> *«Perdone V.E que le diga que se equivoca en persuadirse que V.E. es jefe y comandante de Moreno. La misma patente de V.E. y mi instrucción reservada (ya comentada) que aprobó el Rey, prueban lo contrario. V.E. es jefe y comandante general del sitio por mar y tierra; debe señalar los parajes de batir; nombrar o señalar los oficiales de tierra y marina, etc. Pero esto es para las baterías y ataques; y (...) V.E. debe avisarlo al comandante de Marina para que este dé las órdenes a sus dependientes a fin de que obedezcan las de V.E. y sus señales. Si el comandante ha de dar estas órdenes, está visto que conserve a lo menos la autoridad extrínseca de su mando y que V.E. no le pueda tratar como súbdito*[87].

Esta directiva era sibilina y perniciosa para la necesaria acción de mando en el ataque de las flotantes y más cuando la combinada Córdova-Guichen gobernaría con total independencia, exigiendo incluso que los buques presentes en Algeciras se incorporasen.

Por tanto, no existió un comandante general de la operación, existió un «sí pero no», un «mande, pero no gobierne», un miedo a la responsabilidad y todo salpicado de celos, rivalidades y envidias. Por otro lado, debemos tener muy presente que Moreno no mandaba más que las flotantes, ya que las cañoneras y bombardeas se volvieron a poner al mando de Barceló y la combinada continuó bajo el de Córdova. La Marina quiso mandar todo lo que se hiciese a flote, pero cada uno lo suyo, y sin fe alguna en la conjunción de los esfuerzos con el Ejército Tierra, a veces dando la sensación, incluso, de que boicoteaba todos sus proyectos.

Junta de generales

Crillón, en Algeciras mantuvo Juntas de generales con asistencia de los de Marina, como era de rigor, los días 2, 14, 17, 24 y 28 de julio, en ellas fueron apareciendo las «pegas», tanto de material como de organización y mando.

87 Trascrita por TERRÓN: *Op. cit.,* pág. 170.

En cuanto a lo primero, las flotantes no salieron según el proyecto original, quedándose sin la «*sangre y sin sus venas*» por falta de tuberías o por falta de personal de «monturas a flote»[88], el hecho de acondicionarlas en Algeciras, lejos de La Carraca, debió ser el principal obstáculo. Los empalletados o salchichones de trozos de jarcia vieja[89], que deberían contribuir a amortiguar los impactos, tampoco estuvieron listos. Ciertos intentos de D´Arçon por probar el blindaje de sus baterías y ver los efectos sobre ellas de las balas rojas, fueron desechados de plano por Moreno, Castejón y, en definitiva, por Floridablanca, por la posibilidad de desmoralizar a sus sirvientes.

Córdova seguía sin aparecer por Algeciras y su apoyo se consideraba vital, si bien, para lo que hizo, era mejor se hubiese quedado en Cádiz.

En la última Junta, 28 de julio, se comprendió la urgencia en llevar a cabo la acción debido a dos importantes noticias:

- Inglaterra preparaba nuevo socorro para la Plaza, bajo al mando del almirante Howe.
- En París comenzaban los preparativos de Paz, por tanto, era vital alcanzar posiciones ventajosas antes de sentarse en la mesa.

Por ello la Junta acordó atacar en cuanto llegase la combinada y siempre que:

1. La responsabilidad de las flotantes estuviese en manos de la Marina.
2. Hubiese espías para poder entrar de ellas y alejarse de los tiros de la Plaza en caso necesario.
3. Al tiempo de romper el fuego las flotantes, lo simultaneasen de 8 a 10 navíos sobre Punta Europa.
4. Otros tantos tirasen a la plaza por elevación y de rebote, desde posiciones a Levante de Gibraltar.
5. Las 40 cañoneras, al mando de Barceló, formadas en 10 divisiones (una para cada flotante), apoyasen con el fuego de sus piezas y con todo tipo de auxilios si viniesen mal dadas.
6. Las 20 bombarderas, del mismo jefe, cooperasen con el fuego de los morteros de tierra cubriendo así a las flotantes de la posible reacción enemiga.
7. Que, las 86 piezas de las baterías del Campo, sostuviesen la acción.

---

88 TERRÓN, J. L.: *Op. cit*., pág. 230.

89 O´SCANLAN, Timoteo: *Diccionario Marítimo Español 1831*. Facsímil del MN Madrid 1974.

Por supuesto, quedó descartado el «*avance progresivo*» del plan de D´Arçon; se cambió por una marcha audaz, en pleno día, a la posición más cercana a las murallas que permitiera el calado de las flotantes, posición que sería inamovible.

Para comprobar las sondas reales de los lugares escogidos para posicionar las baterías, don Vicente Tofiño, ayudante del duque de Crillón, acompañado de otros oficiales, salió a sondar durante las noches precedentes al ataque. Pero los puestos no pudieron abalizarse porque las balizas serían destruidas por los ingleses a la mañana siguiente, dada la cercanía a la Plaza. Por tanto, «vela», «ojo» y «escandallo» serían los elementos para el pretendido fondeo de precisión ante las cortinas de las murallas gibraltareñas.

Con la presencia de invitados y curiosos, en el palco real, destacando el conde de Artois (futuro Carlos X de Francia), se levantó el telón en el teatro de Algeciras.

Ejecución

Comenzaron los preparativos para el ataque definitivo según los planes y los condicionantes comentados. Crillón y sus tropas, se lucieron en el levantamiento de las paralelas que, sin alevosía, pero con total nocturnidad, y con verdadero alarde de organización y disciplina, construyeron en sendas noches de septiembre para mejorar las líneas establecidas por Sotomayor y dar cobertura con las baterías en ellas instaladas a la acción de las flotantes.

La primera paralela, de 448,27 m de extensión, se levantó con 10.000 hombres en 5 horas, no se perdió ni uno y el enemigo no reaccionó. La segunda, levantada de orilla a orilla del istmo, de longitud menor a la anterior necesitó el concurso de otros 7.000 hombres. Se completó, durante una noche, con tres baterías a barbeta para batir el muelle viejo, las cortinas de Puerta de Tierra y las baterías inglesas de esta misma Puerta.

Los días 9 y 10 de septiembre, una escuadrilla de 15 cañoneras[90] bombardeó, por la tarde de cada día, la Plaza sin consecuencia alguna debido a que sus tiros quedaron cortos. Este ataque decidido por el mando naval, sin cooperación ni coordinación con Tierra, fue juzgado como un intento de demostrar la suficiencia de las lanchas de Barceló para el cometido de rendir la Plaza y la inutilidad para ello de las flotantes.

[90] TERRÓN PONCE, J. L: *Op. cit.,* pág. 252. FERNÁNDEZ DURO, C.: *Op. cit.,* ignora completamente esta acción quizás por pudor de mostrar las desavenencias Tierra-Marina.

El 12 de septiembre entró en bahía la combinada Córdova-Guichen, 27 navíos españoles y 12 franceses, incorporándose los 11 que estaban en Algeciras, con nueve insignias de generales de Marina izadas, inflación que no iba a la zaga en tierra, donde formaban 6 tenientes generales, 10 mariscales de campo y 36 brigadieres[91] para una tropa total de 27.000 hombres, tocaban a 519 hombres.



Imagen 10. El ataque de las baterías flotantes a Gibraltar. (httpsjpalomaressamper. blogspot.com201812el-gran-sitio-gibraltar-en-un-grabado.html)

Excluido, como dijimos, el plan de D´Arçon de aproximación progresiva, que debería comenzar en el D-12; sin disponer de anclas, ni espías, para que las flotantes pudiesen corregir sus posiciones caso necesario; con el sistema de «remojo» de estas últimas, que posibilitaría «parar» las balas rojas, funcionando incorrectamente; al anochecer del día en que entró la combinada, se ordenó «levantar el telón».

A las 06:45 del 13 de septiembre, comenzó la operación y los ingleses, al divisar la marcha de las flotantes hacia sus puestos de combate, prepararon las balas rojas.

El viento se comportó muy bien, soplando poniente fresquito, óptimo para las pesadas flotantes de corta vela, pero malísimo para las cañoneras que no pudieron acompañarlas. Comenzaban a fallar las hipótesis y no exis-

[91] Estos últimos tanto en los RR.EE. como en la Real Armada eran oficiales particulares.

tían alternativas, solamente arrojo y valentía en los comandantes de Moreno, lo que, desgraciadamente, no sería suficiente.

«*A las 1000 fondearon las cañoneras con orden y serenidad admirable*»[92], escribió el capitán de navío Sayer, con el típico afán inglés de ensalzar al enemigo para que sus británicas acciones queden resaltadas. La verdad, sin dudar del valor sereno de los nuestros que quedó «reconocido» por todos, fue que solamente tres quedaron en posición, de estas dos varadas en arena. Todas ellas en posiciones muy distantes de las planeadas (400 m), con las *Tallapiedra, Pastora,* y *Paula Iª* más avanzadas y, por ese orden y de N/S, a unos 500 m del gran baluarte nuevo de Gibraltar. Las otras quedaron más lejanas (*Dolores, San Cristóbal, Príncipe Carlos y Paula IIª,* a más de 1000 metros, lo que las hizo totalmente inoperantes; la *San Juan* con un sector muerto que le producían las *Tallapiedra, Pastora y Rosario*, también ineficaz) y en línea de barullo.

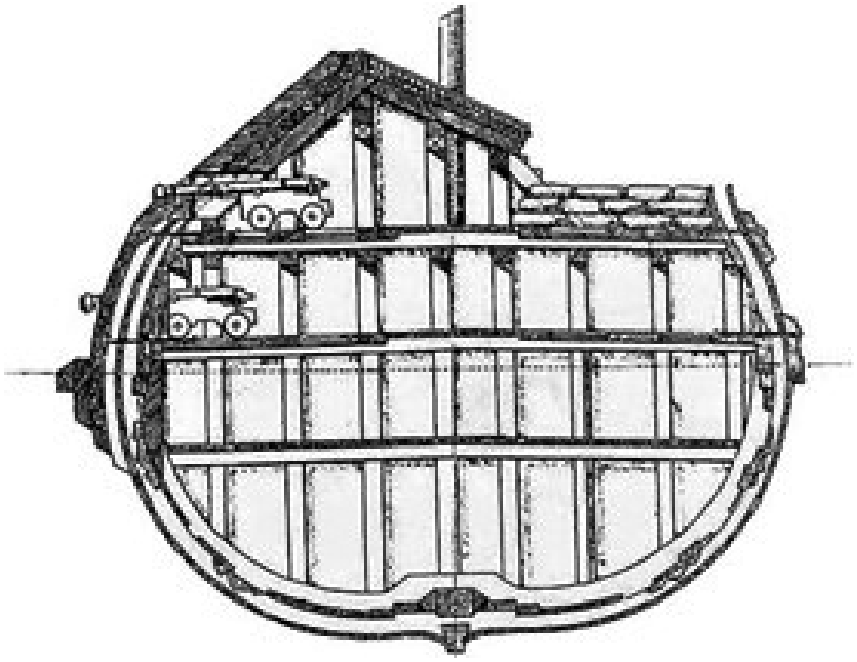


Imagen 11. Sección transversal de una flotante de D'Arçon
(https://rusadiryelmar.com**)**

92 SAYER: *La Historia de Gibraltar*, citado por todos los autores que se han ocupado del Gran Sitio.



Imagen 12. (https://rusadiryelmar.com**)**

El fuego inglés se concentró sobre las tres flotantes avanzadas, inicialmente con balas convencionales porque los hornillos tardaban horas en calentarlas, que fueron las que sostuvieron el peso de la acción.

A 09:45 estaba generalizada la guerra galana y la artillería del istmo comenzó a divertir con sus fuegos a los defensores. La corrección del tiro propio ha sido, es y será, labor metódica y complicada, que aumenta en dificultad y lentitud en proporción al número de baterías que tiran, por tanto, el de las nuestras del Istmo no quedó centrado hasta el mediodía.

A medida que la acción avanzaba, el viento cargó y roló al Sur, levantando algo de mar en la bahía, dificultando el tiro de las flotantes, demostrando que la artillería de sitio que montaban no era la más adecuada, e impidiendo la salida de las cañoneras, que lo intentaron de nuevo al mediodía. Córdova siguió fondeado, porque el viento sur reinante podría aconchar sus barcos contra el fondo de la bahía, por ello su cooperación al ataque fue nula.

El aforo del teatro algecireño se vio ampliado hasta 80.000 plazas, ocupadas por espectadores venidos de los pueblos de Cádiz y Málaga que, finalmente solo vieron a las flotantes y a las baterías del istmo en acción, el resto de los actores no salieron a escena por el maldito viento.

Al mediodía, los ingleses tuvieron al «rojo blanco» sus balas. George Hills[93] explica en detalle el magnífico adiestramiento recibido por los arti-

[93] George Hills: *Op. cit.,* pág. 403 y siguientes.

lleros de Gibraltar para la correcta utilización de esta munición, exagerando su peligrosidad por los riesgos de explosión de los cañones; sea como fuere, a esa hora de la meridiana, Elliot ordenó comenzar a tirar con dichas balas. Algunas impactaron y se incrustaron en los blindajes de las flotantes, de momento sin graves consecuencias, mas pronto observaron los ingleses (14:00 h) que el ardor combativo de sus enemigos disminuía. A esa hora salieron llamaradas de dos de ellas, una la *Pastora* donde estaba embarcado D´Arçon.

Poco después de las 14:00 h, Moreno envió por su Mayor un mensaje angustioso a Crillón, comunicaba que tenía más de 100 bajas (más o menos las mismas que la *Tallapiedra* a esa misma hora) que continuaba disparando, a pesar de tener que dedicar muchos hombres a picar las bombas y apagar los incendios, que creía no controlaría dichos incendios y proponiendo, finalmente, la retirada o destrucción del resto de las baterías flotantes antes de que cayesen en manos enemigas. Crillón comunicó la novedad a Córdova, rogándole el envío de fragatas (desconocimiento total del medio) o «barcas».

A las 16:00 h nuestras baterías del istmo comenzaron a enmudecer. El general Lacy, jefe de la Artillería, manifestó que los cañones estaban en inminente riesgo de reventar dada la temperatura que habían alcanzado. Arçon, más tarde, lo acusaría de haberlo hecho para que sus flotantes fracasasen.

A 17:00 h, el equipo de control de averías de la *Tallapiedra* tuvo la mala suerte de encontrar una bala roja incrustada en el plan de la bodega, que había abierto un rumbo en las maderas de más de un metro de profundidad, por eso mismo le faltaba comburente (aire, O) por lo que no prendió en las maderas, pero al abrir hueco dicho equipo para tratar de extraerla, se cerró el triángulo del fuego[94] y las maderas circundantes prendieron con violencia.

Al ocaso no disparaban las flotantes y la situación era desesperada:

- La *Tallapiedra* ardía francamente.
- La *Pastora* ardía más lentamente.
- La *Paula Iª* había perdido 1/3 de la dotación y D. Cayetano Lángara estaba gravemente herido. De sus 22 cañones quedaba solamente 1 en servicio.
- La *San Juan* con una cubierta desfondada.
- La *Dolores* tenía varias vías de agua.

[94] Comburente, combustible y temperatura de ignición.

Crillón clamaba auxilio, Córdova envió todas las lanchas y botes de la escuadra a recoger náufragos.

Anochecido ya, se celebró Consejo a bordo del *Santísima Trinidad* con asistencia de Crillón, decisión: quemar las baterías, puesto que no eran remolcables y no había espías tendidas, además muchas estaban varadas. Enseguida los botes dispuestos con «camisas de azufre» y mandados por oficiales de la escuadra, ejecutaron la orden.

El lógico pánico en las dotaciones aumentó la dificultad del salvamento en el que, intervinieron, los ingleses salvando más de trescientos hombres. Hubo también combates entre botes armados de ambos bandos.

La batería *San Cristóbal*, que montaba D. Federico Gravina, estaba casi intacta lo que llevó a su comandante a demorar la orden de incendiarla y tratar de remolcarla a lugar seguro. Se le reiteró la orden de hacerlo y la ejecutó, abandonándola él en último lugar.

Las bajas en las flotantes fueron: 338 muertos, 638 heridos, 80 ahogados y 335 (otras fuentes dicen 357) prisioneros de los ingleses[95]. Total de bajas que representa la quinta parte de sus dotaciones. Los ingleses tuvieron 16 muertos y 68 heridos.

Los espectadores que salían del teatro contaron al llegar a sus casas: «*No ha sido esta vez el caballo de madera quien ha tomado Troya. Ha sido Troya quien ha quemado el caballo*»[96].

CRÍTICA DE LO NAVAL

En este triste «todos contra todos», con sabor de fracaso tan sonoro y tan nocivo para nuestra patria, quedan en el aire difíciles cuestiones, complicadas preguntas de respuestas imposibles.

De los siete condicionantes, «sine qua non...», de la última Junta, sólo se consiguieron los puntos 1 (mando en manos de la Marina) y el 7 (coordinación de fuegos con el Campo) aunque este, como vimos cesó a las 16:00 h; de los otros 5, nada.

Si la Marina quiso mandar absolutamente todo lo que se hiciese sobre la superficie del mar, ¿por qué Moreno pidió permiso a Crillón para incendiar las flotantes? y ¿por qué la decisión de hacerlo se tomó en Junta con asistencia de Crillón? Si Córdova (cuyo Mayor General fue por todos ensalzado, llegando a declarar un hijo de Crillón: «*Mazarredo es el mayor*

95 DE LA GUARDIA, Ricardo: *Op. cit.,* pág. 191.
96 TERRRÓN, J. L.: *Op. cit.,* pág. 270.

general y el auténtico General que de verdad manda en la escuadra»[97]) tenía que cooperar al ataque ¿para qué metió toda la combinada en Algeciras sabiendo la dificultad de la salida con vientos contrarios, o sin viento? ¿por qué no dispuso a los que tenían que bombardear desde Levante? ¿se le había comunicado el plan completo? ¿por qué no metió parte de la combinada en Ceuta donde si el viento fuese contrario para Algeciras tendrían allí el favorable para poder salir contra Punta Europa?

Verdaderamente, es difícil de comprender el cúmulo de despropósitos, ¿habrá sido lo que dejó escrito D´Arçon?: ¡todos contra mí!

Cayó el telón, los actores salieron por la puerta lateral, peleados, ninguno contento con su papel y alguno orgulloso de ver al ingeniero francés fracasado.

En cuanto a los actores de la grandiosa naumaquia aún les quedaba otra función que representar, pero a esta acudiría menos público...

EL SOCORRO DE HOWE. COMBATE DE CABO ESPARTEL

El Gobierno, visto del desastre, volvió sus ojos hacía Barceló, olvidándose de la sordera, y le nombró, de nuevo, jefe de las fuerzas navales del bloqueo de Gibraltar. La primera orden de D. Antonio fue la de hacer efectivo el bloqueo total de la Plaza, ordenando a sus buques que atacasen a todo el que intentase acercarse a ella. Ordenó también traer las lanchas cañoneras que habían sido enviadas a Málaga y se preparó todo para rechazar al convoy inglés que estaba en camino.

Hubo esperanzas, los ingleses tenían que estar muy justos de pólvora y municiones, por lo tanto, el bloqueo riguroso y efectivo podría ayudar a que devolviesen lo que no les pertenecía.

Además de las fuerzas de Barceló, la combinada se dispuso a interceptar el convoy y escuadra Howe, montando Córdova una «ofensiva de base geográfica», es decir si se sabe el destino de la escuadra enemiga, se espera su llegada allí, para combatirla y destruirla.

Barceló dispuso a sus cañoneras en Punta Carnero y situó sus divisiones de jabeques y balandras entre dicha Punta e isla Verde (E/W de la torre de la Villa Vieja de Algeciras) es decir tapadas del W y abrigadas en la especie de bahía que forman ambos accidentes.

Córdova fondeó sus navíos para salir con facilidad y ordenó tener las anclas a pique para zarpar en cuanto se recibiese el mensaje de avistamiento del enemigo.

---

[97] TERRRÓN, J. L.: *Op. cit.,* pág. 180.

El cordonazo de San Francisco (04-10) llegó aquel año algo retrasado; el 10 de octubre cargó el SW con fuerza inusitada y de estar a pique con una sola ancla se pasó a fondear las segundas y terceras, tomándose el resto de medidas usuales para estos tiempos, a pesar de lo cual garrearon varios navíos, llegando algunos a colisionar, y yéndose el *San Miguel* a varar junto al «new mole» del puerto de Gibraltar, por lo que su comandante, el brigadier D. Juan Joaquín Moreno, tuvo que entregárselo al general Elliot. Otros buques, como el *Triunfante* o la fragata *Magdalena*, se zafaron por los pelos de correr la suerte del *San Miguel*; gracias a sus anclas, que agarraron firmemente al fondo, pudieron salir del alcance de la artillería de la Plaza a la espía. El *San Dámaso* desarboló, la fragata *Perpetua* y 13 cañoneras embarrancaron en Punta Mayorga, el brulote *Begoña* se fue a pique y no hubo barco alguno que no sufriese averías[98].

Volvemos a insistir, en la mar lo que es malo para uno puede ser bueno para el contrario, cuando se habla del viento es evidente; la mar gruesa favorece a los grandes, «...anden o no anden», la niebla, hasta que apareció el radar, a los pequeños. La crítica es siempre posible, incluso la bienintencionada; hablamos, aguas arriba, del éxito en el Canal por el uso del barómetro; en Algeciras ¿no lo vieron bajar? Y, si lo vieron, dada la época del año, ¿por qué no salieron a correr el temporal?; es correcto fondear las anclas de la esperanza o dar las estachas del auditor, pero, *«lo que se gana en fuerza se pierde en velocidad»;* el otro, es decir el inglés, empopado y marinero por excelencia, se te colará seguro... Y así fue.

La escuadra inglesa (34 navíos, 6 fragatas y 3 brulotes) y su convoy, arreados por el cordonazo, embocaron el Estrecho formados en divisiones que mandaban los almirantes Barrington, Milbank, Hood, Hughes y Rotham. Para montar con seguridad Punta Carnero, evitando así la posible acción de nuestras cañoneras, se atracaron a la orilla Sur y solamente siete de los mercantes y un navío de guerra[99] fueron lo bastante hábiles para virar a tiempo y meterse en Gibraltar; el resto se adentró en el Mediterráneo.

Ahora llegamos a otra inexplicable decisión de Córdova, si estaba montado la ofensiva de base geográfica (entonces no se estudiaba Estrategia Naval, mas muchos la intuían) para esperar a Howe ¿cómo se le ocurrió levar y poner en movimiento a la combinada, si sabía que el objetivo único del inglés era meter el convoy en el puerto gibraltareño? Sin respuesta o inexplicable; y ocurrió que, con la encalmada que siguió a la borrasca, la combinada quedó en pleno Estrecho y, a merced de las corrientes, fue dis-

98 FERNÁNDEZ DURO, C.: *Op. cit.,* tomo VII, págs. 329-331.

99 QUADRADO Y DE ROÓ, Francisco de Paula: Elogio Histórico de D. Antonio de Escaño. Imprenta de la RAH. Madrid 1852.

persándose y a Córdova le costó «Dios y ayuda» reunirla, hemos de confesar que, si achacamos tantos éxitos a su mayor general, también habrá que atribuir a Mazarredo este fracaso.

En el ínterin, la escuadra Howe, se concentró en aguas marbellís y, al amor de la contracorriente costera, fue filando hacia el peñón y, «¡viento á Berbería! levante al otro día», en cuanto que saltó el «*levante y griego*» (ENE) se nos coló en Gibraltar, con la única pérdida de un mercante que, para salvar nuestro honor, apresó el diligente comandante de la *Santa Bárbara*, capitán de fragata D. Ignacio María de Álava.

El convoy de Howe dejó en Gibraltar, además de todo tipo de municiones de boca y guerra, 1.400 soldados de refresco para la guarnición.



Imagen 13. D. Ignacio María de Álava MNMM

ESPARTEL

La escuadra Córdova que procedía del Mediterráneo y navegaba con viento en popa, recaló en la mañana del día 19 en la boca E del Estrecho, al día siguiente avistó al enemigo que, habiendo salido de Gibraltar también el día anterior, navegaba en demanda del Atlántico. Inmediatamente Córdova ordenó izar las señales de caza general (las mismas previstas en la Instrucción de 1781). Recuerden que la idea de Mazarredo era que los más veloces consiguiesen trabar combate con la retaguardia enemiga y de esa forma se procedió. El forro de cobre mostraba la superioridad en el andar inglés, para contrarrestarlo, los nuestros largaron alas y rastreras para aprovechar todo el viento en la empopada. Se alcanzó y combatió la retaguardia muy tarde, estando tanto avante y a la vista de Cabo Espartel. Howe, muy consciente de su superioridad velera y para deshacer la maniobra diseñada por Mazarredo, frenó a toda su escuadra logrando la superioridad temporal (34 contra 32, según Córdova, y contra 31 según el diario del CF Montes); después, al abrigo de la noche y sabiendo que al día siguiente tendría inferioridad numérica, forzó de vela y dejó a Córdova con un pasmo de narices[100].

Según el diario del CF Montes, embarcado en el «Rayo»[101]:

- A las 13:30 se echaron los botes al agua (se hacía siempre antes de combatir para despejar la cubierta y tener los botes salvavidas dispuestos, iban a remolque. Alguna lancha se dejaba en sus calzos, llena de agua, para los contraincendios).
- A las 15:00 se largaron banderas e insignias.
- A las 16:30 se recibió la orden de ataque general al enemigo.
- A las 17:30 se ordenó a la división de retaguardia doblase la enemiga para ponerla entre dos fuegos.
- A las 18:30 rompieron el fuego las dos vanguardias.
- A las 19:00 se ordenó cesar el fuego y estrechar distancias.
- «*Los enemigos en este intermedio usaron de una facha, lo que nos permitió volver a ganar el través del 7º navío de la línea enemiga, contados en orden inverso, por lo que arribamos...y batimos desde el 4º hasta el último, por un cuarto de hora*»[102].
- A las 21:30 arribó la vanguardia enemiga maniobrando la línea de la combinada «*sin confusión ni precipitación*».

100 FERNÁNDEZ DURO: *Op. cit.,* tomo VII, apéndice al capítulo XVIII, trascripción integra del parte de campaña de Córdova.

101 Ms. 1281 MN Madrid.

102 ESCAÑO Antonio: *Diario*. Lo trascribimos literalmente para mostrar cómo «toreó» el inglés, que se permitía esperar para luego salir zumbando.

- A las 23:00 se pusieron en facha para esperar a los rezagados.
- No describe más contactos con el enemigo, si las formaciones y maniobras hasta la entrada en Cádiz, se ocupa con minuciosidad de describir los daños en la arboladura de su buque y omite posibles bajas en el mismo.
- Mazarredo se desesperó al ver que era imposible fijar a los ingleses y llegar a la superioridad. Así, si la vanguardia se adelantaba demasiado el cuerpo principal no llegaba a tiempo, entonces facheaban los de cabeza en espera de los segundos y vuelta a empezar. La disparidad de modelos implicaba disparidad de velocidades, hacía imposible maniobrar conjuntamente y facilitó a Howe, cuya escuadra era más homogénea, el hacer todo lo que le vino en gana.

La escuadra combinada tuvo 60 muertos y 316 heridos y, comprobando su Almirante que los ingleses habían desaparecido por el W, entró con toda ella en Cádiz.

Días más tarde, Córdova se quejaba de ciertas exageraciones de Londres sobre la desproporción de fuerzas y consignaba este párrafo:

«Y omitiré por decoro á la dignidad de la corona británica la discusión del que hizo uso de balas incendiarias en la acción, y si en caso de ser apresado el navío del almirante mismo en un combate de escuadra, debería ser tratado como incendiario sin remisión ni excepción de persona, por una conducta y medios tan chocantes a la humanidad»[103].

Por tanto, parece ser que la bala roja también se utilizó en la mar para escándalo de nuestro caballeroso Almirante.

En Cádiz se intentó montar otra expedición contra Jamaica, demasiado tarde.

El 30.01.83 las cañoneras de Barceló tuvieron el honor de disparar los últimos tiros españoles contra Gibraltar; el 20 próximo anterior se habían firmado en Versalles los preliminares de Paz, con la mediación del emperador de Austria y el zar de todas las Rusias.

La verdad de los tres años de bloqueo queda sintetizada en esta frase de Gehard Herrmann, trascrita por Ferrari Billoch en su «Barceló»:

«(...) la rotura del bloqueo dependía más del arte de navegar de la escuadra que de su inmediato poder combativo. Pero este arte lo poseían los ingleses mejor que los contrarios. Sólo teniendo en cuenta esto, y el corto

103 FERNÁNDEZ DURO: *Op. cit.,* tomo VII, pág. 342.

alcance de las armas de la época, podemos comprender como los ingleses pudieron atravesar el Estrecho y la pequeña bahía de Algeciras, llevando a Gibraltar víveres y municiones, a pesar de que el enemigo tenía establecida en Algeciras su base de operaciones»[104].

Por ese arte de navegar las tres veces que lo intentaron lo consiguieron. Lo demás es pura y triste anécdota.

LA PAZ

Del tratado de paz, firmado en Versalles en 03.09.1783, escribió Floridablanca en su Memorial*:* «*Todo el mundo ha hecho justicia* á *V.M. confesando que de más de dos siglos a esta parte no se ha concluido un tratado de paz tan ventajoso a España*». Nuestra pluma tenía espada, pues el plenipotenciario fue don Pedro Abarca de Bolea. Las aludidas ventajas fueron conservar Menorca y la Florida Occidental, fruto de nuestras conquistas, y la Florida Oriental (desde entonces muchos autores dicen las dos Floridas, cuando era y es única) que cedieron los ingleses a los que nosotros devolvimos las islas de Providencia y las Bahamas, puesto que nos quedamos con lo recuperado en Campeche, Honduras y Nicaragua. Pero faltó, por más que las plumas se batieron denodadamente, la Roca, porque el Gobierno de su Cristianísima Majestad consideró que estando en manos inglesas sería siempre una baza positiva para Francia y que así nos mantendría en su órbita.

En cuanto al material naval, con las frías cifras en la mano, resultó que durante la guerra perdimos: 6 navíos, 2 fragatas, y un convoy de 20 velas; ganando: 1 navío, 4 fragatas, 6 bergantines y tres convoyes con 90 embarcaciones, amén de todas las pequeñas presas habidas o sufridas. Vistas, así las cosas, resulta que esta guerra fue la más ventajosa de todas las sostenidas con la Gran Bretaña, en el XVIII, mas salimos con la convicción de que nuestros buques eran inferiores a los del enemigo. Por ello, en cuanto llegó la paz, se aumentó el porte de los navíos de 70 a 74 cañones, comenzó el forrado de cobre, se mejoraron las arboladuras y sus aparejos y se hicieron exigentes pruebas de comparación de los sistemas de construcción naval.

CONCLUSIÓN

De todas las campañas navales vistas en este artículo, las más rentables, para los EE. UU. de América, fueron las tres estratégicas subidas

104 FERRARI BILLOCH, F.: *Op. cit.,* pág. 129.

al Canal de la Combinada franco-española, aunque no lograron alcanzar el «primer objetivo» sirvieron para descongestionar el bloqueo inglés sobre sus puertos, reactivar el comercio y reabastecerse de lo necesario para seguir combatiendo a los ingleses, entre lo cual tuvo parte importantísima lo enviado por España. La toma de Menorca, el fracaso ante Gibraltar, la «no ida» a Jamaica, hay que analizarlos como «objetivos geográficos y secundarios».

BIBLIOGRAFÍA

BARBUDO DUARTE, Enrique: *D. José de Mazarredo TG de la Real Armada*. Madrid, 1945.

BLANCO NÚÑEZ, José María: *La Armada en la segunda mitad del siglo XVIII*. Madrid, 2004.

BROSSARD, Maurice de: *Historia Marítima del Mundo*. Madrid, 1974.

BUERES Y SANTA EULALIA, Ángel: *Apuntes históricos sobre la casa de Navia*. Madrid, 1996.

CARRERO BLANCO, Luis: *Las Baleares durante la guerra de América en el siglo XVIII*. París, 1933. C.A.B. «Sa Nostra». Mahón, 1983.

CASTEX, AMIRAL: *Théories Stratégiques*. Cuatro Volúmenes. S.E.M.U. París, 1929.

DE LA GUARDIA, Ricardo: *Datos para un cronicón de la Marina militar de España*. El Correo Gallego. Ferrol. 1914.

FARFRÈRE, Claude: *Histoire de la Marine Française*. Flammarion. Paris, 1962.

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: «Historia de la Armada Española». Nueve tomos. Facsímil Museo Naval. Madrid, 1973.

FERRARI BILLOCH, Fernando: *Barceló*. Ediciones Patria. Barcelona, 1941.

GELLA ITURRIAGA, José: «El convoy y el desembarco español de 1781 en Menorca». *Rª de Hª Naval*. N.º 1. Madrid 1983.

HILLS, George: *El peñón de la discordia*. San Martín. Madrid, 1974.

LAFUENTE, Modesto: *Historia de España*. Montaner y Simón. Barcelona, 1889.

MANCERON, Claude: *Les hommes de la liberté*. Tomos 1 al 5. Laffont, Paris, 1972.

MAZARREDO Y ALLENDESALAZAR, J.: *Biografía del almirante Mazarredo*. Inédito.

MINISTERIO DE AA. EE.: *Libro rojo de Gibraltar*. Madrid, 1965.

NÚÑEZ IGLESIAS, Indalecio: *El TG de la RA D. José de Mazarredo* Madrid, 1945.

-----: *VI Siglos de artillería y tiro naval*. PTN Janer. Marín, 1935.

OLAECHEA, Rafael y FERRER BENIMELI, José A.: *El conde de Aranda*. 2ª edición. Zaragoza, 1998.

PAVÍA, Francisco de Paula: *Galería biográfica de los generales de Marina*. Imprenta de J. López Mayor. Madrid, 1873.

QUADRADO Y DE-ROO, Francisco de Paula: *Elogio histórico de don Antonio de Escaño.* RAH, Madrid 1852.

ROMEU DE ARMAS, Antonio*: El testamento político de Floridablanca*. Madrid, 1962.

SANTALO Y RODRÍGUEZ DE VIGURI, José Luis: *Don José Solano y Bote, primer marqués del Socorro*. Madrid, 1973.

SAVANT, Jean: *Histoire mondiale de la marine*. Hachette. Paris, 1961.

TERRON PONCE, José Luis: *La toma de Menorca*. Mahón 1998.

-----: *El gran ataque a Gibraltar de 1782*. MINISDEF. Madrid, 2000.

-----: *La fortaleza de San Felipe en el puerto de Mahón.* Mahón, 2003.

VARGAS Y PONCE, JOSEPH: *Elogio histórico de don Antonio de Escaño*. Madrid, 1962.

Colecciones y archivos

MUSEO NAVAL Y KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED NENDELN, LIECHTENSTEIN, «Colección Fernández de Navarrete». Con prólogo del almirante don Julio Guillén Tato. 32 volúmenes. 1971.

SAN PÍO ALADREN, Pilar Y ZAMARRON MORENO, Carmen: «Catálogo de la colección de documentos de Vargas y Ponce que posee el Museo Naval». Tres Volúmenes. Museo Naval. Madrid, 1996.

Revista de Historia Militar
I extraordinario de 2026, pp. 163-200
ISSN: 0482-5748
RHM.04
https://doi.org/10.55553/504nkf070104

LA GUERRA ANGLO-ESPAÑOLA 1779-1783. MATÍAS DE GÁLVEZ Y SUS CAMPAÑAS EN LA CAPITANÍA GENERAL DE GUATEMALA

Benito TAULER CID[1]

RESUMEN

La Capitanía General de Guatemala fue establecida en 1611. En 1779 gozaba de autonomía en lo militar y su territorio era mucho más extenso que la actual Guatemala, incluyendo El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Belice, Chiapas ...

La Capitanía tenía una gran importancia estratégica ya que era la unión entre el Virreinato de Nueva España y los tres virreinatos del sur siendo por tanto objetivo prioritario del adversario inglés que pretendía con su ocupación partir el Imperio en dos. Además, en la zona de la laguna de Nicaragua se preveía posible establecer un canal que uniera ambos océanos a través de ella y el río San Juan. Así mismo, los británicos tenían asentamientos en la Costa de los Mosquitos y en la isla de Roatán que constituían magníficas plataformas para la agresión de las fuerzas británicas desde Jamaica.

[1] Coronel de Infantería (ret.). Diplomado de Estado Mayor. Colaborador del Instituto de Historia y Cultura Militar del Ejército de Tierra. Madrid, España.

Por ello y dado el clima prebélico que existía, se exigía un hombre de toda confianza del secretario de Indias José de Gálvez para Guatemala. Así Carlos III designó a Matías de Gálvez de 61 años, oficial de Artillería y acostumbrado al mando de milicias en Canarias, primero como inspector de tropas y milicias de Guatemala y en 1779 le nombró capitán general. Matías se dedicó a reforzar las defensas del territorio y reformar sus milicias con personal de castas e indígenas.

El ataque británico a Guatemala, 1779, se produjo en las dos direcciones previstas sobre San Fernando de Omoa (Honduras, imagen 01) y sobre el río San Juan (Nicaragua, imagen 04) intentando romper el territorio y apoderarse de las fortificaciones, lo que consiguieron en el Fuerte de Omoa. Pronto empezó la reacción española recuperando Omoa y frenando la penetración en el río San Juan.

A continuación, y hasta 1782, Matías desarrollo una serie de agresivas campañas ofensivas, en durísimas condiciones, mediante columnas heterogéneas que consiguieron eliminar los asentamientos británicos en la costa este de Honduras y Nicaragua y sus penetraciones en el interior, y en 1782 desembarcó y recuperó la isla de Roatán. En recompensa fue nombrado Virrey de Nueva España.

PALABRAS CLAVE: Matías de Gálvez. Capitanía General de Guatemala. Laguna de Nicaragua. Omoa. San Juan. Isla de Roatán.

ABSTRACT

The Captaincy General of Guatemala was established in 1611. By 1779, it enjoyed military autonomy and its territory was much larger than present-day Guatemala, including El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Belize, Chiapas...

The Captaincy General held great strategic importance as it served as the link between the Viceroyalty of New Spain and the three southern viceroyalties, making it a prime target for the English adversary, who sought to divide the Empire in two through its occupation. Furthermore, the area around the Nicaraguan lagoon was considered a potential site for a canal connecting the two oceans via the lagoon and the San Juan River. The British also had settlements on the Mosquito Coast and Roatán Island, which provided excellent launching platforms for the British forces from Jamaica.

Therefore, given the prevailing pre-war climate, a man of absolute trustworthiness was required for the Secretary of the Indies, José de Gálvez, in Guatemala. Thus, Charles III appointed Matías de Gálvez, a 61-year-old

artillery officer accustomed to commanding militias in the Canary Islands, first as inspector of troops and militias in Guatemala, and in 1779 he appointed him Captain General. Matías dedicated himself to reinforcing the territory's defenses and reforming its militias with mixed-race and native personnel.

The British attack on Guatemala in 1779 occurred in the two anticipated directions: on San Fernando de Omoa and on the San Juan River, attempting to break through the territory and seize the fortifications, which they achieved at the fort of Omoa. The Spanish reaction soon began, recapturing Omoa and halting the British advance along the San Juan River.

Subsequently, and until 1782, Matías led a series of aggressive offensive campaigns under extremely harsh conditions, using heterogeneous columns that succeeded in eliminating British settlements on the coast and their incursions inland. In 1782, he landed on and recaptured the island of Roatán, relieving the pressure. As a reward, he was appointed Viceroy of New Spain.

KEYWORDS: Matías de Gálvez. Captaincy General of Guatemala. Nicaragua Lagoon. Omoa. San Juan. Roatán Island.

* * * * *

«Sacar a los ingleses de sus asentamientos secretos en el Golfo de Honduras y sobre todo del castillo del río San Juan para impedir la invasión del gran lago de Nicaragua». Orden de Carlos III al capitán General de Cuba Diego José Navarro García Hidalgo, con fecha 12 de febrero de 1781.

INTRODUCCIÓN

La guerra de los Siete Años (1756-1763) está considerada como el primer conflicto global que enfrentó principalmente a tres de las principales potencias de Europa y a la emergente Prusia como aliada del Reino Unido[2]. El conflicto supuso que el Reino Unido de la Gran Bretaña resultara como la potencia hegemónica y que la monarquía francesa per-

[2] El reino de la Gran Bretaña se establece en 1707 como consecuencia de la unión de los Reinos de Inglaterra y Escocia bajo el Tratado de la Unión 1707.

diera prácticamente su primer imperio colonial y el inicio de una crisis y quiebra financiera que la llevaría en 1788 a las puertas de la Revolución. Para España que había entrado en la guerra arrastrada, mal preparada y tarde como consecuencia del Tercer Pacto de Familia[3], también supuso una derrota en particular por la pérdida de La Habana[4] y Manila.

La derrota de La Habana supuso un serio aldabonazo para la monarquía española y el inicio de un programa de reformas que abarcaron todos los aspectos tanto políticos, económicos, administrativos y por supuesto militares y navales. En palabras de Gonzalo Quintero[5] «la cúpula de la administración española de esta época estaba formada por las mentes más brillantes que probablemente hayan estado jamás a la cabeza del Estado».

El 10 de febrero de 1763 se firmó el Tratado de París que puso fin a la guerra. España cedió el territorio de Florida dividido en Occidental y Oriental a Gran Bretaña a cambio de recuperar La Habana y Manila, pero el seno del golfo de México dejaba de ser el «lago de piedra español» y las derrotas de las flotas del Tesoro y nuestro comercio se verían más expuestas. A cambio de las Floridas recibiría España Luisiana, con la ciudad de Nueva Orleans, un auténtico «regalo envenenado»[6].

La victoria del Reino Unido no fue gratis y además significó aumentar sus gastos en defensa para reforzar la Royal Navy y reforzar o crear las nuevas guarniciones coloniales viéndose obligado a subir impuestos y contribuciones, no solo en la metrópolis sino también en las colonias. Las Trece Colonias de Norteamérica que no habían estado sometidas a semejante régimen se empezaron a agitar para declararse en rebeldía abierta y posteriormente el II Congreso de Filadelfia, representante de las Trece Colonias

---

El Reino Unido de Gran Bretaña quedó disuelto con la aprobación del Acta de Unión de 1800, por el que Reino de Irlanda quedaba anexionado dando origen al Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda.

3 El Tercer Pacto de Familia entre Luis XV de Francia y Carlos III, fue suscrito en París el 15 de agosto de 1761.

4 En 1762, las tropas británicas de Lord Albemarle, con el apoyo de la flota naval del almirante Sir George Pocock desembarcaron en las proximidades de la ciudad y atacaron el Castillo del Morro ocupándolo y obligaron a rendirse al capitán General de La Habana. La toma fue 12 de agosto de 1762 y la ciudad estuvo bajo poder británico once meses, desde agosto hasta julio de 1763.

5 Quintero Saravia, Gonzalo M.: *El enemigo de mi enemigo. España en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica (1775-1783)*. Madrid, Alianza, 2025.

6 Por Real Decreto de Carlos III nueve puertos españoles Cádiz, Sevilla, Málaga, Alicante, Barcelona, Cartagena, Santander, La Coruña y Gijón podrían comerciar con Nueva Orleans, pero sólo con barcos españoles y de forma directa sin poder pasar por los puertos antillanos y novo hispanos.

de América del Norte, declaró oficialmente su independencia el 4 de julio de 1776, la cual llegaría en 1783.

La victoria de las Trece Colonias necesitaría el apoyo de las potencias europeas, en especial de Francia y España, posteriormente participaría en el conflicto los Países Bajos, 20 de diciembre de 1780. Los colonos pasaron del estado de rebelión de un conflicto local o de disturbios con sucesos, como la Masacre de Boston del 5 de marzo de 1770, a la guerra abierta. El apoyo en el caso de España se desarrolló desde 1775 a 1779, de una forma encubierta y se canalizó mediante empresas nacionales y extranjeras. La ayuda material, secreta, que fue esencial para el Ejército Continental comprendió armamento individual y colectivo, pólvora y munición, uniformes y vestuario, mantas y material de campamento, y medicamentos; y también la decisiva actuación financiera mediante préstamos y ayudas a fondo perdido, así como la apertura de puertos tanto en España como en América a los buques de los incipientes Estados Unidos. Lo anterior y el esfuerzo militar realizado durante la guerra Anglo–Española de 1779-1783, se puede definir como muchos autores señalan como *«una ayuda impagada e impagable».*

Desde el inicio de la guerra en 1779, las acciones en el Canal de la Mancha, la guerra de convoyes, la conquista de Menorca y el bloqueo/sitio de Gibraltar, las victorias de Bernardo de Gálvez en el valle bajo del Misisipi (1779), en Mobila (1780) y, sobre todo, en Pensacola (1781), la conquista de Bahamas y la amenaza sobre Jamaica, supusieron que el Reino Unido tuviera que desplazar esfuerzos para socorrer Gibraltar y proteger sus convoyes, concentrando su esfuerzo naval sobre Gibraltar, trasladar efectivos terrestres a las colonias del Sur y disminuir la presión que ejercía el Ejército Británico sobre el Ejército Continental especialmente en el norte de las Trece Colonias.

En el análisis anterior, era muy corriente hasta fechas recientes, que se olviden o en el mejor de los casos solo se mencionen las campañas de Matías de Gálvez en Guatemala, que era punto clave para la continuidad territorial del Imperio español, y que ocasionaron un desgaste a las fuerzas británicas no solo a las destacadas desde la metrópoli, sino a las de dotación de Jamaica provocando su debilitamiento y facilitando el objetivo de su posible invasión por el Ejército de operaciones de Bernardo de Gálvez. Para Gran Bretaña, Jamaica valía más que todas sus restantes colonias juntas de América.

El peligro y la seria amenaza que suponía la perdida de Jamaica fue el elemento clave para llevar al Reino Unido a entablar las conversaciones de paz que llevarían a la firma de los tratados de paz del 3 de septiembre de 1783. Esto es lo que pone en valor la aportación de la Capitanía General de Guatemala al desarrollo y desenlace de la guerra Anglo-Española de 1779-83 y al apoyo de España al nacimiento de los EE. UU.

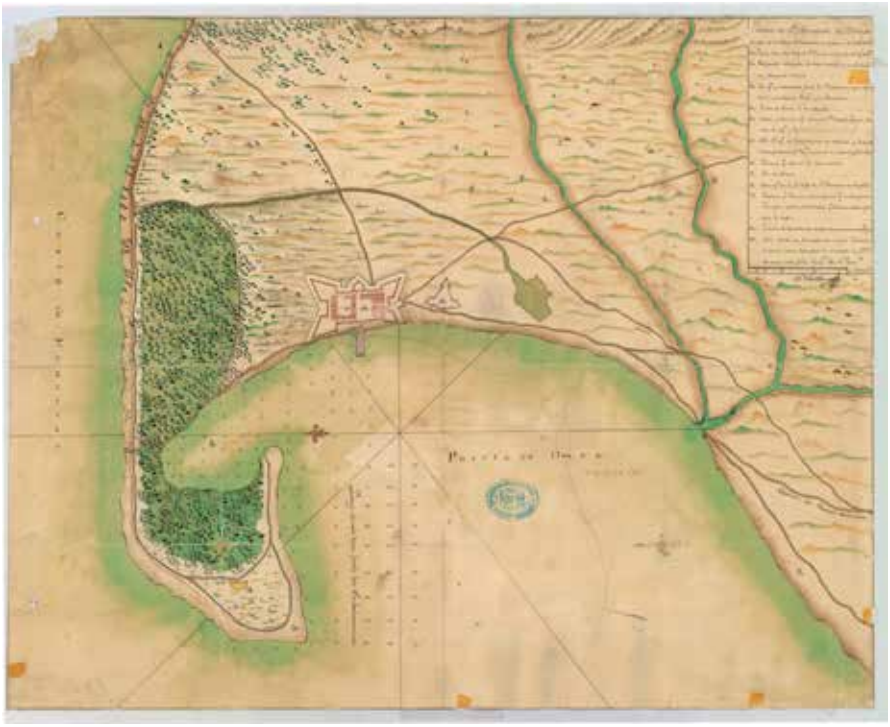


Imagen 01. Plano del puerto de San Fernando de Omoa (Honduras). IHCM. AG Madrid. Cartografía HND-02-03

LA CAPITANÍA GENERAL DE GUATEMALA. SITUACIÓN GEOGRÁFICA

Dentro del sistema administrativo de las Indias el territorio de la Capitanía General de Guatemala coincidía también con el distrito jurisdiccional correspondiente de la Real Audiencia de Guatemala, siendo órgano y tribunal de justicia y con un presidente que era además el capitán general[7].

[7] En 1611, la Capitanía General de Guatemala fue establecida plenamente siendo la primera que la autoridad nombrada ostentara de forma oficial los cargos de capitán general de la Capitanía General de Guatemala, gobernador general del Reino de Guatemala y presidente de la Audiencia y Cancillería Real de Santiago de Compostela. La autonomía económica llegaría en 1731 con la creación de una ceca. Además, el presidente de la Audiencia era vicepatrono real y delegado de la Real Hacienda.

Esta Audiencia era de las calificadas como Audiencia pretorial, y dependía directamente del Consejo de Indias.

En 1779 y tras la implantación del conjunto de reformas administrativas, comerciales y militares implantadas desde 1763, Guatemala gozaba de plena autonomía en lo militar con relación al Virreinato de Nueva España y comprendía un territorio que era mucho más extenso que la actual Guatemala, incluyendo El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Belice, el estado mexicano de Chiapas...

Dada su posición geográfica la Capitanía era de gran importancia estratégica ya que era la unión entre el Virreinato de Nueva España y los tres virreinatos del sur, asegurando la continuidad territorial y de mando de la monarquía española en América. Esto la hacía objetivo preferente de los ataques del Reino Unido, que en varias ocasiones había pretendido la ruptura y quiebra del territorio, y de este modo partir el Imperio Español en dos.

Además, la *provincia de Nicaragua* era particularmente vulnerable. En ella existían las grandes lagunas, en especial la laguna de Nicaragua, que distaba del océano Pacífico en su parte más próxima 11 millas aproximadamente (17,7 kilómetros) y de la mencionada laguna nacía el río San Juan que desembocaba en el océano Atlántico. Era por tanto un territorio muy deseado, pues mediante la laguna y el río mencionados la comunicación entre los dos océanos podía facilitarse. Hubo varios estudios de establecer un posible canal que uniera ambos océanos.

Su territorio es diverso y accidentado con montañas, selvas, costas y ríos y temperaturas tropicales, siendo partes de este consideradas como territorios poco salubres en especial para personas no aclimatadas y europeos como era el caso de la zona de Omoa. Esto tuvo un impacto significativo en el desarrollo de las operaciones militares que se llevarían a cabo allí haciéndolas muy difíciles y costosas.

En 1773 un terremoto destruyó gran parte de la capital Santiago de los Caballeros de Guatemala, hoy conocida como Antigua, por lo que se hizo necesario levantar en 1776 una nueva capital «Nueva Guatemala de la Asunción», que fue la sede del poder de la Capitanía y desde la que inició sus operaciones Matías de Gálvez. El traslado y acomodo de las instituciones en la nueva capital complicaría la acción de su tiempo de mando y consumiría muchas de sus energías.

En el aspecto demográfico del Reino de Guatemala, lo que influyó y alteró mucho la situación fue la llegada, consolidación de esclavos de color, y su posterior, fusión con los nativos en la zona de cabo Gracias a Dios en 1636. Esta fusión cultural y racial con los nativos dio como resultado la

formación de la confederación Zambo-Misquita favorable a la relación con los británicos de Jamaica, y constituyó un grupo no integrado en la sociedad y estructuras del Reino de Guatemala. Esta situación daría lugar en 1740 al establecimiento de una superintendencia británica en el área. La zona era inhóspita y alejada del núcleo de poder español y nunca había estado realmente integrada en su estructura administrativa. No obstante, las autoridades españolas decidieron el levantamiento de un asentamiento fortificado que coadyuvara a evitar lo anterior y que cumpliera otras varias finalidades: reforzar la autoridad y soberanía de la Monarquía, controlar el contrabando y vigilar y contener a los zambos y misquitos. A estas finalidades respondería el inicio de la creación del Fuerte de San Fernando de Omoa. La construcción llegaría hasta 1779, inicio de la guerra, en donde realmente la fortaleza no estaba terminada, lo que en unión del clima insano de la zona sería determinante para su caída temporal en manos inglesas.

Además de lo anterior, los británicos ocupaban Belice[8] desde 1716 en que taladores británicos expulsados de la bahía de Campeche[9] se instalaron en la zona del río Belice y tenían también, asentamiento en la Costa de los Mosquitos y en la isla de Roatán, que constituían magníficas cabezas de puente para la agresión de las fuerzas británicas basadas o destacadas en Jamaica, la principal y más rica colonia británica en toda América.

A mediados del siglo XVIII, la población de la Capitanía General de Guatemala se estimaba en unos 355.000 habitantes entre indígenas, ladinos[10], personal de color incluyendo unos 400 esclavos de origen africano. La población española y criolla, difícil de tabular, podría ser entre un 5 y un 15% sin superarlo nunca.

La importancia de la situación de la Capitanía General de Guatemala fue expresada por el Rey y comunicada a las autoridades del teatro de operaciones americano por dos de las principales voces político-estratégicas del conflicto el secretario de despacho de Indias D. José de Gálvez y su comisario regio, sobre el terreno D. Francisco de Saavedra y Sangronis, quien en la primera Junta de Defensa de la Habana celebrada después de su llegada

8 Belice o Honduras británica, que era su antigua denominación, recibió a los primeros colonos en 1638, y fue un territorio disputado por los españoles y los británicos hasta la Convención de Londres de 1786.

9 La bahía de Campeche se encuentra en el poniente del golfo del mismo nombre, que a su vez forma parte del Golfo de México, siendo una gran ensenada del estado mexicano de Campeche.

10 La palabra *ladino* se deriva de *latino*, y es utilizada en Centroamérica para referirse a la población mestiza. El término se creó en la época virreinal para denominar a la población hispanohablante que no era indígena, pero que tampoco era española o criolla.

dejó claramente definida la postura real de la importancia de Guatemala y por tanto que se le enviaría ayuda[11]. Los principales receptores del mensaje eran las autoridades de La Habana, plaza principal de las armas españolas de tierra y mar en América, capitán general y jefe del arsenal de la Armada en La Habana, respectivamente y el virrey de Nueva España.

LA GUERRA ANGLO-ESPAÑOLA 1779-1783

Como consecuencia de la derrota acaecida con motivo del intento de desembarco en Argel en 1775, se va a gestar en 1777 el cambio «continuista» en la Secretaría del Universal Despacho de la Monarquía Hispánica de Jerónimo Grimaldi por José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca. Grimaldi ocupó el puesto de Floriblanca, embajador en Roma durante el periodo 1777 a 1785 y Floridablanca sería el primer secretario de Estado y del Despacho desde el 19 de febrero de 1777 hasta el 27 de febrero de 1792.

Floridablanca, mantuvo desde su llegada al poder que España debía mantener una postura de independencia de Francia, dentro de los límites del dibujo del Tercer Pacto de Familia, estando atenta exclusivamente a su interés nacional, sobre todo en los temas relacionados con los sucesos que estaban acaeciendo en las Trece Colonias de América.

Había que tener en cuenta la nueva relación de vecindad de la Corona con el Reino Unido y sus Trece Colonias, en estado primero de efervescencia y después de rebelión, separados por el Misisipi, y el posible contagio revolucionario y por encima de todo preservar el flujo comercial entre todos los territorios de la Monarquía Hispánica, asegurándolo de las injerencias y acciones de la Gran Bretaña. Por contra, el conde de Aranda D. Pedro Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea no veía mal intensificar la ayuda encubierta por ende el camino hacia una alianza defensiva con los continentales.

Carlos III y sus estadistas mantendrán ante la crisis la postura que sintetizó Floridablanca *«prepararse para la guerra como si fuera inevitable, pero hacer todo lo posible para evitarla».*

Un punto que era claro a pesar de lo anterior era la absoluta falta de simpatía por los gobiernos de Londres. Seguían existiendo los intentos y

[11] En la Habana mientras se planificaba la expedición a Pensacola. Juan Francisco de Saavedra trabajaba en apoyar la situación en Centro América y contribuir a parar las acciones británicas allí. Así se acordó con el Capitán General Navarro mandar el 8 de febrero un mensaje a Matías de Gálvez asegurándole que se le mandarían apoyos desde Nueva España y La Habana.

depredaciones en los territorios españoles de América y las continuas ofensas a su comercio marítimo por mano de ingleses, y por supuesto estaban Gibraltar y Menorca. El sentimiento de estas ofensas y la razón de la «prudencia política» se disputaban el camino a seguir. Como se ha mencionado el conflicto parecía ser inevitable, pero esta vez la monarquía española se preparaba de forma adecuada en todas las facetas, diplomática, económica y militarmente.

Floridablanca hábilmente ofreció una mediación entre el Reino Unido y sus colonos rebeldes a cambio de Gibraltar y al mismo tiempo se quejaba de las ofensas inglesas a los barcos españoles. La cual no fue aceptada por el Reino Unido. En el intervalo de tiempo, las fuerzas militares expedicionarias de Cevallos retornaron del Río de la Plata y la carrera del Tesoro arribó en Cádiz, con 24 millones de pesos en oro y plata, el 29 de junio de 1778, con lo que la preparación se estaba consiguiendo.

Francia, por su parte el 6 de febrero de 1778 había firmado los tratados de alianza, defensa y amistad con los Estados Unidos de América[12] que en si no constituía una declaración formal de guerra, lo que se produciría con motivo del ataque de una fragata francesa el 17 de junio 1778.

Siguiendo con el juego diplomático, el 3 de abril Floridablanca lanzó un ultimátum de mediación al Reino Unido, con el cese de hostilidades entre Francia y Reino Unido. Pero a la par, y negociado en secreto se firmó el 12 de abril de 1779 en Aranjuez *El tratado de alianza defensiva y ofensiva entre las coronas de España y Francia contra Inglaterra.*

OBJETIVOS DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

En el artículo 7º del Tratado de Aranjuez de 12 abril de l779, con Francia, se definían los objetivos que la monarquía española debía de alcanzar como resultado de la guerra:

> *«El rey católico por su parte entiende adquirir por medio de la guerra y del futuro tratado de paz las ventajas siguientes: La restitución de Gibraltar; La posesión del río y fuerte de la Mobile; La restitución de Panzacola con toda la costa de la Florida correspondiente al canal de Bahamas, hasta quedar fuera de él toda dominación extranjera; La expulsión de los ingleses de la bahía de Honduras, y la observancia de la prohibición pactada en el*

[12] Nombre oficial por entonces de la nueva república. QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M.: *El enemigo de mi enemigo. España en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica (1775-1783).* Alianza Editorial. Madrid, 2025. Pág. 149.

último tratado de París de 1763 de hacer en ella ni en los demás territorios españoles establecimiento alguno; La revocación del privilegio concedido a los mismos ingleses de cortar el palo de tinte en la costa de Campeche; La restitución de la isla de Menorca».

Ni en este artículo, ni en ningún otro del Tratado, ni en ninguna otra disposición de la monarquía española se mencionaba el reconocimiento de la independencia de las Trece Colonias de la monarquía británica, por parte del Rey de España.

Al Tratado seguiría el 18 de mayo de 1779, desde Madrid el aviso a a las autoridades de América de la declaración de guerra, que se produciría un mes más tarde, el 21 de junio de 1799.

Desde el primer momento el conflicto se planteó con carácter ofensivo y unos procedimientos completamente distintos a los de la guerra de los Siete Años como queda reflejado en la orden ofensiva dada el 29 de agosto de 1779 al capitán general de Cuba: «el Rey ha declarado como el principal objetivo de sus fuerzas en América, en la guerra contra los ingleses, expulsarles del golfo de México y del Misisipi».

EL SISTEMA DEFENSIVO EN GUATEMALA[13]

El sistema defensivo de la Capitanía General al inicio de la Guerra en 1779 se basaba en la Triada Defensiva, fortificaciones, Real Armada y Reales Ejércitos, actualizado con las reformas que se implementaron como consecuencia de la guerra de los Siete Años. Así, los elementos disponibles en el Reino eran:

Fortificaciones

En este apartado en Guatemala se pueden señalar en principio 5 fuertes. Los dos más importantes cubrían las dos principales entradas al territorio:

– En el norte el Fuerte de San Fernando de Omoa, era la llave que abría paso en el norte de Honduras para controlar los lagos Nicaragua y Managua y por ellos llegar al océano Pacífico. En 1779 estaba sin acabar, casi sin artillería, ni municiones y la guarnición no era adecuada.

[13] El coste medio anual en defensa a la llegada de Carlos III al Trono se estimaba en una media de trece millones y medio de pesos.

– En el sur el Fuerte de la Inmaculada cerrando el río San Juan. El número de piezas de artillería del castillo era de 7, sobre todo contaba con cañones de hierro con una gran diversidad de calibres:

  • 1 cañón del calibre de a 8 libras.
  • 1 cañón del calibre de a 7 libras.
  • 1 cañón del calibre de a 5 libras.
  • 1 cañón del calibre de a 2 ½ libras.
  • 1 cañón del calibre de a 2 libras.
  • 1 cañón del calibre de a ¼ libras.
  • 1 pedrero de a 4 libras.

Además, en la inspección pasada y en el informe elaborado por los oficiales ingenieros calificaban que el castillo se encontraba en buenas condiciones[14].

A los dos anteriores se sumaban 3 más:

Castillo de San Felipe del Golfo Dulce, en la desembocadura del río Dulce con el lago de Izabal. Estaba orientado al Caribe y pensado para albergar una guarnición de 12 soldados regulares y podía ser artillado con 12 piezas. Este castillo tuvo tres funciones: ser un fuerte militar, una prisión y una aduana. En 1779 estaba sujeto a un proyecto de reforma.

Los otros dos, el Fuerte de Peten Itza localizado en el norte de Guatemala en las tierras mayas y el de San Fernando en Costa Rica, eran ambos de menor importancia que los anteriores.

Real Armada

En la Capitanía General, la Real Armada no tuvo instalaciones de carácter permanente. El apoyo naval en el Caribe venía de La Habana. Teniendo en cuenta la situación, tipo de costa y las actividades de contrabando, lo más necesario y eficaz eran los llamados *elementos sutiles*.

En el Pacífico se disponía del Puerto del Realejo, dada la importancia como puerto comercial para protegerlo disponía de guarnición miliciana teóricamente de entidad regimiento.

Las grandes masas de agua de las lagunas en especial las de Nicaragua y Managua eran navegables, y para cubrirlas se emplearon escuadrillas de cañoneras durante las acciones del ataque británico.

[14] IHCN AG Militar Madrid. Colección General Documentos 5-1-11-6.

Reales Ejércitos. Ejército de Dotación

En Centroamérica, la organización de cuerpos reglados y permanentes empezaría en la segunda mitad del siglo XVIII, y en el caso del Reino de Guatemala se puede decir que el creador del Ejército de Dotación de la Capitanía General de Guatemala fue D. José de Gálvez con la Real Orden para el establecimiento el 8 de mayo de 1777 del Batallón de Infantería de Guatemala[15]. El Batallón tendría el pie reglamentario de las unidades veteranas/regulares y estaría mandado por un coronel y un segundo que sería teniente coronel. La unidad estaría constituida por una plana mayor, 11 hombres incluidos los dos anteriores y 9 compañías, de ellas una de preferencia, granaderos, y 8 de fusileros con un total de 717 oficiales y tropa.

Posteriormente, en 1782 bajo el mandato de Matías de Gálvez se creó el 2º Batallón y pasó a la consideración de Regimiento. La unidad seguía en todo las Ordenanzas Generales del Ejército, y para su reclutamiento todo el personal debía de ser blanco, prohibiéndose taxativamente «*esclavos, ni negros, ni pardos aunque sean libres*». El 2º Batallón se dotó con 706 hombres en total y la fuerza del Regimiento Fijo de Guatemala al completo se establecía en 1.423 componentes entre oficiales, clases y tropa.

Su estructura se iría adaptando a las necesidades operativas y al paso del tiempo pasando a disponer de dos compañías de preferencia la de granaderos, orgánica y la de cazadores, no orgánica sino funcional, ambas constituían la punta de lanza de las fuerzas de la Capitanía General. Lo mencionado para la compañía de cazadores se estableció de la misma manera en las restantes unidades de infantería miliciana de la Capitanía General de Guatemala.

El principal mando de la unidad fue Cayetano Ansoategui Barrón[16] que en mayo de 1777 fue nombrado sargento mayor, posteriormente teniente coronel jefe del 2º Batallón y coronel/brigadier jefe del Regimiento hasta su retiro en 1803. Durante la guerra fue gobernador de Comoyagua y al mando de milicias fue destacado a San Pedro de Sula para detener el ataque al castillo de Omoa. En la campaña de 1781 mandó la columna que se dirigió a Ceiba destruyendo los emplazamientos británicos apoderándose de sus fortificaciones

[15] AGI- Indif. General 1337.

[16] Cadete del Rgto. de Navarra. Antes de embarcar a América participó en acciones en Portugal, Orán y Argel. Tenía experiencia en el mando de unidades de cazadores. MARTÍN-LANUZA MARTÍNEZ, A.: *Diccionario Biográfico de coroneles del Ejército Español. Reinados de Carlos III, 1788- 1833*. Foro para el Estudio de la Historia Militar de España. Madrid, 2022. Pág. 94.

Además, existió, en este periodo[17] otra unidad del Ejército de Dotación, la compañía del Real Cuerpo Fija de Artillería, creada por el Reglamento del 14 de octubre de 1777[18] en virtud de la Orden del 20 de septiembre de 1776 «*con que se remitieron de España los Oficiales, Sargentos y Cabos para la formación de la expresada Compañía*». El Reglamento fue firmado por Martín de Mayorga, que ocupo la Capitanía General de Guatemala entre 1773 y 1777[19].

La Compañía se componía de cien plazas distribuidas en cuatro localizaciones:

- En la Capital, 1 capitán, 1 teniente, 1 sargento, 2 cabos primeros y 8 artilleros.
- En Omoa, 1 teniente, 2 subtenientes, 4 sargentos, 5 cabos primeros, 1 tambor negro y 39 artilleros morenos.
- En el Castillo de San Juan, 2 subtenientes, 2 sargentos, 3 cabos primeros, 1 tambor 19 artilleros.
- En el Castillo de San Felipe del Golfo, 1 sargento, 2 cabos y 12 artilleros.

En esta época los artilleros eran los hombres que servían al cañón, «*tocándolo*», el resto de las funciones, municionamiento, las realizaban personal auxiliar, de milicias... Eso explica que para tantas piezas hubiera tan escaso personal. Al ser regulares su uniforme era el del Real Cuerpo de Artillería.

En el territorio también, se contaba, al menos en 1779, con dos oficiales del Real Cuerpo de Ingenieros Agustín Crame y Mañeras, brigadier, y José Sierra, además del teniente coronel Fernando de Desnaux que vería el inicio del conflicto como comandante del Castillo de San Fernando de Omoa, donde fue capturado.

Reales Ejércitos. Ejército de Refuerzo

La Capitanía General nunca recibió unidades peninsulares de refuerzo hasta la guerra de 1779-83, cuando a petición de Matías de Gálvez empezaron a llegar pequeños piquetes y componentes de las unidades del

[17] También existió con posterioridad y dentro de las fuerzas de Dotación la Compañía Fija del Puerto de Somoa, infantería, creada después de la guerra en 1786.

[18] SHM/IHCM_Ultramar 1-2-24.

[19] Martín de Mayorga y Ferrer caballero de la Orden de Alcántara, mariscal de campo de los Reales Ejércitos, fue posteriormente el 47º Virrey de Nueva España desde el 23 de agosto de 1779 al 28 de abril de 1783.

ejército de Refuerzo que habían llegado a La Habana en agosto de 1780, en particular efectivos de los Regimientos de Infantería Inmemorial del Rey y Navarra. En el mismo convoy y para completar el «Fijo» se enviaron 150 reemplazos los cuales provenían, por rapidez y a petición de O´Really, de los depósitos de vagos de Cádiz, Cartagena, leva honrada de Cartagena y de los regimientos de guarnición en Cádiz[20].

Reales Ejércitos. Milicias

La tardanza en organizar fuerzas regulares en este área hizo que la tarea principal de la defensa del territorio recayera en las Milicias. Por otra parte, el clima y la demografía también contribuyeron a que las unidades de castas milicianas tuvieran un gran predicamento.

Las primeras milicias organizadas datan de 1732. El gran impulso llegó con el Reglamento de Milicias de Guatemala de 1755 que en tan temprana fecha concedía fuero en todo tiempo hasta a los sargentos. Posteriormente se reguló su encuadramiento apareciendo regimientos, pero con dos grandes carencias, las plazas vacías y una grandísima falta de armamento.

Con la llegada del capitán general Martín de Mayorga se procedió a iniciar una profunda reforma que culminaría con la llegada de Matías de Gálvez y la entrada en combate. Las unidades de infantería se organizarían en batallones con una plana mayor con 1 coronel, 1 teniente coronel, 1 ayudante mayor y 2 abanderados[21] y 9 compañías orgánicas, una de granaderos, otra de fusileros transformados en cazadores y 7 fusileros.

La caballería estaba organizada en escuadrones sueltos y cada escuadrón tenía tres compañías; la única unidad tipo regimiento eran los Dragones Provinciales de Guatemala con cuatro escuadrones. Este regimiento tenía una plana mayor con: 1 coronel, 1 ayudante mayor y 1 teniente coronel siendo considerada una unidad muy instruida, actuando a pie y a caballo.

---

20 Para este refuerzo de 150 hombres y para el de Puerto Rico se dispuso de los siguientes hombres, 192 de Cádiz y 141 de Cartagena de la clase de vagos, 168 de leva honrada de Cartagena y 100 de los Regimientos de Cádiz. Se desconoce la naturaleza exacta del personal enviado a Guatemala. TORRES SÁNCHEZ, Rafael: *Caza al convoy. El triunfo de la Armada española en la independencia de Estados Unidos - 2.ª edición*. Desperta Ferro ediciones. Madrid, 2025.

21 Las Compañías de granaderos y cazadores eran más pequeñas, en tropa, que las de fusileros, pero tenían más clases, sargentos y cabos, normalmente para completarlas se usaba el sistema de sacas, cuando tenían una baja «sacaban» un soldado de otra compañía. Se buscaba que estuvieran al completo ya que normalmente se combatía a golpe de compañía de preferencia.

Se formaron también 6 compañías de artillería miliciana en Nicaragua con 110 plazas cada una, y se intensificó el levantamiento de unidades de Pardos Libres organizándose entre 1779 y 1780 12 compañías y un escuadrón[22]. Matías de Gálvez pudo disponer en total de más de 14.000 milicianos que constituyeron su fuerza, pero siguió necesitando armamento para poder emplearlos.

No todas las unidades levantadas tuvieron la categoría de regladas. Las «Regladas» junto con las fuerzas del «Fijo y los piquetes peninsulares» constituyeron los elementos resolutivos de las columnas que contuvieron, contraatacaron y expulsaron a los británicos de los territorios de la Capitanía. Entre las Milicias Regladas estuvieron, en infantería los Batallones de León, Comayagua, Quezaltenango, Granada, Nicaragua, Gracias a Dios, Zacatepeques, Ciudad Real de Chiapas, los Pardos Libres de Guatemala y las 6 compañías de Artilleros Provinciales. Entre las montadas eran disciplinada, los Dragones de Guatemala, Escuadrones de León y la Compañía de Nicaragua. El resto eran Milicias Urbanas[23].

MATÍAS DE GÁLVEZ Y GALLARDO 1717-1784

Dada la situación geográfica de la Capitanía General de Guatemala y la política, con el previsible estallido de una crisis o conflicto entre Londres y Madrid era necesario que el mando de Guatemala estuviera en manos de un hombre de toda confianza de la Corona y del secretario de Indias, D. José de Gálvez.

Es por ello por lo que cuando se nombró Virrey de Nueva España a Martín de Mayorga, el secretario de Indias propusiera a su hermano mayor, que ya había demostrado su lealtad a la familia sacrificándose en su juventud para que el resto de la familia prosperase.

Carlos III designó a Matías de Gálvez, un hombre mayor para los estándares de la época (61 años), oficial regular de Artillería, buen organizador y mejor gestor, primero el 21 de enero de 1778 como 2º comandante e inspector de las tropas y milicias del Reino de Guatemala y el 4 de abril de 1779, capitán general y presidente de la Real Audiencia de Guatemala.

[22] Siete Compañías de Infantería en Nicoya. Una Compañía de Infantería San Pedro Sula. Una Compañía de Infantería Chiquimula. Una Compañía de Infantería Guatemala Capital. Dos Compañías de Infantería y Un Escuadrón de Caballería en Verapaz.

[23] Más datos en detalle sobre la organización temporal de las milicias del Reino de Guatemala en Gómez Ruiz, M. y Alonso Juanola, V.: *Tropas de ultramar, siglo XVIII.* Volumen 1. MINISDEF, SHM, 1992. Págs. 215-240.

Además, como elemento de gran importancia para su futuro, Matías estaba acostumbrado al mando de tropas de milicias en Canarias, sabía que si bien eran unidades de reserva, cuando estaban bien organizadas, encuadradas e instruidas podían tomar el papel principal en la defensa como ocurría en Canarias y en el Reino de Guatemala. Las milicias fueron la base principal de sus acciones militares.



Imagen 02. Retrato de Don Matías de Gálvez y Gallardo (1783). Óleo sobre lienzo de Andrés López. Museo Nacional de Historia Castillo de Chapultepec. México. http://www.acces.bicentenario.gob.mx/index.php?option=com_content&view=article&id=554:matias-de-galvez-y-gallardo&catid=27:epoca-virreinal&Itemid=34
Provenance information from: https://books.google.com/books?id=yjIeYmzv3CkC&lpg=PA303&ots=3emdTkTWhZ&pg=PA248#v=onepage&f=false

Sus orígenes militares

Matías de Gálvez, el mayor de los cuatro hermanos Gálvez y Gallardo, nació en Macharaviaya, provincia de Málaga el 24 de julio de 1717, en el seno de una familia hidalga pero humilde lo cual se ajustaba al arquetipo de la mayoría de los oficiales españoles de la época.

Su incorporación a la vida y formación militar fue tardía en comparación a los hombres de su tiempo. En 1750, llegó a Madrid y durante su estancia atendería a la Academia de Matemáticas, Geometría y Fortificaciones[24] situada en las proximidades del Palacio Real.

La misión de ésta era formar a futuros oficiales de artillería, artilleros y demás personas que se inclinaban a su estudio, «guardando las eminencias y exenciones que están concedidas a todos los que sirven en artillería». La base de sus estudios eran las siguientes asignaturas: Geometría, Álgebra, Cálculo, Mecánica, Diseño Militar, Táctica, Fortificación, Geografía, Historia, Lengua francesa y Religión. Finalizados sus estudios el cadete D. Matías de Gálvez fue destinado como oficial de Milicias, con el empleo de subteniente, al regimiento los Realejos en Tenerife, Canarias.

Posteriormente seguiría su carrera en distintas unidades de la Milicia Canaria, pasando por compañías de fusileros, y posteriormente fue subteniente de granaderos. Obtuvo en 1771 el Real Despacho de Capitán de Artillería en el Regimiento de Milicias de Garachico, pasando en 1774 a la Compañía de Artilleros Milicianos del Puerto de la Orotava. En 1777 asciende a teniente coronel y era gobernador del Castillo del Cristo de Paso Alto. El 29 de marzo de 1777, fue ascendido a coronel y encargado de organizar la recluta de hombres con sus familias para el Batallón Fijo de Luisiana, siendo posteriormente nombrado Teniente del Rey, «Segundo Cabo» que era el 2º comandante de la comandancia y subinspector de milicias.

En todos estos destinos como oficial de milicias compatibilizó su desempeño con cometidos en la vida civil lo que dio a Matías de Gálvez una gran experiencia como organizador y gestor, además un gran conocimiento de las relaciones sociales y su trasvase a las instituciones armadas, en particular a las unidades de milicias. Tanto las milicias provinciales desde 1734 como las Canarias y desde 1764 las milicias regladas americanas no eran más que la traslación de la sociedad estamental y de su autoridad en la vida

[24] *Academia de Matemáticas, Geometría y Fortificaciones de Madrid,* por Julio César Ferrufino. En Palacio Real, disuelta en 1760. No se han localizado las listas de todos los alumnos del centro ni tampoco la documentación detallada de su plan de estudios (N.A.)

social a la vida militar convenientemente aderezadas por la disciplina, la instrucción y el adiestramiento militar dado por los elementos profesionales que existían en sus plantillas o pies y la posesión del Fuero Militar.

En 1778, llegaría su gran oportunidad y el despegue de su carrera militar al ser nombrado inspector de tropas y milicias de Guatemala. Su tiempo en Canarias había sido la preparación para Guatemala, llevando consigo el conocimiento de la lejanía y la soledad del Mando, el valor de las unidades de milicias, el conocimiento de lo marítimo, los aspectos de gestión y logística, el empleo de las unidades de maniobra (infantería) y de los apoyos de fuego; con todo ello partió en abril de 1778.

Matías de Gálvez en Guatemala

Desde su llegada y contando con la total confianza de su hermano y previendo que el tiempo corría rápidamente, Matías de Gálvez, 2º comandante del Reino e inspector de las tropas y milicias se dedicó principalmente a sus temas defensivos, reforzando las fortificaciones y reformando sus milicias, las cuales eran cuantiosas teóricamente, pero faltas de instrucción y armamento, siendo un elemento clave en su constitución el poder contar con personal de castas e indígenas, estos inicialmente como elementos auxiliares. En una carta de 6 de enero de 1779, Matías de Gálvez informó a su hermano acerca del estado en que encontró a las milicias a su llegada en el reino:

> *«…desde mi arribo en esta capital e ingreso en el mando de la inspección no me ha quedado diligencia por hacer con el fin de tomar seguras noticias del estado en que existían las milicias, su instrucción y que armamento usaban. Nada me ha sido posible averiguar a fondo ni puede decirse que ha habido tal milicia sino una porción excesiva de gente alistadas sin método, ni arreglo en nada, por cuya razón la formación que estoy practicando es en el todo nueva creación».*

El 4 de abril de 1779 se hizo cargo de la Capitanía General y de la presidencia de la Real Audiencia. Matías de Gálvez desplegó una intensa actividad en todos los sectores que correspondían a su nuevo cargo, pero lo más urgente era la guerra con Inglaterra. Matías ya había empezado la preparación de las defensas de Guatemala desde su llegada allí. Ahora intensificó el entrenamiento y adiestramiento tanto del Ejército de Dotación como de las Milicias y la recluta de todos los hombres posibles, llegando a disponer de 14.684 milicianos-soldados a los que se sumaban las teóricas 735 soldados de las plazas del Batallón Fijo que seguramente reales contaría con unos 500 despegables.

Durante su mando se reformaron las siguientes unidades[25]: 25 batallones de infantería, 1 regimiento de caballería con 4 escuadrones, 12 compañías y 6 escuadrones sueltos.

En el aspecto logístico, rápidamente, empezó la solicitud de refuerzos a todos los puntos del Imperio en América, México, Perú, Virreinato de Nueva Granada y por supuesto La Habana. En cuanto al armamento lo prioritario era conseguir armamento individual, fusiles, como mínimo unos 1.000[26], material de campamento, dinero lo solicitó y obtuvo de su antiguo superior Martín de Mayorga, Virrey de Nueva España y de La Habana. Esta última fue su principal fuente de refuerzos, especialmente después de la caída de Pensacola, proporcionándole hombres, tropas peninsulares, armamento individual y dinero. Recibió de Nueva España 1.300.000 pesos procedentes de impuestos y del propio virrey. Desde el Virreinato del Perú consiguió alguna ayuda y desde el arsenal de La Habana elementos navales.

En cuanto a las fortificaciones, inicialmente intentó mejorar el estado de defensa y el artillado de las tres principales Omoa, Inmaculada y Dulce sin mucho éxito. En este campo su gran logro sería el levantamiento del Fuerte de San Carlos para cerrar el acceso a la laguna de Nicaragua desde el río San Juan (imagen 05). Además, ordenó levantar un mapa de América Central.

EL ATAQUE BRITÁNICO 1779-1780

El Plan

Durante el periodo que antecedió a la guerra, al igual que en España se realizaron preparaciones y planeamientos, lo mismo aconteció con el gabinete de Londres. El hombre responsable, Lord Germain, secretario de Estado para América de la Corona británica, preparó su plan estratégico de campaña, dedicado a atacar, principalmente a los territorios españoles. Sus objetivos eran inicialmente apoderarse de Luisiana, Nueva Orleans y dominar todo el curso del Misisipi, aprovechándose de la escasa guarnición y las débiles defensas de Luisiana. Se contaba con actuar ofensivamente y por sorpresa.

Se preveía una segunda operación contra Guatemala, Centroamérica, buscando como en épocas anteriores dividir Hispanoamérica en

[25] Gómez Ruiz, M. y Alonso Juanola, V.: *Tropas de Ultramar, siglo XVIII.* Volumen 1. MINISDEF, SHM, 1992, pág. 234.
[26] A.G.I. -Guatemala- 878.

dos[27]. Además del interés geoestratégico, la zona de Guatemala, presentaba para la Gran Bretaña un alto interés económico, con productos como el azúcar, maderas muy buenas para la construcción naval y el palo de Campeche, muy demandado por la naciente industria textil.

En detalle, el plan consistía en lanzar dos ofensivas de carácter estratégico.

Primera ofensiva en la zona de Luisiana constaría de dos operaciones ofensivas terrestre que podrían ser simultáneas, una desde el norte y la otra por el sur desde La Florida Occidental y con una acción naval coordinada, para colaborar a la toma de Nueva Orleans:

1.ª La primera fuerza atacante partiría del Canadá / Grandes Lagos valiéndose sobre todo de una participación masiva de las tribus indias aliadas, que buscaría apoderarse del cauce norte del Misisipi para cerrarlo y también en relación con los continentales dejar expuesta Virginia para ser atacada desde el oeste.
2.ª La segunda fuerza desde Florida Occidental, que llevaría el esfuerzo principal, consistiría principalmente de tropas regulares y auxiliares de las tribus indias. Tendría la finalidad de conquistar Nueva Orleans y penetrar y dominar Luisiana, se buscaría en unión con el ataque del norte cercar y atenazar a los españoles[28]

Posteriormente, se intentaría la progresión y penetración en el Virreinato de Nueva España, hasta México, considerado la «Perla» de los territorios españoles en América.

Segunda ofensiva en Guatemala con la finalidad de dividir los virreinatos. A esta ofensiva fue a la que se enfrentaría Matías de Gálvez y sus hombres. Las fuerzas adversarias tendrían su base en Jamaica.

En ambas zonas se contaría con el apoyo naval correspondiente, en Luisiana con unidades venidas de los puertos situados en el norte (Nueva York), y en la segunda de los escuadrones navales destacados o que operaban desde Jamaica o las Antillas.

Jamaica

Jamaica, conocida oficialmente como la Colonia de Jamaica y sus Dependencias, había sido cedida oficialmente a la Gran Bretaña por el Tratado

[27] El último ataque con esa finalidad se lanzó en 1762 sobre el castillo de la Inmaculada en Nicaragua, resultando en fracaso.

[28] Calleja Leal, Guillermo y Gregorio (2016): *Gálvez y España en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos*. Valencia, CESEDEN-CEHISMI y Albatros Ediciones, págs. 390-391.

de Madrid de 1670, pero desde su ocupación en 1655, se había convertido en el centro del poder inglés en las Antillas-Caribe. Así, en 1742, la expedición mandada por el gobernador Trelawny ocupó la isla de Roatán y estableció Port Royal. Sus autoridades se encargaban de supervisar, por el Tratado de París de 1763, todos los enclaves que existían en el territorio español de la Capitanía General de Guatemala.

Jamaica era la principal base naval de la Royal Navy en una zona considerada estratégica, y que contaba con un escuadrón naval, de composición variable, destacado allí. También disponía de una abundante guarnición, primero para la defensa exterior, segundo para las dotaciones navales y seguridad del establecimiento y tercero para hacer frente a las revueltas de los cimarrones. Además, era la más rica y prospera colonia de la Gran Bretaña en América.

Invasión de Guatemala desde Jamaica. Golfo de Honduras

De acuerdo con el planeamiento estratégico el gobernador de Jamaica, el mayor general John Dalling[29], planeó y propuso las operaciones sobre Guatemala, que se basarían en un ataque en dos direcciones que se detallarán a continuación. Tenían como objetivo saliendo del Caribe, Jamaica, y llegando al océano Pacífico cortar Hispanoamérica en dos. En palabras de Saavedra en carta a José de Gálvez de 19 de febrero de 1780 «que quieren los ingleses abrir por aquella parte comunicación de la Mar del Norte a la del sur y sorberse (resolverse) por este medio el comercio de las dos Américas»[30].

La primera operación se dirigió sobre San Fernando de Omoa en el Golfo de Honduras, *«llave y muro exterior del reino»,* para luego continuar la progresión y dirigirse hacia la capital o bien facilitar la penetración de la segunda dirección de ataque por el río San Juan. Esta operación con dos acciones combinadas, una terrestre y otra naval, fue ejecutada en septiembre de 1779.

---

29 Mayor general, mariscal de campo/general de división, John Dalling fue un oficial regular del Ejército Británico. Se había formado en el Canadá combatiendo a las órdenes del general J. Wolf. Fue gobernador de Jamaica de 1777 a 1782, posteriormente fue transferido a las Indias Orientales.

30 AGI Santo Domingo leg. 1578 Francisco de Saavedra a José Gálvez La Habana a 19 de febrero 1781. Registrada por *Thomas Chavez en España y la Independencia de los EE. UU.* Págs. 223-245. Y por Guillermo Calleja: *Gálvez y España en la Independencia de EE. UU.* Págs. 271-293.

El Fuerte de Omoa, contaba con un cuarto de su guarnición y además muchos de ellos eran milicianos sin entrenamiento ni moral. El único activo era su mando el capitán de ingenieros, teniente coronel Simón de Desnaux[31] que llegó al fuerte el día 24 de septiembre, el mismo día que empezaron los ataques con una doble acción de fuerzas terrestres y de fuerzas navales de 12 buques. La toma, el 20 de octubre[32], se debió esencialmente a la falta de motividad de parte de la tropa. El fuerte permanecería ocupado hasta el 30 de noviembre de 1789 en que fue recuperado.

En la operación participaron unos 1.200 hombres, 850 regulares y el resto marineros, milicianos e indios[33] al mando del capitán Dalrymple y las fuerzas navales con tres fragatas bajo el mando del almirante Luttrell.

Los británicos tras tomar el Fuerte también capturaron dos barcos con la suma de 3.000.000 pesos. La operación no estuvo coordina con la segunda dirección de ataque sobre el río San Juan en Nicaragua, que se iniciaría posteriormente.

Invasión de Guatemala desde Jamaica. Nicaragua en enero de 1780, defensa del Fuerte de la Inmaculada Concepción por Juan de Assysa[34]

La segunda operación, la principal y mejor dotada de medios, se pondría en marcha en enero de 1780 sobre la provincia española de Nicaragua y siendo el río San Juan, que era navegable, la dirección de ataque para alcanzar la laguna de Nicaragua y capturar las ciudades de Granada y León, para después llegar al océano Pacífico, con la finalidad ya mencionada de la ruptura del territorio español.

John Dalling, el gobernador de Jamaica, planificó en conjunto y con detalle la operación, buscando no solo el dominio y la ruptura terrestre sino asegurar desde el lago de Nicaragua el control de todos los grandes lagos.

Las fuerzas terrestres se componían de unos 3.000 hombres, con al menos mil hombres reglados de varios regimientos y unos dos centenares de marineros voluntarios y un número indeterminado de zambo-mosquitos,

---

31 Era hijo de Carlos de Desnaux, oficial táctico y jefe de ingenieros de Cartagena de Indias bajo las órdenes del virrey Eslava en la defensa en 1741 en la que se obtuvo la victoria sobre la Royal Navy y el Ejército Británico mandando la operación el almirante Edward Vernon.

32 La operación se desencadenó el 19 de octubre, cayendo el Fuerte al día siguiente por la ineptitud de los centinelas mulatos, que se dejaron sorprender, aunque el resto de oficiales y los regulares intentaron resistir sin éxito.

33 Thomas Chávez en *España y la Independencia de los EE. UU.* Págs. 223-245.

34 El apellido aparece de forma diferente en distintos documentos: Assysa/Aysa

bajo el mando del capitán Polson que para la operación sería *«breveteado»* con el empleo de teniente coronel.

El componente naval estaba al mando del teniente de la Royal Navy Horario Nelson, capitán de la fragata *HMS Hinchinbrook,* responsable del transporte y apoyo de las fuerzas terrestres con siete buques en total.

La fuerza conjunta inició el movimiento el 4 de marzo de la isla de Roatán, magnífica base de partida para los ataques a tierra. El 14 marzo llegaron a la desembocadura del río San Juan e iniciaron la progresión en dos grupos, el 2º a las órdenes de Nelson. A estas fuerzas se les sumarían las de la superintendencia de la Costa de Mosquitos unos 200, muchos de ellos estaban enfermos.

El 9 de abril, la vanguardia británica choca en Bartola con los elementos avanzados de seguridad del Fuerte de la Inmaculada constituidos por 1 sargento y 16 hombres. Lo que confirmó a los españoles el ataque. El Fuerte de la Inmaculada estaba bajo el mando del capitán de Infantería Juan de Assysa con una guarnición de unos 60 soldados regulares y de un centenar de tropas de milicia. Enviados mensajes de socorro a Gálvez, empezó la defensa del Fuerte, que opuso una fuerte resistencia durante 20 días en terribles condiciones, capitulando el 29 de abril de 1780 después de sufrir 37 bajas entre muertos y heridos.

La reacción de Gálvez esta vez fue rápida, alistando unidades hasta 500 milicianos para la guarnición de un nuevo fuerte llamado de San Carlos[35], consistente en una empalizada de 90 metros construida de piedra con cuatro torres cilíndricas en sus esquinas. Eso unido a una flotilla en la laguna, el cierre con cadenas del río y la actividad de patrullas de reconocimiento y combate bajo Vicente de Arizabalaga, cerrarán la penetración y prepararon la zona para el contraataque.

La defensa del fuerte, el clima y las enfermedades diezmó a las tropas británicas, por lo que la ofensiva se detuvo, a la espera de un nuevo mando más audaz y enérgico, el coronel Stephen Kemble. Aún así, tardaron casi dos meses en reiniciar la progresión hacia el lago Nicaragua que realizarían en pésimas condiciones. Además, la amenaza sobre Jamaica, que no permitía enviar refuerzo, las defensas construidas en San Carlos y las condiciones de los atacantes motivarían el repliegue el 21 de septiembre. La expedición británica se convirtió en una costosa debacle[36].

---

35 CALLEJA LEAL, Guillermo y Gregorio (2016): *Gálvez y España en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos.* Valencia, CESEDEN-CEHISMI y Albatros Ediciones.

36 El propio Nelson cayó enfermo teniendo que ser evacuado.

LAS CAMPAÑAS DE GÁLVEZ

Todas las campañas de Matías de Gálvez se desarrollaron en el territorio de su Capitanía General, lo que haría que fuesen de las más duras y difíciles, dado el clima y la dureza del terreno, con marchas agotadoras de cientos de kilómetros. Poco tenían que ver con la guerra reglada de sitios y cortesía de tipo europeo. Aquí, la llegada a tiempo de suministros y de refuerzos fue esencial y por ello el dominio de las vías de comunicación, muy difíciles de mantener y conservar tanto por el terreno como por la acción del enemigo. El arte de la emboscada y el conocimiento del terreno fueron los elementos claves, siendo campañas donde lo imprescindible era disponer de unidades de infantería *adiestradas a la ligera*, con capacidades variables y constituidas por núcleos heterogéneos, incluyendo indígenas tanto para obtener información como para oponerlos a los empleados por los británicos. Los hombres que integraban tales fuerzas, columnas, deberían estar aclimatados, e instruidos en andar, combatir en orden abierto, tener iniciativa, disparar con precisión y proporcionar información.

Matías de Gálvez era consciente de que Guatemala era un objetivo de primer orden, y que debía de anticiparse audazmente a los británicos de acuerdo con el propósito de Madrid mediante incursiones rápidas

Matías de Gálvez, comandante de una zona de operaciones sabía que la mayoría de sus operaciones requerirían el empleo de medios marítimos, elementos sutiles y de transporte y estarían en el ámbito conjunto. Y esto lo puso de manifiesto desde el primer momento al emplear los medios navales para reforzar los puestos alejados y poder dar el carácter ofensivo a sus acciones.

También como comandante debía de ser consciente de que el enemigo atacaría por las vías de comunicación, entre otras cosas por el hecho de que una patrulla puede moverse por cualquier terreno, pero columnas de 1.000 hombres o más necesitan vías/rutas logísticas que soportarán el abastecimiento y estas solo podían ser las originadas en Omoa y en el río San Juan y que conducían a los lagos. Aunque se retrasó en reaccionar en el caso de la perdida de Omoa, quizás por escepticismo inicial o por temor a la controversia que pudiera generarse en la Corte, no fue así ante la caída del Fuerte de la Inmaculada.

El 2 de agosto de 1779, Matías de Gálvez tuvo conocimiento en Guatemala de la declaración de guerra y al mismo tiempo se recibió la orden de arrojar a los ingleses y destruir todos sus asentamientos en la costa oriental de Campeche. Por ello inició los preparativos para actuar ofensivamente so-

bre Campeche y a la par se preparó para contener las posibles acciones que las fuerzas británicas desde Jamaica pudieran ejecutar.

Pronto empezó la fusión de regulares, mulatos, morenos, indígenas y esclavos para enfrentarse a regulares, lealistas, zambos, miquitas… en combates muy duros.

Así, la primera acción fue en septiembre de 1779, las fuerzas españolas a las órdenes del teniente coronel José Rosado, siguiendo el criterio ofensivo y las órdenes del capitán general Gálvez, partieron del Fuerte San Felipe de Yucatán, alcanzaron y atacaron en la zona de Río Hondo[37], el asentamiento de San Jorge de Yucatán el 16 de septiembre, capturando 300 prisioneros, para posteriormente replegarse, logrando evitar el contacto con las fuerzas navales enviadas por el gobernador de Jamaica.

Elemento de gran importancia en las campañas de Guatemala y en el éxito en general de las operaciones de Matías de Gálvez fueron la calidad de sus oficiales, y la relación de confianza y lealtad que existió entre el comandante y los oficiales y viceversa.

Si lo anterior es piedra angular de los ejércitos, en el caso de acciones y unidades que actúan con independencia, a distancia y aisladas es esencial.

Muchos de estos oficiales, en especial los regulares, eran profesionales con largos años de servicio, no solo en los territorios americanos, sino que varios habían servido en los presidios africanos.

Entre ellos se puede citar a José Juan de Estuchería/Estachurería Hernández. Alcanzaría el empleo de teniente general, empezando de soldado en el Regimiento Soria. Participó en las guerras de Italia, desde 1746 hasta fin de 1749. Estuvo de guarnición de Ceuta y participó en la expedición a Argel. Fue nombrado comandante del Batallón Fijo de Guatemala, distinguiéndose en la toma del Castillo de Omoa, coronel, el 21 de febrero de 1781 y comandante del Castillo de San Carlos en el lago de Nicaragua.

En 1782 sirvió a las órdenes de Matías de Gálvez, en la reconquista de Roatán y en la costa de Honduras. Ascendido a brigadier de Infantería y gobernador de Nicaragua, el 30 de junio de 1782, sucediendo a Matías de Gálvez como capitán general de Guatemala, hasta 1789[38].

---

37 El río Hondo está en América Central. Su curso es de unos 209 kilómetros en dirección noreste y constituye la frontera entre Belice y México.

38 Ascendió a sargento, el 6 de enero de 1752; subteniente, el 28 de octubre de 1756; teniente de fusileros, el 10 de octubre de 1766; ayudante mayor, el 23 de noviembre de 1773 y capitán graduado, dos días más tarde.
A su regreso a España, fue nombrado gobernador de Pamplona, el 31 de agosto de 1791, y promovido a mariscal de campo, en la promoción del 16 de abril de 1792. Mandando esa plaza durante toda la guerra contra la República francesa. Al ascender a teniente general en la promoción del 4 de septiembre de 1795, cesó en su gobierno,

Juan de Assysa, defendió el Fuerte de la Inmaculada y a pesar de haber rendido la fortaleza fue ascendido a teniente coronel, en 1781, por su heroica defensa[39].

Cayetano Ansoateagui, Vicente de Arrizabalaga, Nicolás de Urrutia y Cristóbal Bernal, que actuaron como mandos de columna y subcolumna y Juan de Orea teniente de granaderos del Fijo fue responsable de la defensa de la Costa de Mosquitos en la campaña de 1781.

Los capitanes, graduados de tenientes coroneles, al mando de las compañías de preferencia del Fijo José Cassasola, granaderos, y Pablo de Pedro, cazadores.

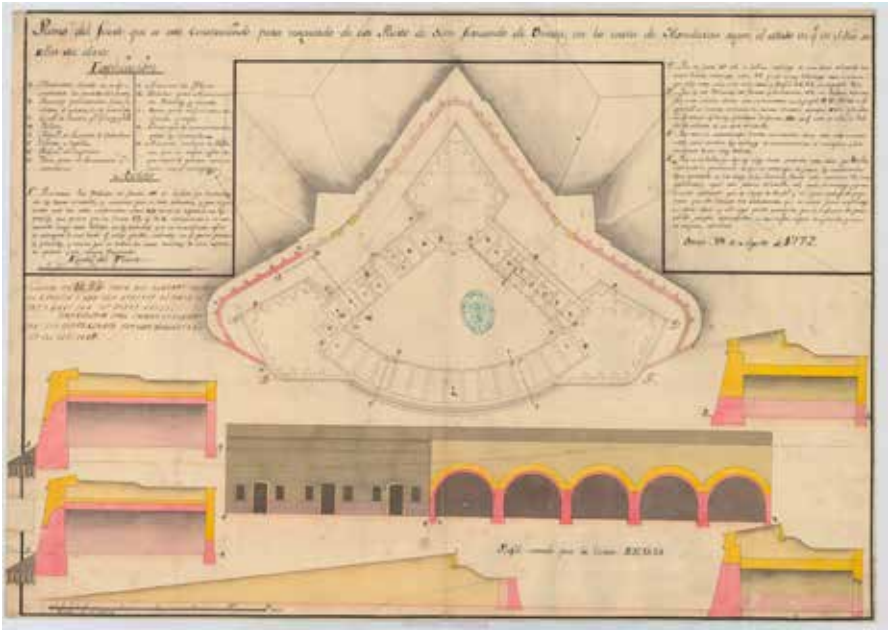


Imagen 03. Plano del Fuerte de San Fernando de Omoa para su construcción, 1772. IHCM. AG Madrid. Cartografía HND-02-07

siendo destinado de cuartel a Cádiz, en donde residió hasta 1801, en que pasó primero a Alicante y en 1802, a Pamplona y de allí, a Barcelona en 1804.

39 Tras la rendición Juan de Assysa, sería conducido prisionero junto a la guarnición y sus familias a Jamaica. En el itinerario 202 prisioneros morirían de enfermedades y por un naufragio. Después de su prisión y al finalizar la guerra sería gobernador de Nicaragua 1783-87 e intendente de León 1787-93.

Campañas de recuperación 1779-1781. Fuerte de Omoa

En respuesta a la agresión, Matías de Gálvez reunió los primeros 1.000 hombres en la capital Nueva Guatemala para iniciar la campaña. Pero esta reacción era tardía, Gálvez se había comprometido en enviar refuerzos para sostener tan importante puesto y garantizar su defensa, pero no lo hizo, lo que permitió la conquista y puso en entredicho su reputación, como se manifestó en su correspondencia con el capitán general de La Habana, el día 29 de octubre seguía en Nueva Guatemala.

La pérdida del fuerte fue un revulsivo, y finalmente Gálvez se puso en movimiento para detenerse en San Pedro de Sula, al sur de Omoa, que empleó como zona de reunión de las unidades procedentes de Amatitlán, Sacatepéquez, Olancho, Tegucigalpa, Santa Ana, Comayagua, San Salvador y Nueva Segovia.

Preparadas y alistadas las unidades se movió a la costa norte de Honduras -25 noviembre- para cercar el fuerte iniciando las operaciones de cerco de San Fernando. No hubo tiempo para mucho, algún intercambio de fuego, 26 y 29 de noviembre, en la noche del 29 y por sorpresa los británicos abandonaron el fuerte que fue ocupado el 30. Esta acción no había sido más que la toma de contacto y valoración de operaciones que vendrían después.

En la recuperación de San Fernando de Omoa las fuerzas que bajo el mando de Cayetano Ansoategui Barron concurrieron fueron:

Batallón de infantería de Campeche	54 Hs
Batallón de milicias de la Corona	159 Hs
Batallón de milicias de Comayagua	159 Hs
Dragones de Guatemala	90 Hs
Desterrados de presidio	80 Hs
Negros esclavos	60 Hs
Total	602 Hs

Con la lección aprendida, Matías preparó sus columnas para realizar dos operaciones ofensivas en Honduras. La primera hacia la costa para buscar y destruir instalaciones adversarias, y la segunda hacia el interior para negar el territorio a misquitos y zambos. Pero, la invasión en el río San Juan le obligó a cambiar su esfuerzo principal para cerrarla.

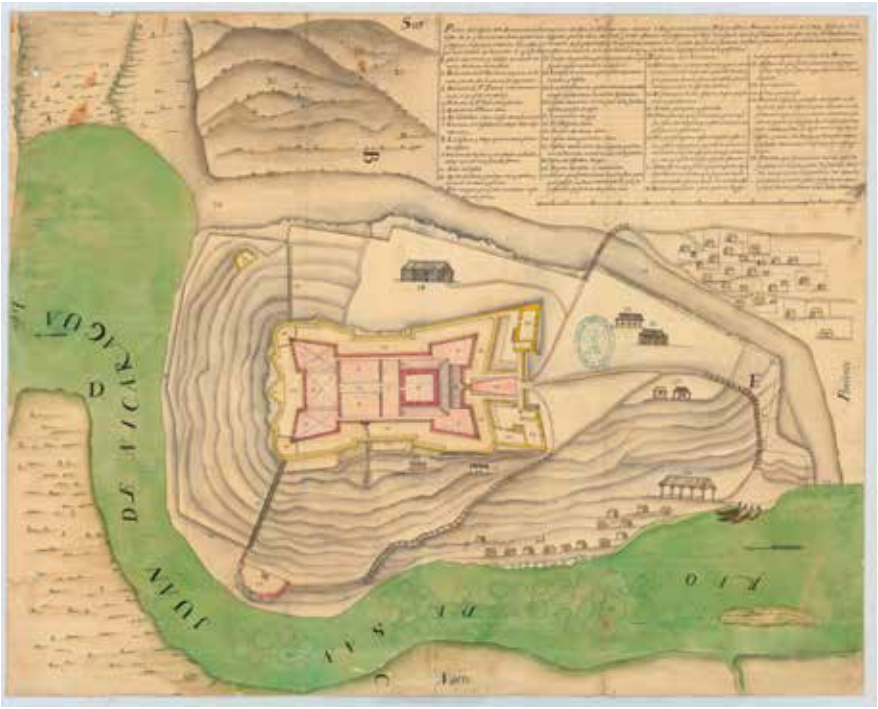


Imagen 04. Situación del castillo de la Inmaculada y río San Juan de Nicaragua. IHCM. AG Madrid. Cartografía NIC-01-010

Campañas de recuperación 1779-1781.
Fuerte de la Inmaculada 3 de enero de 1781

Gálvez logró reunir una fuerza de maniobra importante en San Carlos, que le permitiría recuperar la iniciativa y la acción ofensiva. El 28 de septiembre una columna al mando del capitán Tomás de Julio con 150 hombres inició los movimientos para atacar el Fuerte de la Inmaculada.

El 1 de enero comenzó el fuego de cañón y de fusilería española contra el Fuerte, los británicos sin recursos y con muchos enfermos lo tuvieron que evacuar el 3 de enero que fue ocupado por las fuerzas al mando del capitán mencionado. En abril la zona del lago Nicaragua y del Río San Juan estaban liberadas. Era la hora del contraataque.

EL CONTRAATAQUE ESPAÑOL

A finales de enero de 1781, las penetraciones británicas han sido desbaratadas, en especial por la defensa del Fuerte de la Inmaculada, las zonas claves del Reino estaban aseguradas, el cuartel general de Matías en Comayagua permitía ejercer el mando centrado en el terreno, el riesgo de ruptura se había difuminado, y se han podido llevar operaciones iniciales sobre los asentamientos británicos de la costa atlántica.

Las fuerzas británicas de Jamaica estaban desgastadas y pendientes de defender la Isla. A Guatemala han llegado elementos sutiles navales, hombres y material procedentes de Yucatán, Campeche, La Habana, Cartagena y Portobello. Matías de Gálvez se encontraba en posesión de la iniciativa y pudo establecer una fuerza de maniobra de unos 800 hombres que le permitía desarrollar operaciones ofensivas para cumplir el objetivo marcado por Madrid de erradicar a los británicos de Centroamericana y atacar los asentamientos enemigos mediante columnas heterogéneas. Los combates se desenvolvieron en condiciones muy adversas, quizás las más difíciles de todas las zonas de operaciones, tanto en América como en Europa.

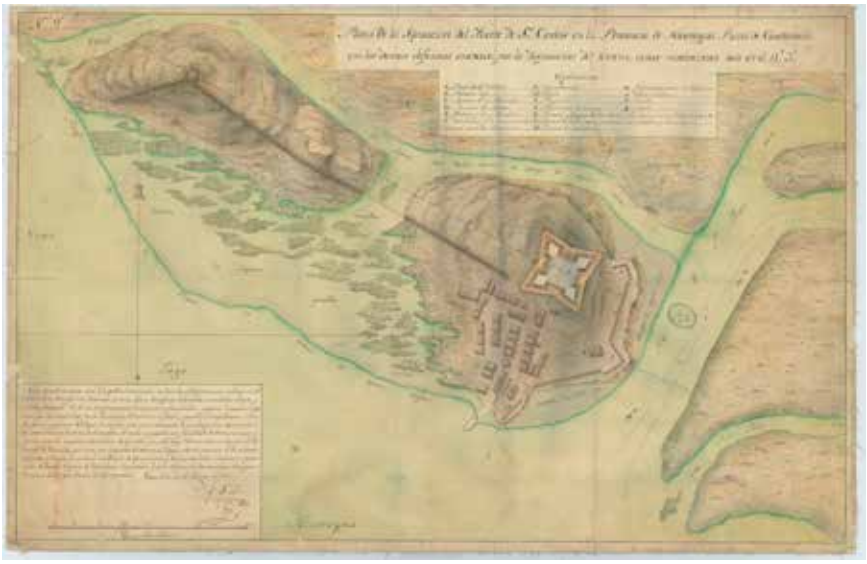


Imagen 05. Plano de la situación del Fuerte de San Carlos en la Provincia de Nicaragua IHCM. AG Madrid. Cartografía NIC-02-08

Así, Cayetano Ansoateagui recibió el mando táctico de la primera columna para liberar la costa atlántica de Honduras con el capitán Vicente de Arrizabalaga como segundo. Ansoateagui con 450 hombres marchó hacia la costa por el oeste y Arrizabalaga con 350 por el interior. Las columnas realizaron una pinza acabando con la actividad británica en la costa caribeña de Honduras. El movimiento durísimo empezó el 12 de marzo y sucesivamente se fueron atacando los asentamientos, en algunos casos con apoyo de los «sutiles».

Otra columna al mando de José de Estachería tiene por objeto negar el terreno interior en la zona norte de Honduras. Las tres columnas completan su misión de limpieza del adversario en Honduras.



Imagen 06. Isla de Roatán, (Golfo de Honduras). IHCM. AG Madrid. Cartografía HND-01-05

CAMPAÑA FINAL. LA ISLA DE ROATÁN

Para el cumplimiento de la orden real de expulsar a los británicos de Centroamérica solo le quedaba posesionarse en la Isla de Roatán y para ello a Gálvez le harían falta mayores recursos tanto logísticos, humanos y navales ya que se requeriría realizar una acción de proyección de medios terrestres en la isla, esto se transformó en peticiones de ayuda y en el correspondiente flujo de ésta.

El plan se basó en la creación de un cuerpo de 1.600 hombres al mando de Vicente Arizabalaga que se concentró en Omoa, constituido por 2 columnas, una a su mando directo y la otra al del capitán Nicolás Urrutia, para limpiar todos los asentamientos adversarios que existía en la costa caribeña de Honduras y apoyar un bloqueo naval.



Imagen 07. Regimiento Inmemorial del Rey nº 1. Campañas de Luisiana y Guatemala. Cortesía de Francisco Vela

Matías se quedó al mando de otros 1.800 hombres que posteriormente realizarían el ataque a Roatán y otros dos destacamentos aseguraron la costa de Omán y las rutas de abastecimiento. Trujillo fue el punto de embarque y el centro logístico desde el que se iniciaría el ataque.

La isla de Roatán, estaba situada en el Golfo de Honduras a 73 kilómetros de la costa y su principal establecimiento Port Royal, disponía de una guarnición centrada entorno a la capital.

Matías abandonó Trujillo el 12 de marzo con 800 hombres, de ellos 200 regulares. El 13 llegó al objetivo solicitando la rendición, que no fue aceptada. El ataque comenzó el 16 y al día siguiente se obtuvo el objetivo y la rendición, con dos bajas españolas, un granadero y un marinero de la fragata *Capitana.*

La fuerza retornó a tierra firme, relevando a los hombres que había empleado en la toma de Roatán por hombres frescos. Se dirigió por mar para coordinar las acciones de bloqueo y limpieza de los pequeños puertos de la costa caribeña, en especial la desembocadura del río Tinto donde combatió con los británicos que se replegaron. El día 13 de abril se dispone el fin de la expedición y el regreso de Trujillo habiendo cumplido todos los objetivos.

Las fuerzas que integraron el cuerpo expedicionario a las órdenes del mariscal de campo D. Matías de Gálvez en la campaña eran 3.900 hombres en total, pertenecientes a los siguientes cuerpos:

INFANTERÍA

Regimientos de Línea.
Rey.
Navarra.
Fijo de Guatemala.
Castillo Fijo de Campeche[40].

Batallones de milicianos:

Tegucigalpa.
Santa Ana Grande.
Providencia del Salvador.

[40] «...Unidad no localizada, podía ser el Regimiento de Infantería de Milicias de Pardos de Yucatán, unidad con prestigio». Los Oficiales, Sargentos y Soldados de este Regimiento son de buena talla, disposición, robustez a propósito para la fatiga del Real servicio; guarnecen el castillo fortaleza de San Benito por destacamentos de quince días, un capitán, un subalterno, dos sargentos y cuarenta soldados... También una de las dos compañías de Pardos Tiradores de Campeche, unidad de milicias. Aunque de milicias ambas unidades al ser de «pardos» podían ser más operativas en Omoa al estar sus hombres más acostumbrados a las condiciones de la zona. (N. A.)

Gracia de Dios.
Chiquisimula de la Sierra.
Olancho el Viejo.
Matagalpa.
Artillería de milicias con las piezas de montaña.

CABALLERÍA
Escuadrones de milicias:
León.
Dragones de Guatemala.

REAL ARMADA. Escuadra.
Comandante general capitán de navío D. Miguel Alfonso de Sousa.
Fragatas *Santa Casilda, Santa Matilda Antilope.*
Corbeta *Europa* y 18 transportes.

El 12 de abril de 1782 tuvo lugar el combate naval en las proximidades de la isla de Saintes, donde se enfrentaron la escuadra francesa del conde de Grasse con la británica de Rodney sufriendo de Grasse una derrota. Consecuencia de ello el dominio naval en el Caribe volvió a manos del Reino Unido, lo que permitió la recuperación británica de algún puerto de la costa de Honduras.

Matías quiso recuperarlos y pidió refuerzos, pero la situación había cambiado y se había ordenado el cese de operaciones, en un año la guerra finalizaría, con los dos poblados en poder del adversario, pero con Matías de Gálvez como un gran triunfador y el poder de España restablecido en la zona.

Como recompensa a sus victorias ante los británicos, fue ascendido a teniente general. El 14 de agosto de 1782 Matías de Gálvez victorioso sería nombrado virrey interino de Nueva España y abandonaría Guatemala, aunque de ambos premios poco pudo disfrutar debido a su muerte.

Firmada la paz entre España y el Reino Unido y al objeto de conseguir la estabilidad en la región, se fijó un territorio, entre los ríos Belice, Hondo y Nuevo, para que los ingleses pudieran cortar el palo de tinte, pero no el resto de las maderas que eran un elemento fundamental para la construcción naval. En 1786, ambas coronas establecieron un nuevo marco de acuerdo para garantizar el alejamiento de los ingleses de la Costa de los Mosquitos.

CONCLUSIONES

La declaración de guerra de España a la Gran Bretaña en junio de 1779 y el comienzo de las operaciones en la Capitanía General de Guatemala hizo que las fuerzas británicas de Jamaica y Caribe quedaran empleadas en la zona, y no pudieran atender o reforzar otras zonas como Luisiana y el Golfo de México.

El ataque a Guatemala supuso un esfuerzo fuerte para Jamaica de abundantes elementos y hombres, lo que contribuyó a que su propia situación fuera inquietante. El peligro de *perder Jamaica, la más rica y próspera de las colonias Británicas en toda América*, ayudaría a llevar al gabinete del Reino Unido a la mesa de negociaciones.

La victoria para los territorios del Reino de Guatemala supuso la paz y la tranquilidad, tanto en el plano exterior como en el interior, ya que los mosquitos y zambos perdieron gran parte del apoyo del Reino Unido.

El triunfo de Matías de Gálvez fue premiado con el nombramiento de Virrey de Nueva España.

FUENTES DOCUMENTALES

- Archivo General de Simancas.
  Guerra y Mar leg. 569 y leg. 3003.
- Archivo General Militar de Madrid (AGMM).
- Documento 7129.36
  1779 Diario de las operaciones ejecutadas sobre Omoa y el castillo de San Fernando desde el 23 de septiembre hasta el 30 de noviembre por el coronel D Matías Gálvez, presidente de Guatemala.
- Documento 7129.37
  1779 Diario de practicado contra los establecimientos ingleses en la jurisdicción de la costa oriental en Campeche desde el 28 de agosto al 9 de noviembre.
- Documento 5361.49 Sección de Ultramar del Ministerio de la Guerra 5361.49, Documentación variada sobre la isla de Roatán.

BIBLIOGRAFÍA

ALSINA TORRENTE, José: *Una guerra romántica 1778-1783. España, Francia e Inglaterra en la mar.* MINISDEF, IHCN. Madrid, 2006 Z 18-278.

BEERMAN, Eric: *España y la independencia de Estados Unidos*. Colección Mapfre 1492. Madrid, 1992, IV 15-10-37.

CALLEJA LEAL, Guillermo y Gregorio (2016): *Gálvez y España en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos.* Valencia, CESEDEN-CEHISMI y Albatros Ediciones (edición en inglés: *Gálvez and Spain in the American Revolution*).

CHÁVEZ, Thomas E: *España y la Independencia de los Estados Unidos* Santillana Ediciones Generales. Madrid 2006.

FERREIRO, Larrie D. (2009): *Hermanos de armas. La intervención de España y Francia que salvó la independencia de Estados Unidos.* Madrid, Desperta Ferro Ediciones.

GARCÍA RUIZ, J. L.: *Revolución. El papel decisivo España en la Independencia de EE. UU.* Editorial EDAF. Madrid 2026.

GIL OSSORIO, Fernando: *Organización de la Artillería Española en el siglo SVIII.* Servicio Histórico Militar. Madrid, 1981.

GIESLER, James: *Francisco de Saavedra´s American Revolutionary War. The Spanish contribution to the Battle of Yorktown.* James Giesler, 2025.

GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V.: *Tropas de Ultramar, siglo XVIII*. Volúmenes 1 y 2. MINISDEF, SHM, 1992-93.

HAGIST don N: *Wagimg War in America1775-17783. Operational Challenges of Five Armies During the American Revolution Helion and Company 2023.*

MARTÍN-LANUZA MARTÍNEZ, A.: *Diccionario Biográfico de generalato español. Reinado de Carlos III, 1717-179888- 1833*. Foro para el Estudio de la Historia Militar de España. Madrid, 2024.

-----: *Diccionario Biográfico de generalato español. Reinados de Carlos IV y Fernando VIII, 1788- 1833*. Foro para el Estudio de la Historia Militar de España. Madrid, 2012.

-----: *Diccionario biográfico de los coroneles del Ejército Español. Reinados de Carlos IV y Fernando VII, 1788- 1833*. 3 Tomos Foro para el Estudio de la Historia Militar de España. Madrid, 2022.

The Spanish Army in North America1700-1793 OspreyPublishing. (s.f.). Men At Arms– 475

QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M. (2021): *Bernardo de Gálvez: un héroe español en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica.* Alianza Ensayo. Madrid, 2020.

-----: *El enemigo de mi enemigo. España en la Guerra de* Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica (1775-1783) a. Madrid, Alianza Editorial. Madrid, 2025.

MONTOYA SALVADOR: «Milicias negras y mulatas en el Reino de Guatemala (siglo XVIII)», en *Cahiers du monde hispaniaque et luso-brésilien*, n.º 49. René Char, 1987, pp. 93-104.

TORRES SÁNCHEZ Rafael: *Caza al convoy. El triunfo de la Armada española en la independencia de Estados Unidos*. Desperta Ferro ediciones (2.ª edición). Madrid, 2025.

TZUL A., Clodoveo: *Uniformología Militar de Guatemala.*

INTERNET

GUERRERO ACOSTA, José Manuel: «San Luis, Misuri». *Desvelando Memorias*. Disponible en: https://www.unveilingmemories.com/es/lugares/san-luis-misuri/ Consultado el 010 de marzo de 2026.

QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M. (2015): *Bernardo de Gálvez y América a finales del siglo XVIII.* Tesis doctoral de la Universidad Complutense de Madrid. OCLC 922080373. Directora de la tesis: Sylvia Lyn Hilton. Fecha de accesibilidad: 18-06-2023. Publicada en abierto.

Disponible en https://docta.ucm.es/entities/publication/b0c87b55-132e-4c5b-8da5-3c6a83a3a584/full. Última consulta:10/03/2026.

RUIZ DE OÑA: *De Artillero a Virrey. Matías de Gálvez.* Acami Fundcami youtube.com/live/SMhWmdzw4w 26/08/2026.

Revista de Historia Militar
I extraordinario de 2026, pp. 201-254
ISSN: 0482-5748
RHM.05
https://doi.org/10.55553/504nkf070105

VICTORIAS ESPAÑOLAS DECISIVAS Y OLVIDADAS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA DE EE. UU. EN SU FRENTE OCCIDENTAL: LA BATALLA DEL FUERTE DE SAN CARLOS EN SAN LUIS Y LA TOMA DEL FUERTE DE SAN JOSÉ EN MÍCHIGAN

Guillermo CALLEJA LEAL[1]

RESUMEN

Las olvidadas victorias decisivas en el territorio de Illinois: San Luis y Fuerte Saint Joseph

El capitán Fernando de Leyba, comandante del puesto militar de San Luis, en el *Territorio de Illinois* (hoy Misuri), venció al general Sinclair (26/05/1780) y resulta incomprensible que tal victoria española no figure como una de las más importantes batallas de la Historia de la Guerra de la Independencia y de la Historia Militar de EE. UU. Tal victoria rompió el plan

[1] Doctor en Geografía e Historia. UCM (España), y en Historia Contemporánea por la Phoenix International University (Reino Unido). Correspondiente de la Real Academia de la Historia, de la Real Academia de la Cultura Valenciana y de la Academia de Ciencias y Artes Militares. Vocal de la Comisión Española de Historia Militar en el CESEDEN y Miembro Permanente del Consejo Asesor del Servicio Histórico y Cultural del Ejército del Aire y del Espacio.

estratégico británico que consistía en atacar San Luis desde Detroit y conquistarlo, para conseguir dejar Virginia expuesta a ser atacada desde el Oeste y atacar Luisiana desde el Norte. Otro hecho de armas importante olvidado fue la toma del Fuerte St. Joseph. Aunque fue una acción local y no fue una batalla importante, tuvo también consecuencias estratégicas que ayudan a comprender el fin de los ataques británicos a San Luis y al alto Misisipi.

PALABRAS CLAVE: Alta Luisiana. Territorio de Illinois. Capitán Fernando de Leyba. San Luis. Río Misisipi. General Patrick Sinclair. Gobernador de Luisiana (Bernardo de Gálvez). Fuerte Saint Joseph. François Cruzat. Capitán Eugene Pourré. Aliados indios.

ABSTRACT

The forgotten decisive victories in the Illinois territory: St. Louis and Fort Saint Joseph

Captain Fernando de Leyba, commander of the military post of St. Louis in the Illinois Territory (now Missouri), defeated General Sinclair (5/26/1780), and it is incomprehensible that this Spanish victory does not figure among the most important battles of the Revolutionary War and U.S. military history. This victory disrupted the British strategic plan, which consisted of attacking St. Louis from Detroit and capturing it, thus leaving Virginia vulnerable to attack from the west and Louisiana from the north. Another important but often overlooked military action was the capture of Fort St. Joseph. While a local engagement and not a major battle, it also had strategic consequences that help explain the end of British attacks on St. Louis and the upper Mississippi.

KEYWORDS: Upper Louisiana. Illinois Territory. Captain Fernando de Leyba. St. Louis. Mississippi River. General Patrick Sinclair. Governor of Louisiana (Bernardo de Gálvez). Fort St. Joseph. François Cruzat. Capitán Eugene Pourré. Indian allies.

INTRODUCCIÓN

El II Congreso de Filadelfia, representante de las Trece Colonias de América del Norte, declaró oficialmente su independencia el 4 de julio de 1776, por lo que este año se cumple su 250 aniversario. La independencia la logró en 1783 tras la «American Revolution», que es como

denominan en EE. UU. a su Guerra de la Independencia (1775-1783). Pero si en realidad los colonos revolucionarios vencieron fue en gran parte por la intervención decisiva de España, ya que sin ella no hubiera habido guerra sino insurrecciones locales sofocadas por las armas o disturbios callejeros como sucedió en la mal llamada Masacre de Boston del 5 de marzo de 1770[2], y de haber habido una guerra, sin duda su resultado hubiera sido otro.

Ante la total quiebra económica de Francia a consecuencia de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), España financió prácticamente la guerra proporcionando al Ejército Continental todo el apoyo logístico necesario: artillería, fusiles, pólvora, munición, uniformes y medicamentos; y también enormes sumas de dinero mediante donaciones y préstamos, redes de abastecimiento e inteligencia. Y también fueron decisivas las victorias de Bernardo de Gálvez en sus campañas militares del valle bajo del Misisipi (1779), en Mobila (1780) y, sobre todo, en Panzacola (1781).

Un análisis histórico de las campañas de Gálvez en el bajo valle del Misisipi y el Golfo de México nos permite comprender su aportación también decisiva en el desarrollo y desenlace de esta guerra, al crear una seria amenaza de invasión a Jamaica, que para Gran Bretaña valía más que todas sus colonias juntas de América. Eso supuso el que los británicos se vieran obligados a desplazar el foco de la guerra hacia el sur, lo que conllevó necesariamente la disminución de la enorme presión que ejercía el Ejército británico sobre el Ejército Continental. Tal fue así que el general Washington comenzó a ganar batallas cuando antes las perdía todas.

No fue casual que Washington siguiera las noticias que a diario le facilitaban sobre la batalla de Panzacola (marzo-mayo 1781) con tanta ansiedad, preocupación e interés, ni tampoco lo fue que poco después aconteciera la batalla de Yorktown (septiembre-octubre de 1781), que fue la última importante de la guerra y como siempre financiada por España.

---

[2] No hubo tal masacre como sostiene Hiller G. Zobel, entre otros. Un aprendiz de un fabricante de pelucas fue a la Casa de Aduanas a pagar por su maestro. Al no ser atendido se violentó y un soldado de guardia lo echó a golpes. El muchacho regresó con un grupo de jóvenes que arrojaron al soldado bolas de nieve, hielo y basura. El oficial de guardia y ocho soldados del Regimiento n.º 29 de Infantería salieron del edificio en su ayuda. Una multitud se reunió allí protestando por la subida de los impuestos y lanzó objetos. Un soldado que recibió un golpe disparó su mosquete, pese a la orden de no disparar. Los soldados entraron en pánico y dispararon contra la multitud. Sólo hubo 5 únicos muertos: 3 en el instante, otro al día siguiente y el último una semana después. Luego, el filósofo político Samuel Adams acuñó el término de «Masacre de Boston» (para los británicos, el «Incidente de King Street») como propaganda. En el funeral, días más tarde, los bostonianos exigieron la retirada de tropas y, según Adams, comenzó el deseo de independencia. ZOBEL, Hiller B. (1970): *The Boston Massacre.* New York, W.W. Norton & Co.

Pero, aunque las mencionadas campañas militares de Gálvez fueron decisivas, se dio la curiosa paradoja que fueron posibles por hechos militares pequeños, nada brillantes, en apariencia intrascendentes y muy poco conocidos que sucedieron en el frente occidental de la guerra. Nos referimos a la defensa del Fuerte de San Carlos en San Luis el 26 de mayo de 1780, donde curiosamente los soldados, los comerciantes y los esclavos españoles que defendieron San Luis en el Fuerte de San Carlos combatieron contra una fuerza atacante formada mayoritariamente por guerreros indios de tribus aliadas y los británicos fueron en realidad muy pocos; y después, la toma del fuerte británico de Saint Joseph (San José) el 12 de febrero de 1781, éste más al norte y muy cerca del lago Michigan, en la región fronteriza de los Grandes Lagos con Canadá. La victoria en San Luis, al rechazar la invasión de la Alta Luisiana, hizo fracasar el plan estratégico británico para conquistar Luisiana y ganar después la guerra al no recibir las Trece Colonias el apoyo español; y la toma de San José, que se anticipó a un segundo intento y no hubo otros.

Constituye toda una verdadera gran paradoja que, pese a su enorme importancia, las campañas militares de Gálvez y tales hechos militares del frente occidental fueran minusvalorados y casi olvidados durante muchos años, no figurando como debía en todos los manuales de la historia de la Guerra de la Independencia.

Otro aspecto que hay que destacar es que años después ambas acciones militares sucedidas al oeste de los Apalaches, la de San Luis y la de Michigan, tuvieron su gran importancia en cuanto a que determinarían los territorios que corresponderían a EE. UU. como nación recién creada durante las negociaciones de la Paz de París de 1783.

Al comenzar tales negociaciones, España por una parte controlaba todo el margen occidental del Misisipi, los puertos del Golfo de México y la Florida, y los norteamericanos poseían gran parte del valle del Illinois-Ohio; y, por otra, también había vencido a los británicos en San Luis y capturado al año siguiente el Fuerte de San José, aunque lo poseyera por un solo día. Esta segunda victoria próxima al lago Michigan, entre otras, dio a España una posición muy ventajosa que aprovechó el conde de Aranda como base para reclamar la región en las negociaciones diplomáticas y también causó prolongadas discusiones entre españoles y estadounidenses sobre las fronteras en la América del Norte y el derecho de navegación por el Misisipi hasta el Tratado de San Lorenzo de 1795.

I. LA BATALLA DEL FUERTE DE SAN CARLOS EN LA DEFENSA DE SAN LUIS. 26 DE MAYO DE 1780

Fernando de Leyva[3] antes de ser destinado a la Luisiana, 1734-1769

Sus orígenes

Los antepasados de Fernando de Leyba y Córdova Vizcalgaña por línea paterna eran hidalgos malagueños de Antequera, cuya tradición castrense se remontaba a la campaña militar de la conquista del Reino de Granada por los Reyes Católicos (1482-1492).

Su abuelo, el capitán Antonio de Leyba y Córdova, estuvo al mando de cuatro Compañías de Milicia que combatieron contra los franceses en la costa de Málaga en 1693, el sultán de Marruecos en 1694 al comienzo del Asedio de Ceuta (1694-1727) y los anglo-holandeses en la Guerra de Sucesión española (1700-1714) defendiendo Cádiz en 1702.

Su padre, el capitán de Infantería Gerónimo de Leyba y Córdova, llegó a ser teniente gobernador[4] de la plaza de Seu de Urgell (Lérida). El 10 de junio de 1719 combatió en la batalla de Glenshiel (o Glen Shiel), acontecida en la cañada de Glenshiel, en la Escocia occidental, donde las tropas inglesas de Jorge I de Hannover vencieron a varios clanes jacobitas[5] de las Tierras Altas de Escocia *(Highlands)* y a infantes de marina españoles. Los españoles lucharon bien, pero se quedaron solos y sin ayuda. Allí Gerónimo cayó prisionero y tras ser liberado terminó combatiendo en Ceuta, siendo sitiada por los moros en 1722.

Gerónimo de Leyba se casó en Ceuta con una joven ceutí de 12 años, hija de un notario local procedente de Bilbao. Por línea familiar materna, los Vizcalgaña ceutíes eran originarios de Vizcaya y también de Gibraltar[6]. El matrimonio tuvo siete hijos y nuestro personaje fue el quinto.

Fernando de Leyba y Córdova Vizcalgaña, nació en Ceuta el 24 de junio de 1734 y fue bautizado el día 27 en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de los Remedios. Aunque hasta hace poco se creía que era barcelonés, la investigadora norteamericana Kristine L. Sjostrom demostró que era

---

3 En distintos documentos y autores aparecen los apellidos de Fernando de Leyba con distinta grafía Leyba/Leyva, Vizcalgaña/ Vizcaigaña. (Nota redacción).

4 El cargo de teniente gobernador o teniente rey lo ostentaba el militar que sustituía interinamente al capitán general y al gobernador durante su ausencia.

5 *Jacobita.* Partidario de Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia, destronado en 1688.

6 Gibraltar fue conquistada por ingleses y holandeses el 06/12/1704, en la Guerra de Sucesión (1701-1713), y cedida por España a Gran Bretaña el 13/07/1713 en el Tratado de Utrecht.

ceutí y no catalán, al igual que José Luis Barceló, cronista de la Ciudad de Ceuta y descubridor de su partida bautismal[7].

De cadete a capitán. 1752-1768

Leyba ingresó en el Ejército el 11 de octubre de 1752 como cadete en el regimiento de Infantería *España* a los 16 años de edad. Esto nos llama la atención, porque a los 12 años pudo haber ingresado y lo hizo junto a sus hermanos en el año del fallecimiento de su padre. De ahí que suponemos que ingresó en la milicia por imposición familiar y no vocacional[8].

Empleos militares de Fernando de Leyba						
Empleos y fecha de comienzo		Tiempo que sirvió en cada empleo				
		Empleos	Años	Meses	Días	Regimiento
Cadete	11-10-1752	Cadete	3	7	11	España
Subteniente	25-05-1756	Subteniente	7	1	10	Aragón
Teniente	11-10-1763	Teniente	4	7	23	Soria y Aragón
Capitán	01-06-1768	Capitán	9	6	26	Aragón y Batallón Fijo de Luisiana
Servicios prestados en el Ejército hasta el final de diciembre de 1777: 22 años, 2 meses y 16 días (falleció el 28-06-1780)						
Teniente coronel	03-02-1781	A título póstumo				

Tras algo más de 3 años y medio de cadete, el 25 de mayo de 1756 ingresó como subteniente de compañía en el regimiento de Infantería *Aragón* y fue destinado a Cuba en 1762 con 27 años de edad.

7 Existían entonces sólo los registros parroquiales y en los que se registraban los nacimientos (realmente bautizos), matrimonios y defunciones. Después se crearon los registros civiles (1841-1870) con carácter provisional para medianas y grandes poblaciones. El actual Registro Civil, institucionalmente único y dependiente de la Dirección General de Seguridad Jurídica y Fe Pública del Ministerio de Justicia se creó en 1870.

8 CERVERA MORENO, César: «Informe. Fernando de Leyba. El ceutí que cambió la Guerra de la Independencia americana». *Ministerio de Defensa, Dirección General de Política de Defensa, The Hispanic Council,* p. 3. Disponible en: https://www.hispanic-council.org/wp-content/uploads/THC-Fernando-de-Leyba-DIGITAL.pdf

España se hallaba entonces inmersa en la Guerra de los Siete Años (1756-1763) contra Gran Bretaña por el Tercer Pacto de Familia entre Luis XV de Francia y Carlos III, suscrito en París el 15 de agosto de 1761. Luego, en 1762, las tropas británicas de Lord Albemarle, con el apoyo de la flota naval del almirante Sir George Pocock atacaron el Castillo del Morro de La Habana, donde combatió el subteniente Leyba con su regimiento *Aragón*, a las órdenes de su capitán Fernando de Párraga.

Tras la toma de El Morro, el conde de Albemarle tomó La Habana el 12 de agosto de 1762 y la ciudad estuvo bajo poder británico once meses, desde agosto de 1762 hasta julio de 1763. Allí permaneció cautivo Leyba como prisionero de guerra, pero por poco tiempo.

El 10 de febrero de 1763 se firmó el Tratado de París que puso fin a la guerra y que, entre sus muchas implicaciones, España cedió las dos Floridas (Occidental y Oriental) a Gran Bretaña a cambio de recuperar La Habana y Manila. En consecuencia, Leyba fue puesto en libertad junto a los demás prisioneros españoles y enviados de regreso a la Península.

Poco después, Leyba promocionó el 22 de mayo a subteniente de bandera del regimiento *Aragón* y el 11 de octubre ingresó en el regimiento de Infantería *Soria* con el empleo de teniente.

Un año después, en 1764, el teniente Leyba tuvo problemas con el juego como consta en su hoja de servicios. Ante tal vergüenza, decidió redimirse solicitando su traslado al Cuerpo de Ingenieros. Lo logró, pero por breve tiempo, ya que, aunque su capitán envió un informe destacando su brillantez como matemático para retenerle en el Cuerpo, Leyba tuvo que regresar al regimiento *Aragón*, que estaba de guarnición en la plaza de Orán, al norte de África, donde estuvo acuartelado dos años.

El 1 de junio de 1766 Leyba ascendió a capitán; y en 1767, al enterarse que en julio sería destinado con su regimiento *Aragón* a Luisiana[9], contrajo entonces matrimonio en Ceuta con la cartagenera María de la Concepción de César y Martínez Fortún, con quien tendría a sus dos hijas: Josefa María *(Pepita)* y Margarita *(Rita)* de Leyba y Córdova y de César. Allí en su Ceuta natal tenía tres hermanas, de las que sólo Teresa le acompañaría después a Luisiana.

[9] Según consta en su hoja de servicios, hasta finales de diciembre de 1777 sirvió en el Ejército 22 años, 2 meses y 16 días.

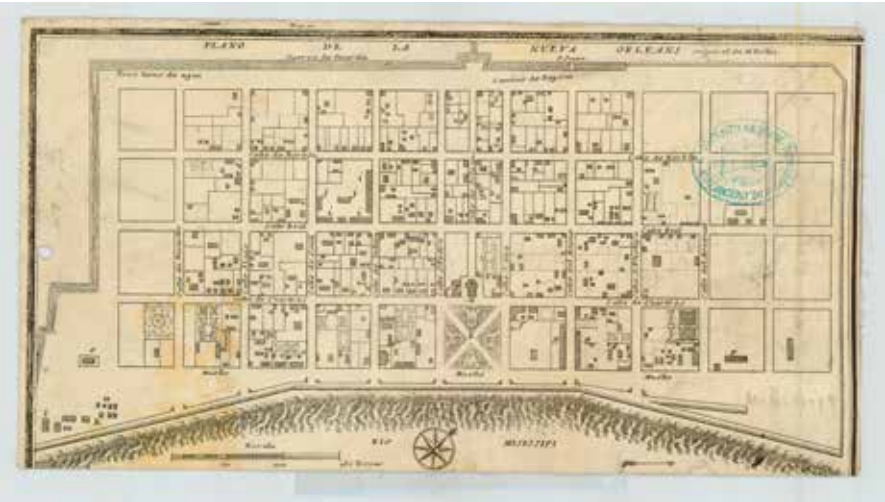


Imagen 1. Archivo General Militar de Madrid. Plano de la ciudad de Nueva Orleans. USA 03-08

La Luisiana

Orígenes franceses de la Luisiana y su cesión a España en Fontainebleau, 1762

En 1673 Louis Jolliet y Jacques Marquette fueron los primeros que exploraron el valle del río Misisipi y luego en 1678 René Robert Cavelier de La Salle reclamó la región para Francia como parte de la Luisiana.

Entre 1690 y principios del siglo XVIII se construyeron los primeros asentamientos europeos en el «pays des Illinois» (país de los Ilinueses para los españoles), también llamado Alta Luisiana, en el lado este del río Misisipi: Cahokia, Kaskaskia y Fort de Chartres. También migrantes del lado opuesto del Misisipi (como Kaskaskia) fundaron Sainte Geneviève (Santa Genoveva en lo sucesivo) en los años 30 del siglo XVIII.

En 1762 la España de Carlos III perdió La Habana y Manila como antes quedó reseñado, por lo que la Francia de Luis XV quiso compensar mediante el Tratado de Fontainebleau a su maltrecha aliada con la cesión secreta de la inmensa provincia de Luisiana, con la ciudad de San Luis de Ilinueses (hoy San Luis en el estado de Misuri) como capital de la Alta Luisiana y la ciudad de Nueva Orleans de la Baja Luisiana y a su vez capital

provincial. Aunque luego, por el Tratado de París de 1763, España recuperó ambas ciudades entregando a cambio las dos Floridas; y en cuanto a la Luisiana española, ésta quedó dentro de la gobernación de la Capitanía General de Cuba y, por tanto, formó parte del Virreinato de Nueva España.

En realidad, Luisiana formaba parte del gran fracaso colonial de la Nueva Francia en América y, como señala César Cervera Moreno, su cesión a España supuso «un caramelo envenenado», ya que era un territorio en el que los franceses no podían mantener su soberanía tras años de lucha estéril contra las tribus indígenas locales y también por sus fuertes tensiones fronterizas con españoles y británicos[10].

Luisiana tenía una extensión de más de 2.000.000 km² y estaba casi deshabitada con tan sólo unos 20.000 habitantes en 1763. Por eso el gobernador español Luis de Unzaga y, sobre todo su sucesor Bernardo de Gálvez, no dejaron de fomentar el aumento de su población mediante la emigración de andaluces (en su mayoría malagueños) y canarios.

Otros problemas añadidos eran su carencia de grandes recursos mineros y las relaciones con las tribus indias locales.

Desde que España recibió Luisiana, sus gobernadores se esforzaron en mejorar las relaciones con los indígenas, algo de arraigada tradición y similar a lo que llevaba haciendo con las comunidades indígenas del Ultramar español: mantenimiento y protección de sus tierras comunales, acuerdos comerciales y militares, y celebración de tratados de paz[11].

Un aspecto muy importante en la mejora de las relaciones con los indígenas de Luisiana por parte de España fue la prohibición de la esclavitud de los indios en todo el territorio español. Tal principio estuvo contemplado por decreto de la reina Isabel *la Católica* en la Cédula Real de 20 de junio de 1500, pionero en la protección de los derechos de los indios y luego en su Testamento (1504), como también en las Leyes de Indias.

Aunque la prohibición de la esclavitud de nuevos indios se aplicó de forma estricta, aquellos que ya eran esclavos bajo la soberanía francesa lo continuaron siendo. Sin embargo, la legislación española favoreció su progresiva desaparición con el tiempo. Por eso, la Luisiana francesa tenía 161 indios esclavos en 1732, durante el gobierno de Gálvez eran casi un centenar, y luego en 1800, al final de la presencia española en la zona, ningún indio estaba registrado como tal. Esta política hizo que esclavos negros

[10] CERVERA MORENO, César: *Ob. cit.,* pp. 5-6.

[11] Como afirma Abelardo Levaggi, muchos de estos tratados de paz seguían en vigor cuando la soberanía territorial pasó de España a Francia en 1800 y luego a EE. UU. en 1803.

reclamasen ser emancipados ante los tribunales españoles alegando tener ascendencia india a través del mestizaje[12].

La rebelión del 68 en Nueva Orleans y la expedición de O'Reilly, 1768-1769

Un año después, una flota zarpó el 6 de julio de 1769 del puerto de Cádiz con tropas españolas destinadas en América, entre las que iba el regimiento *Aragón*. Al llegar a La Habana se enteraron de que el 28 de octubre de 1768 los colonos franceses y los criollos se habían sublevado en Nueva Orleans contra el poder español representado por Antonio de Ulloa y de la Torre-Guiral, primer gobernador español de Luisiana (1766-1768), por los siguientes motivos:

1. La Luisiana, como provincia recién incorporada a España, dependía de un Consejo Superior y no del Consejo de Indias. Y como los productos de Luisiana sólo podían llevarse a Francia y Gran Bretaña en barcos de pabellón español, los comerciantes y los dueños de los barcos locales protestaron ante el Consejo Superior y el gobernador español Antonio de Ulloa y de la Torre-Guiral lo disolvió.
2. Por Real Decreto de Carlos III nueve puertos españoles[13] podrían comerciar con Nueva Orleans, pero sólo con barcos españoles y de forma directa sin poder pasar por los puertos antillanos y novohispanos.
3. Francia cedió Luisiana con una deuda enorme que jamás abonó ni pensó hacerlo. Como el impuesto del situado de 1768 resultó insuficiente, Ulloa solicitó dinero prestado a los comerciantes. Esto aumentó el descontento general.
4. Antonio de Ulloa disponía de muy escasas tropas e incluso no tenía suficiente dinero para pagar sus sueldos. De ahí que no pudiera hacer frente a la sublevación.
5. La población de Luisiana quería seguir siendo francesa y corrió el rumor que su cesión a España era nula porque se hizo en el Tratado de Fontainebleau sin haber sido consultados sus habitantes.
6. El 11 de marzo de 1766 Antonio de Ulloa se casó por poderes con Francisca Ramírez, santanderina de Laredo, quien al llegar a

[12] Algunos de estos casos incluso llegarían a ser sustanciados por tribunales norteamericanos tras la adquisición de la Luisiana por los EE. UU.

[13] Cádiz, Sevilla, Málaga, Alicante, Barcelona, Cartagena, Santander, La Coruña y Gijón.

> Nueva Orleans provocó un fuerte rechazo popular: consideraba la ciudad insalubre y vulgar, no hablaba francés ni tenía intención de aprenderlo, hacía ostentación pública de sus joyas y vestía mucho más elegante que las damas de la vecindad[14].

Ante la sublevación, Antonio de Ulloa, más científico que administrador, se refugió en el puesto de La Baliza, situado en la desembocadura del Misisipi, y el 1 de noviembre fue expulsado por los rebeldes a La Habana con su familia. España reaccionó pronto y con dureza y en 1769 se organizó en La Habana una fuerte expedición para recuperar la provincia cedida por Francia[15]. El mariscal de campo Alejandro O'Reilly, uno de los muchos irlandeses que servían entonces a la Corona de España, se puso al frente de esta expedición que estuvo formada por 2.000 soldados y una flota de 24 buques de muy distintos tipos, entre los que había tres fragatas, dos bergantines, dos balandras y un paquebote. Le acompañó el coronel malagueño Luis de Unzaga y Amézaga.

Tras catorce días de travesía por el Golfo de México, la flota alcanzó la desembocadura del Misisipi y tras otros veintiocho días de navegación a vela y a golpe de remo los expedicionarios llegaron el 19 de julio al muelle de Nueva Orleans[16].

Aplastada la rebelión de Nueva Orleans, el 18 de agosto de 1769, O'Reilly tomó posesión formal de su cargo de gobernador, formó gobierno y restableció el orden. Además, creó el Batallón Fijo de Infantería de *Luisian*a (en lo sucesivo lo llamaremos Batallón de *Luisiana*) con 8 Compañías, con base en Nueva Orleans, y puso al capitán Leyba al frente de la 3ª Compañía de Fusileros con 77 soldados[17].

En 1770, O'Reilly partió de Luisiana y Luis de Unzaga le sucedió como gobernador. Entonces, cumpliendo la orden de Carlos III, Unzaga in-

---

14 LÓPEZ VÁZQUEZ, Ascensión (2021): *Antonio de Ulloa: un marino científico entre España y América*. Tesis doctoral. Universidad de Cádiz, pp. 206-210.

15 Durante los preparativos de la expedición el matrimonio Leyba - de César esperaba el nacimiento de su primera hija, Josefa María de los Dolores, *Pepita*, que nació el 5 de julio de 1769, un día antes de partir de La Habana.

16 QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M. (2015): *Bernardo de Gálvez y América a finales del siglo XVIII.* UCM. Tesis doctoral, UCM, pp. 290-291. Disponible en: https://docta.ucm.es/entities/publication/b0c87b55-132e-4c5b-8da5-3c6a83a3a584/full

17 El Batallón de Infantería Fija de *Luisiana* se formó en 1769 con sede en Nueva Orleans, Luisiana. Se reorganizó primero en 1782 con dos batallones; y volvió a reorganizarse en 1785 con tres. Conocido comúnmente como «Regimiento de *Luisiana*» (o de la *Luisiana*), combatió en la Guerra de la Independencia de EE. UU. tomando parte en las siguientes batallas: Manchac, Baton Rouge, Fort Charlotte, San Luis, Panzacola y Arkansas. Se disolvió en 1816.

dultó a los sublevados con excepción de los doce cabecillas, seis de los cuales fueron fusilados el 25 de octubre y los otros seis condenados a prisión[18].

Comandante del puesto militar de Arkansas. 1771-1774

En 1771, el capitán Leyba se dirigió al gobernador Luis de Unzaga para ofrecerse voluntario a que le enviara de comandante al puesto militar de Arkansas, situado en la Alta Luisiana y al oeste del río Misisipi, por la parte alta de la desembocadura del río Arkansas. Un puesto muy lejano de Nueva Orleans al estar a unos 500 km al norte, a 800 km a través del Misisipi y a 450 km de Natchez. Lo hizo para limpiar su condición de ludópata en su hoja de servicios; y también para entrar en el negocio peletero con los tramperos franceses y poder saldar sus deudas de juego. Unzaga aceptó su propuesta y marchó a Arkansas en una embarcación curiosamente llamada *La Ruina* y tras 47 días de navegación por el Misisipi llegó el 4 de julio a su destino.



Imagen 2. Archivo General Militar de Madrid. Carta del curso del río Misisipi y la costa occidental de la Luisiana. USA 04-12

18 TORRES RAMÍREZ, Bibiano (1969): *Alejandro O'Reilly en las Indias*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Estudios Hispano-americanos, pp. 108-111.

Arkansas sería la «escuela» de mando de Leyba y su primer contacto con los bosques y desiertos de Luisiana. El puesto militar era un pequeño fuerte cuadrangular conformado por una estacada de madera podrida y a punto de caer al suelo, dos pequeños cañones pedreros en sus extremos, y 5 edificios de madera en su interior, que eran: el cuartel, la casa del comandante, el arsenal, un almacén de provisiones y una taberna que también hacía la función de tienda donde los tramperos vendían sus pieles y podían comprar suministros de todo tipo (comida, armas, pólvora y municiones, ropa y calzado, etc.).

Si Leyba en Nueva Orleans había estado al mando de los 77 soldados de la 3ª Compañía de Fusileros del Batallón de *Luisiana*, allí en el puesto de Arkansas tuvo 14 soldados del mismo batallón como guarnición, aunque a punto de insubordinarse por sus meses de pagas atrasadas, armados con mosquetes franceses antiguos y prácticamente inútiles, y mal alimentados por falta crónica de harina y arroz. Un desastre.

Este fuerte protegía al poblado de Nuestra Señora de Arkansas, cuya población al llegar Leyba era de 32 hombres blancos, 32 mujeres blancas y 12 esclavos negros de origen africano, por tanto, 76 habitantes y en su mayoría cazadores[19]. Pero en realidad, el puesto se había creado para el comercio de pieles y por allí iban los tramperos y los indios a vender las suyas y a suministrarse, como también comerciantes dedicados al negocio peletero y a la venta de comida, whisky, armas, etc. para los cazadores.

Leyba pronto decidió participar en el negocio montado en el fuerte para pagar sus deudas, pero los comerciantes franceses de Arkansas se negaron al considerar que el comercio era solo suyo. Tal rechazo de los comerciantes cambió por completo su vida y para bien, porque le hizo sentar cabeza y abandonar el juego para siempre. Desde entonces su mayor preocupación fue ir resolviendo los problemas más urgentes del puesto con el apoyo de Unzaga, a quien pidió madera para reparar la empalizada del fuerte, pistolas y mosquetes modernos con sus bayonetas.

Resueltos tales problemas prioritarios, Leyba centró sus esfuerzos en promover el bienestar vecinal, controlar el comercio (el whisky, el tabaco, etc.), sobre todo el peletero, y mantener las alianzas y las relaciones de amistad con las tribus indias de la zona.

Si los franceses habían mantenido unas buenas relaciones de paz y amistad con la tribu local de los Quapaw mediante continuas entregas de regalos y animadas fiestas, Unzaga había ordenado a Leyba que mantuviera un trato similar con los Quapaw y las demás tribus próximas al río Misuri,

[19] CERVERA MORENO, César: *Ob. cit.,* pp. 7-8.

y que se ganara la confianza de los belicosos indios Osage (de Oklahoma), que siempre habían sido una amenaza para los franceses[20].

Pese al empeño que puso Leyba, sus primeros contactos con los Quapaw resultaron desfavorables. Sucedió que, según la costumbre, se regalaban medallas a los jefes indios para sellar y mantener alianzas, pero las medallas francesas eran de mayor tamaño que las españolas. Por ello, el orgulloso Cazenonpoint, jefe de los Quapaw, rechazó la medalla española al ver que era menor que la que había recibido de los franceses, lo que consideró un menosprecio indigno hacia su tribu y su persona.

Aunque la causa de tal supuesta afrenta pudiera parecer poco importante para llegar a tales extremos, el problema creado por el tamaño de la moneda fue de enorme gravedad. Leyba lo solventó entregando al jefe indio una medalla de mayor tamaño y de mejor factura, nuevos regalos y toda clase de disculpas dejando zanjado el asunto y olvidado en lo posible. Aunque luego sucedió que Leyba se vio obligado a entregar la misma medalla a los jefes de todas las tribus del territorio[21].

Un año después, en 1772, el nuevo gobernador de Luisiana, Bernardo de Gálvez, adoptó medidas de austeridad económica y por eso ordenó a Leyba que redujera los gastos en regalos y las fiestas que ofrecía a las tribus indias. Pero tal austeridad fue para el jefe de los Quapaw, el mismo Cazenonpoint, un agravio enorme al honor de su tribu y a su persona, por lo que amenazó con degollar a toda a guarnición del puesto de Arkansas. Ante tal situación, Leyba accedió a sus exigencias haciendo malabarismos contables con su limitado presupuesto.

Retrocediendo a 1770, el puesto de Arkansas pese a sus pésimas condiciones había adquirido un enorme valor estratégico por su situación fronteriza con los británicos en la Alta Luisiana y como centro de espionaje. Precisamente porque comenzaron entonces a escucharse gritos de rebelión por la ocupación militar de la ciudad de Boston y el 5 de marzo, poco después de ser Luis de Unzaga nombrado gobernador de Luisiana, se produjo la mencionada Masacre de Boston.

El gobernador Luis de Unzaga y el capitán general de Cuba, Antonio María de Bucareli y Ursúa, intuyeron que los sucesos de Boston y las protestas indicaban que se estaba creando un movimiento de una enorme mag-

20 *Ibidem, ut supra.*

21 Para evitar futuros desaires por tal motivo, Gálvez solicitó al Gobierno de Madrid la acuñación de nuevas monedas de 56 mm y no de 36, y de factura más bella. Como el envío de estas medallas provocó una gran demanda por parte de los jefes indios, Gálvez limitó su reparto dando una por cada jefe de tribu. En el Museo Lázaro Galdiano, en Madrid hay una de las pocas medallas grandes que se conservan.

nitud en las Trece Colonias de la América del Norte y así lo comunicaron al gobierno de Carlos III, presidido por el marqués de Grimaldi, primer secretario de Estado y del Despacho[22]. Desde entonces el monarca se interesó por los acontecimientos y ordenó a Bucareli y a Unzaga que le mantuvieran informado. Por ello, ambos crearon una eficaz red de espionaje reclutando pescadores, comerciantes y clérigos.

Leyba desconocía en 1771 que Carlos III abrigaba el deseo de declarar la guerra a Gran Bretaña como desquite a la derrota de España en la Guerra de los Siete Años y que lo haría años después en 1779, uno después que Francia. De ahí que, ajeno a todo ello, cuando marchó destinado a Arkansas recibió la misión de vigilar, espiar e informar todo cuanto sucedía en las Trece Colonias.

Aunque Leyba fue nombrado comandante del puesto de Arkansas por cinco años, se redujeron a tres por su mala salud. En 1774 regresó con su familia a Nueva Orleans y lo hizo con sus dos hijas, ya que la menor, Margarita *(Rita)* Gertrudis Buenaventura, había nacido el 4 de julio de 1771, al poco de llegar al puesto de Arkansas. Como ganó y sobre todo ahorró mucho dinero en Arkansas, saldó todas sus deudas de juego y en Nueva Orleans compró una amplia y magnífica casa situada en la esquina de la calle Real con la avenida de las Hermanas Ursulinas, desde donde podía ver el jardín trasero del convento de las Ursulinas, y adquirió seis esclavos. Y además de continuar sirviendo en la milicia se hizo prestamista[23]. Su vida le iba entonces muy bien, vivía de forma desahogada y había logrado una cierta posición social.

Teniente Gobernador en San Luis. 1778-1780

Antecesores de Fernando de Leyba

1. Capitán de Infantería Francisco Riu Morales (1767-1768). El gobernador Antonio de Ulloa envió el 14 de marzo de 1767 al capitán Francisco Ríu con una compañía a San Luis para reafirmar

[22] Antonio María de Bucareli y Luis de Unzaga ordenaron reforzar en lo posible las defensas de la Luisiana y buscar cómo atraer al mayor número de indios aliados al resguardo de la extensa y casi deshabitada provincia.

[23] En 1778 Bernardo de Gálvez llevó 700 inmigrantes españoles a la Luisiana, en su mayoría malagueños de Alhaurín de la Torre, para fundar Nueva Iberia. Fue la única ciudad fundada por los españoles en Luisiana. El alicantino Francisco de Bouligny, oficial de Gálvez, recibió de éste el encargo de fundarla y lo hizo el 17 de mayo de 1779. Fernando de Leyba le prestó 1.500 ps.

la soberanía de España en la Alta Luisiana. Le ordenó construir dos pequeños fuertes en el río Misuri para controlar a las tribus indias y el comercio, como también para evitar que los británicos subieran por el río Misuri para poner asentamientos. Uno de ellos, el Fuerte Don Carlos, fue abandonado en 1769 tras la rebelión de 1768 en Nueva Orleans. Desde entonces, España administró la Alta Luisiana desde San Luis.

2. Capitán de Infantería Pedro Piernas (1768). En 1768 sucedió al capitán Riu en San Luis. Debido a la sublevación en Nueva Orleans contra el gobernador Antonio de Ulloa y su expulsión, Piernas fue comandante de San Luis por muy breve tiempo o quizás ni tomó posesión del cargo.
3. Capitán de Infantería Louis Groston de Saint-Ange de Bellerive (1768-1770). Sucedió como comandante interino al capitán Piernas en 1768. Había sido comandante provisional del Fuerte de Chartre, que entregó el 10 de octubre de 1765 al coronel británico Thomas Stirling por el Tratado de París del 1 de febrero de 1763. Marchó de Chartre con su pequeña guarnición y algunos vecinos, y se asentó en San Luis, aunque la orilla oeste del Misisipi había sido cedida a los españoles. Pese a ello, Saint-Ange estuvo al mando de San Luis incluso después de la llegada de los españoles en 1767. El 20 de mayo de 1770 le entregó el mando al capitán Piernas a su regreso, quedando a su servicio como asesor, su segundo en el mando y encargado de la dirección y gobierno de los indios. Hasta su fallecimiento en 1774 fue capitán de Infantería del Ejército español.
4. Capitán de Infantería Pedro Piernas (1770-1775). Tras aplastar Alejandro O'Reilly la revolución de Nueva Orleans en 1769, sustituyó a Ulloa como gobernador de la Luisiana. Fue cuando el capitán Piernas regresó como el último comandante del puesto de San Luis, ya que poco después le nombró teniente gobernador del Territorio de Ilinueses (Illinois para los norteamericanos) con muy amplios poderes para gobernar la Alta Luisiana desde San Luis, mantener el orden, administrar justicia, regular el comercio y a través de Saint-Ange gestionar los asuntos indígenas.

En 1772, el comerciante canadiense Jean Marie Ducharme cruzó el Misisipi y marchó hacia Misuri para comerciar clandestinamente con las tribus indias. Piernas envió a Pierre Laclède[24] con una compañía de mili-

[24] Pierre Laclède fundó San Luis de Ilinueses en 1764.

cias que interceptó la expedición de Ducharme y confiscó sus bienes, pero Ducharme logró huir al Canadá. El capitán Piernas regresó a Nueva Orleans en 1775[25].

5. Capitán de Infantería Francisco Cruzat (1775-1778). Sucedió a Pedro Piernas por breve tiempo. Al llegar a San Luis en 1775, la Guerra de la Independencia de EE. UU. ya había recién comenzado. Luego, en 1778 Bernardo de Gálvez, el nuevo gobernador de Luisiana (desde el 9 de marzo de 1778), le sustituyó en el mando de la Alta Luisiana por Fernando de Leyba, capitán del Batallón Infantería de *Luisiana* (en lo sucesivo lo llamaremos Batallón de *Luisiana*).

Fernando de Leyba en San Luis

El Territorio de Ilinueses para los españoles (de Illinois para los norteamericanos) se extendía en la Alta Luisiana desde la desembocadura del río Ohio hasta la frontera actual del Canadá y desde las orillas del Misisipi hasta las Montañas Rocosas. Hoy comprendería, más o menos, los estados actuales de Misuri, Indiana e Illinois, incluyendo en su jurisdicción:

- La ciudad de San Luis de Ilinueses (en lo sucesivo San Luis), que en la anterior etapa francesa era Saint-Louis. A mediados del siglo XVIII tenía unas 100 casas y 689 habitantes[26]. Hoy San Luis está en el estado de Misuri.
- El pueblo agrícola de Sainte Geneviève (en lo sucesivo Santa Genoveva), situado 100 km al sur de San Luis y con una población bastante similar de 698 habitantes en su mayoría cazadores dispersos en los bosques.
- Algunas minas de plomo explotadas por los franceses.
- Los distritos de los ríos Misuri e Ilinueses (Illinois para los norteamericanos).
- Los dos pequeños fuertes construidos por el capitán Francisco Riu Morales que estaban en el río Misuri. Uno de ellos, el Don

[25] Pedro Piernas alcanzó el grado de coronel y fue comandante del Batallón de *Luisiana*.
[26] Hoy es la ciudad de Saint Louis y está en el estado de Misuri (Missouri). Está ubicada sobre la orilla derecha del Misisipi (que la separa del estado de Illinois), poco después de la confluencia de éste con el Misuri.

Carlos, situado en la orilla sur, cerca de su desembocadura en el Misisipi, y el otro en la orilla norte[27].

Este enorme territorio donde los cazadores de pieles y los comerciantes se ganaban la vida, tuvo un gobierno muy difícil durante la Guerra de la Independencia de los EE. UU.; y también requirió tener un teniente gobernador de la Alta Luisiana con las siguientes condiciones:

1. Que administrara el muy extenso territorio de la Alta Luisiana con mano dura y que a su vez fuera conciliador para mantener la paz, aún más al norte que Arkansas, entre el fuego cruzado que mantenían los territorios fronterizos de británicos y norteamericanos.
2. Que mantuviera no sólo relaciones amistosas con las tribus locales, sino también que se ganara el respeto de las tribus aliadas de británicos y norteamericanos.

Bernardo de Gálvez, obsesionado siempre por la meritocracia entre sus oficiales, eligió con acierto al capitán Leyba para gobernar la Alta Luisiana valorando su mando en Arkansas y su labor allí realizada.

El 9 de marzo de 1778 Leyba embarcó en Nueva Orleans con su mujer María de la Concepción de César y Martínez Fortú, sus hijas María Josefa *(Pepita)* y Margarita *(Rita)*, y su hermana Teresa. Y tras 39 días de navegación por el Misisipi, el 10 de junio llegó al puesto de San Luis con dos embarcaciones cargadas con suministros que Gálvez le había entregado para los rebeldes norteamericanos y mercancías suyas para hacer negocio. Poco después, el 14 de junio fue nombrado teniente gobernador del Territorio de Ilinueses (Illinois para los norteamericanos).

San Luis, principal puesto comercial de la región, se hallaba a 18 millas (29 km) al sur de la confluencia de los ríos Misisipi y Misuri, y a más de 1.000 km de Nueva Orleans. La habían fundado los franceses en 1764 por el lucrativo negocio del comercio de pieles con los indios Osage y con tribus más distantes a lo largo del Misuri[28].

A mediados del siglo XVIII, la población de la ciudad de San Luis apenas alcanzaba los 700 habitantes, que en su mayoría eran colonos franceses[29]. Años después, hacia 1780, el año de la batalla de San Luis, su po-

27 Los cinco cañones del Fuerte Don Carlos serían trasladados a San Luis y montados en la torre del Fuerte de San Carlos para la batalla de San Luis del 26 de mayo de 1780.

28 PRIMM, James N. (1981): *León del Valle: San Luis, Misuri.* Boulder: Pruelt Publishing, p. 9.

29 En otoño de 1763, Gilbert Antoine de Saint Maxent, poderoso comerciante de Nueva Orleans (años después suegro de Luis de Unzaga y de Bernardo de Gálvez) financió una expedición por el Misisipi dirigida por su socio Pierre Laclède, para buscar donde su compañía de pieles podía comerciar con los indios. Lo halló no muy al sur de la

blación blanca era de unos 600 habitantes, en su mayoría franceses, de los que unos 350 eran hombres y unos 250 entre mujeres y niños; mientras que la población de color era de unos 400 esclavos de origen africano. En total entre unos 900 y 1.000 habitantes. Como su población española nunca superó el 15%, los colonos franceses representaban la población blanca y no eran fiables en caso de guerra por hallarse la ciudad en un lugar remoto de la Alta Luisiana, y menos aun cuando en 1768 se habían sublevado por preferir seguir siendo franceses o independientes a ser españoles.

Mucho mayor era la población de las tribus indias, a las que los comerciantes franceses y luego españoles armaron con mosquetes a cambio de pieles. Esto había provocado que tales tribus invadieran los territorios de otras, como sucedió con las tribus de los Sioux y los Winnebago, en los actuales estados de Minnesota, Iowa y Wisconsin, que se aliaron entonces con los británicos y fueron armados por éstos[30].

Cuando Fernando de Leyba llegó a San Luis comprobó que la había defendido un pequeño fuerte que se hallaba en ruinas y que la ciudad, al igual que Santa Genoveva, carecía de defensas por no haber tribus indias en un área de 100 km y menos aún enemigas. Allí había una vieja casa de piedra con dos plantas, la baja hacía de cuartel y la superior era el domicilio del teniente gobernador. Aunque Leyba pensó construir una casa más confortable para bienestar de su familia, no tuvo tiempo para ello.

La guarnición de San Luis la componían 29 soldados de Infantería del Batallón de *Luisiana*, de los que uno era sargento y otro era el teniente Francisco de Cartabona, segundo en el mando y residente en Santa Genoveva, al igual que algunos colonos rebeldes de la zona de Kentucky.

Pese a su lejanía, en la confluencia de los ríos Misuri y Misisipi, la zona de San Luis era muy «caliente» al estar entre territorios fronterizos de británicos y rebeldes norteamericanos en plena guerra. Además, tendría un gran valor estratégico a partir del 21 de junio de 1779 al declarar España la guerra a Gran Bretaña, ya que, si fuera tomada por los británicos, éstos podrían marchar hacia el sur siguiendo el curso del Misisipi y tomar Nueva

confluencia del Misisipi con los ríos Misuri e Illinois, y allí envió a su hijastro Auguste Chouteau, de 14 años de edad, con 30 colonos franceses en febrero de 1764. Dos meses después, Laclède fundó Saint Louis. Poco después, de 1767 data la fundación de Carondelet, al sur de San Luis, que fue anexionado como barrio en 1870. GUERRERO ACOSTA, José Manuel: «San Luis, Misuri». *Desvelando Memorias.* Disponible en: https://www.unveilingmemories.com/es/lugares/san-luis-misuri/

30 En la frontera occidental de esta guerra, británicos, franceses y españoles tuvieron pocas tropas y pactaron con las tribus dando armas y regalos. Las tribus guerreras eran mayormente aliadas de los británicos y superaban ampliamente en número a españoles y estadounidenses.

Orleans o hacerlo hacia el este invadiendo Virginia, y sobre todo, atacar al ejército de Gálvez por la retaguardia en sus próximas campañas militares: la del bajo valle del Misisipi (1779) y las de las bases navales de Mobila (1780) y Panzacola (1781) en el Golfo de México.

En cuanto al capitán Leyba, tendrá que hacerse fuerte en San Luis y como comandante del puesto defender y mantener izada a toda costa la bandera blanca con la cruz roja de San Andrés. Un destino muy peligroso por estar San Luis entre británicos y norteamericanos en plena guerra.

Órdenes de Bernardo de Gálvez, gobernador interino de Luisiana a Leyba:

1. Mantener la neutralidad en la guerra desde San Luis, aunque entregando al ejército de Washington toda la ayuda clandestina que le enviaba desde Nueva Orleans a través del Misisipi: dinero, armas, pólvora, munición, uniformes, medicamentos, etc.
2. Como antes en Arkansas, ser en San Luis el mejor «oído» de todas «las noticias de cuanto ocurra en la parte inglesa concerniente a la guerra con los colonos»[31], para informar al gobierno de Madrid; y mantener correspondencia secreta con el principal jefe norteamericano de la zona más próxima a San Luis (George Rogers Clark).
3. Defender el Territorio de Ilinueses desde San Luis, capital de la Alta Luisiana, porque una vez que estalle la guerra los británicos lo invadirían de inmediato si tomaran San Luis[32].
4. Mantener buenas relaciones con las tribus indias de Luisiana y la neutralidad con las tribus aliadas de los británicos.
5. Guardar los ríos Misisipi y Misuri contra intrusos y contrabandistas[33].

Georges Rogers Clark

El jefe rebelde principal era el teniente coronel George Rogers Clark, el oficial de mayor rango en la frontera del noroeste y también el de mayor prestigio por su victoria del 4 de julio de 1778 en la batalla de Kaskakia al frente del regimiento *Illinois*, formado éste por soldados de la milicia de

31 CERVERA MORENO, César: *Ob. cit.,* p. 11.

32 Una vez que España declare la guerra a Gran Bretaña en 1779, Leyba recibirá de Nueva Orleans sólo 29 soldados del Batallón de *Luisiana.*

33 Además de cumplir tales instrucciones, Leyba mejoró el camino de San Luis a Santa Genoveva. Sin medios y con una mínima guarnición para defender San Luis, tuvo que organizar una milicia vecinal voluntaria con la que formó una Compañía de Caballería.

Kentucky, entonces parte de Virginia y por tanto virginianos. Tras tomar al asalto su fuerte por sorpresa con 175 hombres y sin disparar un tiro, Clark se había adueñado de la parte oriental de San Luis, en el mismo Territorio de Ilinueses o Illinois, llamado entonces «El Noroeste».

Cuando llegó Leyba a San Luis, el cuartel general de Clark estaba en Cahokia, a sólo dos horas de camino; y siguiendo las instrucciones de Gálvez, se puso en contacto inmediato con él para ofrecerle toda la ayuda que necesitara. A partir de entonces Clark comenzó a recibir armas, barriles de pólvora, municiones y toda clase de suministros necesarios del puesto de San Luis y de los envíos que Leyba recibía desde Nueva Orleans a través del Misisipi. Todo a crédito y sin límite. Precisamente, gracias a las entregas de Leyba, Clark en 1779 tomó Fort Sackville en Vincennes, convirtiéndose en el caudillo militar más fuerte del margen este del Misisipi y manteniendo su mando en los actuales estados de Illinois, Indiana y Kentucky.

A finales de julio de 1778, Clark quiso corresponder a la gran ayuda que le prestaba Leyba desde San Luis y marchó allí en visita de amistad y cortesía. Al llegar a puesto, la guarnición española le recibió con salvas de artillería, pasó revista a la tropa en formación junto con Leyba y saludó con solemnidad a la bandera del Batallón de *Luisiana*. Luego, se ofreció un baile y una cena en su honor para treinta comensales[34].

Finalmente, Clark fue alojado junto a los milicianos que le acompañaron en la planta superior de la casa del teniente gobernador, pues la planta baja era el cuartel militar como antes reseñamos. Tanta cortesía no sólo complació a Clark, sino que le sorprendió como reconoció y no ahorró elogios al escribir:

> *«Como nunca había estado antes en compañía de españoles, quedé gratamente sorprendido en mis expectativas; porque en lugar de encontrar esa desconfianza tan peculiar en esta nación, no vi aquí el menor síntoma; gozar de tanta libertad, casi excesiva, daba el mayor placer… Este caballero (Leyba) se interesa mucho a favor de los Estados, mucho más de lo que habría esperado»*[35].

Al comprobar personalmente Leyba el lamentable estado del equipamiento y de la ropa de los norteamericanos, permitió a Clark establecer en

---

34 CERVERA MORENO, César: *Ob. cit.,* p. 11.

35 Leyva vio en Clark a un hombre inteligente, afable y cercano a todos. Sus dos hijas pequeñas encantaron a Clark y especialmente la joven Teresa Leyba, hermana de Leyba, con la que tuvo un muy posible romance. LUIS MAURICIO (2021): «Fernando de Leyba Vizcaigaña (1734-1780)». Artículo de prensa en *El Pueblo de Ceuta.es,* 06/04/2021. Disponible en: https://elpueblode Ceuta.es/art/13593/Fernando-de-leyba-vizcaigana-17341780

San Luis un «Continental Store» (un almacén continental) con las telas y los suministros que recibía de Nueva Orleans, cuya compra garantizó Leyba con su propio crédito. En uno de sus informes a Gálvez lo justificó de la siguiente forma:

> *«Pero qué había yo de hacer... viendo que ni aun el jefe principal por cuantos papeles americanos traía, hallaba una camisa con que cubrir su desnudez, si no es presentarme a su socorro»*[36].

Clark anotó: «Este caballero (Leyba) se interesa mucho a favor de los Estados, mucho más de lo que habría esperado»[37]; y temiendo el jefe rebelde que cuando España entrara en la guerra los ingleses invadirían la Alta Luisiana y atacarían San Luis, le aconsejó fortificar pronto San Luis. Leyba transmitió tal temor a Gálvez, quien le contestó que los recursos para Luisiana en tiempos de paz eran necesariamente muy limitados. Por tal razón, tendría que fortificar San Luis con sus propios medios.

La decisiva batalla del Fuerte de San Carlos. 26 de mayo de 1780

Planes británicos para invadir La Luisiana

Antes de declarar España la guerra a Gran Bretaña, Lord Germain, secretario de Estado para América de la Corona británica, ultimaba su plan estratégico de campaña. Su objetivo era aprovechar la escasa guarnición y las débiles defensas de Luisiana, para invadirla por sorpresa y separarla de las Trece Colonias dejando éstas sin su apoyo; y luego, tomar la provincia. Su plan consistía en lanzar dos ofensivas simultáneas, una por el norte y la otra por el sur:

1. La primera fuerza atacante partiría de Detroit, en Michigan y cerca de la actual frontera canadiense, valiéndose sobre todo de una participación masiva de las tribus indias aliadas. Por tanto, atacaría la Alta Luisiana desde el norte en dirección sur tomando los puestos militares españoles a lo largo del Misisipi hasta llegar a San Luis, que estaba a más de 2.000 km de su desembocadura en Nueva Orleans. Al tomar San Luis, los españoles serían expulsados del Alto Misisipi y Virginia quedaría expuesta a un ataque por el oeste. Pero el general Frederich Handimand, jefe del Ejército británico

[36] CERVERA MORENO, César: *Ob. cit.,* p. 12.
[37] *Ibidem, ut supra.*

en Canadá, aconsejó continuar la ofensiva por el Misisipi desde San Luis hasta Natchez. Tal propuesta fue aceptada e incorporada al plan inicial de Lord Germain.

2. La segunda ofensiva consistiría en otra fuerza atacante con tropas de Panzacola, en la Florida Occidental, que se uniría a otras de Baton Rouge para conquistar Nueva Orleans, en la Baja Luisiana. Tomada la capital provincial, los atacantes marcharían unos 300 km por el Misisipi hacia arriba para unirse en Natchez a la otra fuerza ofensiva del norte para tomar Fort Panmure al asalto y cerrar así todo un movimiento de tenaza sobre los españoles[38].

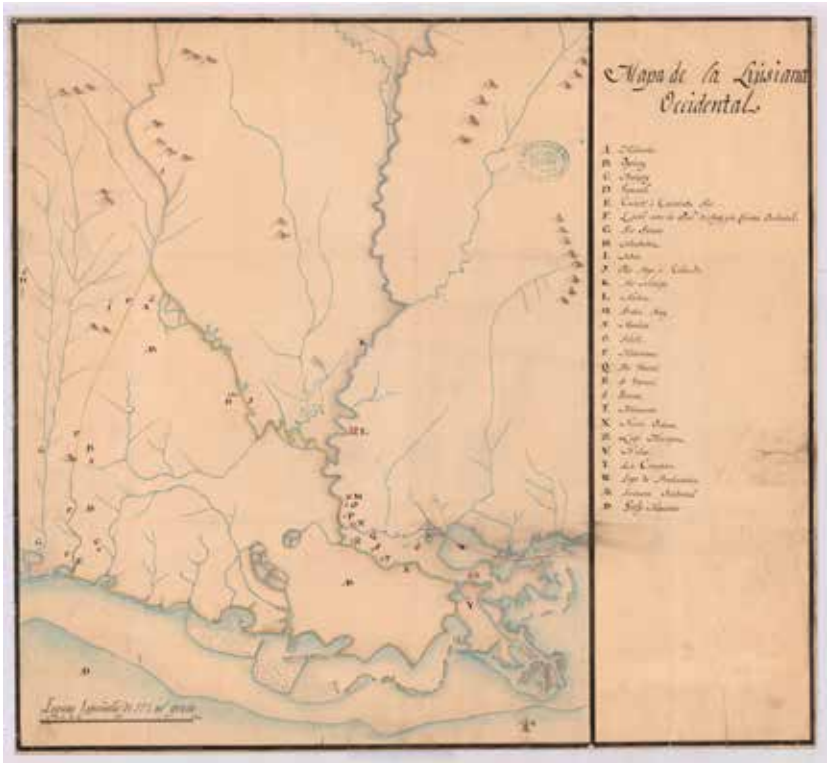


Imagen 3. Archivo General Militar de Madrid. Mapa de la Luisiana Occidental. USA 04-10

[38] CALLEJA LEAL, Guillermo y Gregorio (2016): *Gálvez y España en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos.* Valencia, CESEDEN-CEHISMI y Albatros Ediciones, pp. 390-391.

Pero este plan cambió después de declarar España la guerra a Gran Bretaña el 21 de junio de 1779. Bernardo de Gálvez, consciente de que Luisiana era indefendible por carecer de fuerzas suficientes, se anticipó audazmente a los británicos mediante incursiones rápidas por la orilla izquierda del Misisipi; y el 7 de septiembre tomó Fuerte Bute en Manchac y también la ciudad de Baton Rouge, cuya conquista supuso la rendición de Fort Panmure en Natchez.

En su avance arrollador por el bajo valle del Misisipi, Gálvez contactó con fuerzas rebeldes norteamericanas y cerró pactos con las tribus indígenas de la zona. Pero, aunque a finales de 1779 no pudo proseguir y detuvo su avance frente a Mobila y Pensacola, logró cortar las comunicaciones entre Panzacola en Florida y los puestos militares británicos del bajo valle del Misisipi. En consecuencia, los británicos abandonaron el plan estratégico inicial de Lord Germain y decidieron emprender sólo la ofensiva por el norte, consistente como vimos en tomar los puestos militares españoles a lo largo del Alto Misisipi, San Luis y continuar hacia Natchez para tomar Fort Panmure.

El mayor Patrick Sinclair, vicegobernador de Michilimackinac[39], en Michigan, en la región de los Grandes Lagos, organizó en 1780 una fuerza militar en los fuertes de Michilimackinac y Detroit que estuvo formada por 750 soldados de milicias canadienses, unos pocos soldados regulares («casacas rojas») en su mayoría oficiales, y algunos tramperos franceses voluntarios[40].

A los soldados de Sinclair se sumaron 900 guerreros procedentes de distintas tribus indias aliadas, que encargó contratar a un comerciante de pieles de Pensilvania y exoficial del Ejército británico llamado Emanuel Hesse, al que Sinclair había prometido, al igual que a los milicianos canadienses, la licencia oficial para comerciar con pieles en la región, además de eliminar a los comerciantes españoles que llevaban más de una década inmersos en una prolongada guerra comercial con los británicos[41].

Hesse a su vez prometió a sus guerreros una buena parte del futuro botín de San Luis y se fueron incorporando durante meses. Los guerreros de las primeras tribus acamparon en la unión de los ríos Fox y Wisconsin, y luego marcharon por el río Wisconsin hasta Praine du Chien (Pradera del

39 RICKEY, Don, Jr. (1960): «The British-Indian Attack on St. Louis. May 26, 1780». *Missouri Historical Review* 55 (1), pp. 35-38.

40 QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M. (2015): *Ob. cit.* p. 390.

41 GILMAN, Carolyn (2009): «L'Annee du Coup: The Battle of St. Louis, 1780». En *The Missouri Historical Review,* vol. 103, n.º 3, (abril), p. 144.

Perro)[42], cerca de la desembocadura del Wisconsin en el Misisipi, donde se juntaron los de otras tribus. Y finalmente, bajaron por el Misisipi en columna para unirse a otro grupo de tribus y dirigirse a San Luis.

Los guerreros indios que participaron en la ofensiva británica lo hicieron muy ansiosos por el botín y procedían de muy diversas tribus, siendo en su mayoría de cinco: los Menominee, los Ojibwa, los Winnebago, los Sioux Santee y los Sac y Fox; y representando las dos últimas la cuarta parte del total. Los de las demás tribus eran los Fur, los Chippewa, los Otawa, los Mascotén, los Kisckapoo, los Dakota y los Potowatomi. Pero, aunque los Sioux eran muy belicosos, en esta ocasión no querían ir a la guerra con los británicos y si lo hicieron fue bajo presión y amenaza de otras tribus y de los propios británicos. Tampoco querían combatir los Sac y Fox, aliados de los españoles, pero fueron igualmente obligados[43].

Agrupados todos los guerreros el 2 de mayo, marcharon en canoas y al mando de Emanuel Hesse por el Misisipi hacia San Luis.

El Fuerte de San Carlos

El domingo 20 de febrero 1780, por fin llegó a San Luis la esperada noticia de que estaban en guerra con Gran Bretaña desde el 21 de junio del año anterior. Leyba se dispuso de inmediato a preparar la defensa, aunque sin tiempo para cerrar alianzas con tribus indias y a más de 2.000 km de Nueva Orleans, como antes quedó reseñado, sabiendo que no recibiría refuerzos. Sólo contaba con 29 soldados del Batallón de *Luisiana*, pero logró disponer de 257 hombres para la defensa mediante la incorporación de un número indeterminado y variopinto de milicianos y vecinos armados de San Luis y de Santa Genoveva que eran agricultores, cazadores, comerciantes y barqueros.

El llamamiento de Leyba a la defensa de San Luis tuvo éxito, pese a no ser precisamente un personaje popular entre la población de la Alta Luisiana y, sobre todo, el vecindario de San Luis. Para los lugareños había resultado odioso desde su llegada por su inflexibilidad en la regulación y el control del comercio; y sobre todo, por su empeño en construir un fuerte nuevo en la ciudad. Todos consideraban que San Luis no necesitaba defensas y tal idea resultaba costosa, innecesaria y absurda por dos motivos: se hallaba demasiado lejos de la zona de los Grandes Lagos y el teniente

42 Se llamaba así en recuerdo del nombre de un jefe indio cuya tribu había estado allí.
43 PRIMM, James N.: *Ob. cit.*, p. 44.

coronel Clark se hallaba cerca con sus tropas, manteniéndose muy fuerte tras conquistar con su regimiento *Illinois* los puestos militares británicos situados en los ríos Ohio y Misisipi.

Sin embargo, en contra de la opinión de todos, Leyba no hizo caso y empleó sus 29 soldados del Batallón y colonos franceses como mano de obra para volar el viejo Fuerte de San Carlos y comenzar la construcción del nuevo Fuerte de San Carlos (en honor de Carlos III) por iniciativa propia, sin órdenes y sin tampoco instrucciones.

Según el proyecto inicial de Leyba, el Fuerte de San Carlos iba a consistir en un recinto amurallado de piedra con cuatro torres cilíndricas en sus esquinas, y se construiría sobre una colina situada al oeste de la ciudad. Pero su construcción quedó inacabada porque se inició el 17 de abril de 1778 y los británicos y sus indios aliados llegaron a San Luis el 26 de mayo. Por tanto, con sólo 39 días de construcción, sólo hubo tiempo para tener una torre terminada, otra a medio construir y las otras dos restantes con las obras apenas iniciadas. Además, como la muralla del fuerte tampoco pudo terminarse por falta de tiempo y de medios, se cavaron trincheras con parapetos formados por montones de tierra.

La única torre, con una altura de entre 10 y 12 m, se construyó al oeste de la colina por ser el lugar más vulnerable. En la torre se emplazaron cinco pequeños cañones pedreros de bronce que Leyba hizo llevar del pequeño Fuerte Don Carlos, antes mencionado, que se hallaba donde el Misuri desemboca en el Misisipi y estaba abandonado desde 1769.

Desde lo alto de la torre las cinco piezas de artillería podían barrer todo el perímetro defensivo formado por una empalizada incompleta de troncos de madera y las mencionadas dos líneas de trincheras levantadas en los extremos del fuerte, con 2 km de recorrido y que, según el proyecto inicial de Leyba, serían los muros de piedra que unirían las cuatro torres. Una estaba al norte y otra al sur del fuerte[44].

En cuanto a la financiación del fuerte, Leyba sólo pudo reunir 1.000 pesos, de los que 600 los recaudó entre los vecinos y los 400 pesos restantes los puso de su propio bolsillo. Eran todos sus ahorros.

La Batalla

Si Leyba recibió en San Luis la noticia de que se estaba en guerra contra los británicos el 20 de febrero de 1780, el 9 de marzo supo que el mayor Sinclair iba a emprender la invasión de la Alta Luisiana y la conquista de

[44] RICKEY, Don Jr. (1960): *Ob. cit.* pp. 37-41.

San Luis. Finalmente, el ejército invasor se puso en marcha el 2 de mayo desde Fort Michilimackinac, junto al lago Michigan, y el día 23 fue avistado por exploradores de Leyba y del teniente coronel Clark.

Los británicos pensaban que San Luis era una posición interior muy fácil de tomar al asalto y sin apenas resistencia por estos motivos:

1. Creían que San Luis era una ciudad sin murallas al no haber tribus indias en 100 km a la redonda.
2. Su guarnición la formaban entre 20 y 30 soldados españoles y unos granjeros muy mal armados e indefensos.
3. Carecía del apoyo de tribus indias locales.
4. El factor sorpresa no daría tiempo suficiente para que se pudiera organizar y preparar una defensa efectiva.

Por parte española, Clark y Leyba eran amigos, y tiempo atrás Clark se había ofrecido a aportar tropas para la defensa de San Luis si fuera necesario. Como Clark se hallaba entonces hospitalizado, envió a San Luis al comandante de Cahokia, John Montgomery, para proponer a Leyba la formación de una fuerza conjunta hispano-norteamericana para la defensa de la ciudad. Tal propuesta no se concretó porque los norteamericanos estaban combatiendo al otro lado del Misisipi y el mismo día 26 de mayo, el de la batalla de San Luis, también fueron atacados en Cahokia.

Sin refuerzos norteamericanos, Leyba sólo disponía de sus 29 soldados del Batallón de *Luisiana* y los 281 civiles armados, a los que se unieron unos pocos colonos rebeldes que estaban en Santa Genoveva[45]. Por ello, Leyba recurrió a François Vallé, un colono francés más conocido como «Don Francisco», que estaba en las minas francesas de Valles, a unos 97 km de San Luis, y que aportó sus dos hijos al mando de 151 franceses bien armados y equipados, y abundante plomo de sus minas para la fabricación de munición.

Como Gálvez, tras tomar Mobila el 14 de marzo estaba combatiendo contra los británicos en el bajo valle del Misisipi inferior y en la costa del Golfo de México, y además se hallaba organizando su compaña para conquistar Panzacola (lo logrará al año siguiente), escribió a Leyba para comunicarle que tendría que defender San Luis sin recibir refuerzos. Leyba le contestó que los británicos jamás olvidarían su puesto militar:

«...aunque (San Luis es) lugar abierto y con poca guarnición, ni indios ni ingleses han de tomar posesión del puesto sin que les cueste caro el asunto...».

[45] La batalla de San Luis fue la primera ocasión histórica donde españoles y norteamericanos combatieron juntos. El teniente coronel Clark no combatió por hallarse entonces hospitalizado.

El martes 23 de mayo, los exploradores de Leyba le informaron que una fuerza de guerreros indios en canoas había desembarcado a sólo 14 millas (23 km). Entonces, hizo entrar a la población de San Luis en el Fuerte de San Carlos y destacó grupos de exploradores para recabar información puntual sobre el enemigo.

El jueves 25 de mayo hacía un día soleado y espléndido. Los vecinos desde temprano estuvieron preparando la celebración de la fiesta del Corpus Christi de aquel día, aunque inquietos al saber que los británicos y sus aliados indios avanzaban hacia San Luis, y por seguridad, Leyba dispuso algunos piquetes de la milicia local a caballo que patrullaron por las proximidades. Mientras, unos vecinos salieron a trabajar en los campos de cultivo que había fuera de la empalizada; otros lo hacían en sus granjas, algo más distantes; y algunos recogían flores para adornar las calles.

Nadie sospechaba que cerca de allí había una pequeña partida de Sioux con pinturas de guerra en misión de reconocimiento, quienes habían cruzado en canoa la confluencia entre los ríos Misuri y Misisipi y se habían aproximado sigilosamente al Fuerte de San Carlos por el norte. Eran sólo una avanzadilla de los 900 guerreros dirigidos por Emanuel Hesse, oficiales británicos, civiles canadienses y algunos tramperos franceses, que tras recorrer más de 700 km se hallaban a pocos kilómetros. Estos guerreros sólo pensaban en asaltar una ciudad que suponían indefensa para arrancar la cabellera a los hombres, violar a las mujeres, esclavizar a los niños y niñas, hacer un buen botín y quemar todo cuanto no pudieran llevarse.

Los exploradores Sioux no se atrevieron a acercarse para no ser descubiertos por los vecinos y las patrullas a caballo en los alrededores. Además de la lejanía, el maíz y el trigo se hallaban muy crecidos por ser el mes de mayo, por lo que apenas tuvieron visibilidad y su reconocimiento resultó inútil. Tal fue así que creyeron que la torre defensiva y circular construida junto a la iglesia era un molino de viento parecido a los otros dos que había en la ciudad.

Es cierto que los Sioux pudieron haber hecho el reconocimiento desde unos montículos próximos al norte de la ciudad, el más grande con 45 m de altitud sobre el suelo[46]. No lo hicieron porque aquellas lomas eran un antiguo cementerio indio y quisieron evitar el molestar a los espíritus. De haberlo hecho, Sinclair y Hesse hubieran sabido que San Luis disponía de un fuerte y la batalla hubiera sido muy diferente.

[46] Hoy, dicha loma más alta estaría en San Luis, justo en la esquina de la calle Broadway y la calle Mount («montículo» en inglés).

Terminada su misión, aquellos Sioux regresaron junto al ejército de guerreros que permanecía en espera al norte y a orillas del Misuri. Tras informar éstos que no había defensas y que sus vecinos desconocían su proximidad, Hesse ordenó a los jefes de las tribus que el ataque se iniciaría por la mañana del día siguiente.

Tan seguro estaba Hesse de lo fácil que le sería conquistar San Luis, que cometió el gran error de dividir a sus guerreros, enviando al comerciante Jean-Marie Ducharme con 250 a través del río en canoas para atacar Cahokia, en la orilla este del Misisipi, y mientras, dirigiéndose él hacia San Luis, en la orilla oeste del río, al frente de los 750 restantes.

Creemos importante añadir que, aunque aquellos indios disponían de arcos para lanzar flechas incendiarias, lanzas y cuchillos, poseían abundantes armas de fuego proporcionadas por los británicos. Su arma principal era el mosquete y como cazadores eran buenos tiradores.

El viernes 26 de mayo de 1780, los guerreros indios al mando de Hesse cruzaron con sus canoas la confluencia del Misuri con el Misisipi, pasando por donde lo habían hecho los exploradores Sioux el día anterior y desembarcaron en el mismo lugar al norte de San Luis y de su fuerte[47]. Luego, mientras avanzaban con sigilo por la extensa pradera que había al norte del Fuerte de San Carlos, un grupo de guerreros se separó y marchó al sur bordeando el fuerte hasta situarse en la carretera de San Luis a Santa Genoveva para que, una vez iniciado el combate, masacrar a placer a todos los vecinos que llevados por el pánico huyeran por la carretera.

Los guerreros se acercaron más al fuerte y fueron divisados desde la torre. Cuenta Don Rickey que, al mediodía, un soldado dio la voz de alarma al grito de «¡Aux armes, aux armes!» (¡A las armas, a las armas!)[48]. Poco después desde la torre se disparó al aire un cañonazo de alerta para que cada defensor marchara a su puesto y se preparara para el combate. Los indios al escucharlo creyeron que sería un trueno, y por ello, a lo largo de la batalla llamarán a la torre «la Casa de los Truenos». De pronto, los guerreros fueron apareciendo a plena vista de los defensores. Al frente iban los arrogantes Sioux Santee con su jefe Wabasha y los Winnebago, seguidos por los Fur y los Sac y Fox, y Hesse en retaguardia. Leyba fue llevado gravemente enfermo a lo alto de la torre en una silla de manos para dirigir desde allí con sus prismáticos binoculares la defensa del fuerte y la artillería.

47 Los indios podían haber desembarcado en el Misisipi y por tanto más cerca del fuerte, pero había allí un acantilado que hubiera beneficiado a los defensores. Prefirieron hacerlo más lejos y atacar el Fuerte de San Carlos por el norte al ser un terreno plano.

48 RICKEY, Don Jr. (1960). *Ob. cit.* pp. 37-39.

Mientras, grupos de campesinos y esclavos que estaban trabajando fuera de la empalizada del fuerte y ajenos a todo se vieron de pronto sorprendidos al ser atacados por los Dakota y los Winnebago, ávidos de cautivos y de cabelleras[49]. Unos cayeron prisioneros, otros que intentaron huir fueron matados y descuartizados de forma salvaje, y sólo unos pocos lograron escapar y entraron dentro de la empalizada del fuerte aterrados entre lloros y profiriendo gritos. El que sólo entraran campesinos y esclavos huidos hace pensar que los milicianos de las patrullas de los alrededores, todos muy visibles por vestir de rojo y a caballo, fueron los primeros en morir en este primer ataque.

Entre los pocos que escaparon hubo un matrimonio francés con sus dos hijos que lo hizo subiéndose a una carreta junto a un hombre de Kentucky de apellido Kennedy. Los indios los rodearon y los tirotearon con sus mosquetes, resultando muerto Kennedy de un tiro en la cabeza y heridos los demás. Pero la familia logró entrar en el fuerte, los caballos al poco se desplomaron y cayeron muertos, y según las crónicas, se contaron más de 100 orificios de bala en la carreta. Quizás no fueron tantos.

Ante este primer ataque de los indios, Leyba ordenó a sus hombres ocupar sus posiciones a lo largo de las dos líneas de trincheras de tierra situadas al norte y al sur de la ciudad. Todos los milicianos y vecinos armados de San Luis y Santa Genoveva habían recibido una instrucción mínima, aunque suficiente, y cada uno sabía cuál era su trinchera y su posición en la misma. Por eso, su movilización fue casi inmediata.

En realidad, las trincheras eran bastante débiles porque había un defensor apostado con su mosquete cada 6 m, cuando lo normal en la época eran 2 m, y además el mosquete no era un arma automática, sino de avancarga y con una secuencia de tiro lento y complicado. Como Leyba se dio cuenta de que los indios atacaban por el norte y no por el sur desde el río, resolvió en parte el problema añadiendo defensores de la trinchera sur a la del norte.

Mientras los hombres se distribuían en las trincheras y algunos en la torre, cerca de 500 personas entre mujeres, niños y esclavos fueron alojados en la iglesia y en casas de piedra. Leyba los dejó todos al cuidado de su segundo, el teniente Francisco de Cartabona, quien puso 20 vecinos armados en las puertas con la orden de defender a aquella gente con su vida o marchar a una trinchera si hiciera falta durante el combate. Aunque una de las vecinas, Mme. Marie Josepha Pinconneau di Rigauche, viuda del soldado Francisco Rigauche y heroína popular de la batalla, cogió la casaca, la pistola y el cuchillo de su difunto marido y corrió a las trincheras como uno

[49] PRIMM, James Neal: *Ob. cit.,* pp. 45-46.

más[50]. Y el cura párroco, el franciscano capuchino fray Bernad, se encargó de rezar y sobre todo de tranquilizar a las mujeres y a los niños.

El segundo ataque se produjo en la pradera situada al norte del Fuerte de San Carlos. La disciplinada milicia británica avanzó ordenada, mientras que los indios lo hicieron corriendo como «posesos», disparando sus mosquetes y lanzando gritos y aullidos aterradores. Habían pensado que entrarían con facilidad en San Luis para degollar y cortar la cabellera a sus defensores y hacerse de un buen botín; pero se hallaron ante el inesperado Fuerte de San Carlos por su trinchera norte, siendo recibidos por los disparos de 150 mosquetes.

El avance se detuvo en pleno desconcierto. Los oficiales británicos creían que los defensores serían sólo unos pocos labriegos y cazadores; y los indios no asaltaban fuertes, pues su forma de combatir era la «la petite guerre» de los indios franco-canadienses. Es decir, atacaban en líneas desordenadas a civiles indefensos y se retiraban rápidamente al ordenarlo sus jefes, para luego reagruparse y atacar de nuevo, y así sucesivamente. Sus ataques carecían de profundidad y siempre se retiraban si su victoria no era clara. En realidad, preferían las emboscadas a los ataques «relámpago».

Poco después, los disparos de la mosquetería se unieron a los de la artillería de la torre. Se produjo entonces un fuerte tiroteo de mosquetes en el fragor del combate, que estuvo acompañado de una densa cortina de humo negro y pestilente de pólvora quemada.

El número de bajas tuvo que ser bajo, quizás unos 20 indios, porque el mosquete estaba diseñado para la guerra europea contra soldados en formación y con él resultaba difícil acertar a más de 100 m. y menos aún contra un enemigo en movimiento, en una trinchera o cuerpo a tierra. Por eso Leyba ordenó a los suyos no disparar a más de 40 ó 50 m del enemigo.

En cuanto a los cañones pedreros de la torre, éstos no alcanzaban 1.000 m, por lo que no podían cubrir la defensa. Y, además, al no hacer disparos a bocajarro, difícilmente podían acertar por la dispersión de los indios atacantes en un espacio tan amplio como lo era la pradera. Pero tuvieron un indudable efecto psicológico aterrador[51].

Un factor importante a favor de la defensa fue que en el Fuerte de San Carlos había abundante pólvora y en el pueblo de Santa Genoveva había minas de plomo, por lo que se había llevado gran cantidad de plomo para fundirlo y hacer munición de plomo y no de piedra.

---

50 Siete años después, Marie Josepha Pinconneau abrió una escuela para niñas en San Luis.

51 QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M. (2015): *Ob. cit.,* Jr. RICKEY, Don (1960). *Ob. cit.* p. 41.

La batalla transcurrió con el continuo tiroteo y el jefe de los Sioux, Wabasha, distinguido entre todos por su casaca roja sin mangas, mantuvo el orden y la disciplina de sus guerreros. Pero al darse cuenta de la inutilidad del ataque ante el enemigo atrincherado, ordenó que los prisioneros fueran torturados, decapitados, descuartizados y sus vísceras mostradas a los defensores para provocarlos y hacer que salieran del fuerte a combatir.

Tal salvajismo y crueldad sin límites de los Sioux enfureció a los del fuerte, que con insistencia solicitaron a Leyba permiso para salir fuera del fuerte y atacarlos, pero Leyba se negó prudentemente. Como veremos después, su negativa dañará injustamente su gesta en la batalla y su prestigio militar.

El capitán Leyba, en su informe a Gálvez sobre la batalla, le explicó cómo los Sioux emplearon tal ardid para intentar que sus hombres salieran del fuerte y escribió:

> *«¡Ay mi gobernador! Tu corazón paterno habría derramado lágrimas si hubiera sido capaz de ver con tus propios ojos un espectáculo tan emocional. Fue una aflicción y consternación general, para ver estos cadáveres pobres cortados en trozos, sus entrañas (extraídas), sus extremidades, la cabeza, los brazos y las piernas dispersos por todo el campo, fue un horrible espectáculo, mi general al detallar esto a usted, me encuentro muy triste, con gran dolor».*

La Gazeta de Madrid del 16 de febrero del año siguiente informó a sus lectores que los defensores de San Luis mostraron el «más bizarro espíritu, pidiendo con insistencia que se les permitiese hacer una salida /…/ contra aquella gruesa partida de hombres inhumanos».

La táctica del jefe Wabasha no dio resultado, pero se percató que la parte más frágil de la defensa del Fuerte de San Carlos estaba al noroeste, por lo que detuvo el combate. Superior en número, poco después agrupó a los Sioux y a los demás guerreros indios y encabezó la última carga por el noroeste, que fue contrarrestada por Leyba concentrando allí a buena parte de sus hombres. Fue el momento crítico y el final de la batalla.

Lanzados los indios al ataque en masa, cayó muerto uno de los jefes y tres guerreros. Fue cuando los guerreros de la tribu Sac y Fox huyeron abandonando el campo de batalla, y como habían sido aliados de franceses y españoles, se les acusó después de traidores. Su inesperada huida hizo que Wabasha ordenara retirada. ¿Vio la batalla perdida? ¿Creyó que los Sauc y Fox se habían pasado al enemigo e iban a atacar por la retaguardia? Nunca se supo y hoy aún se desconoce por qué lo hizo.

Luego, los británicos sin sus aliados indios y escasa munición fueron rechazados, optando entonces por retirarse. Y finalmente, por la tarde, tras cinco horas de combate, la lucha cesó por completo. La batalla del Fuerte de San Carlos había acabado.

Los indígenas se retiraron a la desembocadura del río Illinois, para esperar a los atacantes de Cahokia antes de emprender el regreso, pero fue una retirada acompañada por una destrucción salvaje. Las granjas próximas al fuerte fueron incendiadas y destruidos sus cultivos. Según el informe de Leyba sobre la batalla, mataron a 2 bueyes y 30 caballos, además de degollar a aquellos campesinos y esclavos que no lograron refugiarse[52].

Hubo defensores que propusieron salir del fuerte en su persecución y Leyba se negó por temor a que fuera una emboscada, aunque envió exploradores para averiguar si realmente se habían retirado. A la caída de la tarde regresaron y le informaron que se habían marchado en las mismas canoas que habían dejado al llegar.

Poco después, en la misma tarde, un prisionero de los indios que había huido de Cahokia, al otro lado del Misisipi, marchó al Fuerte de San Carlos e informó a Leyba sobre la victoria que allí había habido sobre los indios, y también, que 200 norteamericanos habían salido en persecución de los británicos y sus aliados indios.

Finalmente, la noche del 26 de mayo tuvo que ser muy tensa para los defensores del Fuerte de San Carlos, pues permanecieron atrincherados ante el temor de que no se hubieran marchado todos los británicos e indios, y pudiera producirse un ataque nocturno por sorpresa, No lo hubo, pero por precaución todos cenaron a pie de trinchera[53].

Si se tiene en cuenta que algunos milicianos norteamericanos de Santa Genoveva combatieron en las trincheras del Fuerte de San Carlos y que 200 persiguieron a los británicos e indios en su retirada tras su ataque a Cahokia y al fuerte español, podría decirse que aquel 26 de mayo de 1780 se dio la primera ocasión en la que norteamericanos y españoles combatieron juntos. Todo un hito histórico.

Sólo añadir que con la derrota del Fuerte de San Carlos y otras similares, los británicos fueron perdiendo a largo plazo su prestigio entre las tribus indias aliadas, cada vez más reacias a combatir contra los españoles y los rebeldes norteamericanos.

Balance de la batalla en términos de bajas

Se desconocen las bajas británicas porque los británicos en su informe oficial sólo citan a cuatro indios: el jefe y los tres guerreros menciona-

[52] RICKEY, Don Jr. (1960). *Ob. cit.* pp. 43-44.
[53] Leyba contrató la cena con un comerciante local.

dos. Quizás falsearon la cifra pensando regresar y tomar el Fuerte de San Carlos, y evitando reconocer una derrota que podría desmotivar a las tribus indias a concertar nuevas alianzas. Quizás murieron unos 20 guerreros si los equiparamos a los defensores fallecidos. No creemos que hubiera muchos más y la mayoría de ellos en el segundo ataque.

Según el Informe de Leyba sobre la batalla, 22 fueron los fallecidos entre los que murieron dentro y sobre todo fuera del fuerte en los campos de cultivo (7 eran esclavos); 7 heridos, en su mayoría atrincherados (1 era esclavo); y 24 prisioneros capturados fuera del fuerte, aunque sumados a los 45 capturados en la retirada de los atacantes, fueron en total 69 prisioneros (17 eran esclavos). Desconocemos la cifra de los campesinos supuestamente degollados en la retirada, aunque quizás se incluyan en la de los 45 prisioneros y debieron ser muy pocos o ninguno.

Bajas de San Luis de Ilinueses. Defensores y campesinos. 26 de mayo de 1780						Bajas británicas. Soldados e indios
Fallecidos		Heridos		Prisioneros		
Libres	Esclavos	Libres	Esclavos	Libres	Esclavos	Se desconocen
15	7	6	1	52	17	
Total: 22 fallecidos		Total: 7 heridos		Total: 69 prisioneros		

Según el informe británico, sus soldados e indios mataron a 67, lo que nos pudiera hacer pensar que tal cifra viene de la suma de los 22 y los 45 prisioneros que hicieron en la retirada y que matarían después. Sin embargo, dudamos de tal cifra ya que a los británicos y a sus indios les interesaría más tener prisioneros que matarlos, porque les servían para posibles canjes de prisioneros o negociar con ellos.

Después de la batalla

Fallecimiento de Leyba y su ascenso a título póstumo

Como vimos, Leyba durante la batalla fue trasladado enfermo de un lado a otro de la torre en una silla de mano sin dejar de dirigir la defensa del fuerte y su artillería. Días después empeoró de su enfermedad y el 8 de junio dictó su Informe de la batalla a Gálvez desde la cama. Ya no se tenía de pie. Luego, el día 10 hizo testamento y el día 20 comunicó a Gálvez que

padecía «la maladie» (probablemente malaria)[54], y que por ello había cedido su cargo de teniente gobernador de forma interina al teniente Francisco Cartabona[55]. Finalmente murió el 28 de junio a las 16:00 horas, un mes después de la batalla, y fue enterrado aquel mismo día por un fraile franciscano capuchino, que era el párroco de San Luis:

> *«En el año 1780, el 28 de junio, yo F. Bernad monje capuchino y misionero apostólico, cura de San Luis, condado de Ilinueses, provincia de Luisiana, obispado de Cuba, he enterrado en esta iglesia, inmediatamente opuesto a la balaustrada de la derecha, el cuerpo de don Fernando de Leyba, capitán de infantería del batallón de la Luisiana, y comandante de este puesto, habiendo recibido todos los sacramentos de nuestra Madre, la Santa Iglesia»*[56].

Su muerte fue muy sentida por su socio Francisco de Vigo, el coronel Pedro Piernas, el capitán Francisco Cruzat (su sucesor como teniente gobernador) y el propio gobernador de Luisiana Bernardo de Gálvez, que le había promocionado para su ascenso a teniente coronel por su gesta heroica. Pero si Leyba fue el artífice de la victoria, también podría decirse que Gálvez contribuyó a la misma dándole el mando del puesto de San Luis, aunque no pudiera darle refuerzos, porque su elección certera salvó San Luis y la Alta Luisiana, y muy posiblemente ningún oficial del Batallón de *Luisiana* hubiera estado a la altura de Leyba en la batalla.

Su esposa, María de la Concepción de César y Martínez Fortú, había fallecido el 6 de septiembre del año anterior, y fue enterrada en la iglesia parroquial junto a la balaustrada del altar mayor, a la derecha. Leyba, lo fue junto a ella[57]. Se dijo que ella había muerto supuestamente de «melancolía» al verse de nuevo arruinada y endeudada como lo había estado antes de marchar a Arkansas. Aunque no lo fue a causa de la pasada ludopatía de su marido, sino debido a que él patrióticamente había entregado todos sus ahorros para la construcción de la torre del fuerte.

Leyba dejó en su testamento un dinero a su madre, viuda y residente en Barcelona. Otra cantidad fue para las Hermanas Ursulinas de Nueva Orleans, con el encargo de que cuidaran en su convento de sus hijas huérfanas, con 11 y 9 años de edad, hasta que un pariente las llevara a España,

---

54 «Maladie» significa «enfermedad» en francés. Por los síntomas debió ser malaria.

55 El teniente Cartabona permaneció en San Luis como teniente gobernador interino y en 1783 fue nombrado gobernador civil de Santa Genoveva.

56 CERVERA MORENO, César: *Ob. cit.,* pp. 16-17.

57 Donde estuvo la iglesia parroquial en aquella época, construida de madera, hoy es un aparcamiento de automóviles y su tumba se ha perdido para siempre.

y también que se encargaran de su hermana Teresa Leyba[58]. También dejó a su socio Francisco de Vigo unos pagarés del comerciante irlandés Oliver Pollock, «cónsul» oficioso del Congreso Continental de Filadelfia en Nueva Orleans, para que los intentara cobrar si Washington ganaba la guerra; pero como Pollock fue encarcelado por sus deudas, los pagarés resultaron «papel mojado»[59].

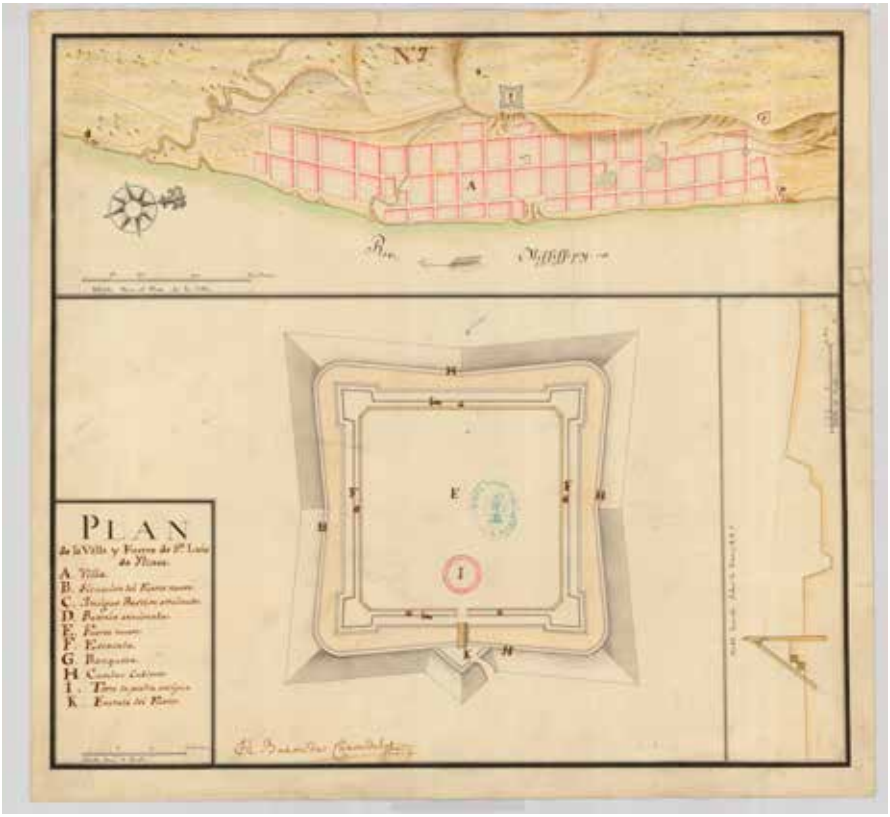


Imagen 4. Archivo General Militar de Madrid. Plano de la villa y Fuerte de San Luis de Illinois. USA 02-12

58 El teniente coronel Clark se presentó en el convento y le pidió a Teresa matrimonio, pero ella le contestó que no podía casarse al haber ya tomado los votos. Años después las hijas se casaron y continuaron su vida en España con sus respectivas familias.

59 Oliver Pollock avalaba al Congreso Continental en sus compras a crédito. Al finalizar la guerra quedó arruinado y sin poder pagar la deuda que él había avalado. Luego, recibió parte del dinero que le adeudaba Virginia, salió de la cárcel, se rehízo bastante económicamente y recuperó su reputación como comerciante en Nueva Orleans.

Como era costumbre en el Ejército español, al quedar solas las hijas de Leyba, sus compañeros del Batallón de *Luisiana* subastaron todos los bienes que él había dejado a sus hijas, excepto el ajuar de su esposa para que ellas lo incorporaran a su dote cuando se casaran. Subastaron todo, hasta su bandurria. Un tal Aurelio Jiménez pagó 3.000 ps. por su casa de Nueva Orleans y por todas las propiedades obtuvieron 5.722 ps.

Un tío de las hijas de Leyba marchó en 1781 a Nueva Orleans a recogerlas en el convento y se las llevó a vivir con él a Cartagena, donde crecieron y con la fama de su difunto padre tuvieron cierta posición social, se casaron y tuvieron mucha descendencia.

Al año siguiente llegaron a la Corte de Madrid las noticias sobre la victoria de la defensa del Fuerte de San Carlos en San Luis, como también de las campañas triunfales de Gálvez en el bajo valle del Misisipi y su conquista de Mobila en el Golfo de México. Por tanto, sin saber Carlos III que Leyba había fallecido, le ascendió a teniente coronel con 45 años de edad, y también a Francisco Cartabona a capitán, a propuesta de Bernardo de Gálvez en reconocimiento y premio a «la vigorosa defensa» que ambos hicieron durante la batalla en San Luis.

Campaña de desprestigio contra Leyba en Luisiana

Como vimos, las relaciones entre Leyba y los colonos franceses no habían sido buenas desde su llegada a San Luis, ya que como administrador había sido muy estricto con la regulación comercial; y, además, habían considerado innecesario crear una milicia y menos aún construir un fuerte cuando aseguraban que jamás serían atacados por los británicos y sus indios aliados.

El tiempo le dio la razón a Leyba y el haber dirigido y protagonizado la defensa de San Luis en el Fuerte de San Carlos le dio la oportunidad de haber podido ganarse la admiración, el respeto y la simpatía del vecindario. Pero con gran torpeza cometió el error de no reconocer formalmente los grandes esfuerzos realizados por la milicia ciudadana que él mismo había formado y que nunca se lo perdonó.

Tras su fallecimiento, el rencor hacia él derivó en una injusta campaña calumniosa y de desprestigio. Le acusaron de no haber hecho nada por proteger a los dueños de las fincas alejadas del Fuerte de San Carlos y a sus esclavos; y, sobre todo, el haber denegado a algunos milicianos sus reiteradas peticiones de salir del fuerte para salvar y perseguir a los indios que torturaron, mataron y descuartizaron a sus prisioneros a vista de todos.

En realidad, y muy a su pesar, Leyba actuó con prudencia y acierto ya que, como antes quedó explicado, había sido un ardid de los Sioux para que los defensores abandonaran las trincheras y salieran del fuerte[60].

César Cervera Moreno explica como tal actitud prudente de Leyba fue caricaturizada en el poema satírico «Chanson de L'Année du Coup» («Balada del año de la sorpresa»), atribuido al comerciante de pieles Jean Baptiste Truteau. Conforme al texto, un mensajero procedente del Fuerte de San Carlos se presentó en Nueva Orleans ante el gobernador Bernardo de Gálvez para informarle todo cuanto había acontecido en San Luis y por qué había sido imposible perseguir a los indios:

«Pero, por orden, se nos prohibió
para salir de la trinchera donde se escondían nuestras filas.
El gobernador responde, en el poema, con sorna
al mensajero:
¿Qué hicieron ellos entonces, pues?
¿Les faltaron a todos los hombres sus almas?
¡Qué, no teníais al gran Leyba!
Dónde estaba el famoso Cartabona;
¡Tu comandante! Dónde estaba él también»[61].

En tal campaña, los colonos franceses llegaron incluso a propagar que Leyba había ordenado disparar a campesinos que desobedecieron su orden de permanecer en el fuerte. Algunos llegaron incluso a decir disparates como que los británicos habían sobornado a Leyba para que no se realizaran salidas del fuerte y que ridículamente el teniente Cartabona sintió miedo durante la batalla y se había escondido en un desván.

Pero la correspondencia entre Leyva y Gálvez demuestra la falsedad de tal ignominiosa campaña. Basta sólo con leer la carta de Leyba fechada el 8 de junio de 1779 en la que le detalla sus esfuerzos para evitar sacrificios económicos al vecindario de San Luis en todo lo posible:

«He colectado 1.000 piastras[62]*. De esta cantidad he puesto 400 de mi propio bolsillo para aligerar la carga de esta pobre gente. Mis propios medios no me permiten hacer esfuerzo mayor porque tengo dos hijas. Estas buenas gentes se han consumido y han hecho lo imposible para conseguir ellos las 600 piastras y además de cerca de 400 jornadas de trabajo»*[63].

60 PRIMM, James N.: *Ob. cit.* pp. 45-46.
61 CERVERA MORENO, César: *Ob. cit.,* p. 19.
62 La piastra era el peso grande de plata europeo. En España era el peso duro o fuerte de ocho reales de plata. Leyba se refiere en su carta a Gálvez al dinero que reunió para la construcción del Fuerte de San Carlos.
63 CERVERA MORENO, César: *Ob. cit.,* p. 19.

Nada podría reprocharse a Leyba, pues dirigió la defensa del Fuerte de San Carlos con acierto, maximizó sus muy escasos recursos ante un ejército enemigo muy superior, actuó con energía y a su vez con prudencia, y dio una gran lección de liderazgo al dirigir la defensa gravemente enfermo, inmóvil y trasladado en silla de manos de un sitio a otro sin desfallecer.

La derrota británica fue clave y necesaria para eliminar la poderosa ofensiva británica lanzada desde el norte, y también para que los españoles siguieran suministrando armas, pólvora, municiones y otros bienes a los rebeldes desde Nueva Orleans a través del Misisipi. En definitiva, primero Gálvez por el sur y después Leyba, más al norte, desbarataron los planes que hicieron los británicos para desalojar a los españoles del Misisipi.

Tal como lo explica Gonzalo M. Quintero, si el ejército de Sinclair con sus guerreros indios aliados de Hesse era muy superior al de Leyba, su derrota se debió a la cohesión y la disciplina mostrada por los defensores frente a la desorganización absoluta de los guerreros indios, y también al buen uso de la escasa artillería española dirigida por Leyba desde lo alto de la torre del Fuerte de San Carlos.

Otro factor importante que decidió la victoria de los españoles fue la forma de combatir de los guerreros indios aliados de los británicos, a los que el contador Martín Navarro llamaba «lobos hambrientos». Aquellos indios eran realmente temidos en un combate realizado en campo abierto, tanto por sus imprevisibles tácticas guerrilleras como por descuartizar a sus prisioneros para aterrorizar a sus enemigos. Sin embargo, les resultaba imposible combatir en un asedio de forma ordenada contra tropas bien adiestradas en una trinchera, parapetadas tras una empalizada o posicionadas en un edificio como la torre del Fuerte de San Carlos. Además, los indios tampoco eran capaces de unir sus tribus para formar un verdadero ejército cohesionado junto al de los británicos, ya que las tribus y los propios guerreros competían entre sí y para atacar lo hacían con rapidez, en pequeñas incursiones y siempre más preocupados en demostrar su valentía personal que en seguir las órdenes de un oficial británico al que estaban bajo su mando.

San Luis, hoy. Recuerdos de la batalla

La campaña de desprestigio contra Leyba influyó en el desinterés y el olvido por la presencia española en la Alta Luisiana y también por la misma batalla. Como excepción a tal olvido hoy en la ciudad de San Luis existe una importante asociación cultural llamada «Fernando de Leyba / St. Charles. MISSOURI», que conmemora anualmente todos los 26 de mayo la victoria

en la batalla del Fuerte de San Carlos con la lectura de los nombres de cuantos entonces perdieron la vida.

Aún existe y se mantiene en pie en San Luis la casa de piedra de Leyba. Pero, aunque se considera un lugar histórico local, resulta curioso que nunca se ha declarado oficialmente patrimonio municipal o estatal.

Además, salvo la asociación cultural, hoy en San Luis apenas hay referencias a la batalla en el callejero. Aunque en el Hotel Marriott de la ciudad, en la intersección de la calle Walnut y la calle 4[64], a medio camino entre el estadio *The Dome at America's Center* de rugby o fútbol norteamericano y el Arco Gateway, hay una pequeña placa de bronce escrita en inglés y en español dedicada al capitán Fernando de Leyba como salvador de San Luis, que explica además que en dicho lugar estuvo el Fuerte de San Carlos:

> *«May 26 1780 - june 17 1946. NEAR THIS SPOT*
> *STOOD FORT SAN CARLOS ERECTED IN 1780, IT WAS ATTACKED MAY 28-1780 BY THE BRITISH & INDIANS & SUCCESS FULLY DEFENDED BY THE SPANISH GARRISON UNDER CAPT FERNANDO DE LEYBA. THIS VICTORY PREVENTED GREAT BRITAIN FROM CAINNING CONTROL OF THE MISSISSIPI VALLEY IN THE LATER YEARS OF THE AMERICAN REVOLUTIONARY WAR.*
> *THIS TABLET WAS PLACED HERE BY THE GENERAL SOCIETY Y SONS OF THE REVOLUTION»*[65].

El capitán Francisco Cruzat, teniente gobernador del Territorio de Ilinueses (Illinois) y sucesor de Leyba, continuó la construcción de la empalizada, bastiones y muros en el Fuerte de San Carlos con dinero enviado por la Corona. Según los arqueólogos locales, el fuerte fue demolido en 1818 y sus restos se hallan exactamente bajo el complejo deportivo de los *St. Louis Cardinals* de béisbol.

También la batalla se recuerda en un magnífico mural del segundo piso del Capitolio Estatal de Misuri. Representa a los guerreros indios Sac y Fox, al mando de los británicos, con mosquetes, arcos y flechas, prepa-

---

64 La zanja de las dos trincheras con un montículo de tierra a modo de parapeto discurría por la actual calle 4, giraba al noreste en el estadio Edward R. Jones Dome y continuaba hasta el río al sur.

65 «28 de mayo de 1780 - 17 de junio de 1946. Cerca de aquí.
El destacamento del Fuerte de San Carlos, erigido en 1780, fue atacado el 28 de mayo de 1780 por británicos e indígenas, y defendido con éxito por la guarnición española al mando del capitán Fernando de Leyba. Esta victoria impidió que Gran Bretaña tomara el control del alto y del bajo valle del Misisipi en los últimos años de la Revolución Americana. Esta placa fue colocada aquí por la Sociedad General de los Hijos de la Revolución (Americana)».
En EE. UU. la Guerra de la Independencia se llama «American Revolution».

rándose para atacar el Fuerte de San Carlos. La pintura la realizó Óscar E. Berninghaus (1874-1952) en 1925.

Fernando de Leyba es Hijo Ilustre de la Ciudad de Ceuta y en marzo de 2019 le dieron allí un homenaje que estuvo organizado por la *Asociación Fernando de Leyba de Ceuta*, el *Centro de Historia y Cultura Militar de Ceuta* y la Comandancia General de Ceuta, al que asistieron la *Asociación de las Hijas de la Revolución Americana en España* (NSDAR-España), la *Asociación de los Hijos de la Revolución Americana en España* (Spain SAR) y el presidente de la Ciudad Autónoma de Ceuta, además de una representación de unidades de la Legión Española y del Cuerpo de Regulares. Durante el acto se inauguró un monumento en forma de placa de bronce sobre un monolito que representa a los EE. UU. en construcción, con la bandera de las Trece Colonias emergiendo de la tierra[66]. Y desde entonces se viene realizando un gran esfuerzo en Ceuta para reivindicar la figura del ceutí Fernando de Leyba y también para dar a conocer su heroica gesta dirigiendo la defensa de San Luis desde la torre del Fuerte de San Carlos aquel histórico 26 de mayo de 1780.

II. LA TOMA DEL FUERTE DE SAN JOSÉ EN MICHIGAN

Antecedentes

Fuerte de San José, 1691-1780

Claude-Jean Allouez fundó en 1680 la misión jesuita de Saint Joseph en la región del Pays d'en Haut (hoy en el estado de Michigan), en la confluencia de los caminos indios de Old Sauk Trail y Grand River Trail, a orillas del río Saint Joseph y próxima al lago Michigan, en la región de los Grandes Lagos de la América del Norte. Unos años después, comerciantes de pieles y misioneros franceses construyeron Fort Saint Joseph (en lo sucesivo Fuerte de San José) en 1691 para proteger y controlar las rutas comerciales indígenas[67].

En 1754, el capitán Louis Coulon de Villiers era comandante de este pequeño fuerte francés con 10 soldados de guarnición, además de sus familias, personal auxiliar y un sacerdote católico. Aunque años después en

[66] Cristóbal Tejón, policía y escritor, publicó en 2018 su novela *La Llave olvidada*, protagonizada por Fernando de Leyba.

[67] La construcción de fuertes era una forma de colonización, que suponía ir ganando y controlando nuevos territorios mediante el comercio con las tribus indias.

1761, en el transcurso de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), este fuerte fue ocupado por los británicos y permanecerá en su poder.

Vimos como en el plan estratégico inicial de Lord Germain se suprimió el ataque por el sur y cómo el ataque por el norte de la Luisiana fracasó al ser los británicos derrotados en el Fuerte de San Carlos el 26 de mayo de 1780. Para los británicos tal derrota hirió su orgullo y mermó su prestigio, como también supuso no poder conquistar la Luisiana española y expulsar a españoles y norteamericanos del Misisipi. Por eso, los británicos planearon otra fuerte ofensiva para la primavera de 1781, una vez pasado el crudo invierno que paralizaba cualquier acción militar. En consecuencia, si hasta entonces el Fuerte de San José se había empleado para suministrar armas, pertrechos y víveres a cualquier tropa británica que pasara por su zona, como también a los guerreros Patawami, Miami y de otras tribus aliadas, pasó a tener un enorme valor al convertirse en el almacén de la fuerza que iba a conquistar San Luis pasado el invierno.

Francisco Cruzat y la organización de la expedición

Tras la muerte de Fernando de Leyba, el 28 de junio de 1780, el teniente Cartabona había asumido el cargo interino de teniente gobernador de la Alta Luisiana. Luego, en septiembre, el entonces teniente coronel Francisco Cruzat[68] fue nombrado teniente gobernador en 1780 y marchó a San Luis con refuerzos militares y suministros abundantes. Al llegar, una delegación vecinal le exigió una compensación por los servicios prestados en la defensa de San Luis al haberse arruinado como Leyba con la entrega de 600 ps. para la construcción del Fuerte de San Carlos.

Ante los rumores de que habría una nueva ofensiva británica en la primavera de 1781 contra San Luis, Cruzat ordenó construir lo que faltaba de la empalizada perimetral del Fuerte de San Carlos.

Por otra parte, los colonos rebeldes norteamericanos de Cahokia, del lado este del Misisipi, realizaron dos expediciones de saqueo. Una de ellas se formó aquel año 1780 con pocos más de 20 hombres; y al mando de Jean-

[68] Francisco Xavier Cruzat marchó a la Luisiana con O'Reilly en 1769. Sucedió a Fernando Piernas como teniente gobernador de la Alta Luisiana en 1775-1778. En 1779 combatió con Gálvez en Baton Rouge y a principios de 1778 ascendió a teniente coronel. Reelegido teniente gobernador de la Alta Luisiana tras fallecer Leyba en 1780 hasta 1787. En enero de 1781 envió la expedición que tomó el Fuerte de San José junto al lago Michigan y en 1789 fue gobernador interino de la Florida Oriental. CHRISTENSEN, Lawrence O.; FOLEY, William E. y KREMER, Gary (1999): *Dictionary of Missouri Biography.* University of Missouri Press, pp. 223-224.

Baptiste Hamelin y su segundo el teniente Thomas Brady, tomó al asalto el Fuerte de San José. Pero luego, poco después de su conquista, el teniente británico Dagreaux Du Quindre al mando de guerreros indios aliados de la zona y algunos hombres armados canadienses dieron alcance a la partida de Hamelin en una salida, cerca de Petit Fort, y mataron a todos sus hombres. Por tanto, los británicos recuperaron el fuerte.

Poco después El Heturno[69] y Naquinguen, jefes de los Potawatomi y de los Milwaukee, respectivamente, y aliados de los españoles, viajaron durante 5 días a San Luis y el 26 de diciembre informaron a Cruzat sobre la muerte de Hamelin y los suyos, y le pidieron ayuda para hacer algo contra los británicos.

Cruzat contrastó las informaciones que disponía con la de los dos jefes indios y aceptó su petición. Pero no lo hizo como represalia por el ataque de los británicos a San Luis del pasado 26 de mayo de 1780, tal como se ha repetido tantas veces. En realidad, estos fueron sus dos motivos:

1. Destruido el Fuerte de San José, el ataque a San Luis se paralizaría o se abandonaría, que fue lo que sucedió después.
2. Creyó necesario mostrar a los indios que desde San Luis dominaba la zona del río Illinois, pudiendo atacar cuando quisiera el fuerte y regresar sin oposición alguna. Un claro mensaje para separar a los británicos de sus tribus aliadas, para luego establecer con ellas nuevas alianzas y comerciar.

Para los españoles las relaciones con las tribus indígenas eran necesarias para el comercio y la propia seguridad y defensa. Si San Luis no necesitó ninguna fortificación hasta que Leyba construyó el fuerte ante el casi inminente ataque británico, fue porque bastaba sólo con mantener alianzas con las tribus indias y restar tribus aliadas a los británicos.

Pero ¿por qué Cruzat envió una expedición a la zona de los Grandes Lagos, cuando en invierno todas las operaciones militares se suspendían necesariamente por las condiciones meteorológicas? Todo hace pensar que los británicos planearon su ofensiva en la primavera para no soportar las bajas temperaturas del invierno infernal, unidas a los terribles vientos del norte, la nieve y el hielo. Por tanto, creyó que su expedición podría tomar el fuerte por sorpresa porque nadie podría imaginar un ataque.

Cruzat organizó la expedición y dio el mando a Eugenio Pouré (o Pourré), un comerciante de pieles de San Luis, capitán de la 2ª Compañía de

[69] Los españoles le llamaron El Heturno, transliteración de la voz francesa "étourneau", que significa "estornino" (Sturnus vulgaris) y que es un ave de plumaje negro. "Blackbird", en inglés.

Milicias (fundada por Fernando Leyba) y exinfante de marina francés. Tal fuerza expedicionaria la compusieron 140 soldados milicianos voluntarios, incluyendo al alférez Charles Tayon y al intérprete Louis Chevalier, y 61 guerreros voluntarios de las tribus Oto, Sotú y Potawatomi[70]. Pouré era además patrón de «bateaux» dedicados al traslado de armas, pólvora y municiones desde Nueva Orleans hasta San Luis para los rebeldes norteamericanos a través del Misisipi.

Una travesía heroica

La expedición partió de San Luis el 2 de enero de 1781 en canoas, remontó el río Misisipi y a unas 30 leguas francesas (120 km) llegó a la desembocadura de su afluente el Illinois (Ilinueses para los españoles). Pouré y sus hombres navegaron luego por el Illinois realizando un largo recorrido por el territorio de Ilinueses o Illinois, advirtiendo el aumento del frío y la progresiva congelación del agua. Al llegar a Dunns Bridge (hoy en el estado de Indiana), tomaron dirección noroeste hacia su destino final.

Tras 900 km de travesía en canoa, los expedicionarios hallaron helado el curso alto del Illinois, por lo que escondieron sus canoas y parte de sus provisiones para el regreso, y continuaron avanzando a pie los 320 km restantes con enormes dificultades por el fuerte viento, la nieve, el hielo y un frío aterrador. Fue una travesía épica y muy peligrosa en su último tramo ante el riesgo de congelación, agotamiento e incluso perderse en la nada sin mapas, a través de extensos territorios despoblados e incluso algunos apenas explorados.

En su trayecto a pie, la expedición terminó de remontar el río Illinois y su afluente el Kankakee, para luego cruzar el pequeño paso que unía el inmenso valle del Misisipi con el valle de la cuenca del lago Michigan, que a su vez desagua en el río San Lorenzo, y éste por la parte de Canadá en el Atlántico. Este paso, próximo al lago Michigan y al Fuerte de San José, era muy conocido y empleado por las tribus indias de la zona.

El 11 de febrero de 1781, después de algo más de un mes de travesía y de recorrer unos 1.200 km en unas condiciones casi al límite, Pouré y sus hombres llegaron a la orilla del lago Michigan opuesta a la otra orilla, que es donde desemboca el río San José y estaba próximo el fuerte[71].

[70] CHRISTENSEN, Lawrence O.; FOLEY, William E. y KREMER, Gary (1999): *Ob. cit.,* p. 224.

[71] El Fuerte de San José no estaba en la otra orilla del lago Michigan como asegura la mayoría de los historiadores, aunque tampoco lejos. Hoy estaría a unos 30 km del lago por carretera.

Los indios Potawatomi estaban entonces divididos en dos grupos: el grupo aliado de los británicos, que acampaba cerca del fuerte y daba protección a los pocos europeos de su guarnición; y el grupo aliado de los españoles, franceses y norteamericanos, cuyo jefe era El Heturno. Por eso el capitán Pouré envió a uno de sus guerreros Potawatomi para pactar con los Potawatomi aliados de los británicos que no intervinieran cuando se produjera el ataque al día siguiente a cambio de la mitad del botín que se obtuviera. Por tanto, el objetivo de Pouré fue tomar el fuerte al asalto y por sorpresa, sin combate y a ser posible sin ninguna baja.

La toma del Fuerte de San José, en Michigan

Pouré toma posesión del fuerte el 12 de febrero de 1781

El Fuerte de San José tenía un difícil acceso por estar construido sobre el río San José como en un islote rodeado de agua, resultando imposible acercarse de día sin ser visto. La noche del día 11 de febrero, al abrigo de la oscuridad, Pouré y sus hombres sorprendieron a los centinelas de guardia, sin que éstos fueran alertados por sus indios aliados. Antes de su captura, sólo pudieron hacer dos disparos.

Pouré y sus hombres habían surgido como de la nada y cuando fueron vistos ya se encontraban a sólo unos pasos con la bayoneta calada en sus mosquetes. Luego, entraron en el fuerte con tal rapidez que no dieron tiempo a que los defensores pudieran coger sus armas.

Al amanecer del día siguiente, 12 de febrero, el fuerte permanecía en calma y lo controlaba el capitán Pouré con los británicos desarmados y presos en una dependencia. Supo entonces que no había tenido ninguna baja, mientras que los británicos habían tenido dos al producirse el ataque y que eran dos soldados abatidos al intentar escapar.

Luego, a las 7:00 de la mañana, Pouré ordenó plantar su bandera blanca con la cruz de San Andrés en la explanada central del fuerte, mientras su tropa presentaba armas. Acto seguido, con gran solemnidad y en nombre del rey Carlos III, levantó y firmó con varios testigos el acta de la toma de posesión del fuerte, y que incluía todo el territorio de la cuenca del Illinois y la de San José, por tanto, todo el sur de los Grandes Lagos, que era la zona del este del Misisipi[72]. Después, Pouré ordenó arriar la bandera de la *Union Jack* del fuerte; distribuyó los víveres que halló entre sus hombres;

[72] El acta original se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Berkley, en California.

y repartió el botín de guerra que había prometido a los indios que le habían acompañado en la expedición y también a los Potawatomi con quienes había negociado su neutralidad en el asalto al fuerte.

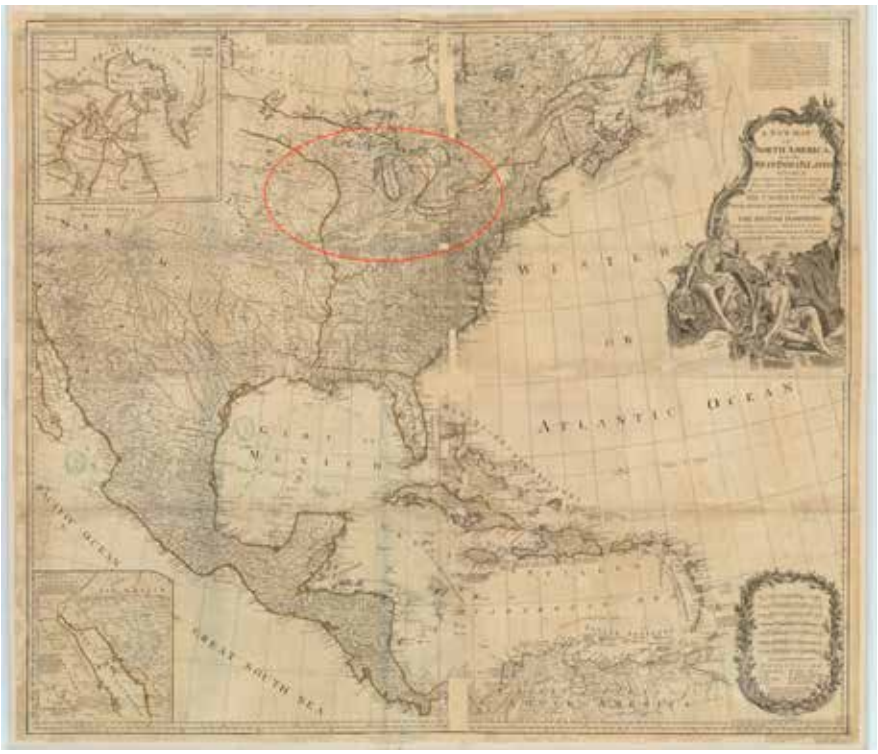


Imagen 5. Archivo General Militar de Madrid. Curso norte del Misisipi. AME 01-04

Tras el saquear las dependencias del fuerte y destruir todo lo que no iban a transportar, los expedicionarios lo incendiaron dejándolo en ruinas y partieron de regreso aquel domingo 13 de febrero siguiendo la misma ruta empleada en su travesía de ida. Pouré rehusó la posesión del fuerte y prefirió abandonarlo en ruinas porque a España no le interesaba poblar aquel territorio que estaba fuera del valle del Misisipi. Ya que, a nivel estratégico, España sólo quería poseer el Golfo de México y proteger el valle del Misisipi por sus importantes funciones: ser el eje del centro de Norteamérica y la ruta fluvial desde Nueva Orleans hasta San Luis, desde donde si se cruzaba a la otra orilla se llegaba a Fort Pitt (hoy Pittsburg, en Pensilvania); y a través de él se llevaba desde Nueva Orleans toda la ayuda a los rebeldes norteamericanos del general George Washington.

Horas después de partir Pouré y sus hombres, Louis-Césaire Dagneau Douville de Quindre, comerciante de pieles y coronel de milicia británico, llegó al fuerte con una tropa para reconquistarlo, pero lo halló en ruinas y deshabitado. A continuación, quiso perseguir a los de Pouré y los Potawami debieron de quedar muy satisfechos con su mitad del botín, porque indicaron a los británicos la ruta opuesta a la que había tomado Pouré y se negaron a unirse a la persecución. De ahí que el oficial británico desistiera de perseguirle y se retiró[73].

Después de la toma de Fuerte de San José

El capitán Eugenio Pouré llegó a San Luis el 6 de marzo tras algo menos de un mes de travesía y sin incidentes. Al personarse ante Francisco Cruzat, le hizo entrega de la bandera británica del Fuerte de San José y también de una bandera española que había sido arrebatada por los británicos en su ataque a San Luis el 26 de mayo del año anterior.

La toma del fuerte, tras la odisea de la expedición a lo largo de 700 km sobre la nieve y el hielo, supuso para España el control de todo el gran río Misisipi desde la frontera con el Canadá hasta el Golfo de México, así como su dominio a ambos márgenes del río y marcando una nueva frontera en el corazón de Norteamérica.

Con el ataque al Fuerte de San José, Francisco Cruzat, teniente gobernador de la Alta Luisiana[74], fue quien organizó el mayor movimiento ofensivo español realizado en el alto valle del Misisipi durante toda la Guerra de Independencia de EE. UU. En su informe al gobernador Bernardo de Gálvez, justificó la expedición y la toma del fuerte como una acción necesaria para mostrar la fortaleza de España en Luisiana ante las tribus aliadas de los británicos; y también, para disuadir a los británicos de hacer nuevos ataques contra los dominios españoles del otro lado del Misisipi. Precisamente, tras la conquista del fuerte, los británicos no hicieron ninguna expedición contra los españoles en Norteamérica.

El Fuerte de San José, hoy

La toma de Fuerte de San José tuvo años después un gran impacto en la negociación de las fronteras entre España y EE. UU., tal como lo demues-

[73] PRIMM, James Neal (1998): *Ob. cit.*, pp. 26-34.

[74] El 27 de noviembre de 1787, Cruzat cesó en su cargo de teniente gobernador y le sucedió el capitán Manuel Pérez. Tras un nuevo ascenso, Cruzat recibió el mando del recién creado Tercer Batallón de Pensacola, Florida, donde falleció en 1790.

tran la correspondencia de Benjamín Franklin desde París y una disputa diplomática que se alargó durante muchos años.

Aunque las negociaciones del conde de Aranda en París aseguraron en 1783 la soberanía de España en todo el territorio situado al oeste del río Wabash en 1782, el 27 de octubre de 1795 España y EE. UU. firmaron el Tratado de San Lorenzo[75] por el que se definieron las fronteras entre EE. UU. y los territorios españoles en Norteamérica, y se regularon los derechos de navegación por el Misisipi. España renunció entonces a reclamar las tierras situadas al este del Misisipi, y, por tanto, el Fuerte de San José cayó en desuso, fue abandonado y desapareció por completo.

En 1998 se realizaron trabajos arqueológicos que localizaron donde estuvo el fuerte, su estructura y edificios principales, y se hallaron además objetos que testimonian la misión de los padres jesuitas que precedió al propio fuerte. Con los restos del fuerte se hizo el Fort St. Joseph Museum, en el que se resalta que fue el último fuerte de Michigan que estuvo bajo las banderas de cuatro naciones: Francia, Gran Bretaña, España y EE. UU.

LAS CONSECUENCIAS

Consecuencias de la batalla del Fuerte de San Carlos. 26 de mayo de 1780

La defensa del Fuerte de San Carlos en San Luis no fue en realidad una batalla, ni tampoco pudo serlo con tan pocas bajas en ambos bandos contendientes. Sin embargo, tal combate o encuentro armado tuvo consecuencias muy importantes:

1. La victoria evitó que Gran Bretaña tomara el control del Misisipi en los últimos años de la Guerra de la Independencia de EE. UU.
2. Ambas riberas del Misisipi y los destacamentos españoles de San Luis a Nueva Orleans quedaron a salvo, igual que Virginia ante un posible ataque británico por el oeste en gran escala.
3. Quedaron asegurados los abundantes suministros que continuamente enviaban los españoles al general Washington desde Nueva Orleans a través del río Misisipi.
4. Permitió acciones posteriores de represalias contra los indios aliados de los británicos en la zona de la Peoria (Sonora), Illinois y el río Rock, que a partir de entonces enterraron el hacha de guerra y se hicieron neutrales.

[75] El Tratado de San Lorenzo también es conocido como Tratado de Pinckney, de Madrid o de Amistad, Límites y Navegación.

5. Con las fuerzas del general Campbell contenidas en Panzacola, la heroica defensa del Fuerte de San Carlos en San Luis permitió al general Bernardo de Gálvez, gobernador de Luisiana, concentrar todos sus esfuerzos en su próxima campaña militar contra dicha plaza en la Florida Occidental.

Consecuencias de la toma del Fuerte de San José en Michigan, 1781

1. La toma del Fuerte de San José se anticipó al ataque británico a San Luis planeado para la primavera de 1781. Anuló el plan y no se produjo.
2. Los británicos desistieron a realizar nuevos ataques desde el Canadá contra la Alta Luisiana y su capital San Luis.
3. La toma y destrucción del Fuerte de San José no sólo benefició a la Luisiana española, sino también a los norteamericanos.
4. La toma del fuerte evitó que los británicos poseyeran el río Misisipi, quedando entonces un frente abierto durante el resto de la guerra, lo que distrajo a los británicos en la defensa de sus colonias atlánticas.
5. Cruzat justificó a Gálvez la toma del fuerte, indicando que era necesario parecer fuertes ante las tribus aliadas de los británicos e impedir o prevenir ataques británicos contra los territorios españoles situados al otro lado del río Misisipi.

Consecuencias posteriores

La derrota de los británicos en San Luis y la posterior toma del Fuerte de San José en el frente occidental de la guerra en la América del Norte hicieron que los británicos renunciaran a la conquista de la inmensa Luisiana. Además, tales reveses tuvieron también una gran importancia en el curso de la guerra, porque las tribus se hicieron cada vez más reacias a cooperar con los británicos en acciones militares contra los colonos rebeldes norteamericanos y los españoles.

Las noticias sobre la toma del Fuerte de San José llegaron a la Corte de Madrid con gran retraso por su trayecto obligado y las largas distancias. Francisco Cruzat se encargó de redactar el informe de la conquista del Fuer-

te de San José cuando la expedición de Eugenio Pouré regresó a San Luis el 6 de marzo de 1781. Luego, Cruzat lo envió a Bernardo de Gálvez, gobernador de Luisiana y su jefe más próximo. Al recibir Gálvez el informe en Nueva Orleans, se lo reenvió a Juan Manuel de Cagigal y Monserrat, capitán general de Cuba, puesto que la Luisiana dependía del gobierno de la Capitanía General de la Isla de Cuba. Y finalmente, Cagigal envió el informe desde La Habana al rey Carlos III. Por eso, si el informe se redactó el 6 de marzo de 1781, tardó en llegar a manos del monarca y fue publicado el 12 de marzo de 1782 en la *Gaceta de Madrid,* cuando habían pasado trece meses desde que el capitán Purré y sus hombres tomaron el fuerte.

Como cada vez se veía más claro que al término de la guerra nacería una nueva nación con fronteras, el informe publicado en la *Gaceta de Madrid* comenzó a tratarse en todas las cancillerías europeas y también en París a nivel diplomático. Benjamín Franklin, embajador del Congreso de Filadelfia en París escribió alarmado a Robert Livingston, secretario de Estado (1781-1783), para informarle que España había tomado posesión del Fuerte de San José, situado al este del Misisipi y por tanto fuera de la Luisiana española, y lo hizo con el único deseo de encerrar a EE. UU. en los Apalaches. Para el célebre inventor y diplomático norteamericano, el que Carlos III reclamara mediante el conde de Aranda, su embajador y negociador en París, un territorio al este del Misisipi, en la zona del río Illinois y cerca del Ohio, suponía una futura y muy seria amenaza al impedir la expansión de la futura nación norteamericana hacia el oeste.

En las negociaciones de París, el conde de Aranda aseguró para España la soberanía del territorio situado al oeste del río Wabash en 1782. Pero la toma del Fuerte de San José impactó de lleno en la disputa y también en las largas negociones que España y EE. UU. mantuvieron después sobre el establecimiento de sus fronteras y los derechos de navegación por el río Misisipi, que se alargaron durante años. Las decisiones no se cursarán hasta la firma del Tratado de San Lorenzo o de Pinckney por España y EE. UU. el 27 de octubre de 1795 en el Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial, en el que España renunció a cualquier reclamación de tierras al este del río Misisipi.

FUENTES EMPLEADAS

BIBLIOGRAFÍA

CALLEJA LEAL, Guillermo y Gregorio (2016): *Gálvez y España en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos.* Valencia, CESEDEN-CEHISMI y Albatros Ediciones (edición en inglés: *Gálvez and Spain in the American Revolution*).

CALLOWAY. Collin G. (2006): *The Scratch of a Pen: 1763 and the Transformation of North America.* Oxford University Press.

CARDELÚS, Borja (2007): *La huella de España y de la cultura hispana en los Estados Unidos.*

CAZORLA GRANADOS, Frank (2019): *El gobernador Luis de Unzaga (1717-1793) Precursor en el nacimiento de los EE. UU. y en el liberalismo.* Fundación Málaga / Ayuntamiento de Málaga.

CHRISTENSEN, Lawrence O.; FOLEY, William E. y KREMER, Gary (1999): *Dictionary of Missouri Biography.* University of Missouri Press.

DICK, Jimmy: «The Battle of St. Louis». *Journal of the American Revolution*. February 10, 2014.

FERREIRO, Larrie D. (2009): *Hermanos de armas. La intervención de España y Francia que salvó la independencia de Estados Unidos.* Madrid, Desperta Ferro Ediciones.

GILMAN, Carolyn (2009): «L'Année du Coup: The Battle of St. Louis, 1780. Part 2». *Missouri Historical Review* (2009), 103, 4, pp. 195-211.

KINNAIRD, Lawrence (1949): *Spain in the Mississippi Valley, 1765-1794.* U.S. Government Printing Office.

KINNAIRD, Lawrence (1932): «The Spanish expedition against Fort St. Joseph in 1781, a new interpretation by…». *Oxford University Press. The Mississippi Valley Historical Review.* Vol. 19, Nº 2 (September, 1932).

KLING (Jr.), Stephen L.; SJOSTROM, Kristine L. y LÓPEZ, Marysia T. (2017): *The battle of St. Louis, the attack on Cahokia, and the American Revolution in the West.* THGS Publishing. Stephen L. Kling es descendiente de un defensor de San Luis.

LEVAGGI, Abelardo (1993): «Los tratados entre la Corona y los indios, y el plan de conquista pacífica». *Revista Complutense de Historia de América,* pp. 19, 81.

LÓPEZ VÁZQUEZ, Ascensión (2021): *Antonio de Ulloa: un marino científico entre España y América.* Tesis doctoral de la Universidad de Cádiz. Dirigida por Manuel Bustos Rodríguez.

MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando y CANALES TORRES, Carlos: *Banderas lejanas (2009): la exploración, conquista y defensa por España del territorio de los actuales Estados Unidos*. Madrid, EDAF.

McCOY, Daniel (1907): *Old Fort St. Joseph, or Michigan under four flags.* Wynkoop Hallenbeck Crawford Company, state printers.

NESTER, William R (2004): *The Frontier War for American Independence.* Mechanicsburg, PA: Stackpole Books.

PRIMM, James Neal (1998): *Lion of the Valley: St. Louis, Missouri, 1764 - 1980.* St. Louis, Boulder: Pruett Publishing.

QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M. (2021): *Bernardo de Gálvez: un héroe español en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica.* Madrid, Alianza Ensayo.

RICKEY, Don Jr. (1960): «The British-Indian Attack on St. Louis, May 26, 1780». *Missouri Historical Review* 55 (1), pp. 35-45.

RICKEY, Don, Jr. (1977): «The British-Indian Attack on St. Louis, May 26, 1780». En CURTIS SKAGGS, David, ed. (1977): *The Old Northwest in the American Revolution: An Anthology*. Madison, Wisconsin: The State Historical Society of Wisconsin.

TORRES RAMÍREZ, Bibiano (1969): *Alejandro O'Reilly en las Indias*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC. Escuela de Estudios Hispano-americanos.

TRILLO, Manuel (2025): *La conquista española olvidada*. Barcelona, Editorial Crítica.

VAN RAVENSWAAY, Charles (1991): *St. Louis: An Informal History of the City and Its People, 1764-1865*. St. Louis, MO: Missouri History Museum.

ZOBEL, Hiller B. (1970): *The Boston Massacre.* New York, W.W. Norton & Co.

INTERNET

CERVERA MORENO, César: «Fernando de Leyba. El ceutí que cambió la Guerra de la Independencia americana». *Ministerio de Defensa, Dirección General de Política de Defensa, The Hispanic Council*. Disponible en: https://www.hispaniccouncil.org/wp-content/uploads/THC-Fernando-de-Leyba-DIGITAL.pdf

Última consulta: 21/11/2025.

GUERRERO ACOSTA, José Manuel: «San Luis, Misuri». *Desvelando Memorias*.

Disponible en: https://www.unveilingmemories.com/es/lugares/san-luis-misuri/

Consultado el 18 de diciembre de 2025.

LUIS MAURICIO: «Fernando de Leyba Vizcaigaña (1734-1780)». Artículo de prensa en *El Pueblo de Ceuta.es*, 6-04-2021. Disponible en: https://elpueblodeceuta.es/art/13593/fernando-de-leyba-vizcaigana-17341780

Última consulta: 25/01/2026.

LUIS MAURICIO: «De los comandantes y tenientes del Rey de la Alta Luisiana Española (1762-1803) a la Independencia de Luisiana». Artículo de prensa en *El Pueblo de Ceuta.es*, 30-06-2025. Disponible en: https://www.elpueblodeceuta.es/art/109244/de-los-comandantes-y-tenientes-del-rey-de-la-alta-luisiana-espanola-1762-1803-a-la-independencia-de-luisiana

Consultado el 15/12/2025.

MASCARÓ MUNAR, Jaime (2025). «Conquista del fuerte inglés de San José (1781)». *España en la Historia.* 13 de junio de 2025. Disponible en: https://espanaenlahistoria.org/episodios/conquista-del-fuerte-ingles-de-san-jose-1781/

Consultado el 26/11/ 2025.

QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M. (2015): *Bernardo de Gálvez y América a finales del siglo XVIII.* Tesis doctoral de la Universidad Complutense de Madrid. OCLC 922080373. Directora de la tesis: Sylvia Lyn Hilton. Fecha de accesibilidad: 18-06-2023. Publicada en abierto.

Disponible en https://docta.ucm.es/entities/publication/b0c87b55-132e-4c5b-8da5-3c6a83a3a584/full

Última consulta: 03/02/2026.

Revista de Historia Militar
I extraordinario de 2026, pp. 255-286
ISSN: 0482-5748
RHM.06
https://doi.org/10.55553/504nkf070106

ALGO MÁS QUE DINEROS. LA CONTRIBUCIÓN ECONÓMICO-FINANCIERA ESPAÑOLA A LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL[1]

RESUMEN

El presente ensayo es una síntesis que busca comprender los flujos económico-financieros subyacentes a las operaciones político-militares de nuestro país en la Guerra Anglo-Española de 1779-1783, unas contribuciones a las Trece Colonias –que no ayudas– materializadas principalmente en forma de empréstitos u otras fórmulas mercantiles y que se mostrarían decisivas en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de América (1775-1783).

Aquellos hombres [de la Ilustración española] ya se sentían despegados del pasado y penetrando en el futuro, orgullosos de su tiempo y alardeando del «espíritu del siglo».
(América en el siglo XVIII, 2, Demetrio Ramos)

[1] Licenciado en CC Económicas y Empresariales por la Universidad de Alcalá de Henares (UAH). Colaborador del Instituto de Historia y Cultura Militar (IHCM).

Creo que no hay otro país en el mundo civilizado que se ocupe menos de la filosofía que los Estados Unidos. […] En los Estados Unidos no se suele decir que la virtud sea bella: se afirma que es útil.
(La democracia en América, II, Alexis de Tocqueville)

Lo que es prudente en la conducta de una familia nunca será locura en la de un gran reino. […] El comercio, que debería ser entre las naciones lazo de unión, se ha vuelto en campo fértil para la animosidad.
(La riqueza de las naciones, Libro IV, Adam Smith)

PALABRAS CLAVE: Ilustración. Virreinatos. Trece Colonias. *La riqueza de las naciones*. Guerra de los Siete Años (1756-1763). La Luisiana. Florida. Misisipi. Jamaica. Fisiocracia. Agronomía. Comercio ultramarino. Banco de San Carlos. Juan Francisco de Saavedra. Costes de la contienda. Guerra Anglo-Española (1779-1783).

ABSTRACT

This essay is a synthesis that seeks to understand the economic and financial flows underlying the political and military operations of our country in the Anglo-Spanish War of 1779-1783, contributions to the Thirteen Colonies –not aid– materialized primarily in the form of loans or other commercial arrangements, and which would prove decisive in the American Revolutionary War (1775-1783).

Those men [of the Spanish Enlightenment] already felt detached from the past and penetrating the future, proud of their time and boasting of the "spirit of the age".
(America in the 18th Century, 2, Demetrio Ramos)

I believe there is no other country in the civilized world that is less concerned with philosophy than the United States. [...] In the United States, virtue is not usually said to be beautiful; it is said to be useful.
(Democracy in America, II, Alexis de Tocqueville)

What is prudent in the conduct of a family will never be folly in that if a great kingdom. [...] Trade, which should be a bond of union among nations, has become a breeding ground for animosity.
(The Wealth of Nations, Book IV, Adam Smith)

KEYWORDS: Enlightenment. Viceroyalties. Thirteen Colonies. The Wealth of Nations. Seven Years' War (1756-1763). Louisiana. Florida. Mississippi. Jamaica. Physiocracy. Agronomy. Overseas trade. Bank of San Carlos. Juan Francisco de Saavedra. Costs of the war. Anglo-Spanish War (1779-1783).

*****

PREÁMBULO

Si la economía siempre ha estado en el subyacente que explica realmente las guerras –sus orígenes, su desarrollo, sus consecuencias–, lo cierto es que la conflagración de la que nacerían los Estados Unidos de América (1775-1783) marcó un antes y un después en la financiación de los conflictos. A partir de entonces, y en adelante más que nunca, ningún ejército o armada podría levantarse ni sostenerse sin la concurrencia de titánicos esfuerzos económico-financieros, públicos y privados, soberanos o comanditarios, lo que apenas unas décadas más tarde llevaría a exclamar acertadamente a Napoleón Bonaparte que las guerras se ganan gracias a la acción de tres elementos: «Dinero, dinero… y dinero».

Porque fue en la segunda mitad del siglo XVIII, como consecuencia de las corrientes de pensamiento económico insertas en el fenómeno de la Ilustración, cuando se desarrollaron los planes racionalizadores de explotación agronómica tendentes a un incremento en la productividad de las tierras como no se había experimentado desde tiempos remotos. El cúmulo de adelantos tecnológicos que esta «mecanización» primigenia conllevó, unido al incipiente éxodo rural que el fenómeno llevaba aparejado, propiciarán no sólo la modernización del sector primario sino el nacimiento de una Revolución Industrial que comenzará a desplegar sus más portentosos adelantos en el siglo XIX. Lo que a su vez resultará en la aparición de nuevos modelos comerciales y redundará muy elocuentemente en la eclosión de la economía financiera tal y como la entendemos actualmente vía bolsas de valores u otros mercados financieros, bancos centrales y nuevos activos en la panoplia de la oferta monetaria, esa sangre que riega el cuerpo de la economía real. Aunque el dinero no lo es todo en economía, sin dinero nada es posible en ella. Y aunque la economía no explica toda la Historia (lo que supondría

incurrir en una concepción materialista), sin ella no es posible comprender cabalmente los hechos pretéritos. De ahí el título de este trabajo, «Algo más que dineros»: sin economía real no hay economía financiera, pero sin economía financiera no puede existir realmente la economía productiva.

Si la España de Carlos III, ya no hegemónica pero todavía ciertamente poderosa, contribuyó militarmente de forma fundamental a la emancipación de las Trece Colonias norteamericanas gracias entre otras a las brillantes campañas de Bernardo de Gálvez, también lo hizo en términos financieros, pues no en vano aún controlaba de forma casi indiscutida el flujo de los metales preciosos que todavía en aquellos tiempos respaldaban la emisión y la circulación de cualquier moneda: oro, plata y cobre, *pecunia nervus belli*. Por supuesto, y como ocurrió en el caso de otras potencias de la época, toda esta ayuda no fue altruista, sino que nuestro país buscaba satisfacer sus propios objetivos, intereses y necesidades… arreglando de paso cuentas pendientes con su ya eterna rival, Gran Bretaña, especialmente en lo tocante al contencioso de Gibraltar, «esa espina extranjera clavada en nuestra propia carne» al decir de Miguel de Unamuno.

El presente trabajo es un ensayo sintético que busca comprender los flujos económico-financieros subyacentes a las operaciones político-militares del periodo en la inteligencia de que tanto el público español como el estadounidense comprendan cuán cruciales fueron aquellos apoyos[2].

I. EL SIGLO DE LA ILUSTRACIÓN. CONSIDERACIONES ECONÓMICO - FINANCIERAS

La riqueza de un pueblo no consiste en el fausto de unos pocos, sino en las conveniencias de muchos.
Francisco Cabarrús

Si la famosa sentencia de Karl von Clausewitz contenida en *De la Guerra* resulta casi axiomática –«la guerra es la continuación de la política por otros medios»–, de alguna manera podría añadirse, antecediéndola, otra que afirmara que «la política es la continuación de la economía por otros

[2] Aunque esta guerra tuvo diferentes teatros de operaciones en la propia América, pero también en Europa, el Mediterráneo y Asia, nos centraremos en este artículo principalmente en el escenario en que mayores fueron las contribuciones económicas y militares españolas a la independencia de EE. UU (Luisiana, Florida, el Caribe y Centroamérica). Por lo mismo, como cúmulo de conflictos que fue aquella conflagración, trataremos especialmente la denominada Guerra Anglo-Española (1779-1783), dotada de sus propios contornos, dinámicas y peculiaridades.

medios». Porque la economía constituye las aguas profundas del océano de la historia, la política sus pleamares y la guerra el oleaje que se enfurece de tiempo en tiempo.

Aproximadamente tres meses antes de la declaración de independencia de los Estados Unidos proclamada en Filadelfia el 4 de julio de 1776, las prensas de Londres daban a la luz en dos tomos un libro fundamental, en realidad el primer tratado de economía moderno: *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, más conocido sencillamente como *La riqueza de las naciones*. Su autor, un profesor de lógica y de filosofía de la Universidad de Glasgow llamado Adam Smith, quien «no sólo fue la referencia fundamental de la escuela clásica de economía, que agrupa a figuras como Malthus, Say, Ricardo, John Stuart Mill e incluso Karl Marx. Desde entonces hasta hoy los economistas lo han leído y existe un amplio consenso en que el primero y más ilustre de sus colegas fue el escocés Adam Smith». Aunque desconocido para el gran público de antaño y de hogaño, sus páginas contribuyeron decisivamente a la formación del mundo moderno y han afectado a millones de personas[3].

Las casualidades realmente importantes rara vez se dan en la historia, por lo que la coincidencia de ambos eventos –el nacimiento de una república llamada a ser hegemónica en el futuro y el de la economía como ciencia moderna gracias a los escritos de Adam Smith– no es en absoluto aleatoria. De hecho, si el segundo se preguntaba básicamente cómo se logra el desarrollo económico por medio de una libertad de comercio arbitrada por un Estado que garantizase la estabilidad (que este es el verdadero sentido de su célebre aserto sobre la «mano invisible» de los mercados), los Estados Unidos convertirían su naciente historia y su desenvolvimiento posterior en una forma práctica de contestar a tal inquietud teórica.

Pero nada de ello hubiera sido posible sin la concurrencia política, diplomática, militar, socio-cultural, económica, comercial y financiera de una potencia que muchos se habían precipitado en enterrar prematuramente. Se trataba del Imperio español, que en la segunda mitad del siglo XVIII viviría una época de resurgimiento y de esplendor gracias al reformismo ilustrado, al nuevo impulso otorgado a sus reales Ejércitos y Armada, y a la

[3] Un estudio interesante sobre las vicisitudes e influencia de tan importante obra es el de Rodríguez Braun en el prólogo para la edición de *La riqueza de las naciones* de Alianza, Madrid, 2011. El propio Adam Smith (1723-1790) incluye, por cierto, en su clásico tratado referencias a la guerra de Norteamérica entonces en curso, aunque él hablara todavía de meros «disturbios» refiriéndose seguramente al motín denominado *Tea Party*, que pasa por ser la primera chispa de la insurrección cuando los futuros ciudadanos estadounidenses arrojaron al mar cargamentos de té en protesta por una importante subida de impuestos decretada desde el remoto Londres (Boston, 1773).

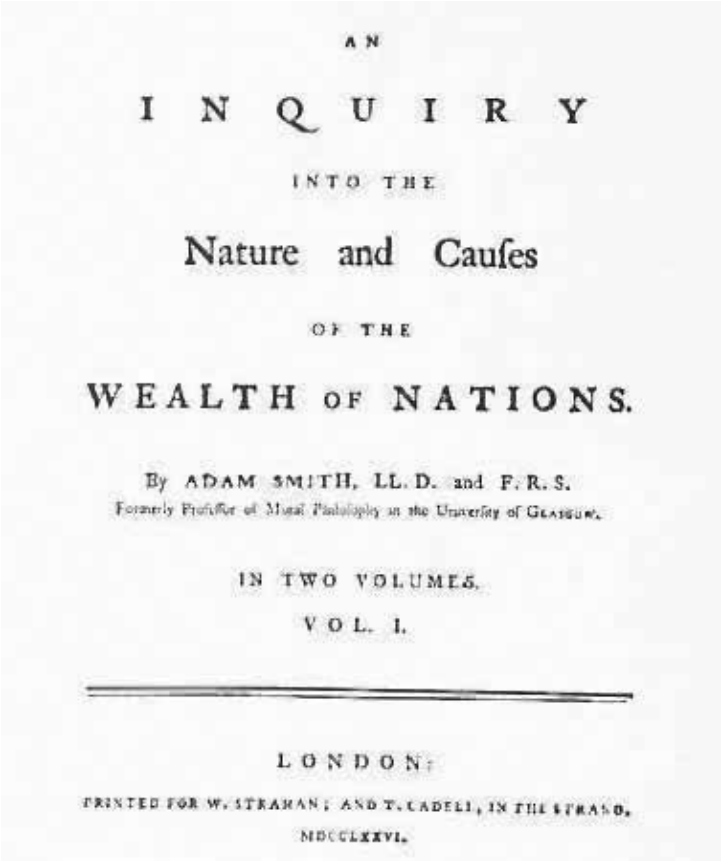
acción de gobierno de unos grandes estadistas preocupados, y ocupados, en sanear la hacienda, mejorar el urbanismo y las infraestructuras, potenciar los incipientes ingenios industriales, aperturar las relaciones comerciales con el Nuevo Mundo y con otros territorios y, sobre todo, racionalizar la agricultura, siguiendo en cierta medida los preceptos de uno de los movimientos teóricos más en boga por aquel entonces, la fisiocracia[4]. Eran, sin ánimo de exhaustividad, Juan Francisco de Saavedra, Floridablanca, el conde de Aranda, Francisco de Cabarrús, el conde de Campomanes, Olavide o Feijoo, es decir, la generación inmediatamente heredera de los *novatores*, aquellos hombres de ciencia que propugnaron una renovación integral de España en el cambio del siglo XVII al XVIII. «La cúpula de la administración española de esta época estaba formada por las mentes más brillantes que probablemente hayan estado jamás a la cabeza del Estado» (Gonzalo Quintero); «Se trataba de hombres ilustrados, bien informados, inteligentes, experimentados, industriosos y patriotas, cuyo objetivo era servir al rey» (Sylvia Hilton, ambas citas tomadas de *El enemigo de mi enemigo)*[5].

El estudio de la economía de cualquier nación, en cualquier momento histórico dado, debe hacerse siempre teniendo en cuenta por un lado una definición y, por otro, una clasificación formada por sólo tres categorías. La definición es que por economía entendemos la administración de unos recursos por naturaleza escasos, pero susceptibles de usos alternativos, para la satisfacción de necesidades individuales o colectivas mas siempre tendentes al infinito. El matiz de los «usos alternativos» es crucial, pues nos confiere la posibilidad de elegir, y este es exactamente el meollo de las discusiones políticas, porque como veremos en el caso concreto de este artículo la aplicación de un recurso para conseguir un fin conlleva necesariamente el

[4] Escuela fundada por François Quesnay, quien sostenía hasta el extremo que la única riqueza de un país provenía exclusivamente de la tierra, menospreciando las tareas protoindustriales y el comercio. Por el contrario, Smith afirmaba que la agricultura tal y como la entendían los fisiócratas no era más que «el estado rudo de la sociedad que precede a la extensión del comercio y al progreso de la industria». Abogaba más por el equilibrio de tres sectores que no se pueden concebir de forma separada, que de hecho «se dan la mano»: el primario (extracción de materias primas, agricultura, pesca y ganadería), el secundario (artesanado, industria y elaboración de productos terminados) y el terciario (comercio y servicios añadidos). Y esta orientación mixta, más realista que la francesa, es la que postularía la escuela española del momento, tan desconocida para el gran público de hoy como otrora influyente en los ministros de Carlos III. Recuérdese que esta es la época de experimentos de colonización tan interesantes como el de las Nuevas Poblaciones: Arquillos, Carboneros, La Carolina, Santa Elena, La Luisiana, etc.

[5] Quintero Saravia, Gonzalo M.: *El enemigo de mi enemigo. España en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica (1775-1783)*. Madrid, Alianza, 2025.

sacrificio de otro u otros fines (es el denominado coste de oportunidad)[6]. De hecho, si existen tres colectivos concernidos por esta dura e inexorable realidad de renunciar a un objetivo por otro, condicionando así la toma de decisiones, son los políticos, los propios economistas… y, por supuesto, los militares. Por tanto, son estos tres «oficios» los que se interrelacionan inexorablemente cuando la guerra asoma sus fauces por las páginas de la historia. Son la tríada de hacedores de la gran estrategia, o *decision makers*.



AN

INQUIRY

INTO THE

Nature and Cauſes

OF THE

WEALTH OF NATIONS.

By ADAM SMITH, LL. D. and F. R. S.

Formerly Profeſſor of Moral Philoſophy in the University of Glaſgow.

IN TWO VOLUMES.

VOL. I.

LONDON:

PRINTED FOR W. STRAHAN; AND T. CADELL, IN THE STRAND.

MDCCLXXVI.

Figura 1. Portada de la primera edición inglesa de *La riqueza de las naciones*, Adam Smith: (DOBSON, Burnside Books)

[6] Aunque el concepto es intuitivo y ha existido desde que los primeros grupos humanos comenzaron conscientemente a organizar sus actividades económicas, el término fue acuñado en términos modernos por la escuela austríaca de principios del siglo XX, que empleaba como sinónimo el interesante sintagma «coste alternativo» (Friedrich von Wieser, *Social Economics*).

Y la clasificación en tres categorías es la siguiente. Junto a la economía real, esto es, junto a un flujo productivo que proporciona a los seres humanos bienes y servicios, existe una economía financiera o flujo «dorado» que con el dinero riega a aquella, pues, superado el inviable sistema de trueque, sólo los signos monetarios se alzan como unidad de cuenta, instrumento de cambio y depósito de valor universalmente aceptados (independientemente de los distintos instrumentos financieros empleados en cada lugar o momento histórico). La tercera categoría es crucial al unir a aquellos dos flujos: toda economía ha de ser integral… o no será. Es decir, todo sistema económico pertenece a uno superior o encabeza él mismo otros subsistemas, interactúa con los demás, relacionándose en cualquier caso con el resto de actores y colectivos conformando un frágil equilibrio en el que se verifica la teoría de las alas de la mariposa: un movimiento, una decisión, un determinado hecho o una acción por pequeña que sea afecta a todo el conjunto. Tendremos ocasión de verlo en este ensayo.

II. LA ECONOMÍA ESPAÑOLA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII

Nuestros pensadores ilustrados hubieran contestado
a la difícil y brillante pregunta planteada por Immanuel Kant
–"Was is Aufklärung"– que la Ilustración es la economía.
Vicent Llombart Rosa

Ya sentenció Bernardo Ward, un economista de origen irlandés naturalizado en España en torno a 1750, que «así como los ríos más caudalosos se forman con unas gotas menudas de agua, así también la opulencia de una monarquía resulta de la unión de muchos esfuerzos de los individuos que la componen; y por más que se esmere el gobierno superior en dar providencias y auxilios, todo su conato será vano sin la concurrencia de los particulares a cuidar de sus propios intereses. Rey y vasallos deben conspirar a un mismo intento»[7]. Repasemos por tanto siquiera brevemente las coordenadas básicas de cualquier sistema económico.

Tierra

Si la tierra ha sido considerada junto al trabajo y al capital como uno de los tres grandes factores productivos con que cuenta una comunidad para

[7] Extractado de Fuentes Quintana (coord.), *Economía y economistas españoles. La Ilustración*, Barcelona, Random House Mondadori, 2009.

su desarrollo, las Españas del último tercio del XVIII disponían todavía del más vasto imperio sobre el orbe, que estaba constituido básicamente por la propia metrópoli y, en aquel entonces, por el Virreinato de Nueva España (pronto con el añadido de la Gobernación de la Luisiana), la Capitanía General de Cuba (incluyendo la Florida Occidental y la Oriental toda vez recuperadas), las capitanías de Santo Domingo y Puerto Rico, Capitanía General de Guatemala, Virreinato de Nueva Granada, Capitanía General de Venezuela, Virreinato del Perú, Capitanía General de Chile, Virreinato del Río de la Plata y Comandancia General de las Provincias Internas de Nueva España (además de la Capitanía General de las Islas Filipinas; todos estos territorios, subdivididos a su vez en multitud de audiencias e intendencias)[8].

A diferencia del colonialismo inglés, basado en una metrópoli avara en la asignación de recursos, exclusivista y excluyente, manufacturera, consumidora, detentadora de lujos y acaparadora de plusvalías, el espíritu de unión de reinos que siempre informó el imperio español permitía que todos los dominios citados arriba fueran si no plenamente rentables por sí mismos, sí capaces de autoabastecerse en épocas de penuria o de dificultades de comunicación entre regiones. Por otro lado, al especializarse cada una de ellas en los productos típicos de su zona (ya fuera café, tabaco, cacao, maíz, patata, frutas, caña de azúcar, ganadería, grano, añil, mercurio, alquitrán, etc.), el comercio no tenía exclusivamente como principio y final la España europea, sino todos los territorios de la corona, lo que fue más cierto desde que las leyes reformistas borbónicas rompieron con obsoletas situaciones monopolísticas y abrieron el comercio a nuevos puertos, empresas y agentes[9]. No todos los imperios del momento podían decir lo mismo: las propias Trece Colonias insurrectas (muy diferentes entre ellas, en especial las sure-

[8] Aunque las capitanías estaban asignadas a los virreinatos y hubo variaciones en sus demarcaciones y nombres a lo largo del tiempo, aquí hemos optado por enumerarlas de forma separada para dar idea al lector de la magnitud del imperio, probablemente por estas fechas en el cénit de su máxima expansión, incluyendo exploraciones por las costas de la remota Alaska. Siguiendo su tendencia histórica natural, España mantenía además algunas plazas en el norte de África aparte de las de soberanía (Ceuta y Melilla). Su influencia en Nápoles y Sicilia era grande, si bien ya no le pertenecían. También contaba con un asentamiento tipo presidio en Guinea.

[9] La apertura de puertos, aunque no total, se mostró fundamental en esta época de esplendor novohispano. Porque cuando el comercio se asfixia busca su natural salida en el contrabando, que tan perniciosa importancia habría de tener en aguas del Caribe y contra el que el imperio español luchó denodadamente. De la liberalización se beneficiaron cinco puertos en las islas de Barlovento (Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Trinidad y Margarita) y nueve en la España peninsular: Cádiz, Sevilla, Málaga, Alicante, Barcelona, Cartagena, Santander, La Coruña y Gijón. Nótese el reparto por litorales (tomado del excelente libro ya citado de Quintero, G.: *El enemigo de mi enemigo*, ver bibliografía). La lista se iría ampliando de forma rápida hasta casi alcanzar la plena liberalización del comercio hispanoamericano.

ñas) no fueron productivas durante el tiempo que estuvieron bajo la égida de Londres, a quien interesaba más la isla de Jamaica, geoestratégicamente importante y próspera desde el punto de vista económico. En cuanto a Francia, la Luisiana no empezó a entrar en eficacia agrícola hasta que pasó a la corona española, que, como veremos, la repobló principalmente con colonos malagueños y canarios especializados en los cultivos más rentables en ese territorio tan vasto como de suelos complicados: lino, cáñamo y tabaco, los dos primeros estratégicos en la construcción naval y el tercero no vital pero sumamente lucrativo[10].

La producción agraria hispanoamericana era, como el propio subcontinente, amplísima en variedad de plantaciones, fruto de climas y suelos tan distintos como los de México respecto a los de la Patagonia o los de las islas del Caribe respecto a los del Virreinato del Perú, por citar sólo algunos ejemplos. Pero básicamente podemos dividir la producción de esta época en dos grandes grupos: 1) cultivos tradicionales que formaban la dieta alimenticia de las poblaciones (maíz, trigo, cebada, patata, hortalizas o fruta); y 2) productos orientados a la exportación (cacao, café, tabaco, azúcar, palo de Campeche, plantas medicinales o algodón). En cuanto a la ganadería, la diversidad era también enorme según áreas, si bien se basaba fundamentalmente en sistemas extensivos gracias a las inmensidades territoriales de América y a las normalmente bonancibles condiciones climáticas. Por su parte, la industria saladeril se mostró muy activa pues, gracias a su capacidad de conservación, las salazones fueron muy demandadas precisamente por los ejércitos y las flotas de aquellos tiempos. En cuanto a la silvicultura, sabido es que La Habana, gracias a la calidad de la madera de los bosques del Nuevo Mundo, estaba dotada de un completo arsenal (para todo tipo de armas) y astillero (industria naval), construyendo mejores buques que los que se fabricaban en la península. No existía en general en América ningún otro caso como este de Cuba.

Por tanto, el que se ha dado en llamar triángulo del comercio imperialista –mano de obra esclava (procedente de África), extracción de materias primas (de América) y manufacturas destinadas al comercio (controladas por Europa)–, no existía en el caso español o, de hacerlo, era con peculiaridades fruto de las Leyes de Indias, de la complejidad de administración

[10] Es interesante reproducir la letra exacta de la cesión que, en 1762 Francia, ante una victoriosa Gran Bretaña, hacía de este espacio a la corte de España: «Francia cede en plena propiedad pura y simplemente y sin excepción alguna a su majestad católica y a sus sucesores perpetuamente todo el país conocido con el nombre de la Luisiana, como también la Nueva Orleans y la isla en que se halla dicha ciudad».

de nuestro imperio, de la implantación socio-cultural en el territorio y de la inclinación española al mestizaje.

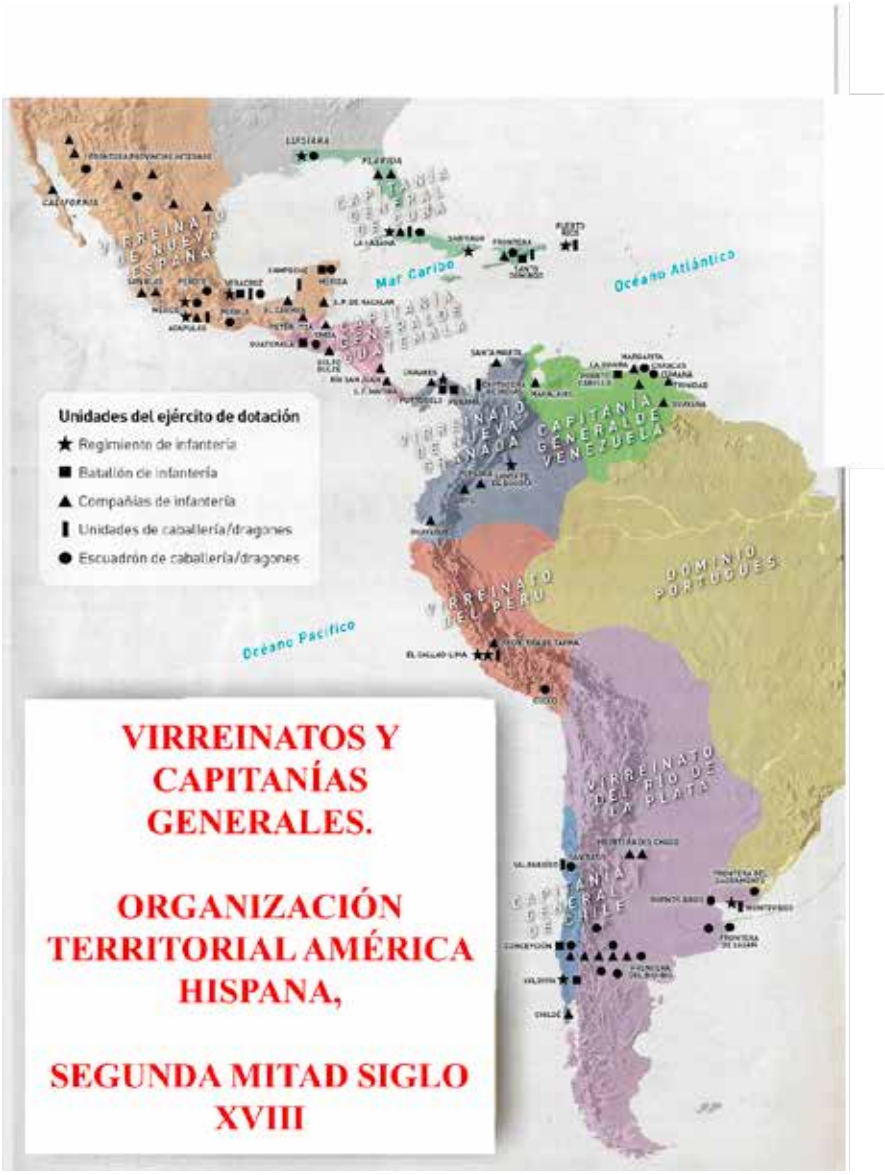


Figura 2. Organización territorial América española, segunda mitad siglo XVIII. (Cortesía cor. Tauler, *Breve Historia Militar de España*)

Trabajo

En cuanto al factor trabajo, el mal endémico de la España europea había sido tradicionalmente su escaso número de habitantes, lo que originaba una densidad de población baja e irregular, casi siempre antieconómica. Aunque la relativa paz del XVIII y los diferentes ciclos alcistas habían permitido que la población pasara de los cerca de siete millones de almas al comenzar el siglo a los algo más de diez millones en los últimos decenios, estas cifras palidecían ante los 27,5 millones de habitantes con que aproximadamente contaba Francia antes del inicio de su revolución en 1789. El sistema de clases del Antiguo Régimen, muy rígido en España a pesar del aperturismo que venimos viendo reinaba en la época, hacía que gran parte de esa población fuera ociosa en términos económicos, es decir, no productiva. El coste de oportunidad global era muy alto, pues esos «brazos muertos» no se empleaban, a su vez, en parcelas potencialmente rentables, por lo que el país no aprovechaba al cien por cien lo que hoy llamaríamos su «capacidad instalada» o potencial productivo. Por tanto, la falta de mano de obra provocaba otra lacra, la existencia de los baldíos o grandes extensiones de tierra sin labrar o adehesar. Sin embargo, la población de las Españas americanas, con unos números superiores a los de la metrópoli pero cubriendo una extensión infinitamente mayor que ésta, era más rentable o eficiente, lo que en gran parte se explica por los distintos regímenes laborales existentes, desde las encomiendas en sus distintas y evolucionadas variantes a los terratenientes dueños de grandes latifundios, o desde los pequeños propietarios y colonos a la mera esclavitud (muy diferente a la practicada por los anglosajones y con la prohibición tajante de esclavizar nativos americanos recogida en las Leyes de Indias).

Por concretar lo expresado en el párrafo anterior, el censo de Aranda de 1768 arrojaba un total de población para España de unos nueve millones de habitantes y el de Floridablanca de 1787 ya sobrepasaba los diez millones de personas, siendo las regiones más pobladas Andalucía (1.847.000 habitantes), Galicia (1.346.000), Castilla la Vieja (1.232.000), Castilla la Nueva (1.142.000) y Cataluña (899.000). Los censos virreinales del momento, más imprecisos por las dificultades en su elaboración impuestas por las inmensidades territoriales y la variedad de espacios geográficos, con sus diferencias de comunidades, etnias y castas, arrojarían un total teórico de unos doce millones de habitantes, siendo los virreinatos más poblados el de Nueva España, con cerca de cinco millones de personas, seguido de lejos por los del Perú (1.300.000) y Nueva Granada (cerca del millón de habitantes)[11].

[11] Datos aproximados que probablemente pequen de prudentes. Elaboración propia en base al capítulo «El desarrollo cuantitativo de la población americana», *América en el siglo XVIII*, Madrid, Rialp, 1985.

La clase rectora *de facto*, la de los criollos, estaba en general imbuida de los mismos ánimos reformistas provenientes de Madrid (también de Francia) y, aunque en parte será la que protagonice los movimientos de emancipación del siglo XIX en Hispanoamérica, la Constitución de 1812 no hacía más que reflejar en la letra el espíritu de los tiempos al afirmar en uno de sus primeros artículos que «la Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios». Esta cohesión de las clases dirigentes, pero también de las muy incipientes clases medias, aun con sus fracturas e imperfecciones, pero desde luego muy preferible al sistema colonialista inglés, francés, holandés o incluso portugués, tendrá su importancia… tanto en la paz como en la guerra.

Capital

Por su parte, y como en el caso de la mayoría de las grandes potencias de la época, el capital dinerario español –diferente del concepto de «equipo capital» (o conjunto de productos destinados a su vez a la producción y a la fabricación de maquinaria)– se concentraba todavía en manos del Estado vía las reales haciendas, si bien tanto la iglesia como la aristocracia conservaban gran parte de sus respectivos poderes, patrimonios y privilegios, mientras que una iniciativa privada de tipo burgués comenzaba a despuntar, ya fuera en forma de compañías comanditarias o por acciones que operaban en y con ultramar, de empresas cada vez más especializadas en una especie de protorrevolución industrial, o de sociedades económicas de amigos del país, tan influyentes como adelantadas a los tiempos[12]. Las intendencias propias de los virreinatos, dotadas de gran autonomía, completaban el panorama financiero público, ora complicándolo, ora aportando valor añadido.

La hacienda borbónica de la segunda mitad del siglo XVIII español, eficaz a fuer de experimentada y bien implantada en los territorios, con parte

[12] Un personaje principalísimo en esta historia, el *capitán de empresa* bilbaíno Diego María de Gardoqui, es buen ejemplo, no excluyente, de lo que decimos. Tan importantes fueron sus contribuciones comerciales en la guerra de las Trece Colonias que sería nombrado primer embajador de España en EE. UU. En cuanto a las sociedades económicas de amigos del país, siempre destacaron la primera en ser fundada, la *Bascongada*, y, después, la matritense y la aragonesa. Se trataba de un caso único en Europa y su tarea se mostraría fundamental para dotar de una base teórica a todo el sistema reformista planeado por los estadistas de la corte. De nuevo, este tipo de sociedades no tenía parangón y podían fundarse y operar en las Españas de ambos hemisferios, sin exclusividad de la metrópoli. Su espíritu, además de liberalizar el comercio, era dar un interés preferente a la economía «como ciencia y como arte».

de las reformas ya abordadas y con otras a medias o meramente planificadas, se nutría principal pero no exclusivamente de:

- Ingresos o recursos ordinarios procedentes de los dominios territoriales del patrimonio real. Los habitantes de dichos dominios satisfacían los «pechos» o «pechas», denominación genérica para rentas, tributos e impuestos, especialmente los de carácter directo.
- Impuestos sobre ventas en forma de alcabalas u otras figuras («sisas», «sosa y barrilla», «cientos», «fiel medidor», etc.). Las alcabalas, antes de la definitiva extinción de las aduanas internas, se abonaban usualmente en los fielatos, unas edificaciones situadas en los caminos de entrada a las villas y municipios.
- Regalías o derechos exclusivos de la Corona sobre determinados bienes de interés comunal, como montes, prados, aguas, minas o salinas. Además, existían tasas sobre las bebidas alcohólicas (especialmente en América sobre el pulque[13]), y la corona ostentaba el monopolio del tabaco, gozando también del privilegio de convocatoria de sorteos, subastas y loterías.
- La Hacienda Real explotaba además la fabricación y venta de unos productos que por su escaso rendimiento se conocían como las «siete rentillas»: pólvora, plomo, azufre, almagre, bermellón, lacre y naipes. Nótese que, a despecho de su baja rentabilidad, muchos de ellos eran fundamentales para la guerra.
- Impuestos de carácter específico a determinados gremios o estamentos. Así, por ejemplo, el «derecho de lanzas» que tenían que pagar los nobles, las rentas del «excusado» y de otra naturaleza a abonar por la Iglesia, o el de «servicio y montazgo» a satisfacer por los propietarios de ganadería trashumante (con una Mesta todavía en vigor, pero cada vez más debilitada y restringida).
- Como impuestos o tributos indirectos, destacaban los aduaneros, llamados de hecho «aduanas», junto al «almojarifazgo»[14] y los portazgos, que gravaban el comercio y la entrada y salida de mercancías. Como las alcabalas, también se pagaban en fielatos o edificaciones similares destinadas a este particular uso.

[13] Bebida alcohólica, blanca y espesa, del altiplano de México, que se obtiene haciendo fermentar el aguamiel o jugo extraído del maguey con el acocote, o calabaza alargada.

[14] Derivado de almojarife, «m. Oficial o ministro real que cuidaba de recaudar las rentas y derechos del rey, y tenía en su poder el producto de ellos como tesorero» (*Diccionario de la Lengua Española*).

– En cuanto a los ingresos extraordinarios, la variedad era amplísima, desde los donativos «forzosos» a las confiscaciones, desde la enajenación de tierras o bienes patrimoniales a los expolios (así, por ejemplo, cuando fallecía un obispo, la mitad de sus bienes pasaban en «herencia» a manos de la Hacienda Real). En casos de necesidad urgente, se recurría incluso a la «limosna real», cuando funcionarios de la corte iban casa por casa solicitado un donativo para las arcas del estado.
– Dentro de las contribuciones especiales destacaban las extractadas en caso de guerra y que se podían recaudar en la metrópoli, en el Nuevo Mundo o en las propias zonas de operaciones. Las exacciones se hacían a individuos o grupos enteros, y solían ser fuente de disturbios. Todos los ejércitos en campaña de la época se veían obligados en uno u otro momento a recurrir a este tipo de «impuesto bélico»[15].
– Sin perjuicio del anterior punto, el «situado» continuó siendo, como en épocas anteriores, el principal medio de financiación de los gastos militares. El mantenimiento de las tropas de una plaza corría a cargo de su correspondiente Caja Real, pero cuando se necesitaba una mayor cantidad de numerario se recurría a esta figura del *situado*, una suerte de mecanismo de compensación mediante el cual otra Caja Real enviaba dinero a la deficitaria. Era la forma de pagar las soldadas y los gastos de fortaleza y artillería. Así, la Caja Real de México, una de las más importantes de América, hizo frente al «situado» de Luisiana, es decir, costeó las milicias y las principales expediciones de Bernardo de Gálvez contra los británicos en este territorio (aunque también colaboraron activamente las cajas de Lima, La Habana, Caracas y Bogotá).
– Fuera del sistema tributario, la corte siempre podía recurrir, como de hecho hacía habitualmente, a la emisión de títulos de deuda pública, que eran tanto más demandados en los mercados cuanto mayor fuera la confianza en la fortaleza y solvencia del emisor. Así, en la guerra que estudiamos, los títulos más preciados fueron los españoles seguidos por los británicos. En el caso

[15] Es lo que siempre se ha denominado vivir del terreno sobre el que opera un Ejército en campaña especialmente en lo tocante al sustento y alimentación de la tropa, bien con exacciones en metálico, bien en especie, bien en base al botín puro y duro (pero con ciertas limitaciones marcadas por el derecho de gentes y las leyes de la guerra, se observasen o no en la práctica).

español, por el respaldo de una moneda fuerte; en el de Londres, «porque Inglaterra siempre paga», según reza un viejo aforismo todavía hoy vigente en el mundo financiero. Los títulos franceses eran poco valorados por la falta de saneamiento de su hacienda y los primeros emitidos por Estados Unidos apenas tuvieron aceptación. Además, «Estados Unidos maniobró para eludir sus compromisos financieros en razón de la enorme crisis económica y política con que el país nacía tras su independencia»[16].

Todo este panorama tan variado como descompensado y, en ocasiones, ciertamente injusto, comenzaría a cambiar con la creación de una institución que permitiera encauzar del mejor modo la riqueza del país: el Banco de San Carlos. En el año 1782, y al socaire de los gastos ocasionados por la guerra contra el inglés, el rey Carlos III creó en Madrid una entidad en principio de carácter privado llamada precisamente Banco Nacional de San Carlos, predecesor del Banco Español de San Fernando y éste, a su vez, del Banco de España, o banco central de nuestra nación desde su instauración en 1856. Al año siguiente de su fundación, el de San Carlos empezó a emitir los primeros billetes, entonces llamados cédulas, que garantizaban al portador un reembolso en metálico. No producían interés alguno, lo cual las diferenciaba de los títulos de deuda. Otra de sus misiones fundamentales era tornar a su cargo los asientos de Ejército y Marina, un intento por unificar las diferentes formas de remuneración de oficiales y tropa y de sufragar los gastos militares.

Pronto se tendería al monopolio de emisión de moneda, aprovechando para ello lógicamente otro monopolio, sin duda el más preciado de la corona: el del oro y de la plata (también del cobre). Si el flujo del primero había ido decayendo desde los primeros tiempos de la conquista, la mayor abundancia de plata –y el hallazgo de nuevos yacimientos–, convirtieron a este segundo metal precioso en la auténtica moneda fuerte de la época, no sólo de España, sino del mundo entero. Lo que en el siglo XIX sería el patrón oro fijado por la banca de la City londinense, o lo que iba a ser el dólar fuerte de la Reserva Federal estadounidense en la segunda mitad del XX, lo fueron las diferentes monedas españolas en el siglo XVIII. No es aventurado, por tanto, afirmar que el patrón de referencia de todo el sistema financiero mundial y de la circulación de cualquier moneda era el marcado por los «reales

[16] Tomado de Lancho Rodríguez, José María: «La ayuda financiera española a la independencia de los Estados Unidos». Ciclo de conferencias del Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 2015.

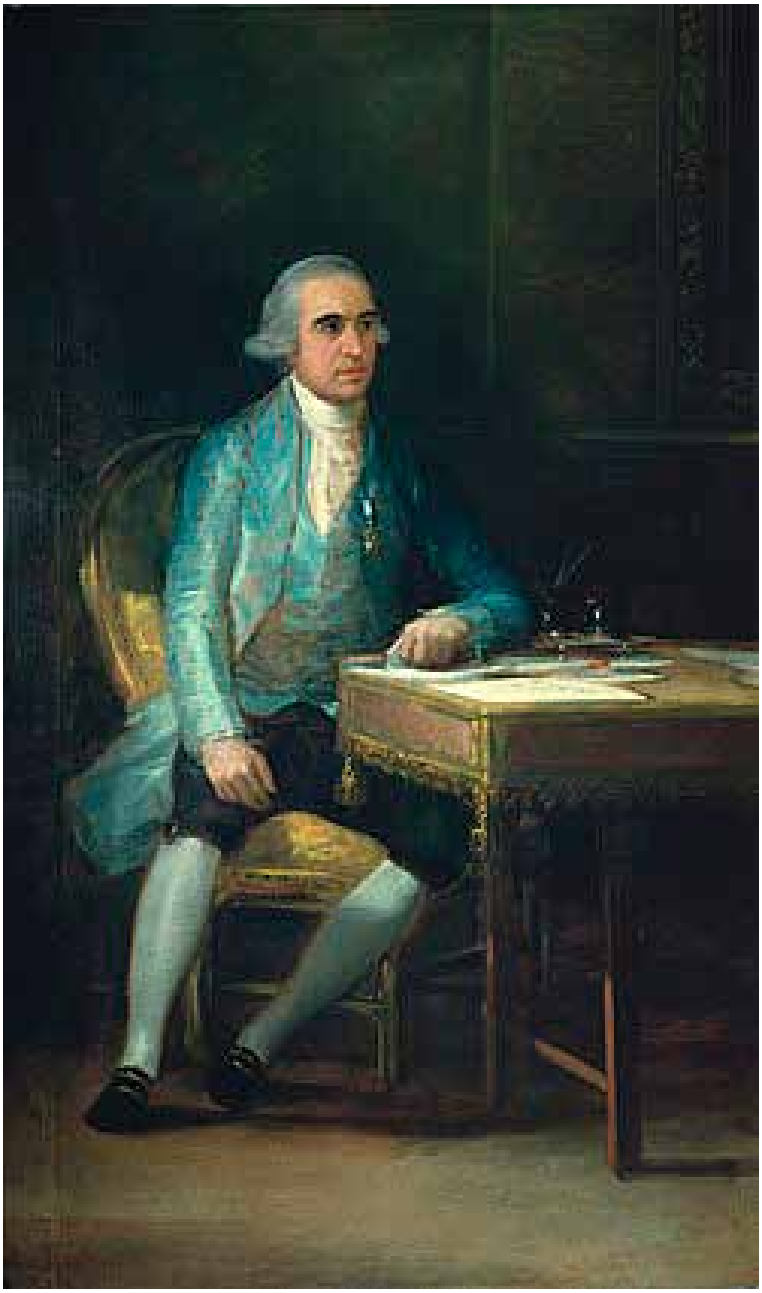


Figura 3. Francisco Saavedra, el hombre clave de la contribución financiera española. (Francisco de Goya, Instituto de Arte Courtauld)

de a ocho» del Imperio español[17]. Y, aunque la mayor parte de los metales preciosos extraídos se enviaba a la península, tanto México (ciudad de) como Perú (Lima) o Santafé de Bogotá (Virreinato de Nueva Granada), estaban en condiciones de emitir moneda. Sus cecas, de hecho, facilitarían grandemente las campañas en Luisiana y La Florida.







Figuras 4, 5 y 6. Escudos de oro, reales de plata y maravedíes de cobre. (Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, FNMT)

17 Cualquier aficionado a la novela recordará que los inolvidables piratas *de La isla del Tesoro* de Robert L. Stevenson se lanzaban al abordaje borrachos de ron y al grito de «reales de a ocho», un ejemplo de los muchos que se podrían traer a colación para entender la importancia de la moneda española. El real de a ocho también era conocido como peso fuerte, peso hispano o peso duro y, en el mundo anglosajón, como dólar español (de hecho, de él se deriva el signo $ como abreviatura universalmente reconocida todavía a día de hoy de la moneda de EE. UU). Si bien no era la única moneda española en circulación, sí era la más importante, tanto por su valor facial (importe inscrito en la pieza) como por su valor intrínseco (oro, plata o cobre, pero siempre con diferentes grados de aleación). Así, el sistema estaba básicamente constituido por piezas de oro o escudos, escasos; reales de plata que, con su peso constante de mineral argentífero (25 grs. de plata), constituían el centro del esquema monetario; y maravedís o reales de vellón (cobre con o sin aleación) en la base de la pirámide.

Si el rostro del brazo ejecutor más sobresaliente de las campañas militares del periodo fue sin duda el de Bernardo de Gálvez, el del brazo económico-financiero sería el de uno de aquellos políticos ilustrados que enriquecieron la corte de Carlos III, Juan Francisco de Saavedra y Sangronís, comisionado regio plenipotenciario para la expulsión de los ingleses del seno mexicano y, en general, para la contribución española a la independencia de las colonias británicas de Norteamérica. Su buen hacer le habilitaría para ser nombrado posteriormente secretario de Hacienda y de Estado con Carlos IV, concentrándose en su figura un poder como pocos habían ostentado hasta esas fechas de finales del siglo XVIII, principios del XIX.

Saavedra se alza así, como un pionero de una figura llamada a ser decisiva en los conflictos futuros, la de lo que podríamos denominar «estadista estratega» o persona que acumula en su haber los suficientes conocimientos políticos, económicos y militares para alzarse como auténtico poder detrás de –o al lado de– los dirigentes.

III. LAS GUERRAS EN TORNO A LA INDEPENDENCIA DE ESTADOS UNIDOS

Hay que prepararse para la guerra como si
fuera inevitable, pero hacer todo lo posible por evitarla.
Conde de Floridablanca

Quienquiera que domine el mar domina el comercio;
quienquiera que domine el comercio domina sus riquezas y,
en consecuencia, domina el mundo.
Walter Raleigh

El nombre que se da a las batallas y guerras puede dar lugar a confusión, como de hecho lo hace. Aunque los historiadores actuales van convergiendo en denominar al conflicto de emancipación de las Trece Colonias como Guerra de Independencia de los Estados Unidos o Revolución Americana, lo cierto es que este rótulo difumina lo que en realidad fue un auténtico palimpsesto de conflictos coincidentes en el tiempo y una suerte de continuación de la Guerra de los Siete Años, tan dura como generadora de agravios[18]. Si bien el teatro de operaciones principal fue Norteamérica, lo cierto es que la conflagración fue global. Un somero repaso a los distintos

[18] No es extraño que determinados autores relacionen la Guerra de los Siete Años (1756-1763) y la de Independencia de Estados Unidos (1775-1783) como si formaran parte

escenarios y a los diferentes intereses de los beligerantes bastará para ilustrar lo dicho:

- En América, los británicos lucharon contra Francia en el mar y en la costa este norteamericana, también contra la potencia declinante de los holandeses en el Caribe.
- Por su parte, sabido es que el enfrentamiento contra España tuvo como escenarios principales la cuenca del Misisipi, la Luisiana, Alabama y Florida, pero también Centroamérica y las Antillas. Todos ellos aunaban la triple condición de objetivos político-estratégicos, militares y económicos.
- Dos disputas excéntricas pero muy importantes han quedado opacadas por otras operaciones más llamativas. En el extremo norte del continente, la riña por las pesquerías de Terranova y Labrador (objetivo económico); en el extremo sur, la disputa por las islas Malvinas (objetivo geoestratégico).
- En Europa, Menorca y Gibraltar, objetivos irrenunciables de España, dieron lugar a alguno de los mayores y más costosos enfrentamientos de la contienda, especialmente durante los sitios para la reconquista de la Roca.
- También en el Viejo Continente, las fuerzas franco-españolas amagaron seriamente con una invasión de Inglaterra, que si bien, no tenía vocación de conquista integral, sí tuvo la clara intención de detraer recursos militares ingleses necesarios en otros lugares. La amenaza fue tan plausible que algunos autores la asimilan a la de la Gran Armada de Felipe II, al proyectado desembarco de Napoleón Bonaparte en los comienzos del siglo XIX o a la operación León Marino del III Reich en 1940.
- En Asia, fuerzas francesas y británicas se batieron principalmente en el mar, señalando al menos para Inglaterra el camino sobre el que hacer pivotar su imperio una vez perdidas sus posesiones en Norteamérica.

Lo mismo ocurre con determinadas palabras. Cuando se habla de la *ayuda* española a la independencia de Estados Unidos, el término no es preciso. En primer lugar, España, como todos los beligerantes, buscaba lógicamente satisfacer sus propios intereses. En segundo lugar, Carlos III y su gobierno evitaron muy conscientemente una alianza con las colonias insurrectas, no así con Francia (no en vano, Madrid alardeó de una expectante

de un mismo ciclo bélico largo y separados ambos conflictos apenas por una tregua de poco más de diez años.

neutralidad hasta 1779, mediada la contienda). En tercer lugar, si en los primeros pactos de familia una España todavía renqueante había ido a la zaga de la política dictada por París, en esta época era Francia, gran damnificada de la Guerra de los Siete Años, la que jugaba un papel si no subsidiario sí en cierta medida seguidista de la política española. Las contribuciones de nuestro país, en cuarto lugar, consistieron en envío de armamento e impedimenta, así como en el desarrollo de campañas militares con sus propios objetivos bien definidos, que sólo colateralmente beneficiaron a los insurrectos, pero también se sustanciaron en complejas operaciones financieras principalmente en forma de empréstitos, que no a fondo perdido (distinto es que se lograra recobrar todo el dinero prestado, lo que todavía hoy origina debates jurídicos).

Por último, aunque el temor a que cundiese el «mal ejemplo» en la América hispana existía, las causas de su futura emancipación fueron muy distintas a las de las Trece Colonias y, aunque sus corrientes ya estaban circulando en el ambiente, todavía no eran preocupantes (salvo la rebelión de Túpac Amaru II, de raíces muy diferentes). Su principal protagonista, la elite criolla, mantenía una disputa intelectual, pero sobre todo una cada vez más enconada rivalidad económica, con la clase dirigente peninsular, lo que convertiría a los conflictos de las primeras décadas del XIX en auténticas guerras civiles más que coloniales. De hecho, aquellos sólo eclosionarían cuando la metrópoli hubo de enfrentarse al shock de la invasión napoleónica y la subsiguiente Guerra de la Independencia (1808-1814).

Otra confusión, en este caso en el campo de las ideas, es la relativa al modo de hacer la guerra en el siglo XVIII. La crudeza de una guerra no sólo viene dada por la violencia con la que se combate o con los daños causados a la población civil, sino también por sus objetivos totalitarios, empleando la palabra en el sentido de globalidad. Si bien es cierto que los conflictos habían alcanzado en esta época unas formalidades e incluso unos rituales específicos que nos llevan a pensar en conflagraciones románticas o caballerescas, lo cierto es que ninguno de los beligerantes escatimó esfuerzos para alcanzar la victoria en un juego de suma cero: todo para el vencedor y nada para el vencido. La voluntad de las tres potencias principales, Gran Bretaña, Francia y España, era de dominio absoluto, lo que irá decantando las guerras hacia las victorias aplastantes y a la imposición al vencido de rendiciones incondicionales que harán del fenómeno bélico en el XIX, y mucho más en el siglo XX, un monstruo fuera de control. Por otro lado, la célebre frase de «el enemigo de mi enemigo es mi amigo», en realidad significaba que «el enemigo de mi enemigo es *circunstancialmente, pero sólo circunstancialmente*, mi amigo». De aquí el baile de alianzas cambiantes de una conflagración a otra.

Si la economía explica las guerras, las guerras contribuyen a acelerar o decelerar los ciclos económicos. La Guerra de los Siete Años (1756-1763), con su millón largo de muertos y un reguero de destrucciones acaso sólo parangonable hasta entonces por el producido por la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), tuvo un clarísimo vencedor, Gran Bretaña, y una neta derrotada, Francia. Aunque los resultados para España fueron agridulces, lo cierto es que salió en cierta medida reforzada. En primer lugar, recuperaba Manila y La Habana, aun a costa de perder La Florida, pero ganando a cambio la Luisiana, un inmenso territorio que ampliaba su ámbito de influencia en Norteamérica. Esto, además de reforzar su control sobre el Golfo de México, le permitiría una gran capacidad de movimientos sobre el curso del crucial río Misisipi y una formidable base de operaciones contra la presencia inglesa en el continente. Por otra parte, y gracias a su experiencia en Nueva España y otros territorios, su sistema de colonización le permitiría poner con pasmosa rapidez en productividad unas tierras que, en manos francesas, habían sido deficitarias[19]. Por último, pero no menos importante, constituía una gigantesca marca entre potencias enemigas o de dudoso comportamiento en Norteamérica y una de las joyas de la corona, el ya mencionado Virreinato de Nueva España.

Los grandes generales y los mejores economistas guardan cierto parecido. Si éstos buscan aumentar sus ingresos controlando los gastos, maximizando así el beneficio y generando economías de escala, aquellos siempre se han caracterizado por obtener el mejor resultado político-militar posible reduciendo al mínimo su coste material y en términos de bajas (desde luego propias, pero también ajenas). No es de extrañar, por tanto, que fuera en dos de los territorios económicamente más interesantes –la Luisiana y la Florida– donde más brillara el genio de Gálvez, quien con unas fuerzas realmente exiguas aseguró para la Corona dichas regiones. Con ello, el curso del Misisipi prácticamente desde su nacimiento a su desembocadura quedaba bajo control español casi de forma exclusiva, Luisiana comenzó a producir lino y cáñamo y Florida volvía a cerrar con las Antillas mayores españolas el seno mexicano, un auténtico lago salado español a despecho del control enemigo de numerosas islas menores, cuya molesta actividad sólo irritaba pero nunca inquietó el teatro de operaciones caribeño (salvo esa espina clavada en el bajo vientre cubano que era Jamaica). España lograba así un objetivo geoestratégico de primer orden, otro militar y uno tercero económico. Donde los

[19] Habrá que advertir al lector actual que la Luisiana española no coincidía con la Louisiana estadounidense actual, sino que era un territorio enormemente superior que abarcaba desde Montana, Dakota o Minessota por el norte hasta Oklahoma y Arkansas por el sur, pasando por estados tan grandes como Nebraska, Kansas y Missouri.

franceses no habían conseguido ninguna rentabilidad, la experiencia de la administración española, larga en tres siglos, conseguía poner en rendimiento el vasto territorio al oeste del río Misisipi.



Figura 7. Francisco Cabarrús, ideador del Banco de San Carlos, antecedente del de España. (Francisco de Goya, Banco de España)

Conviene abundar en esta idea de la necesaria pareja que conforman economía y milicia. Al término de la Guerra de los Siete Años, si no antes, España llegó a la conclusión de que la defensa de su enorme imperio sólo podía hacerse aplicando un criterio de economía de medios: puesto que era materialmente imposible asegurar los miles y miles de kilómetros de costa de la América hispana, el sistema debía pivotar en lo que se ha denominado la triada defensiva: la fortificación de las plazas más importantes, un Ejército maniobrero fácilmente desplazable de un lugar a otro y el navío de línea como buque principal y buscando la paridad con Gran Bretaña (si no de tú a tú, sí al menos con la suma de los navíos franceses y españoles, un modelo que colapsó dramáticamente en 1805 en Trafalgar). Así, el ejército español en América de esta época, no sin precedentes similares, quedó definitivamente organizado en el Ejército de dotación (tropa y oficialidad mayormente americana, con unidades asignadas a capitanías y sostenidas económicamente por el Virreinato del que formaran parte), el Ejército de refuerzo (unidades peninsulares que, mediante un turno rotativo conocido como la «noria», cruzaban el océano para apuntalar la defensa de determinadas zonas; su pago provenía de las arcas peninsulares por tratarse de unidades regulares, pero si el periodo de actuación se alargaba, como solía ocurrir, entonces se recurría a la figura del «situado», ver más arriba) y la Milicia (con amplia variedad de modalidades y formas de sostenimiento dependiendo de los Virreinatos o Capitanías que levantaban estas fuerzas milicianas, bien con carácter permanente, bien reforzadas cuando se trataba de entrar en combate. Eran pagadas sólo cuando estaban activadas). Los resultados demostrarían la eficacia del sistema.

Porque al acabar las campañas de esta guerra, España había logrado conseguir todos los objetivos que se había propuesto al inicio de la contienda… salvo muy dolorosamente el primero:

«1. La recuperación de Gibraltar.
2. La posesión del río y fuerte de la Mobila [Mobile, Alabama].
3. La restitución de Panzacola [Pensacola] con toda la costa de la Florida correspondiente al canal de Bahama, hasta quedar fuera de él toda dominación extranjera.
4. La expulsión de los ingleses de la bahía de Honduras y la observancia de la prohibición pactada en el último tratado de París de 1763 de ubicar en ella ni en los demás territorios españoles establecimiento alguno.
5. La revocación del privilegio concedido a los mismos ingleses de cortar el palo de tinte en la costa de Campeche [Mesoamérica].

6. La devolución de la isla de Menorca»[20].

Por tanto, no es aventurado afirmar que España fue una de las grandes vencedoras de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos… y Gran Bretaña la gran derrotada (Francia, sencillamente, implosionaría en 1789 al estallar una de las revoluciones más cruciales de la historia, la que de hecho inaugura tradicionalmente la Edad Contemporánea). Pero cómo las Españas dilapidaron esta ventaja y cómo Londres supo tornar en victoria un gran fracaso es, sin duda, materia de otro estudio.

IV. LOS COSTES DE LA GUERRA. EL LEGADO ENVENENADO DE UNA GUERRA VICTORIOSA

Yet let's be content, and the times lament, /
you see the world turn'd upside down.
(Permanezcamos contentos a pesar de los malos tiempos, /
pues hemos visto el mundo volverse del revés).
Tonada popular británica de finales del siglo XVIII

Por desgracia, el principal coste de los conflictos no se paga con dinero sino con sangre –y sudor y lágrimas y sacrificios sin tasa– de seres humanos. Por lo tanto, la primera relación de pérdidas producidas por esta guerra, como la de cualquier otra, debería ser lo que en la Royal Navy se denomina de forma gráfica y macabra factura del «carnicero», que quedaría resumida en este cuadro de elaboración propia, pero en base a datos tomados casi enteramente de la ya citada excelente obra de Gonzalo Quintero, *El enemigo de mi enemigo. España en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica* (ver bibliografía):

[20] Artículo séptimo del tratado de alianza defensiva y ofensiva entre las Coronas de España y Francia contra la de Inglaterra, Aranjuez, 12 de abril de 1779 (Cantillo, Alejandro: *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la casa de Borbón desde el año 1700 hasta el día*. Madrid, Alegría y Charlain, 1843). Francia también fijó por escrito su séxtuple objetivo: «1º La revocación […] de todos los tratados que quitan la libertad que pertenece de derecho a su Majestad cristianísima de hacer en Dunkerque los trabajos de mar o tierra que juzgue necesarios. 2º La expulsión de los ingleses de la isla y pesca de Terranova. 3º La libertad […] de comercio con las Indias Orientales […]. 4º El recobro de Senegal y la más entera libertad del comercio sobre las costas de Africa […]. 5º La posesión irrevocable de la isla Dominica. 6º La abolición o la entera ejecución del tratado de comercio concluido en Utrecht en 1713 entre la Francia y la Inglaterra».

GUERRA INDEPENDENCIA ESTADOS UNIDOS	MUERTOS			TOTALES
	En combate	Por enfermedades	Cautiverio y desaparecidos	
ESTADOS UNIDOS	6.824	10.000 – 30.000	8.000	24.824 - 44.824
Indígenas norteamericanos (ambos bandos, cuenta incompleta)	500	-	-	500
Gran Bretaña	8.500	27.000		35.500
Norteamericanos leales a Gran Bretaña	1.700	-	5.300	7.000
Mercenarios alemanes al servicio de Gran Bretaña	1.800	5.300	-	7.100
TOTAL, GRAN BRETAÑA Y CONTINGENTES A SU SERVICIO	12.000	32.300	5.300	49.600
Francia	9.200	800	-	10.000
España	5.000	-	200	5.200
Holanda	500	-	-	500
TOTAL, ALIADOS Y ENEMIGOS DE GRAN BRETAÑA	14.700	800	200	15.700
TOTAL, GENERAL	34.024	43.100 - 63.100	13.500	90.624 - 110.624

Aunque todas las muertes cuentan y son dignas de lamentación, lo cierto es que la pérdida estimada de vidas humanas de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos reflejada en la tabla anterior no fue excesivamente alta habida cuenta la duración de la conflagración (ocho años, de 1775 a 1783), pero también habida cuenta la multitud de escenarios en que se luch**ó** con crudeza (principalmente América del Norte y Central, Europa –sobre todo en Gibraltar–, aguas de Asia) y la cantidad de recursos de toda clase movilizados por los contrincantes. Si se compara con el millón de muertos provocado por la precedente Guerra de los Siete Años o con los centenares de miles de bajas que tendrían las siguientes guerras por venir, las napoleónicas, también el coste humano fue relativamente asumible.

En cualquier caso, conviene matizar: si damos por buena la cifra cercana a 50.000 muertos sin contar heridos (ni desertores) para los nacientes Estados Unidos, cuyas Trece Colonias tenían por aquel entonces una población que rondaba los dos millones de habitantes, entonces el coste humano fue para ellas comparativamente mucho más alto que para las potencias europeas, especialmente si consideramos que la mayoría de aquellas bajas eran hombres jóvenes en edad de combatir en el denominado Ejército Continental de Washington. La nueva república nacía, por tanto, con una generación de jóvenes seriamente mutilada y el correlato económico que ello conlleva: pérdida de importante masa laboral. Ello no impidió que, en tan sólo una década o quince años a lo sumo, los Estados Unidos comenzaran el primer ciclo de su prosperidad futura.

Incluso a día de hoy, con los adelantos existentes y la meticulosidad de los sistemas contables y de registro, es difícil calcular con exactitud el coste financiero de las guerras. La dificultad no estriba tanto en la suma de costes directos (pago a las tropas, armamento, pertrechos, construcción de barcos)[21], sino en la de cómo calcular los gastos generales o costes indirectos, pues éstos pueden englobar una variedad enorme de ítems. Por ejemplo: si sabemos con cierta exactitud el coste que suponía fabricar un navío de guerra, mucho más difícil es estimar gastos de otro tipo, pero achacables a la guerra: sobrecostes derivados de enfermedades y mutilaciones, otros recursos sanitarios y farmacéuticos, coste de oportunidad en términos de tierras que se dejan de trabajar por la necesidad de movilizar hombres para el combate, etc. Por tanto, la cuantificación exacta de los gastos de un conflicto siempre ha planteado grandes problemas a los historiadores económicos. Fue precisamente por este motivo, agravado por la responsabilidad de hacer pagar al derrotado unas inasumibles reparaciones en concepto de destrucciones derivadas de la primera conflagración mundial, lo que llevó a un entonces joven John Maynard Keynes a levantarse de la mesa de negociaciones de Versalles y a publicar un libro denunciando sus cláusulas convertido en clásico desde su aparición, *Las consecuencias económicas de la paz* (*The Economic Consequences Of The Peace*, 1920). Si nos abstraemos del contexto en que el economista británico escribía, su pregunta esencial sigue siendo vigente hoy pero también válida para el estudio de guerras anteriores a la de 1914. Que no es otra de fácil formulación, pero de muy discutibles

[21] En el caso de esta guerra, los «productos» más demandados por los insurrectos fueron: mosquetes, bayonetas y balas, cañones de bronce, morteros, proyectiles de artillería y cureñas, tiendas, uniformes, calzado y mantas. De hecho, los principales envíos de la empresa española Gardoqui e hijos de Bilbao consistieron en este tipo de armamento y pertrechos.

respuestas: ¿qué se entiende por gastos de guerra? ¿En qué punto se separan la factura de los «cañones» y la factura de la «mantequilla»?

Hecha esta salvedad, y antes de reflejar los números más plausibles para el caso español, conviene adelantar las conclusiones económicas de una guerra muy importante por el efecto «bisagra» que tiene en la historia de los conflictos:

- Todas las naciones comprenden que la guerra del futuro ya no podrá ser financiada única y exclusivamente por los poderes estatales, sino que se necesitará de la cooperación público-privada.
- Del mismo modo, un pago en metálico que va a entrar en fase de decaimiento, impondrá la aparición de nuevo signos monetarios (papel moneda, cédulas, pagarés, vales, letras de cambio…), que permitirán flujos de capital más amplios que los conocidos hasta la fecha y que, como los títulos de deuda pública, tanto valdrán cuanta más confianza se tenga en la entidad emisora.
- EE. UU, que en la guerra tuvo que sufrir la lacra de esa falta de confianza –«esto vale menos que un continental [o dólar americano]»–, se recuperará en un plazo relativamente corto, no más de una generación a lo sumo, lo que marcará el vitalismo y desarrollo con que irrumpe la nueva república en la historia.
- La hacienda de Gran Bretaña, vencedora de la Guerra de los Siete Años, pero arrastrando problemas económicos desde entonces y financieros debido a su empeño por disponer al menos de un centenar de navíos de guerra (la construcción más cara de la época), se estresará en esta contienda hasta límites no antes vistos: se calcula que su endeudamiento llegó a ser del 180% sobre su PIB estimado.
- Por su parte, Francia, perdedora de aquella guerra y vencedora «relativa» de la de Independencia de Estados Unidos, también verá elevarse sus deudas pública y privada hasta unos límites que la llevarán a la bancarrota que irá aparejada a la Revolución de 1789. Esto significa que el conflicto aceleró, pero no provocó por sí solo, unas dinámicas negativas que ya existían y que hicieron quebrar su sistema socio-político y económico-financiero. Bien es cierto que la contribución financiera a la independencia de Estados Unidos fue, de lejos, la más onerosa (se calcula en cuatro veces superior a las cifras que veremos para el caso español).

– España, cuya hacienda estaba relativamente saneada al comenzar la guerra, saldrá de ella con una deuda pública no superior al 10% de su PIB. No obstante, el problema de los flujos financieros y su movilización y desplazamiento de forma eficiente harán cobrar protagonismo a las haciendas locales de los virreinatos, lo que redundará en una mayor autonomía que se sitúa, más que el mal «ejemplo» de las Trece Colonias, en el origen de los procesos emancipadores del XIX.

Las cifras que arrojan los autores que más se han acercado al estudio de los gastos españoles en la guerra varían entre alrededor de 450 millones de reales (Quintero) y los 650 millones (Lancho, quien también cita un documento de la Tesorería General contemporáneo a los acontecimientos que eleva la factura a 825 millones de reales). La diferencia estriba, precisamente, en qué la primera cifra hace alusión a los costes directos y la última a la suma de directos e indirectos. El método de Quintero para llegar a sus números es interesante, pues al partir de unos datos fehacientes (los gastos de los reales Ejércitos y Armada en una serie larga), esto le permite obtener una media anual, de forma que todo lo que supere este dato en el periodo de la guerra (1779-1783) puede ser considerado coste directo de las campañas. De este modo:

– Media «gastos de defensa en tiempo de paz» anterior a la Guerra Anglo-Española (1775-1778): 336.425.400 reales.
– Exceso sobre el promedio:
  • 1779: 63.600
  • 1780: 126.252.600
  • 1781: 74.080.600
  • 1782: 165.814.600
  • 1783: 65.070.600

Otro problema que se plantea a los economistas al estudiar cantidades pretéritas es cómo convertir en magnitudes actuales dichas cifras, viniendo la dificultad del tiempo transcurrido, del factor de capitalización que se emplee y del signo o moneda actual al que se quiere realizar la conversión del guarismo estudiado. En este caso, tanto si uno emplea la serie histórica del dólar (criterio financiero) o el valor de la plata contenida en los reales (criterio material), el multiplicador que se debería aplicar oscilaría entre 125 y 175. Si tomamos la media y la multiplicamos por unos 500.000.000 de reales (cifra a caballo de los datos de Quintero y Lancho citados arriba), obtendríamos como factura financiera de la contribución española a la in-

dependencia de Estados Unidos 80.000.000.000 de euros actuales, lo que equivale a un 5% del PIB español y a casi tres años de la partida nominada como gastos de defensa en los presupuestos generales del estado. Un alto coste que algunos autores sostienen todavía podría ser reclamado… y otros, entre los que me incluyo, que lamentan que el recobro no se hiciera en su momento, cuando España todavía tenía fuerza para reclamar deudas con sus correspondientes intereses y los Estados Unidos sólo eran una nación recién llegada al concierto internacional.

Existe un documento controvertido que, tras muchas discusiones, los especialistas han dado por apócrifo, es decir, no correspondiente a la época, pero datándolo en torno a 1825; lo cierto es que su contenido es un buen resumen de lo que fue aquella guerra, pues si la falsificación ya no lo convierte en profético, la perspectiva histórica sí lo realza como una gran síntesis de lo que hemos querido explicar en este artículo:

> *«Esta república federal [Estados Unidos] nació pigmea, por decirlo así, y ha necesitado del apoyo y fuerzas de dos estados tan poderosos como España y Francia para conseguir la independencia. Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aun coloso temible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias, y solo pensará en su engrandecimiento. […] Una población nueva en terrenos inmensos, así como las ventajas de un gobierno naciente, les atraerá agricultores y artesanos de todas las naciones. […] El primer paso de esta potencia, cuando haya logrado engrandecimiento, será el apoderarse de las Floridas a fin de dominar el golfo de México»*[22].

[22] *Memoria secreta presentada al Rey de España por S. E. el Conde de Aranda sobre la independencia de las colonias inglesas después de haber firmado el Tratado de París de 1783.*

BIBLIOGRAFÍA

CALDERÓN CUADRADO, Reyes: *Empresarios españoles en el proceso de independencia norteamericana. La Casa Gardoqui e hijos de Bilbao*. Madrid, Unión Editorial / Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales Francisco de Vitoria, 2004.

CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL, Fernando: *Homo Bellicus. Una historia de la Humanidad a través de la guerra*. Madrid, Arzalia ediciones, 2021.

COMÍN COMÍN, Francisco: *Historia económica mundial. De los orígenes a la actualidad*. Alianza Editorial, Madrid, 2018.

FUENTES QUINTANA, Enrique (coord.): *Economía y economistas españoles. La Ilustración* (dos volúmenes). Barcelona, Random House Mondadori, 2009.

HAMILTON, Earl J.: *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica*. Madrid, Revista de Occidente, 1948.

LANCHO RODRÍGUEZ, José María: «La ayuda financiera española a la independencia de Estados Unidos». En VV. AA.: *España y la independencia de Norteamérica*. Madrid, Ministerio de Defensa, Instituto de Historia y Cultura Naval, monográfico 70, 2014.

LYNCH, JOHN: *Bourbon Spain 1700-1808*. Oxford, Basil Blackwell, 1989.

MADARIAGA, Salvador: *El auge y el ocaso del imperio español en América*. Espasa-Calpe Madrid, 1977.

-----: España. *Ensayo de historia contemporánea.* México-Buenos Aires, Editorial Hermes, 1955 (6ª edición, definitiva).

ORUETA, Luis de: *Los virreyes de América del Norte (Nueva España 1525-1821)*. Paterna (Valencia), La Imprenta CG, 2019.

QUINTERO SARAVIA, Gonzalo M.: *El enemigo de mi enemigo. España en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica (1775-1783)*. Madrid, Alianza, 2025.

REY VICENTE, Miguel del: *Bernardo de Gálvez. De la apachería a la independencia de Estados Unidos*. Madrid, Edaf, 2015.

SCHUMPETER, J.: *Diez grandes economistas, de Marx a Keynes*. Madrid, Alianza, 1971.

SIMÓN SEGURA, Francisco: *Historia económica mundial y de España*. Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 1987.

SMITH, Adam: *La riqueza de las naciones*. Alianza Editorial, Madrid, 1994.

SPANNAUS, Nancy: *The Political Economy of the American Revolution*. Executive Intelligence Review, 1996.

TOCQUEVILLE, Alexis de: *La democracia en América* (dos volúmenes). Madrid, RBA-SARPE, 1984.

VICENS VIVES, Jaime: *Historia de España y América social y económica (III): Los Austrias. Imperio español en América*. Barcelona, Vicens Vives, 1977.

VILLACÍS GONZÁLEZ, José: *Política monetaria, política fiscal y comercio internacional*. Madrid, Dykinson, 2001.

VV. AA.: *Bernardo de Gálvez*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2015.

VV. AA.: *Breve historia militar de España*. Madrid, Sílex, Ministerio de Defensa, 2024.

VV. AA.: *Historia general de España. América en el siglo XVIII*. Rialp, Madrid, 1985.

VV. AA.: *Historia militar de España* (9 vols.). Madrid, Ministerio de Defensa, 2009-18.

VV. AA.: *Los Virreinatos de España en América*. Susaeta, Madrid, 2025.

NORMAS PARA LA PUBLICACIÓN DE ORIGINALES

La *Revista de Historia Militar* es una publicación del Instituto de Historia y Cultura Militar. Su periodicidad es semestral.

Puede colaborar en ella todo escritor, militar o civil, español o extranjero, que se interese por los temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas.

En sus páginas encontrarán acogida los trabajos que versen sobre el pensamiento militar a lo largo de la historia, deontología y orgánica militar, instituciones, acontecimientos bélicos, personalidades militares destacadas y usos y costumbres del pasado, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar de hoy, el estudioso de la historia y jóvenes investigadores.

Los trabajos han de realizarse en idioma español, ser inéditos y deberán precisar las fuentes documentales y bibliográficas utilizadas. No se aceptará ningún trabajo que haya sido publicado en otra revista o vaya a serlo.

Los originales deberán remitirse vía correo electrónico, a la siguiente dirección: rhmet@et.mde.es

El trabajo irá acompañado de una hoja con la dirección postal completa del autor, teléfono, correo electrónico y, en su caso, vinculación institucional, además de un breve currículum. En el caso de los militares, en el supuesto de encontrarse en la situación de «reserva» o «retirado», lo harán constar de forma completa, sin el uso de abreviaturas.

El procesador de textos a emplear será Microsoft Word, el tipo de letra Times New Roman, el tamaño de la fuente 11 y el interlineado sencillo.

Los artículos deberán tener una extensión comprendida entre 10.000 y 20.000 palabras, incluidas notas, bibliografía, etc., en páginas numeradas y contando cada página con aproximadamente 35 líneas, dejando unos márgenes simétricos de 3 cm.

En su forma el artículo deberá tener una estructura que integre las siguientes partes:

- Título: representativo del contenido.
- Autor: identificado a través de una nota a pie de página donde aparezcan: nombre y apellidos y filiación institucional con la dirección completa de la misma, así como dirección de correo electrónico, si dispone de ella.
- Resumen en español: breve resumen con las partes esenciales del contenido.

– Palabras clave en español: palabras representativas del contenido del artículo que permitan la rápida localización del mismo en una búsqueda indexada.

– Resumen en inglés.

– Palabras clave en inglés.

– Texto principal con sus notas a pie de página.

– Bibliografía: al final del trabajo, en página aparte y sobre todo la relevante para el desarrollo del texto. Se presentará por orden alfabético de los autores y en la misma forma que las notas pero sin citar páginas.

– Ilustraciones: en caso de que el artículo cuente con imágenes deberán incluir:

  • 1 carpeta que contenga todas las imágenes, en formato jpg o tiff, y una resolución mínima de 300 ppp que las haga aptas para su publicación. Las imágenes deberán estar claramente identificadas en relación con la ubicación del texto
  • 1 documento de Word con los correspondientes pies de foto citando el origen de los datos que contienen.

Notas a pie de página.

Las notas deberán ajustarse al siguiente esquema:

a) Libros: apellidos seguidos de coma y nombre seguido de dos puntos. Título completo del libro en cursiva seguido de punto. Editorial, lugar y año de edición, tomo o volumen y página de donde procede la cita (indicada con la abreviatura pág., o pp. si son varias). Por ejemplo:

Palencia, Alonso de: *Crónica de Enrique IV.* Ed. BAE, Madrid, 1975, vol. I, pp. 67-69.

b) Artículos en publicaciones: apellidos y nombre del autor del modo citado anteriormente. Título entrecomillado seguido de la preposición en, nombre de la publicación en cursiva, número de volumen o tomo, año y página de la que proceda la cita. Por ejemplo:

Castillo Cáceres, Fernando: «La Segunda Guerra Mundial en Siria y Líbano», en *Revista de Historia Militar,* nº 90, 2001, pág. 231.

c) Una vez citado un libro o artículo, puede emplearse en posteriores citas la forma abreviada que incluye solamente los apellidos del autor y nombre seguido de dos puntos, *op.cit.,* número de volumen (si procede) y página o páginas de la cita. Por ejemplo:

Castillo Cáceres, Fernando: *op.cit.,* vol. II, pág. 122.

d) Cuando la nota siguiente hace referencia al mismo autor y libro puede emplearse *ibídem,* seguido de tomo o volumen y página (si procede). Por ejemplo:

Ibídem, pág. 66.

e) Las fuentes documentales deben ser citadas de la siguiente manera: archivo, organismo o institución donde se encuentra el documento, sección, legajo o manuscrito, título del documento entrecomillado y fecha. Por ejemplo: A.H.N., *Estado*, leg. 4381. «Carta del Conde de Aranda a Grimaldi» de fecha 12 de diciembre de 1774.

Se deberá hacer un uso moderado de las notas y principalmente para contener texto adicional. Normalmente las citas, si son breves se incluirán en el texto y si son de más de dos líneas en una cita a pie de página.

Recomendaciones de estilo.

- Evitar la utilización de la letra en negrita en el texto.
- Utilizar letra cursiva para indicar que se hace referencia a una marca comercial, por ejemplo fusil *CETME,* o el nombre de un buque o aeronave fragata, *Cristóbal Colón.* También para las palabras escritas en cualquier idioma distinto al castellano y para los títulos de libros y publicaciones periódicas.
- Los cargos y títulos van siempre en minúscula, por ejemplo rey, marqués, ministro, etc., excepto en el caso del rey reinante en cuyo caso será S.M. el Rey D. Felipe VI. Los organismos e instituciones van con mayuscula inicial: Monarquía, Ministerio, Región Militar, etc.
- De la misma manera, se escriben con mayúscula todas las palabras significativas que componen la denominación completa de entidades, instituciones, etc.
- Los términos «fuerzas armadas» y «ejército» se escribirán con minúscula cuando se haga referencia genérica a ellos. Si se habla de «Ejército» o «Fuerzas Armadas» como institución debe emplearse la mayúscula inicial. Otro tanto viene a ocurrir con las especialidades fundamentales, las antiguas Armas y Cuerpos de los Ejércitos y con las Unidades Militares; por ejemplo tropas de infantería y Especialidad Fundamental, Arma de Infantería, un regimiento y el Regimiento Alcántara.
- Las siglas y acrónimos más conocidos se escriben sin intercalar puntos y conviene relacionarlos entre paréntesis inmediatamente

después de utilizarlos por primera vez, Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN).

- Se utilizarán siglas para referirse a archivos y publicaciones periódicas que vayan a aparecer con frecuencia en el texto, Archivo General Militar de Madrid (AGMM).

Evaluación de originales.

Para su publicación los trabajos serán evaluados por, al menos, cuatro miembros del Consejo de Redacción, disponiéndose a su vez de un proceso de evaluación externa a cargo de expertos ajenos a la entidad editora, de acuerdo con los criterios de adecuación a la línea editorial y originalidad científica.

Impresión Bajo Demanda

Procedimiento

El procedimiento para solicitar una obra en impresión bajo demanda será el siguiente: Enviar un correo electrónico a **publicaciones.venta@oc.mde.es** especificando los siguientes datos:

Nombre y apellidos
NIF
Teléfono de contacto

Dirección postal donde desea recibir los ejemplares impresos

Dirección de facturación
(si diferente a la dirección de envío)

Título y autor de la obra que desea en impresión bajo demanda

Número de ejemplares que desea

Recibirá en su correo electrónico un presupuesto detallado del pedido solicitado, así como, instrucciones para realizar el pago del mismo.

Si acepta el presupuesto, deberá realizar el abono y enviar por correo electrónico a: **publicaciones.venta@oc.mde.es** el justificante de pago.

En breve plazo recibirá en la dirección especificada el pedido, así como la factura definitiva.

Centro de Publicaciones

Solicitud de impresión bajo demanda de Publicaciones

Título:

ISBN (si se conoce):

N.º de ejemplares:

Apellidos y nombre:

N.I.F.:

Teléfono

Dirección

Población:

Código Postal:

Provincia:

E-mail:

Dirección de envio:
(sólo si es distinta a la anterior)

Apellidos y nombre:

N.I.F.:

Dirección

Población:

Código Postal:

Provincia:

MINISTERIO DE DEFENSA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
SUBDIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y PATRIMONIO CULTURAL

Publicaciones de Defensa
Camino de los Ingenieros, 6 • 28047 Madrid
Teléfono: 91 364 74 27 (Pedidos)
publicaciones.venta@oc.mde.es

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Revista de Historia Militar

Tarifas de suscripción para el año 2026:

- 15 € ESPAÑA
- 25 € EUROPA
- 30 € RESTO DEL MUNDO

(IVA Y GASTOS DE ENVÍO INCLUIDOS)

APELLIDOS, NOMBRE:_____CORREO ELECTR.:_____

DIRECCIÓN: _____

POBLACIÓN: _____ CP: _____ PROVINCIA:_____

TELÉFONO:_____ NIF: _____N.º DE SUSCRIPCIONES: _____

FORMAS DE PAGO: (Marque con una X)

☐ Domiciliación bancaria a favor del Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa. (Rellene la autorización a pie de página).

☐ Incluyo un cheque nominativo a favor del CENTRO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE DEFENSA.

☐ Transferencia bancaria / Ingreso en efectivo al BBVA: "CENTRO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE DEFENSA".
N.º de Cuenta: ES57 0182 2370 4402 00000365

Al recibir el primer envío, conocerá el número de suscriptor, al cual deberá referirse para cualquier consulta con este Centro.

En _____ , a _____ de _____ de 2026.

Firmado:

IMPRESO DE DOMICILIACIÓN BANCARIA

ENTIDAD	OFICINA	D.C.	NÚMERO DE CUENTA

En _____ , a _____ de _____ de 2026.

SELLO DE LA ENTIDAD

Firmado:

↑↑ EJEMPLAR PARA ENVIAR A LA **SUBDIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES Y PATRIMONIO CULTURAL MINISDEF** ↑↑

Deptº. de Suscripciones, C/ Camino los ingenieros n.º 6
28047 - Madrid
Tfno.: 91.364 74 21 - Fax: 91 364 74 07 - e-mail: suscripciones@oc.mde.es

CORTAR ------ CORTAR ------ CORTAR ------ CORTAR ------ CORTAR ------ CORTAR ------ CORTAR ------ CORTAR ------ CORTAR ------ CORTAR ------ CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ----- CORTAR ---- CORTAR ---- CORTAR ---

↓ ↓ EJEMPLAR PARA QUE Vd. LO ENVÍE AL BANCO ↓ ↓

SR. DIRECTOR DEL BANCO/CAJA DE AHORROS:

Ruego a Vd. de las órdenes oportunas para que a partir de la fecha y hasta nueva orden sean cargadas contra mi cuenta n.º _____ abierta en esa oficina, los recibos presentados para su cobro por el **Centro de Publicaciones del Ministerio de Defensa - Revista de Historia Militar**

En _____ , a _____ de _____ de 2026

PUBLICACIONES DE DEFENSA

Accede al Catálogo
y descarga
tus obras

publicaciones.defensa.gob.es



MINISTERIO
DE DEFENSA

Edita Secretaría General Técnica. Ministerio de Defensa. NIPO: 083-25-045-3. Depósito Legal: M-9385-2025. Preimpresión e impresión: Ministerio de Defensa

PUBLICACIONES DE DEFENSA

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE DEFENSA
SUBSECRETARÍA DE DEFENSA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
SUBDIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y PATRIMONIO CULTURAL

latindex

01026
9 772530 195006